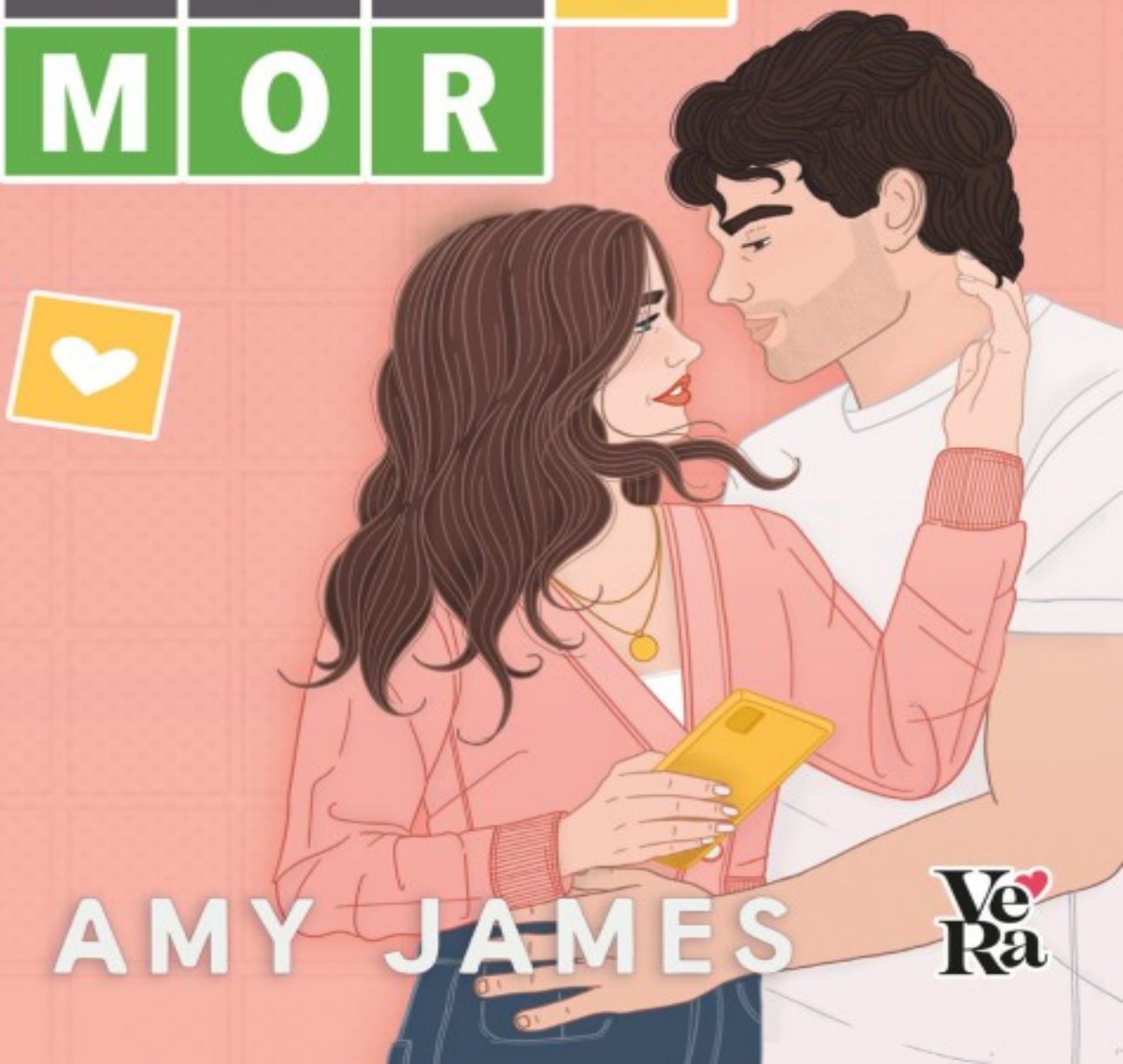
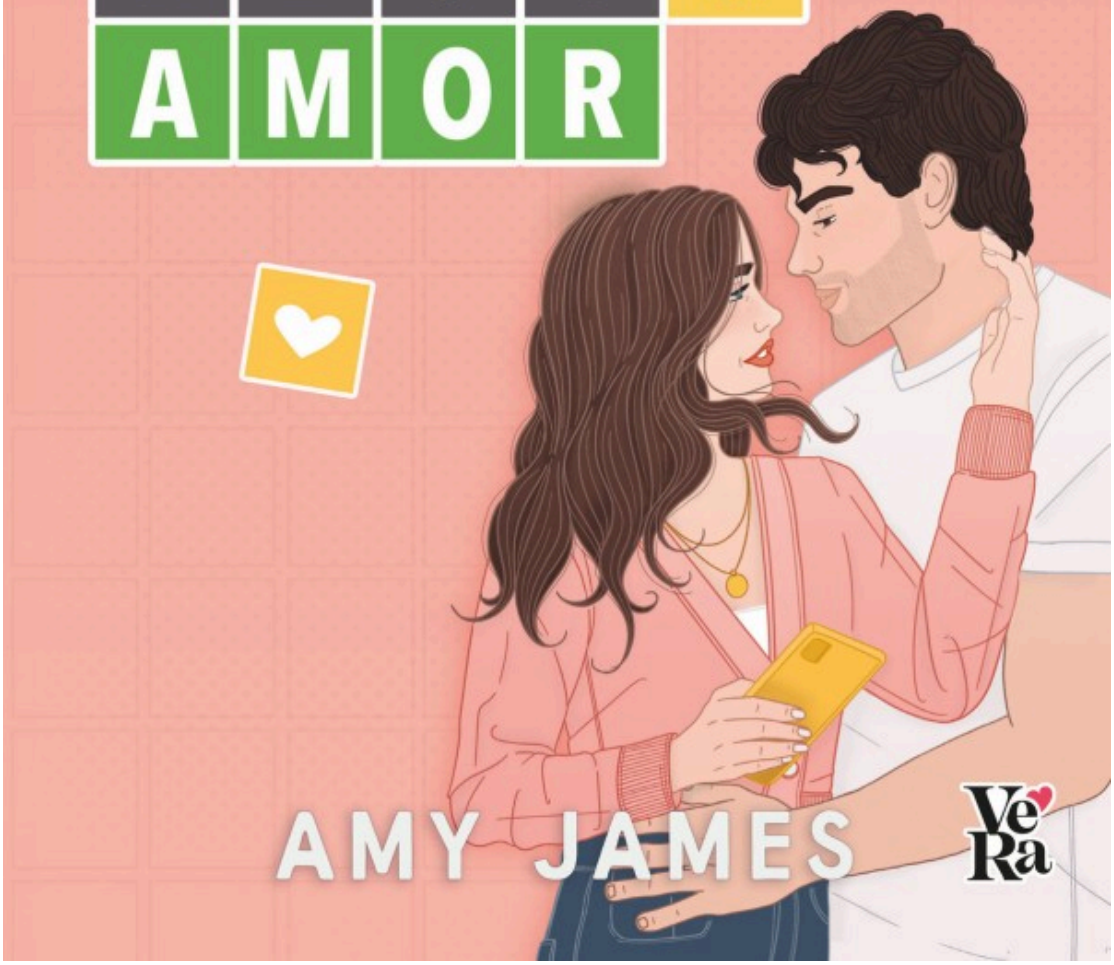
CINCO LETRAS PARA DECIR AMOR



AMY JAMES

VeRa

CINCO LETRAS PARA DECIR AMOR



AMY JAMES

VeRa



A VECES, UNA SIMPLE PALABRA PUEDE CAMBIARLO TODO...

Emily tiene veintisiete años y la sensación de estar atascada. Trabaja de recepcionista en un taller de coches cuando lo que realmente quiere es dedicarse a algo creativo. Sueña con la gran ciudad, pero vive en un pueblo diminuto de la Isla del Príncipe Eduardo. Sus compañeros hablan más de motores que de sentimientos, y su vida social brilla por su ausencia.

Su única alegría diaria: el Wordle de *The New York Times.* Lleva más de 300 días sin fallar ni uno. Hasta que, un día, se queda en blanco. Le queda un intento. Sin más opciones, le pide ayuda al último al que querría acudir: John, su compañero más insoportable.

Lo que empieza como un gesto desesperado se convierte en una conexión inesperada. Entre palabras y juegos, risas y silencios compartidos, Emily descubre que el amor puede aparecer en los lugares más insospechados.

Una historia romántica entrañable y divertida en la que una pareja inesperada se enamora gracias al Wordle.

AMY JAMES

Es autora de novelas románticas y de fantasía. Vive con su marido y su perro en la costa este de Canadá. *Cinco letras para decir amor* es su primera novela.

CINCO LETRAS PARA DECIR AMOR

AMY JAMES

Traducción: Martina Engelhardt

VeRa

CAPÍTULO 1

Entre tú y yo, siempre me parecieron condescendientes los crucigramas.

Y sí, ya sé que son objetos inanimados. No pueden ser condescendientes ni prejuiciosos ni soberbios.

Pero te juro que lo son.

Todos esos irritantes espacios en blanco y esas definiciones pretenciosas que se ríen de ti mientras las miras con cara de estúpida. Como, ah, ¿no sabes quién es Deborah, de *Posesión Satánica* (1961)? ¿Y tampoco conoces una palabra de siete letras que significa «simplemente ser»? Pobre humana patética, ¿no te funciona el cerebro?

En algún lado leí que hacer un crucigrama todos los días mejora la función cognitiva y disminuye las posibilidades de que se te encoja el cerebro (cosa que debe ser mala desde cualquier punto de vista), así que hace más o menos un año, me descargué la aplicación de crucigramas del *New York Times* y decidí probar. Me levanté a las siete de la mañana, me senté junto a una ventana por la que entraba el sol (otra cosa que también mejora la función cognitiva) y me decidí a hacer el intento.

Pero… no pude. Literalmente no descifré ni una respuesta. Hacía clic en una definición y luego en la siguiente, esperando ese momento de iluminación en el que por fin acertara alguna.

Animal laborioso en una fábula clásica. Ni idea.

Autor de *El lobo estepario*. Nop.

Objeto que podría colocarse en bolsas plásticas. Componentes del sistema inmunitario. Unidad en un duelo.

No, ni la menor idea.

Llamé a mi padre para pedirle un consejo, porque sé que él hace el crucigrama todos los domingos, y me dijo que no me frustrara, que, la cosa se pone más fácil cuanto más seguido se hace.

Pero… ¿cómo?

Un crucigrama no es como las matemáticas. No es como aprender cuánto es dos más dos y al día siguiente todavía recordar que es cuatro. Es más bien como aprender que esa medialuna blanca que tenemos en las uñas se llama lúnula y que al día siguiente te pidan que completes una cita de Benjamin Franklin. Está bastante claro que saber una cosa no garantiza saber la otra, ¿no?

Pero debe ser así, de algún modo, porque millones de personas hacen crucigramas todos los días. Millones de personas van por la vida sabiendo qué palabra de siete letras significa «renunciar abruptamente» y quién es el presidente de Finlandia.

La verdad, con razón no consigo un trabajo mejor.

En fin. Seguí intentándolo como dos semanas más, con la esperanza de agarrarle la mano (o de que aparecieran definiciones más fáciles) y de que mi rutina matutina se transformara en una experiencia feliz y satisfactoria que mejorara mi cognición y evitara que se me encogiera el cerebro. Pero nunca pasó. Es más, hasta

sentía que el cerebro se me estaba encogiendo más, como si se estuviera contrayendo por la estupidez o algo así.

Estaba a punto de rendirme y de volver a mi antigua rutina matutina –mirar videos de animales adorables en Instagram, darme cuenta de que estoy desperdiciando mi vida con el teléfono, ponerme a buscar trabajo desesperadamente, cambiar la tipografía de mi currículum por cuadragésima vez, como si ese fuera el secreto para conseguir una entrevista («¿Helvética? ¡Llamémosla!»)– cuando me topé con Wordle.

Las instrucciones eran tan sencillas que hasta yo, con el cerebro encogido, las pude entender. Te dan seis intentos para adivinar una palabra de cinco letras. Cuando arriesgas una respuesta, las letras se ponen color gris, amarillo o verde. Gris quiere decir que esa letra no está en la palabra correcta. Amarillo quiere decir que la letra está en la palabra, pero no en esa posición. Verde quiere decir que está en la palabra y en el lugar correcto.

Parecía bastante fácil, así que me dije qué más da, voy a probar. Total, no puede ser más difícil que tratar de descifrar qué palabra de siete letras significa «nota de entrega que firma la persona que recibe una mercancía».

Así que probé.

Y pude.

Era lo suficientemente fácil como para que no me dieran ganas de reventarme el teléfono contra el cráneo, pero lo suficientemente difícil como para que tuviera que esforzarme un poco. Hubo un par de traspiés, como la primera vez que no logré adivinar y apareció la palabra LERDA en la pantalla (de verdad pensé que la aplicación me estaba insultando, hasta que me di cuenta de que LERDA era la

respuesta de cinco letras), pero después de un tiempo, le agarré la mano. ¡Y era muy emocionante! Esa oleada de satisfacción cuando adivinaba rápido, el subidón de adrenalina cuando acertaba al último intento. Llevaba una racha de diez días hasta que KAYAK me hizo perder; luego, llegué a veintinueve días, pero se cortó con ARDID. Y después, de pronto, de alguna manera, llegué a tener una racha de cuarenta y nueve días. Cuando alcancé los cincuenta (con HURÓN), me puse a dar saltos de alegría.

Y sí, ya te imagino poniendo los ojos en blanco, pensando: «¿Qué clase de perdedora se entusiasma tanto por una aplicación estúpida? ¿No tienes cosas importantes de verdad en tu vida? ¡Tienes veintisiete años, por el amor de Dios! ¿No tienes una carrera que construir o hijos adorados que mimar?».

Y mi respuesta es: vete a hacer un crucigrama, pedazo de soberbia. Creo que eres la clase de persona que lo disfrutaría.

No, es broma.

Tienes toda la razón.

Lo cierto es que no hay muchas cosas en mi vida en este momento. No tengo una carrera, solo un trabajo mal pago como recepcionista en un taller mecánico y una licenciatura en ciencias que no me sirve para nada, porque durante el último año de universidad, me di cuenta de que en realidad lo que quiero es dedicarme al arte. Y creo que no quiero tener hijos, por más que tuviera un novio para hacerlos o un salario que me permitiera pagar un tratamiento de fecundación in vitro o adoptar.

Así que sí, eso. No tengo mucho, pero tengo Wordle. ¡Y ya llevo una racha de trescientos días!

Hoy a la mañana, puse PASTA como primera opción (estaba desayunando pasta de chocolate y avellanas, no me juzgues). Fue una mala elección: todas las letras estaban grises. A continuación, probé con RUIDO (inspirada por la mosca que no paraba de zumbar en la ventana), y la R y la I se pusieron amarillas. Después, me llamó mamá para hablar un rato antes de que ella y papá se fueran de vacaciones a Nueva Zelanda, así que ahora estoy tratando de adivinar la palabra en el taller. Eso podría hacerme parecer una empleada irresponsable, pero espera a que te cuente un poco sobre mi trabajo.

En primer lugar, antes de que me preguntes, no, no me interesan particularmente los autos. Me postulé a este trabajo por una sola razón: estaba cerca de una casa linda con un alquiler baratísimo. Te explico. En mi último año de universidad, cuando me di cuenta de que quería trabajar en un ámbito creativo, como el cine o el arte, ya era demasiado tarde para arrepentirme y cambiar de especialización. Pero me dije bueno, una licenciatura en ciencias no deja de ser un título. Podía postularme igual a puestos básicos o pasantías en el sector creativo. Seguro que mi pasión y mi entusiasmo compensan la falta de un título en esas áreas.

(Spoiler: no pasó).

El problema era que cada vez que me postulaba a un puesto o una pasantía, competía con personas igual de apasionadas y entusiastas que tenían claro lo que querían hacer desde que estaban en el útero, como corresponde, y no solo tenían títulos con todas las de la ley, sino que también habían hecho cosas artísticas impresionantes. Como la vez que me postulé a un puesto en una galería de arte en Toronto y terminaron contratando a una chica que

había ganado un premio de fotografía juvenil de National Geographic. O la vez que me postulé a una pasantía en un estudio de cine de Vancouver y se la dieron a un chico de veintiún años que había dirigido un cortometraje premiado. Y, la verdad, no los culpo por no elegirme. Yo tampoco me habría elegido. Pero sentía que estaba atrapada en un círculo vicioso. No conseguía trabajo porque no tenía experiencia, y no conseguía experiencia porque no tenía trabajo.

Mientras tanto, para ganar algo de dinero, me postulé a un par de puestos básicos para personas con licenciatura en Química (mi título), pero ahí me encontré con el problema opuesto. Yo tenía el título y buenas calificaciones, pero nada de pasión ni entusiasmo. No quería ser química agrícola ni toxicóloga ni química de aguas (aunque no tengo idea de qué es), y no logré disimularlo lo suficiente como para pasar a la segunda entrevista.

Entonces, después de como cien rechazos (y dieciocho meses viviendo con mis padres en su diminuto apartamento en Halifax), ideé un nuevo plan. Decidí volver a la universidad y obtener un título en artes. Pero ya tenía una deuda de veintiséis mil dólares en préstamos estudiantiles por mi licenciatura en Química, y no tenía ni idea de qué especialización artística me interesaba seguir. Esta vez, quería elegir bien, y cada vez que pensaba que estaba segura (Escritura de Guiones para Cine y Televisión, ¡sí!), me entraba la duda al comenzar a llenar el formulario de inscripción. ¿De verdad era lo que me apasionaba, o solo sonaba bien? ¿Y si terminaba sepultada bajo veintiséis mil dólares más de deuda estudiantil sin obtener nada a cambio?

Lo pensé y me estresé y, mientras tanto, los pagos de los préstamos se acumulaban y mi situación de vivienda se volvía cada vez más tensa. No es que me lleve mal con mis padres ni nada de eso, pero el espacio era bastante reducido, y me sentía patética cada vez que me cruzaba con alguna antigua amistad y me preguntaba dónde estaba viviendo.

Por eso, cuando una amiga de mi mamá me dijo que su hermana estaba buscando a alguien a quien alquilarle su casa en Waldon, en la Isla del Príncipe Eduardo, por dos centavos, fui de un salto a la computadora y me puse a buscar empleos por la zona. Y había ni más ni menos que dos: cocinera en un restaurante y recepcionista en un taller mecánico llamado Martin Auto.

Me postulé a los dos. Después de una entrevista telefónica de diez minutos con el dueño del taller, Fred Martin, durante la cual no me hizo ni una pregunta y se la pasó quejándose de la recepcionista anterior, que había renunciado sin previo aviso, me contrató.

(Seguro sea lo mejor para la gente de Waldon que no me hayan llamado del restaurante).

Trabajo en el taller de nueve a cinco, de lunes a viernes. Podría tratar de describírtelo, pero siento que sería una pérdida de tiempo. Súbete al auto y conduce hasta el taller mecánico que tengas más cerca. Así. Luce exactamente así.

En Martin Auto, hay dos mecánicos (Dave, que es viejo y está obsesionado con los autos, y John, que es joven y está obsesionado con los autos), y solo se aceptan alrededor de diez trabajos por día. El dueño, Fred, ya no trabaja en el negocio, así que lo debo haber visto unas tres veces desde que empecé. Yo atiendo el teléfono,

recibo y le cobro a la gente, limpio la sala de descanso y vacío los tachos de basura. Y… eso es todo, básicamente.

Sin duda, el trabajo tiene varios aspectos positivos. Paga lo suficiente como para ir saldando de a poco mi préstamo estudiantil y es bastante tranquilo, así que tengo tiempo de sobra para jugar a Wordle e investigar sobre títulos en artes. Y el pueblo de Waldon es muy bonito, con casitas de colores vivos desparramadas alrededor de un pequeño puerto pesquero, acantilados de arenisca roja al este y una extensa llanura de campos al oeste. El aire siempre huele a mar y, en primavera y otoño, me despierta el zumbido de los barcos langosteros en el puerto. Si yo quisiera vivir tranquila en un pueblito, podría ser muy feliz aquí.

Un momento.

Feliz.

F, L y Z.

¡Claro! Me doy una palmadita en la frente y deslizo el dedo sobre la pantalla para abrir Wordle. Escribo FELIZ y ¡tarán! Las letras se van poniendo verdes una a una. ¡Ya llevo trescientos un días de racha!

Mientras estoy haciendo un bailecito de celebración en la silla, suena la campanilla del taller y entra una anciana de cabello canoso y rizado. Tiene puesto un abrigo grueso aunque hace bastante calor para ser mayo, y su cara me suena, pero eso no significa nada. Waldon es un pueblo tan pequeño que prácticamente todos me suenan de cara.

–Buenos días –le digo con amabilidad–. ¿Tiene cita?

Echo un vistazo a la agenda y me pregunto si será «Maud Williams, cambio de llantas, 9:30 a. m.». La mujer parece algo

nerviosa.

–No, pero a mi auto le pasa algo. Está haciendo un ruido horrible.

–Uy, no. –Le dedico una mirada empática–. ¿Ya nos trajo el auto alguna vez? Dígame su nombre.

–Ethel Cox.

Escribo su nombre en el programa horrible y viejísimo que usan en el taller para registrar a los clientes y abro su archivo.

–Vino el mes pasado. –Miro el recibo escaneado con los ojos entrecerrados, tratando de entender la letra de Dave–. Le estaba andando mal el auto, ¿no? –Los entrecierro un poco más–. Dice que se escuchaba como un chillido, ¿no?

–Un chirrido –me corrige Ethel.

–¿Y lo arreglaron? –pregunto, dubitativa. Veo que Dave le cobró cuarenta dólares la última vez, pero no alcanzo a leer bien por qué.

–No, dijeron que no había ningún problema. Y después dejó de hacer ruido, así como si nada. Pensé que se había solucionado solo, pero ahora está haciendo un ruido distinto. –Ethel frunce el ceño–. ¿Podrían revisarlo hoy? Tengo que estar a las tres en Charlottetown para jugar a la canasta.

–Hoy es un día bastante tranquilo –le digo, apiadándome de ella. La pobre parece muy estresada–. Déjeme ver si puedo hacerle lugar.

–Ay, gracias –me dice, y parece alegrarse.

Le sonrío y voy al garaje a buscar a Dave. Él está trabajando en el elevador hidráulico, reparando el auto de una de las abogadas del pueblo. Es un viejo Porsche que, al parecer, es muy especial o interesante o algo así. Dave y John se volvieron locos cuando ella lo trajo.

–Buenos días, Emily –me saluda Dave. Es un tipo blanco y alto de unos cincuenta y tantos, con el pelo canoso, hombros anchos y manos grandes y callosas. Está divorciado y tiene dos hijas adultas llamadas Analyn y Jenny. O, al menos, eso es lo que pude deducir de su página de Facebook. Dave no es de hablar de su vida personal.

–Buenos días –respondo–. ¿Tienes tiempo para un cliente más? Hay una señora con un auto que hace un ruido raro.

–Hoy no –dice Dave–. Quizá John pueda ocuparse.

Me doy vuelta y reprimo un suspiro. Grandioso.

No es que me caiga mal John, es solo que…

No, ¿sabes qué? Es precisamente eso. Me cae mal John.

Su nombre completo es John Smith (porque sus padres sabían lo aburrido que iba a ser de grande, supongo) y tiene más o menos mi edad. Es un poco atractivo, si te gustan los que ni se molestan en afeitarse y se creen demasiado *cool* para preocuparse por su ropa, y debo admitir que, cuando recién lo conocí, pensé que quizá pasara algo entre nosotros. Durante mis primeras semanas trabajando aquí, me peinaba y maquillaba con esmero y trataba de pensar en temas de conversación interesantes para sacarle charla.

El problema es que a John no le gusta conversar sobre temas interesantes. No le gusta conversar sobre nada, la verdad. Por ejemplo, una vez entré a la sala de descanso y lo escuché hablando en portugués por teléfono. Entonces, cuando cortó la llamada, le dije, muy simpática y mostrando interés:

–No sabía que hablabas portugués.

Él me respondió «sip» y se puso a mirar su teléfono.

Me quedé esperando a que añadiera algo más, pero cuando quedó claro que eso no iba a pasar, le pregunté:

–¿Aprendiste de chico o de grande?

Pensaba contarle sobre un estudio muy interesante que había leído acerca de cómo la edad afecta la capacidad de aprender nuevos idiomas.

Sin siquiera levantar la vista del celular, me dijo:

–Mi mamá es brasileña.

Yo ya sabía eso, porque una vez que John se ausentó unos días, Dave me dijo que había viajado a Brasil a visitar a sus abuelos, pero asentí como si acabara de enterarme.

–Qué bien. Ojalá yo fuera bilingüe. Estoy tratando de aprender francés, pero es muy difícil. Tendría que haber hecho el programa de inmersión en francés cuando estaba en la escuela.

En respuesta, John movió la cabeza. Ni una palabra, ni un «mmm» empático, solo un movimiento lento de la cabeza, como haces cuando alguien te está fastidiando y tratas de que se dé cuenta.

Tendría que haberme rendido en ese momento, pero todavía me parecía lo bastante lindo como para intentarlo una vez más. Así que le pregunté:

–¿En qué idioma piensas?

–¿Qué? –respondió, mirándome fijo.

–Es que… me da curiosidad en qué idioma piensas –le dije–. O sea, si aprendes dos idiomas cuando eres chico, ¿piensas en los dos o en uno solo? ¿O depende de la situación?

Él me miró fijo otra vez (con un atisbo de incredulidad, debo agregar) y luego se encogió de hombros.

–No sé.

Y ahí sí me rendí.

Mira, no digo que haya sido una manera especialmente ingeniosa de iniciar una conversación, pero al menos yo traté de llenar el silencio. John no ha intentado iniciar una conversación conmigo ni una sola vez, excepto para preguntarme a qué hora viene un cliente.

Y las veces que habla, que son pocas, de lo único que habla es de autos. Incluso cuando él, Dave y yo estamos en la sala de descanso al mismo tiempo, no habla de otra cosa que no sean los autos que están en el taller o el auto que está arreglando con un amigo para llevarlo a la pista de carreras del pueblo. Y ni siquiera trata de incluirme en la conversación, como si diera por sentado que a mí no me interesa.

Y… bueno, supongo que es verdad. Pero igual es grosero y me resulta algo machista.

También trata mal a los clientes, y por eso mismo me molesta tener que pedirle que atienda a esta señora.

–¿Qué ruido hace? –pregunta, sin ayudar mucho, cuando le digo lo del auto de Ethel.

–No me dijo –le respondo amablemente. Siempre soy amable con John. Cuando solo tienes dos compañeros de trabajo, no puedes darte el lujo de ser sarcástica con uno de ellos. Creo que John ni se imagina que me cae mal (y no le importaría si lo supiera).

–¿Está adelante? –me pregunta, tras soltar un suspiro.

–Sí.

¿Dónde más iba a estar?

Lo sigo hasta la recepción. Ethel está sentada en una de las sillas de plástico de la sala de espera.

–Él es John –le digo, porque él nunca se presenta–. Quizá pueda hacerle un lugar, pero quería saber…

–¿Qué ruido hace? –me interrumpe John–. ¿Lo hace todo el tiempo?

–Ay, no sé –responde Ethel, un poco avergonzada–. Empezó la semana pasada.

–Pero ¿lo escucha todo el tiempo? ¿Y es un chirrido o un traqueteo o qué? –insiste él, con el ceño fruncido.

Contengo las ganas de poner los ojos en blanco. A esto mismo me refiero. John no les grita a los clientes, no los insulta ni nada por el estilo, pero es muy cortante e impaciente. Como si esperara que una mujer de setenta y cinco años entrara y dijera: «Buenos días, joven. Por desgracia, escuché un ruido que claramente sale del colector de escape, así que pasé a ver si hace falta reemplazar la junta. Lo haría yo misma, pero, como una tonta, no sé dónde metí el torquímetro».

De verdad.

–Es como un traqueteo –dice Ethel–. Tuve un Honda durante años y nunca me dio ni un problema, pero el año pasado tuve un accidente y tuve que comprar un Toyota usado porque la concesionaria de Honda cerró…

Nos empieza a contar una historia sobre su difunto esposo, que no se llevaba bien con el dueño de la concesionaria de Toyota, y ahora ella entiende por qué, viendo que su auto nuevo no es ni la mitad de confiable que el anterior. Me doy cuenta de que John, a mi lado, está cada vez más irritado. Y bueno, sí, la historia es medio larga, pero es una anciana amable. No hace falta que le frunza el ceño de esa manera.

–Le voy a echar un vistazo –dice John con tono pesimista cuando ella por fin se calla–. ¿Las llaves están en el auto?

–No, las tengo yo. –Ethel busca en su bolso–. ¿Va a tardar mucho? Tengo un juego de canasta a las tres.

–Depende de qué problema tenga –dice John, y se va sin ofrecer más información. Con el ceño fruncido, lo miro alejarse.

–¿Quiere que le pida un taxi así espera en su casa? –le pregunto a Ethel.

–No, querida. Voy a esperar aquí, si no hay problema. –La mujer echa un vistazo al espacio diminuto. Básicamente, lo único que hay es mi escritorio y cuatro sillas de plástico espantosas–. No quiero molestar.

Le sonrío, y una emoción agradable me invade el pecho.

–No es ninguna molestia.

CAPÍTULO 2

Ya que estamos siendo sinceras, te voy a contar otro secretito: no tengo ninguna amiga cercana. Me da un poco de vergüenza admitirlo, pero ya está.

No digo que no tenga amigas. Sí que tengo amigas. Tengo tres de la universidad con las que hablo bastante seguido y un buen número de conocidas de la secundaria y de la infancia con las que me comunico de vez en cuando. Pero ninguna es una amiga cercana. Ya sabes a qué me refiero. Esas amistades adultas mágicas que ves en las series y en las películas, de esas que van a almorzar juntas, comparten todos sus secretos y ayudarían a la otra a enterrar un cadáver, si matara a alguien.

Ninguna de mis amigas de la universidad vive a menos de mil kilómetros de distancia, o sea que la posibilidad de ir a almorzar juntas es nula. Y si matara a alguien, la policía seguramente ya me habría arrestado para cuando ellas llegaran. O la familia de la persona asesinada me habría matado a mí para vengarse.

Bueno, se puso medio oscuro esto.

Perdón.

El tema es que, si te pones a pensar en cómo hacen amigos los adultos, en general es a través del trabajo o por medio de sus hijos.

O puede ser por algún interés en común, como un club de lectura, un deporte o algo así, pero no hay tantas oportunidades de socializar en Waldon. Entonces, cuando vienen clientes como Ethel, que tienen que quedarse aquí mientras esperan a que les arreglen el auto, lo disfruto bastante. Sobre todo cuando son personas mayores, como la mayoría en Waldon. A las personas mayores les encanta charlar. Mucha gente piensa que es aburrido escucharlas, pero seguro es porque no hacen las preguntas correctas. ¡No creerías todo lo que se aprende haciendo las preguntas correctas! Como Ethel, por ejemplo. Me acaba de contar que nació en 1948 y que todavía recuerda el día que vio la llegada a la luna con su esposo y sus hijos en su primera casa. Ella preparó guacamole y comieron pollo a la King (no, yo tampoco sé qué es).

Hago un par de cuentas rápidas y calculo que Ethel tenía veintiún años cuando fue lo de la llegada a la luna. A los veintiuno, tenía esposo, hijos y una casa. Yo a los veintiuno acababa de romper con mi primer novio de verdad y me pasé un mes tomando vino en la cama y maratoneando series de Netflix.

Uf.

Ethel se queda aquí casi una hora, y creo que disfruta de ese rato tanto como yo. Parece decepcionada cuando vuelve John, y directamente devastada cuando él dice:

–Tendrá que volver mañana. La suspensión está desgastada.

Ethel se queda mirándolo sin comprender. John nunca se molesta en explicarles nada a los clientes; solo da por sentado que ellos saben tanto como él de autos.

–¿La puede arreglar? –pregunta.

John asiente sin mirarla y, con gesto distraído, se limpia las manos engrasadas con un trapo todavía más engrasado.

–Pero hoy no. Vuelva mañana.

Contengo las ganas de hacer una mueca de fastidio. De verdad, ¿no podría mostrarse un poco más empático? La pobre Ethel frunce la frente y sé que está preocupada porque se va a perder la partida de canasta. Estoy contemplando la posibilidad de ofrecerme a llevarla yo misma, cuando suspira y dice:

–Bueno, supongo que voy a tener que ir con Shirley o Dotty.

–¿Quiere llamarlas desde nuestro teléfono? –le pregunto–. Tenemos la guía telefónica.

–No necesito la guía –responde Ethel, riendo–. ¡Hace cuarenta años que tienen el mismo número!

Esbozo una sonrisa algo falsa al pasarle el teléfono inalámbrico. Hasta Ethel tiene amigas cercanas. Si mata a alguien jugando a la canasta, Shirley y Dotty la ayudarán a enterrar el cadáver y después la llevarán de regreso a casa para comer pollo a la King juntas.

John vuelve a desaparecer en el garaje y viene otro cliente a dejar su auto. Para cuando termino de atenderlo, una de las amigas de Ethel ya llegó a buscarla. Ella sonríe y, antes de irse, me agradece por hacerle compañía. Yo también sonrío, pero cuando se va, me dejo caer algo pesadamente en la silla.

Necesito con urgencia distraerme de mis pensamientos sombríos, pero el teléfono del taller no suena en casi todo el día, y el resto de los clientes entran y salen sin intercambiar ni dos palabras conmigo. A eso de las tres, me llega un mensaje, y me estiro para tomar el teléfono, agradecida.

[3:06] **Mamá:** Nos vamos a Nueva Zelanda! Ya estamos embarcando.

«¡Buen vuelo!», le respondo.

Viajan con otra pareja, Abe y Ann, y estarán allí seis semanas. Mis padres conocen a Abe y Ann desde antes de que yo naciera, y ahora que están todos jubilados, se la pasan viajando a lugares increíbles, como Costa Rica, Suiza y Sudáfrica.

A este paso, yo no voy a tener con quién juntarme cuando esté jubilada. Voy a tener que adoptar muchos gatos. (Lo cual suena muy lindo, pero no puedes irte de vacaciones a Costa Rica con muchos gatos, ¿o sí?).

Me vuelve a sonar el teléfono, que aún tengo en la mano.

[3:08] **Mamá:** Pregunta tu papá si tuviste noticias de ese estudio de cine en Calgary.
Se me hace un nudo desagradable en el estómago.
[3:08]: Todavía nada
[3:09]: Quizá tarden un poco

Eso no es del todo cierto. Hace un par de semanas, me postulé para una pasantía en un pequeño estudio de cine independiente y, a la semana, me dijeron que no había quedado seleccionada. Pero yo ya les había contado a mis padres sobre el puesto y les había dicho que me parecía el trampolín perfecto para entrar en la industria porque la publicación decía claramente: «Pueden postularse personas con y sin experiencia».

[3:09] **Mamá:** Ojalá se comuniquen pronto!
[3:09] **Mamá:** Voy a poner el celular en modo avión. Te quiero!
[3:09]: Yo también te quiero!

Dejo el teléfono con un suspiro. Tendría que dejar de contarles a mis padres sobre todos los trabajos a los que me postulo, pero no quiero que piensen que dejé de intentarlo. Ellos jamás me han dicho que estén decepcionados de cómo me ha ido en la vida, pero creo que, en el fondo, un poco sí lo están.

Por ejemplo, una vez mi mamá estaba hablando con una amiga suya en la cocina y, sin querer, escuché la conversación. La amiga le preguntó algo así como: «¿En qué anda Emily últimamente? ¿Sigue haciendo reemplazos?». Y cuando mi mamá le confirmó que todavía estaba con trabajos temporales, la amiga chasqueó la lengua, como lamentándose, y dijo: «Siempre fue una chica muy inteligente».

No me acuerdo bien qué le respondió mamá, creo que fue: «Todavía está viendo qué hacer», pero sí me acuerdo de su tono. Como si, por dentro, estuviera de acuerdo con su amiga. Como si no quisiera admitirlo, pero, en el fondo, supiera que yo estaba desperdiciando mi potencial.

Por eso siempre les cuento a ella y a papá sobre todos los puestos a los que me postulo, aunque todos terminen rechazándome. Todavía estoy viendo qué hacer y sé que voy a encontrar el trabajo de mis sueños. Algún día, la amiga de mi mamá le preguntará en qué ando, y ella podrá decir: «¿Emily? Está haciendo tal y tal cosa. Ay, sí, ¡le encanta!».

Este taller mecánico y Waldon son cosas temporarias. Una parada en el camino que me llevará al trabajo de mis sueños. A la vida de mis sueños. Una vida en la que me siento feliz, realizada y tengo amigas cercanas con quienes compartir esa felicidad.

En un impulso, abro el chat grupal que tengo con mis tres amigas de la universidad. Las cuatro teníamos una de esas amistades mágicas que se ven en la tele. Nos conocimos durante la semana de orientación y fuimos prácticamente inseparables durante los siguientes cuatro años. En casi todas las fotos que tengo de la universidad, estamos las cuatro juntas. Amontonadas en las gradas alentando al equipo de hockey de la universidad, posando en los escalones de la biblioteca con vinchas de lentejuelas combinadas (estábamos pasando por una etapa de fanatismo con *Gossip Girl*, ¿de acuerdo? Y nunca dije que fuéramos populares). Si yo hubiera matado a alguien en la universidad, sin ninguna duda ellas me habrían ayudado a enterrar el cadáver. Si no tenían demasiada resaca por haber estado de fiesta la noche anterior, claro.

Desde entonces, seguimos en contacto, pero nuestras vidas tomaron rumbos distintos. Divya volvió un tiempo a la India y ahora vive en Toronto con su prometido, que iba a la misma facultad de derecho que ella. Fallon y su esposo fundaron una empresa de venta de jugos prensados en frío y ahora tienen cuatro tiendas en distintos lugares de Canadá. Y Martha se mudó a Maine, de donde es su esposo, y está esperando su tercer hijo.

Miro los últimos mensajes –un debate sobre si Martha debería ponerle Harold al bebé o no (yo voté que no porque me imaginaba a un bebé raro con cara de viejo, arrugas y monóculo)– y empiezo a escribir.

[3:36]: Las extraño, chicas! Planeemos un viaje de reencuentro un día de estos

La verdad, no tengo dinero para un viaje en este momento, pero si compras con anticipación, a veces se consiguen vuelos desde Charlottetown a Toronto por menos de cien dólares.

Nadie responde de inmediato, pero eso no es raro. Almuerzo en mi escritorio mientras busco información sobre una licenciatura en Estudios Clásicos. Creo que me veo haciendo eso. Me gusta mucho la historia romana. O, por lo menos, me gustó mucho un pódcast sobre Julio César que escuché la semana pasada. Y seguro que con ese título podría conseguir trabajo en una galería de arte. Me imagino caminando por una galería, con el cabello recogido en un moño, una falda larga rozándome los tobillos, mis tacones repiqueteando sobre el suelo de mármol, hablando con alguien de… lo que sea que hablen los empleados de las galerías de arte.

Estoy escribiendo en el buscador «¿qué hacen los que trabajan en galerías de arte?» cuando me suena el teléfono.

[3:38] **Fallon:** Sería muy divertido!

Divya responde un momento después. Es un GIF de un grupo de chicas bailando. Me pongo a buscar precios de vuelos en el teléfono.

[3:39]: Quizá nos podríamos ver en Toronto en septiembre!
[3:40] **Fallon:** En esa fecha tengo la apertura de la nueva tienda en Calgary
[3:40] **Fallon:** Quizá el año que viene!
[3:41] **Divya:** Yo voy a estar demasiado embarazada en septiembre jaja

Me quedo mirando el mensaje, perpleja. ¿Divya está embarazada?

[3:41] **Martha:** Guau!!!! Felicitaciones!!!!

Respondo lentamente.

[3:41]: Guau! Te felicito!
[3:42] **Martha:** Para cuándo tienes fecha?
[3:42] **Divya:** 30 de septiembre

¿Treinta de septiembre? O sea que está… embarazada de cinco meses, si no me fallan las cuentas. Me pregunto por qué no nos había contado nada.

[3:43] **Fallon:** Qué locura
[3:43] **Martha:** Ya conseguiste una buena entrenadora de parto?

Ella y Divya se ponen a hablar de entrenadoras de parto un rato (no puedo evitar imaginarme a una entrenadora de hockey furiosa que le grita al obstetra desde el costado de la cama del hospital: «¿A eso le llamas epidural? ¡Te voy a mostrar lo que es una epidural!») y, cuando dejan de hablar del tema, vuelvo a intentarlo.

[3:47]: Con más razón, organicemos un viaje de reencuentro! Podemos ir a conocer al bebé!

Durante un minuto, nadie dice nada.

[3:48] **Divya:** Sí, podría ser!
[3:48] **Fallon:** Sería divertido
[3:49] **Martha:** Ya conseguiste un buen preescolar, Divya?

La charla sobre el preescolar se extiende unos minutos. Trato de volver a la conversación original, pero no tengo nada que agregar. Cuando la conversación se va apagando, propongo sin muchas ganas hacer una videollamada grupal algún día, y Divya y Martha aceptan con tanto entusiasmo que sé que nunca va a pasar. Fallon ni siquiera responde. Estoy bastante segura de que abandonó la conversación no bien empezaron a hablar de preescolares. Se ha quejado conmigo más de una vez de que a Martha solo le interesa hablar de sus hijos. Y eso es cierto, pero, a la vez, a Fallon solo le interesa hablar de su negocio. Como yo no tengo nada interesante que decir ni sobre hijos ni sobre negocios, la mayoría de mis conversaciones con ellas son unilaterales. Y mis charlas con Divya suelen ser bastante superficiales. Ella no puede hablar sobre su trabajo porque su bufete maneja casos muy delicados y confidenciales, y, como no tenemos muchas cosas en común, no nos queda otra que limitarnos a algunos intercambios insípidos e impersonales. «¿Cómo va todo? Muy bien. ¿Tú qué tal? No me puedo quejar. ¡Te queda hermoso ese corte de pelo! ¡Gracias, amiga!».

Apoyo el teléfono sobre el escritorio con un suspiro. Seguramente sea lo mejor. La verdad es que no puedo pagar un viaje en este momento.

La tarde se me hace larga. Practico un poco de francés con una aplicación gratis para aprender idiomas (en secreto, sueño con vivir algún día en París; será igual que en *Emily in Paris*, solo que voy a tratar de no ser nefasta), organizo mi escritorio y limpio las

ventanas. Ya desesperada, incluso voy al garaje para ver si Dave o John quieren que prepare café (no quieren).

Justo antes del cierre, John viene a la recepción con un cliente. Están discutiendo por… no sé qué. Alguna cosa que le pasa al auto del tipo. El cliente, un señor mayor, parece acalorado, y John habla con tono tajante, impaciente.

–No sé qué quiere que le diga –dice.

–Bueno, gracias por nada –ladra el hombre, con el rostro encendido, y se va hecho una furia.

–¿Qué pasó? –pregunto.

–¿Eh? –John me mira y pestañea, como si no se hubiera dado cuenta de que estoy sentada aquí. (Lo hace todo el tiempo. Trabajamos solo tres personas aquí, y yo soy una de ellas. ¿Tan difícil es recordarlo?)–. Ah. Nada.

¿Nada? ¿Un cliente se va furioso y dice que no es nada? ¿De verdad no le importa? ¿O piensa que soy demasiado estúpida para entender la discusión?

De pronto, estoy furiosa y, sin poder evitarlo, le digo de mala manera:

–Deberías tratar mejor a la gente.

–¿Qué? –me dice, mirándome otra vez con esa cara.

No parece ofendido, solo un poco sorprendido, y eso me hace enojar todavía más.

–Eres grosero con los clientes –le digo.

–Ah. –Mira hacia la puerta y vuelve a mirarme, como si estuviera atando cabos–. Ese tipo es un imbécil.

–Pero igual es un cliente –respondo–. Si quieres que siga viniendo…

–No quiero –dice John, y me mira como preguntando «¿ya está?».

–Ethel no es una imbécil, y con ella también fuiste grosero –digo, apretando los puños.

–¿Quién?

–¡Ethel! ¡La señora de la suspensión desgastada! –exclamo. Es la única manera de que John recuerde a los clientes: por las fallas que tienen sus autos.

–Ah –responde, totalmente impávido. Y después–: ¿A qué hora tengo clientes mañana? Tengo que hacer algo a la mañana.

Me dan ganas de gritar de frustración. Es como tratar de discutir con una pared. Una pared sosa y aburridísima cubierta de afiches de autos.

–A las nueve y media –respondo entre dientes.

–Bueno –dice, y se va.

Se terminó la conversación, supongo.

A las cinco, cierro la parte delantera del negocio y enfilo hacia casa. John y Dave todavía están haciendo ruido en el garaje, pero ya aprendí a no esperar a que terminen.

Conduzco de mal humor. Estoy tan desanimada que ni siquiera ver mi casa me levanta el ánimo. Quizá no soy imparcial, pero estoy bastante segura de que es la casa más bonita de toda la isla. Si te mostrara una foto, seguro me darías la razón. Está un poco alejada de la carretera, hay dos árboles enormes y frondosos en el patio delantero que la ocultan un poco, y atrás hay un gran patio trasero que desciende hacia el puerto. Las paredes son blancas, y las molduras de las ventanas y el techo de metal son del mismo tono verde oscuro. Tiene tres habitaciones, dos baños y una oficina, o sea que es aproximadamente mil millones de veces más grande que

cualquier otra casa que podría alquilar con mi sueldo actual. Los dueños se están quedando un tiempo en su apartamento de Nuevo México, y desde ya te digo que si me vienes a buscar el día que me digan que debo irme de la casa, me encontrarás llorando desconsoladamente en el baño.

Estaciono en la entrada y bajo a revisar el buzón. Me quedo haciendo tiempo un ratito por si la anciana que vive al lado me ve y quiere salir a charlar. Después de varios minutos infructuosos, me rindo y entro.

Me pongo ropa cómoda y deambulo sin rumbo por la casa. Podría preparar la cena, pero no tengo mucha hambre. Podría salir a correr, pero siento todo el cuerpo pesado, como si estuviera cargado. Podría tomar una copa de vino, pero me preocupa estar convirtiéndome en una de esas personas que beben solas demasiado seguido, y las nuevas directrices sobre el consumo de alcohol en Canadá (dos copas por semana, ¿a qué sádico se le ocurrió una cosa así?) me ponen un poco nerviosa. Tomo el teléfono para llamar a mis padres y recuerdo que están en un avión yendo a algún lado y que no podré contactarlos durante seis semanas.

Al final, me hago una bolita en el sillón, pongo *Ana la de Tejas Verdes* (la original de 1985, que ya vi como cincuenta veces desde que me mudé a la Isla del Príncipe Eduardo) y lloro un poco cuando Matthew muere al final.

Solo porque es una película triste.

Nada más.

CAPÍTULO 3

Muy bien. Un nuevo día. Aquí vamos.

Salió el sol, los árboles están empezando a florecer y, como diría Ana la de Tejas Verdes, cada día es un nuevo día, sin errores.

(Creo que lo que dijo en realidad fue «todavía sin errores», pero no me gusta tanto esa versión. Parece como si los errores fueran inevitables).

Me preparo un café y una tostada crujiente con mantequilla de maní, me siento a la mesa de la cocina y abro Wordle. Día trescientos dos, aquí vamos.

Empiezo con LISTA. Lista para un nuevo día.

La A está verde. La L está amarilla, y las otras, grises. Mmm.

MUELA. Si sigo comiendo tantos dulces, me va a dar dolor de muela (y no voy a tener dinero para pagar el dentista porque me voy a haber gastado todo en dulces. Ah, la ironía).

Rayos. La L sigue estando en el lugar equivocado, y no acerté ninguna.

Bueno. Voy a cambiar de estrategia. Necesito eliminar otras letras.

FLOJA. No tengo que ceder a la sensación de estar caminando por la cuerda floja.

Ahora la L está en el lugar correcto, pero las demás letras siguen grises. Igual ya descarté muchas opciones. Sé que no hay otras vocales, solamente la A, así que tiene que aparecer más veces.

A y L.

L y A.

CLARA, escribo. Me gustaría tener la mente más clara.

¡Ajá! La C y la R están grises, pero las demás letras están verdes.

¿Será LLANA? No, un momento, ya sé que no lleva L al principio. «Alagar» sin hache es una palabra ¿no? ¿Algo de lagos?

ALAGA.

Mierda, mierda, mierda. Sí existe, pero está mal, y ahora solo me queda un intento.

_LA_A.

¿Por qué hay tantas palabras que podrían ser? ¿FLAMA? No, no lleva F ni M. ¿PLATA? No, no lleva T.

Vamos, cerebro. Piensa.

Cierro la aplicación un momento y dejo que mi mente divague. Reviso mis correos electrónicos (nada), mi cuenta bancaria (ja), la nueva aplicación de citas que estoy probando.

¡Vaya! Hay un mensaje.

Lo abro con un poco de nervios. Lo que tiene la Isla del Príncipe Eduardo es que es muy idílica y hermosa, pero solo hay ciento cincuenta mil habitantes, más o menos, y estoy bastante segura de que el ochenta por ciento tiene más de sesenta años. Así que es un poco arriesgado tratar de usar una app de citas aquí. Los últimos que me mandaron mensajes eran cincuentones y, o sea…, quizá eran divinos, y seguro que a otras personas no les molesta la

diferencia de edad, pero yo tengo una regla: si están más cerca de la edad de mis padres que de la mía, los rechazo amablemente.

Pero este tipo, el que me mandó un mensaje, parece bastante joven. Miro su perfil. Se llama Arjun, tiene veintinueve años, trabaja de ingeniero en Charlottetown… Su película favorita es *Duro de matar* (es una respuesta tan común que la app quizá debería ponerla por defecto en los perfiles de hombres). Su foto de perfil no es muy nítida, pero se nota que es lindo, con el pelo corto y oscuro y una sonrisa muy amigable.

Lo mejor de todo es que no me mandó nada raro ni vergonzoso, solo un mensaje normal. «Hola, ¿cómo estás?».

Con un agradable cosquilleo de nervios, le mando un mensaje. Y, para cuando me sirvo la segunda taza de café, ¡ya respondió!

Nos mensajeamos un rato (lo de siempre: un gusto, cómo va tu día, etc.) y lo hago reír, o, al menos, escribe «jaja», cuando le digo que pienso que *Duro de matar* debería ser la opción por defecto en los perfiles de hombres. Charlamos un rato sobre películas (me cuenta que estaba indeciso entre *Duro de matar* y *El lobo de Wall Street*, y argumento que *El origen* es la actuación más icónica de Leonardo DiCaprio) y, en media hora, ya pactamos una cita para mañana a la noche en Charlottetown.

Me visto para ir a trabajar, cantando alegremente por lo bajo, y pienso que un día de estos tendría que hacer un maratón de películas de Leonardo DiCaprio. Podría mirar *El lobo de Wall Street, El origen, La isla siniestra*, y algunas de las más viejas como *La playa* y *Titanic…*

Un momento. La playa.

PLAYA.

Es arriesgado porque es mi última oportunidad, pero tomo el teléfono, abro Wordle, escribo las letras… ¡y es esa! ¡PLAYA! ¡Esa es la respuesta!

Hago un bailecito en mi habitación. ¡Trescientos dos días! ¡Solo me faltan sesenta y tres para llegar al año!

Dejo de bailar abruptamente. La verdad, sesenta y tres días son un montón de días. ¿Y si mañana me toca una palabra muy rara, como XENÓN o ZAFRA? Si pierdo después de trescientos dos días…

Bueno, no va a pasar nada, supongo.

Pero me voy a sentir muy decepcionada.

Tomo mi bolso y salgo para el auto. Mi vecina, la señora Finnamore, está regando las plantas del jardín, vestida con unas botas de goma y un albornoz rosa.

–Buenos días, señora Finnamore –la saludo.

–Buenos días, querida –responde.

La señora Finnamore es muy dulce. Me invitó a tomar el té un par de veces desde que me mudé aquí y, a cambio, yo trato de estar atenta por si necesita algo. Creo que a veces se olvida de que tiene ochenta y ocho años, y la pesco tratando de levantar una bolsa de veinte kilos de sustrato ella sola, o tratando de limpiar las canaletas sin que nadie le sostenga la escalera.

–Voy a ir a hacer las compras más tarde –le digo–. ¿Necesita algo?

–No, gracias.

La saludo con la mano otra vez y me subo al auto, tarareando. Hoy estoy decidida a estar contenta. El día ya es mejor que ayer, ¿no? Jugué a Wordle ¡y mañana tengo una cita! Eso es emocionante.

Mayormente emocionante.

Bueno, diría que estoy noventa y cinco por ciento emocionada y cinco por ciento aterrada. Y ya sé que «aterrada» parece una palabra fuerte, pero tratar de conocer gente a través de aplicaciones de citas es medio raro. Es como si participaras de un rito social extraño llamado «La primera cita». Llegas, intercambias comentarios amables, hablas de esto y aquello, comes algo, quizá te ríes un poco, pero toda la situación es como estar en una entrevista laboral. Una entrevista rara en horario nocturno, para un puesto en el que a veces tendrás que trabajar desnuda.

Y tú y tu cita saben por qué están ahí, pero no lo dicen explícitamente y, al final, siempre hay un momento incómodo en el que te dan ganas de decir: «Muy bien, gracias por venir. Vamos a revisar tus referencias y te contactamos».

Y eso suponiendo que te toque un chico agradable, y no uno que quiere convencerte de ir a su casa para tener sexo. Bueno, ¿podemos hablar un poquito de eso? Porque el tema no es solo que es muy molesto tener que inventar excusas para sacarte de encima a los tipos insistentes (porque si tratas de decirles la verdad, que no te interesa, o se ponen hoscos y a la defensiva o directamente son groseros), sino que, a veces, la idea de tener una aventura de una noche me resulta atractiva. Veo en la aplicación a un tipo que es guapísimo, pero que a todas luces no es para proyectar una relación a largo plazo, y pienso: quizá debería tener una cita con él, pasar una noche divertida y listo. Pero ese es el problema con los hombres. Una no quiere tener sexo casual con los que están en la aplicación solo en busca de sexo casual, pero los buenitos no van a presionarte para tener sexo, o sea que queda en ti proponerlo, y yo nunca fui tan segura de mí misma como para hacer algo así.

Una vez, traté de pedirles consejo a mis amigas, pero ninguna había usado una aplicación de citas y no entendían bien de qué estaba hablando. Fallon conoció a su esposo, Ethan, haciendo una maestría (los dos eran los mejores alumnos de la clase, muy a lo Ana la de Tejas Verdes y Gilbert Blythe) y se casaron después de la graduación. Los padres de Divya le presentaron a su esposo, Ishaan, pero ellos ya se conocían hacía unos años por sus familias, y estudiaban derecho en la misma facultad. Y Martha conoció a su esposo, Jason, cuando estábamos en la universidad y, para cuando nos graduamos, ya estaba casada y esperando su primer hijo.

Cuando traté de contarles lo complicado que era usar aplicaciones de citas, sus respuestas fueron:

Divya: Dios, parece terrible

Cierto, pero no muy útil que digamos.

Fallon: No necesitas a un hombre! Además, no quieres primero tener una carrera encaminada?

También cierto, también no muy útil. Yo ya sé que no necesito a un hombre, pero me gustaría tener uno y, a este paso, si espero a que mi carrera esté «encaminada», voy a tener setenta y cinco años.

Martha: Hay algún filtro para ver si quieren tener hijos?

Es una pregunta válida, supongo, pero creo que también es la respuesta menos útil de las tres. Una vez le dije a Martha que creo

que no quiero tener hijos, y ella negó con la cabeza y me dijo «date tiempo», y después me contó por enésima vez que ella pensaba que no quería tener hijos hasta que conoció a Jason, y que no bien él le pidió casamiento, ella de pronto tuvo la certeza desde el fondo de su alma de que estaba lista para ser madre.

No digo que no me pueda pasar lo mismo algún día, pero me molesta un poco que me diga esas cosas. Así como Fallon está convencida de que la vida sin una carrera no tiene sentido, Martha está convencida de que la vida sin hijos no tiene sentido.

Supongo que mi vida es doblemente carente de sentido, entonces, porque no tengo ninguna de las dos cosas. Es carente de sentido-carente de sentido. Carente de sentido al cuadrado.

No, basta, Emily.

Niego con la cabeza con firmeza, como si pudiera alejar los pensamientos negativos de un sacudón. No voy a permitirme hundirme otra vez en la oscuridad. Hoy va a ser un día mejor.

Analyn, la hija de Dave, está saliendo del estacionamiento cuando llego al trabajo. La saludo con la mano con entusiasmo y bajo la ventanilla para poder hablarle. Tengo una especie de flechazo con Analyn. Es un poco más grande que yo, tiene treinta y algo, creo, e investigando en Facebook descubrí que fue a una escuela de cocina en Francia y que ahora tiene el restaurante con mejores reseñas de Summerside. Secretamente, tengo la fantasía de que un día entrará al negocio, nos pondremos a hablar y nos haremos buenas amigas. El problema es que las chances de que eso pase son prácticamente nulas, ya que trabaja como un millón de horas por semana y seguro ya tiene miles de amigas.

–¡Buenos días, Analyn! –la saludo alegremente.

–Buenos días –me responde, saludándome con la mano.

Luego, sale a la carretera y se aleja. Pero no pasa nada. Igual tengo que entrar al taller y ponerme a trabajar.

Respondo un par de mensajes telefónicos y limpio la capa de mugre de la ventana que parece haber vuelto a salir de la noche a la mañana, luego limpio los grifos del baño, plagados de huellas negras, la marca registrada de Dave y John. No sé cómo lo soportan. Yo ni siquiera trabajo en el garaje y así y todo me voy a casa con manchitas de aceite y grasa en la ropa.

(Pero ¿qué digo? Seguro que ni se dan cuenta).

John llega unos minutos pasadas las nueve, después de ese «algo» misterioso que tenía que hacer hoy a la mañana, y va directo al garaje sin detenerse en la recepción. La mañana se pasa bastante rápido, como nunca, con bastantes llamadas telefónicas y clientes que entran y salen. Ninguno se queda a charlar, pero hay una clara sensación de alegría en el aire. Es el día más lindo desde que empezó la primavera. El cielo está de un color azul radiante y oigo a los pajaritos cantando afuera. Es como si el mundo entero estuviera conspirando para ponerme de buen humor.

(Y sí, obviamente soy consciente de que el clima no tiene ninguna relación con mi vida, pero déjamelo pasar, ¿puede ser?).

A la hora del almuerzo, me siento en la sala de descanso y saco mi «lista para el trabajo de mis sueños» escrita a mano. Es una lista que empecé a redactar hace un tiempo, con todos los requisitos que tiene que cumplir el trabajo de mis sueños. Hasta ahora, dice esto:

1. Ubicación en una gran ciudad (como Nueva York, París, Londres)

Este ítem es muy importante. No me malinterpretes, los pueblitos me parecen encantadores, pero quiero estar en un lugar vibrante. Un lugar donde pueda conocer gente increíble e ir a galerías de arte y obras de teatro. Un lugar donde pueda ser parte de algo importante, un lugar donde realmente pueda hacerme un nombre.

2. Ámbito creativo

Este también es muy importante. No sé por qué decidí especializarme en ciencias, quitando que sentía que era lo que tenía que hacer. Todos mis profesores de la secundaria siempre me decían lo mismo: yo era una chica muy inteligente, tenía un futuro brillante por delante. Las chicas inteligentes con futuros brillantes no malgastaban su potencial en cosas tan inestables y hedonistas como el arte.

Todavía no tengo claro en qué área creativa me gustaría trabajar, pero no me cierro a ninguna opción: estoy atenta a pasantías en cine, fotografía, historia del arte…, cualquier cosa relacionada con la creatividad. Si tengo la mente abierta, sé que el trabajo perfecto algún día aparecerá.

3. Presencial

Este lo añadí después de la pandemia del COVID-19. En ese momento, tenía un par de trabajos temporales en Halifax, y todos pasaron a ser virtuales. Obviamente, tuve mucha suerte de tener la opción de trabajar virtual en lugar de que me despidieran, pero esa experiencia me enseñó que no sirvo para trabajar desde casa todos los días. Está bueno cada tanto, claro, pero a mí me gusta ver gente todos los días. Y me gusta tener una excusa para vestirme bien (y no solo de la cintura para arriba).

Esos tres son los que tengo hasta ahora, los requisitos innegociables, pero hoy tomé el bolígrafo y añadí un cuarto ítem.

4. Sueldo de seis cifras

Ya sé que parece superficial, pero es un tema que me viene rondando la cabeza desde que me puse a buscar esos vuelos a Toronto. Quiero poder darme pequeños lujos cada tanto (como un viaje de chicas o un día de spa) sin tener que estresarme por cada dólar que gaste. Y cuando digo seis cifras, no me refiero a que quiero ganar casi un millón por año ni nada de eso, estaría más que satisfecha con cien mil. (¿Más que satisfecha? A quién quiero engañar, estaría feliz de la vida). Y tampoco espero ganar eso de entrada. Pero si voy a volver a la universidad para obtener otro título, quiero que sea para tener una carrera que me dé más seguridad financiera a largo plazo.

Estoy mirando mi lista, complacida, cuando entra John a la sala de descanso. Mostrando interés, algo inusitado en él, se inclina sobre la mesa.

–¿Qué es eso? –Entrecierra los ojos y lee el título en voz alta–. «Lista del trabajo de mis sueños».

Frunzo el ceño. Cuando lo dice con ese tono, parece una estupidez.

–Sí –digo dignamente, al tiempo que muevo la mano para ocultar la parte de «sueldo de seis cifras».

–¿Este no es el trabajo de tus sueños? –me pregunta mientras abre el refrigerador. No es una pregunta sarcástica y, por algún motivo, eso me resulta más insultante.

–¿Piensas que el trabajo de mis sueños es ser recepcionista en un taller mecánico?

John desenvuelve un sándwich y se encoge de hombros.

–No sé. Es un buen trabajo, ¿o no? Con beneficios y esas cosas.

Bueno, ahora me siento una estúpida elitista.

–Sí, es un buen trabajo –respondo, cortante–. Pero eso no es lo mismo que el trabajo de tus sueños.

Él le da un mordisco al sándwich y, con la boca llena, me pregunta:

–¿A qué te refieres con el trabajo de tus sueños?

Estoy estupefacta. En parte, porque es la conversación más larga que tuve con John, como por cien palabras, y en parte porque ¿cómo no va a saber qué es el trabajo de tus sueños?

–Es algo que estás destinado a hacer –le digo–. Tu pasión. Tu propósito en la vida. Algo que amas tanto que ni siquiera se siente como un trabajo.

–No creo que eso exista –repone él, con un resoplido–. Todos los trabajos se sienten como un trabajo.

–No es cierto –digo, poniendo los ojos en blanco–. ¿O piensas…? –Busco un buen ejemplo, un ejemplo que él pueda entender–. ¿Piensas que los pilotos de carreras profesionales ven lo que hacen como un trabajo?

–Sí –responde él, totalmente inexpresivo–. Por más que te guste lo que haces, igual a veces lo vas a sentir como un trabajo.

–Entonces, ¿este es el trabajo de tus sueños? ¿O es algo con lo que te conformaste y ya?

John se encoge de hombros.

–Me gusta trabajar aquí. Y estar contento con tu vida no es conformarte.

–Bueno, bien por ti –le digo con frialdad–. Algunos todavía estamos buscando, así que con tu permiso, voy a seguir con mi lista.

John le da otro mordisco al sándwich y se aleja. Lo miro con mala cara y añado otro ítem a la lista.

5. Sin colegas irritantes y básicos que no entienden nada sobre los sueños

CAPÍTULO 4

Ya está cayendo el sol cuando llego a Summerside la noche siguiente para encontrarme con Arjun. Estoy un poquito estresada porque estoy llegando tarde (el dueño del taller, Fred, apareció justo cuando me estaba yendo y decidió, después de casi doce meses sin mostrar ningún interés, que quería ver cómo me estaba yendo) y también porque el auto no arrancaba cuando salí de casa. Tuve que probar cuatro o cinco veces hasta que funcionó. Me pregunto si tendrá la suspensión desgastada, como el auto de Ethel. Después de dejar el auto en el estacionamiento del restaurante, bajo y me arrodillo para mirar debajo, pero como no sé bien qué es lo que estoy buscando (ni tampoco qué es la suspensión), es difícil darme cuenta de si hay algún problema.

Me sacudo la tierra de las rodillas y me levanto. Antes de entrar, tomo rápido el teléfono y abro Wordle. Por eso también estoy estresada. Todavía no pude adivinar la palabra de hoy. Después de dos intentos fallidos (BUQUE y AMIGA, que al menos me dio una I en el lugar equivocado), probé con ÓXIDO. Me fue un poco mejor: la D y una de las O están amarillas (letra correcta, lugar equivocado). Eliminé unas cuantas letras con las tres palabras que no adiviné, pero igual estoy bloqueada, y solo me quedan tres intentos.

¿Qué palabra tiene O, I y D?

¿OÍDOS?

No, ya sé que la O no va primera.

¿DILDO?

Suelto una risita y niego con la cabeza. Madura, Emily. *El New York Times* no va a poner DILDO como respuesta de Wordle. Además, las últimas letras están en el lugar equivocado.

Me quedo mirando la pantalla unos segundos más hasta que me acuerdo de que estoy llegando tarde. Abro la cámara y la pongo en modo selfi para revisar rápidamente mi reflejo –sip, lo mismo de siempre: ojos color avellana, cabello castaño largo, un montón de pecas–, luego guardo el teléfono en el bolsillo y entro deprisa al restaurante, donde Arjun me está esperando junto a la puerta. Es igual de lindo que en la foto y está bien vestido, de camisa y pantalones oscuros. Atravesamos el momento incómodo de saludarnos con tono simpático («disculpa, ¿tú eres…?», «ah, sí, claro, un gusto») y después nos acercamos a la recepcionista para pedirle una mesa. Por suerte, no tenemos que esperar, y la mujer nos acompaña a una mesa junto a la ventana.

–La camarera vendrá en un segundo –nos informa.

Mientras Arjun y yo nos sentamos, miro a mi alrededor. El restaurante está bastante lleno para ser día de semana.

–Cuánta gente –comento, acomodándome la servilleta sobre la falda.

–Mucha –responde Arjun y nos sonreímos durante un segundo, algo incómodos.

–Eh, dime –digo con tono alegre–, ¿a qué te dedicas?

–Soy ingeniero.

–Ah, cierto. –Me doy una palmada en la frente–. Lo decía en tu perfil.

–Y tú eras recepcionista en algún lado, ¿no?

–En un taller mecánico, sí.

–Qué bien –dice él, asintiendo.

–No, la verdad que no –respondo con una mueca.

–No, lo digo en serio –insiste–. O sea, el mundo necesita recepcionistas, ¿no?

Sé que no lo dice con maldad, pero, la verdad, no sé qué responderle. Sonrío y asiento, y otra vez se hace silencio. Casi al mismo tiempo, miramos por la ventana, como si pudiéramos extraer alguna conversación de la tranquilla calle de Summerside. Por lo general, se me da bastante bien pensar en temas de conversación para las primeras citas, pero siento que hoy tengo el cerebro embotado. Además, una buena parte de él sigue intentando descifrar la palabra de Wordle.

O, I, D.

D, I, O.

DIODO. Es una palabra, ¿o no? Creo que tiene algo que ver con los electrodos. Ya sé que no puede ser esa, porque no termina en DO, pero igual podría usarla para ver dónde van algunas letras. Echo un vistazo a mi celular disimuladamente, pero sería muy descortés ponerme a usarlo ahora.

–Qué lindo está el tiempo, ¿no? –digo.

–Hermoso –responde Arjun.

Trato de pensar en algún comentario ingenioso para añadir, pero tengo la mente en blanco.

–En cualquier momento se viene el verano –termino diciendo.

Arjun asiente con la cabeza, pero no responde y, la verdad, no lo culpo.

Nos salva la camarera, que justo aparece con una libreta y una sonrisa.

–¿Quieren tomar algo?

–Agua, por favor –le digo.

–¿No quieres un trago? –me pregunta Arjun.

–Ojalá pudiera –respondo, negando con la cabeza–. Tengo que volver conduciendo hasta Waldon.

–Ah.

Arjun asiente, comprensivo, pero noto un atisbo de decepción en su mirada. No me sorprende en lo más mínimo. Ya tuve bastantes primeras citas y entendí que muchos hombres piensan que sin alcohol no hay diversión (o sea, sexo), lo cual es bastante irritante, pero también es un muy buen filtro. Un tipo con el que salí el mes pasado me insistió tanto para que me pidiera un trago que terminé fingiendo que me llamaban por una emergencia para irme.

Arjun se pide una cerveza, y la camarera sonríe y desaparece.

Respiro hondo para calmarme y me inclino hacia adelante con una sonrisa decidida. No voy a quedarme aquí como una estatua solo porque estoy teniendo un día medio raro.

–Cuéntame –le digo, simpática–, ¿te gusta tu trabajo?

–Sí, mucho. ¿Y a ti?

–Está bien –respondo después de un momento de duda–. Todavía estoy tratando de encontrar el trabajo de mis sueños.

–El trabajo de tus sueños –se ríe Arjun–. ¿Como ser famosa o algo así?

–No. Bueno, tampoco me opongo –respondo entre risas–. Pero quiero encontrar algo que me apasione, ¿sabes?

–Sí, te entiendo –dice él–. En un momento, pensé en hacer ingeniería química, pero después dije no, demasiado aburrido.

–¿Te digo la verdad? Nunca entendí la diferencia entre los distintos tipos de ingeniería. –Ni qué hace un ingeniero exactamente, pero eso no se lo voy a decir–. O sea, sé que existe la ingeniería química, pero no sé qué significa.

–Claro. Mira, la ingeniería química tiene que ver con plantas de tratamiento y cosas así, muy aburridas, pero la ingeniería civil…

–¿Eso es lo que haces tú?

–Sí. Es mucho más interesante. Por ejemplo, ahora estoy dirigiendo un proyecto con una empresa enorme, Traho. Seguramente hayas visto sus edificios en Charlottetown, y también trabajan mucho en el oeste…

Arjun sigue hablando de la empresa un rato. Un rato tan largo, en realidad, que me empiezo a distraer. Juro que estoy tratando de ser educada y de prestar atención, pero no paro de pensar en Wordle.

D, I, O.

O, I, D.

TODÍN. No, eso no es una palabra.

¿DORIS? Eso sí es una palabra, pero no creo que la aplicación acepte nombres propios.

¿DISCO? Pero la O no está en el lugar correcto.

–¿Entiendes? –dice Arjun.

Mierda.

¿Si entiendo qué cosa?

Abro la boca para dar una respuesta que no diga nada, pero la camarera, que viene a tomarnos el pedido, llega justo a tiempo y me salva. Elijo lo primero que veo en el menú y, cuando se va, me obligo a concentrarme. Le pregunto a Arjun dónde estudió y escucho atentamente las anécdotas que me cuenta sobre la universidad, pero después de más o menos media hora, ya me doy cuenta de que él y yo no somos tal para cual. Es bastante simpático y no es que haya dicho algo malo ni nada, pero no tenemos el mismo sentido del humor y no me pregunta nada sobre mí, ni siquiera cuando dejo que el silencio se prolongue a propósito para ver si lo rompe él primero. Termino haciéndole una pregunta tras otra, como si fuera la conductora de un programa de entrevistas. A él parece gustarle (a todos les encanta hablar de sí mismos, eso lo aprendí hace como cincuenta primeras citas) y, mientras habla, aprovecho para comer lo que pedí, un sándwich de langosta con patatas.

Cuando se levanta para ir al baño, lo primero que hago es tomar mi celular.

DIODO, escribo.

Mmm. La D está verde, así que de algo sirve, pero no se me ocurre ni una palabra con D, I y O que empiece con D. (Además de DILDO, que por algún motivo no me puedo sacar de la cabeza). No paro de pensar en palabras que terminan con O, aunque ya sé que así no es.

–¿Todo bien? –me pregunta Arjun cuando vuelve a la mesa.

–Ah, sí. –Suelto una risa forzada y le muestro la pantalla–. Vengo usando esta aplicación, Wordle, pero no logro descifrar la palabra de hoy.

–Qué mal. –Arjun se termina el último trago de cerveza y toma su celular–. Ahora la busco.

–¡No! –exclamo cuando empieza a escribir, y la mujer de la mesa de al lado se sobresalta. Ups. Hablé demasiado fuerte–. Digo, no, gracias –añado, sonrojándome–. Es que… no quiero perder mi racha. Y hacer trampa no cuenta.

–¿Cuántos días llevas de racha?

–Trescientos dos –respondo, irguiéndome.

–¿Juegas a esto todos los días desde hace casi un año?

–¡Sí! Ya es prácticamente parte de mi rutina. Todos los días, me levanto y juego a Wordle mientras me tomo un café. –Me inclino hacia adelante, entusiasmada, con la idea de contarle sobre las palabras más difíciles que me han tocado… pero entonces me percato de su expresión. Es la misma mirada educada y ausente que debo tener yo misma cuando no me queda otra que escuchar a John y Dave hablar sobre autos. Suelto una risita débil y apoyo la espalda contra la silla–. No es tan interesante, la verdad.

–No, está bueno –dice con amabilidad.

Otra vez se hace silencio. Él juguetea con su vaso vacío. Miro a una mujer que estaciona el auto en la acera de enfrente. Trato de pensar en más cosas para preguntarle, pero, la verdad, no se me ocurre nada.

La camarera viene otra vez y se lleva los platos vacíos.

–¿Quieren ver la carta de postres?

Arjun y yo nos miramos y, por primera vez en toda la noche, creo que estamos en total sincronía.

–No, solo la cuenta, por favor –respondo en nombre de los dos.

CAPÍTULO 5

Cinco minutos y un incómodo abrazo de despedida después, estoy sentada sola en el auto, mirando la pantalla del celular.

I, D, O.

D, I, O.

O, D, I.

¿Cuál es esta maldita palabra?

Exhalo frustrada, guardo el celular y me dirijo a la carretera que va de Summerside a Waldon. Conduzco un par de kilómetros por encima del límite de velocidad, prestando atención a si aparece algún animal al costado de la carretera. Lo importante es no entrar en pánico. Son las once menos cuarto de la noche. Dentro de una hora, ya voy a estar en casa y me voy a preparar un té de manzanilla y voy a escribir todas las combinaciones posibles con las letras que me faltan hasta descifrar esta estúpida…

¡Bum!

Suelto un grito cuando el auto se sacude debajo de mí. Doy un volantazo para salir de la carretera y me detengo en el estrecho arcén de gravilla justo un segundo antes de que el auto se apague por completo. No hay luces, no hay ruido de motor, no hay nada.

Giro la llave desesperada para prenderlo otra vez, pero no pasa nada de nada.

Pongo el freno de mano, quito la llave del arranque y me quedo sentada ahí, en ese silencio repentino, sintiendo el latido desbocado de mi corazón.

¿Qué acaba de pasar?

Pongo la llave en el arranque otra vez, pero la quito de inmediato. ¿Y si trato de prender el auto y pasa algo malo? ¿Y si explota el motor? ¿Los motores pueden explotar? Dios, ¿por qué nunca presté atención a las cosas aburridas de autos que hablan Dave y John?

Me paso la mano por el pelo y giro en el asiento, mirando a mi alrededor. Estoy completamente sola. No hay ningún otro auto a la vista. Me rodea el bosque oscuro y profundo a ambos lados de la carretera y, cuando miro hacia el lugar más cerca de mí, juro que veo una figura oscura moviéndose entre los árboles. Se me llena la cabeza de imágenes de osos y coyotes y asesinos seriales.

No.

Así no se puede.

–Está todo bien –me digo con firmeza–. No hay por qué tener miedo.

Tomo el celular y busco «servicio de remolque Isla del Príncipe Eduardo» y, gracias a Dios, aparecen dos servicios de remolque las veinticuatro horas. Los dos quedan en Charlottetown, más o menos a una hora de distancia, pero el primer sitio dice claramente «brindándole servicios a toda la Isla del Príncipe Eduardo desde 1982». No sé bien dónde estoy en este momento, pero sí sé que entra dentro de «toda la Isla del Príncipe Eduardo».

Respiro profundo para calmarme y presiono el botón de llamar.

Y luego corto.

Primero voy a fijarme rapidito cuánto cuesta remolcar un auto.

«Remolque auto precio Isla del Príncipe Eduardo», escribo en el buscador.

A ver… Un momento.

Esto no puede estar bien.

¿Hasta doscientos cincuenta dólares? ¿Por un remolque?

Sigo mirando los resultados de búsqueda, con la esperanza de que alguno diga otra cosa, pero, por primera vez en la historia de internet, todo el mundo está de acuerdo.

Me podría costar hasta doscientos cincuenta dólares remolcar el auto.

Abro mi cuenta bancaria, que sé con certeza que solo tiene novecientos dólares. La semana que viene tengo que pagar el alquiler, y la otra semana tengo que pagar mi préstamo estudiantil, y después el celular…

No puedo pagar esto. No puedo pagar el remolque. Y ni siquiera puedo llamar a mis padres para pedirles que me presten dinero porque están en algún pueblito hermoso y remoto de Nueva Zelanda sin señal en el celular. Y no puedo llamar a nadie más porque no tengo a quién llamar.

De pronto, se me forma un nudo caliente y opresivo en la garganta y me empiezan a picar los ojos, como presagiando lo que está por venir. Sacudo la cabeza, enojada. No voy a llorar por esto. No. Me la voy a tener que aguantar y voy a pagar el remolque con la tarjeta de crédito, y después voy a pagar tarde alguna de las otras facturas. O le voy a rogar a Fred que me dé un adelanto del sueldo.

Quizá le ofrezca hacer horas extra o limpiar esa mancha asquerosa detrás del refrigerador que está ahí desde que empecé a trabajar.

Una luz brillante resplandece en el espejo retrovisor. Me estremezco, alarmada (los coyotes y los asesinos seriales todavía acechan en los rincones de mi mente), y después me relajo un poco al ver que solo es un auto.

Bueno, podría ser un auto lleno de asesinos seriales. O un auto lleno de coyotes, aunque eso sería más raro.

El auto se está acercando. Tengo que tomar una decisión. Salir, parar el auto y arriesgarme a ser la protagonista de uno de esos documentales de asesinatos espantosos (me imagino a la camarera del restaurante dando un testimonio entre lágrimas, diciendo algo como: «Si hubiera pedido postre, quizá aún estaría viva»), o no hacer nada y dejarlo seguir de largo.

Me estoy inclinando por la segunda opción cuando me doy cuenta de que ya es demasiado tarde. El auto reduce la velocidad y se detiene en el arcén, detrás de mí. Es un auto bajo, con el capó largo, exactamente la clase de auto que me imagino que debe conducir un asesino o un narcotraficante.

Dios santo. El corazón me comienza a latir desenfrenado. Siento que es el comienzo de una película de terror.

Bueno. Concéntrate, Emily.

Hice un par de cursos de defensa personal y la instructora dijo que lo más importante es tener el control de la situación. Si es un asesino, necesito poder sorprenderlo, no quedarme aquí atrapada en mi auto roto. Tomo el bolso (no tengo nada de valor, pero se lo puedo arrojar a la cara y salir corriendo al bosque) y abro la puerta del auto con determinación.

La puerta del otro auto también se abre –veo unas piernas de hombre– y sujeto fuerte el celular, lista para llamar al 911 en cualquier momento…

–¿Emily?

Todo el aire de mis pulmones sale en forma de un suspiro de alivio.

Es John.

Cielos. Nunca estuve tan feliz de ver a John en toda mi vida. (Aunque supongo que eso no es mucho decir, considerando que, por lo general, no me alegra para nada verlo).

–Hola –le digo con voz temblorosa–. ¿Qué haces aquí?

–Estoy volviendo a casa. –Sus pisadas crujen sobre la gravilla–. ¿Le pasó algo a tu auto?

–Hizo un ruido y dejó de funcionar –le digo, y me da vergüenza lo finita y asustada que me sale la voz. Carraspeo y continúo–: Estaba por llamar a un remolque.

–¿Las llaves? –me pregunta, frunciendo el ceño.

Se las doy y se sube al asiento del conductor. Doy un paso atrás, cautelosa.

–¿Estás seguro de que no va a explotar?

John me mira como tratando de descifrar si estoy bromeando.

–No va a explotar.

Gira la llave, pero no pasa nada. Lo sigo, dubitativa, cuando va adelante del auto y abre el capó. Se queda mirando el motor un par de minutos y luego toca y mueve cosas que no sé qué son. Lo miro en silencio y me estremezco un poco por la brisa. Es raro ver a John afuera del trabajo. Se ve… distinto. Para empezar, no tiene puesto el mameluco del taller, y tampoco tiene las manos llenas de grasa. En

jean y camiseta oscura, se ve…, bueno, se ve algo atractivo, la verdad. Para ser una estatua carente de emociones, claro.

–¿Cuándo fue la última vez que le cambiaste la batería? –me pregunta.

Uh. ¿Se supone que tengo que hacer eso?

–Eh… Creo que los dueños anteriores se la deben haber cambiado –respondo.

–¿Hace cuánto les compraste el auto?

–Eh…, hace nueve o diez años. –No pienso contarle que, en esa época, el auto ya tenía veinte años. Carraspeo–. ¿Cada cuánto hay que cambiar la batería?

–Más de una vez cada diez años. ¿No se prendió la luz del motor?

–Sí, tenía una luz prendida –admito, ruborizándome–. Pero pensé que era como… una advertencia.

–Es una advertencia –dice John–. Te advierte que hay un problema con el motor.

–Ya sabes lo que quiero decir –repongo, molesta–. Pensé que tenía más tiempo para ocuparme.

–¿Hace cuánto se prendió?

–Eh…, un par de semanas –digo. (Doce, para ser precisa)–. ¿Lo puedes arreglar?

–Sí. Que te lo remolquen hasta el taller.

–¿No puedes arreglarlo aquí? –pregunto, hundiendo los hombros.

–No. –John se limpia las manos en el dobladillo de la camiseta–. Un amigo tiene un remolque, ¿quieres que lo llame?

–No sé. Podría llamar a un servicio de remolques. –Y atrasarme con el préstamo estudiantil y comer comida instantánea todos los días.

–En esos lugares te van a cobrar una fortuna –responde John, frunciendo el ceño–. Liam no te va a cobrar nada. Corre conmigo en la pista, y me debe como dos mil cuatrocientos dólares en repuestos.

–Ah. –Cambio de posición, incómoda. Quisiera negarme, pero ¿qué opciones tengo? John me está ofreciendo una solución perfecta, por más que me dé cosa aceptar–. Bueno… Sí, está bien. Digo, si estás seguro de que no le molesta.

–Ahí lo llamo –dice John.

Vuelve a su auto a buscar el teléfono, y echo un vistazo al mío mientras él habla. Son más de las once de la noche. El pobre amigo de John seguro está durmiendo, y vaya una a saber dónde vive. Si tiene que conducir mucho tiempo para llegar hasta aquí, seguro se va a fastidiar.

Y a mí se me va a pasar la hora para descifrar la palabra en Wordle. La medianoche llegará y se irá, y yo perderé mi racha.

Eso es menos importante que lo de molestar al amigo de John, claro.

(Pero ¡mi racha!).

–Hola, amigo –dice John, volviendo para donde estoy yo con el teléfono en la oreja–. ¿Todavía tienes el remolque que Randy y yo usamos aquella vez? Buenísimo. ¿Podrías pasar a buscar un auto? –John se queda escuchando un momento y se ríe de algo que dice el otro–. No, ¿te conté lo que pasó con el radiador?

El hombre al otro del teléfono dice otra cosa y John se queda callado un rato. Disimuladamente, desbloqueo el celular y abro Wordle. No es demasiado tarde. Yo puedo. Ya sé que tiene D, I y O, y que empieza con D y no termina con O. Solo me faltan dos letras.

Voy a repasar todas las que todavía no usé para ver qué palabras puedo armar.

VICOD.

WODIS.

No. Estoy inventando cualquier cosa.

MODIL.

¿Será una palabra MODIL? Me suena a que sí. Algo relacionado con la moda quizás. Me imagino una nota en una revista: «Revolución en el universo modil por el lanzamiento de la última colección de Gucci». Igual no me va a servir de mucho porque ya sé que la D no va ahí, pero no se me ocurre nada más.

Con el corazón en la boca, la escribo y doy *enter.*

Mierda. La palabra no está en el diccionario.

–¿Emily?

Levanto la vista. John dejó de hablar por teléfono y me está mirando.

–Perdón –le digo rápidamente.

–No pasa nada. Liam está en camino.

–Gracias –respondo, aliviada–. Es muy amable de su parte. Espero que no tenga mucho viaje.

–Está aquí cerca. ¿Quieres esperar en mi auto? Hace un poco de frío.

–Sí, gracias –le digo, un poco incómoda. Entramos a su auto que, viéndolo más de cerca, es una especie de… algo *vintage*. Pero es lindo por dentro y está mucho más limpio que mi auto. John se sienta detrás del volante y, por un momento, nos quedamos callados–. Muchas gracias por frenar –le digo–. Menos mal que fuiste tú y no un asesino serial.

–Como el principio de una película de terror mala –responde John.

–¡Exactamente! –Me río un poco y otra vez se hace un silencio incómodo. Miro el teléfono. Las once y dieciséis. Faltan cuarenta y cuatro minutos para la medianoche. Carraspeo–. ¿Qué estabas haciendo en Summerside? –le pregunto, y hago una pausa al darme cuenta de que no sé dónde vive John–. ¿O vives ahí?

–Mis padres viven ahí.

–Ah. –Otra vez se hace silencio. En serio, John podría colaborar un poco, ¿o no? Es como la segunda parte de mi cita tensa con Arjun–. ¿Y… les gusta vivir ahí?

–Se mudaron ahí al jubilarse –dice, asintiendo.

–¿Dónde vivían antes?

–En Montreal.

–Ah. –Me incorporo un poco–. ¿Hablan francés?

–Mi papá sí. Nació en Toronto, pero se crio en Quebec. Y la familia de su mamá es de Francia.

¡Francia! Miro a John, que de pronto se volvió más interesante.

–¿Y tú fuiste alguna vez?

–Un par de veces.

–¿Y? –insisto–. ¿Cómo es?

–Está bueno.

Contengo las ganas de poner los ojos en blanco. «Está bueno». Los franceses deberían poner eso en sus folletos turísticos.

–Espera, ¿o sea que también hablas francés? –le pregunto–. ¿Francés y portugués? –John asiente–. Guau. –Ahora sí que me da curiosidad saber en qué idioma piensa. Pero no me atrevo a preguntarle otra vez. No quiero que me lance otra de esas miradas incrédulas–. Debe ser muy útil.

–¿En Waldon? –John me mira con una ceja levantada.

–Eh… Bueno, no, quizá no. Yo decía más bien para viajar y esas cosas…

Me quedo callada y John no responde. La verdad, no sé por qué sigo tratando de comunicarme con él.

Al diablo. Si él no quiere hablar conmigo, bien podría seguir probando suerte en Wordle. Saco el teléfono tratando de mostrarme ofendida (aunque ni que John fuera a darse cuenta) y abro la aplicación. Me quedan dos intentos. Yo puedo.

D, O, I.

D, I, O.

¿Y qué tal… DISÓN? ¿Existe esa palabra? La escribo lentamente y doy *enter*. Y… mierda, sí existe. Pero está mal. La I y la O siguen amarillas, y la S y la N están grises.

Me quedo mirando la pantalla con impotencia. Solo me queda un intento, y no se me ocurre ni una palabra para probar. Estoy totalmente bloqueada.

–Rayos –murmuro.

John me mira. No me pregunta qué me pasa (típico de John), pero parece que le da un poco de curiosidad.

–¿Eres bueno con las palabras? –le pregunto, desesperada.

–No sé –responde, encogiéndose de hombros, y echa un vistazo a mi teléfono–. ¿Estás jugando a Wordle?

Me sorprende que sepa lo que es. Asiento, con actitud derrotada, y le muestro el celular.

–Estoy por perder mi racha.

Él se acerca un poco más para mirar la pantalla y, a pesar de la frustración que me genera, una partecita de mi cerebro no puede

evitar notar que huele muy bien. Como leña ardiendo en una noche fresca de otoño.

–Pero ya casi la tienes –me dice–. Ya sabes que empieza con DO.

Miro la pantalla con el ceño fruncido. ¿Sé eso? Vaya, tiene razón. Por los intentos anteriores, ya sé que la O no va tercera, cuarta ni quinta, o sea que tiene que ir segunda.

DO _ _ _. Y uno de esos espacios en blanco es una I.

–DOCHI –digo en voz alta, mientras pienso–. DOTIR. Esas no son palabras.

–No –coincide John, con una sonrisa mal disimulada.

–DORMÍ –digo–. Podría ser esa… Ah, no, pero no lleva M. –John me mira, y algo de su rostro inexpresivo me hace resoplar–. Bueno, no es DORMÍ.

–No eres muy buena en esto –dice.

Giro la cabeza, indignada.

–¡Sí que soy buena! Para que sepas, llevo una racha de trescientos dos días. Pasa que estoy bloqueada. Fue un día largo –añado–. Se me rompió el auto, tuve la primera cita más mediocre de la historia, no tengo dinero y estoy destinada a morir sola…

–¿Y si la I fuera la anteúltima letra? –me interrumpe John–. ¿Pensaste alguna palabra así?

–Ya descartamos DOTIR, y no me quedan tantas consonantes. A menos que pienses que DÓVIL es una palabr…

Un momento.

Juro que escucho el momento exacto en que mi cerebro hace «clic», como si la última pieza de un rompecabezas encajara en su lugar. Porque ¿sabes qué rima con DÓVIL?

–DÓCIL –digo en voz alta.

–Ahí va –responde John, asintiendo.

Empiezo a escribir y luego dejo el teléfono, con un nudo de nervios en el estómago.

–¿Y si está mal?

En respuesta, John se limita a encogerse de hombros y, normalmente, me darían ganas de estrangularlo, pero en este momento, me parece una respuesta lógica. Si está mal, está mal. Y tampoco se me ocurren otras palabras para probar.

Me muerdo el labio y asiento.

–Bueno. Hagámoslo.

D, O, C, I, L. Contengo la respiración, aprieto *enter* y…

Suelto un chillido de emoción y hago un bailecito en el asiento del auto. John me mira con las cejas levantadas, pero no de forma despectiva, sino como si le causara gracia.

Sonriendo de oreja a oreja, le muestro la pantalla del celular.

–¡Era esa! –Hago otro bailecito en el asiento–. ¡Trescientos tres días!

–Qué bien –dice él.

Suelto un suspiro de alivio profundo y me vuelvo a acomodar en mi lugar, sonriendo satisfecha.

–Vaya, estuvo cerca.

–Mmm.

Por lo general, una respuesta (o no-respuesta) como esa me daría ganas de abofetearlo, pero ahora le sonrío agradecida.

–Gracias por ayudarme –le digo–. No sé por qué me costó tanto.

–No pasa nada –responde él–. A mí también me costó. Ahí llegó Liam –añade cuando una luz brillante destella por un momento en el espejo retrovisor. Se está acercando un camión, que prende las

balizas cuando gira hacia el arcén de gravilla, detrás de nosotros. John abre la puerta, pero yo sigo pensando en lo que dijo. «A mí también me costó».

–¿Tú… juegas al Wordle? –le pregunto

John se da vuelta a mirarme mientras baja del auto y me dedica una sonrisa que aparece de la nada en su rostro, como un destello inesperado en la oscuridad.

–Sí –responde–. Todo el tiempo.

CAPÍTULO 6

John juega al Wordle.

John juega al Wordle.

John juega al *Wordle*.

Nop. Sin importar la entonación que le ponga, suena raro. No puedo conciliar esta nueva información con la realidad. No me malinterpretes, no es que piense que John no es inteligente, pero… ¡vamos, míralo! Él y Liam están mirando el camión de remolque de Liam con los brazos cruzados hace como diez minutos ya, y hablan de su capacidad de remolque como si fuera la cosa más interesante del mundo. John hasta se arrodilla en el suelo para inspeccionar… no sé qué, esa cosa de metal que conecta el camión al remolque, quizás, y se vuelve a levantar con las manos sucias y cara de admiración. ¿Me vas a decir que este mismo hombre va a su casa y se acurruca con una taza de té para jugar a Wordle todos los días?

No. No puedo creerlo.

Me quedo a un costado, incómoda, mientras los dos cargan mi auto en el camión de Liam. Después, John le da las gracias a su amigo y se dirige hacia su propio auto. Empiezo a seguirlo, pero me mira con el ceño fruncido, como si estuviera haciendo algo raro, y me dice:

–Te lleva Liam.

Y, sin más, se sube al auto y se aleja sin decir otra palabra.

¿De verdad me vas a decir que este tipo juega al Wordle?

Camino hacia el camión de Liam, más incómoda que antes, pero él resulta ser muy simpático. A diferencia de John, Liam es capaz de hablar de otras cosas además de autos, y me cuenta sobre su esposa y sus hijos mientras conduce. Me deja en mi casa y me dice que va a llevar el auto al taller. Le agradezco efusivamente, pero me hace un gesto como quitándole importancia.

–No es nada. Me encanta tener una excusa para subirme a esta cosa.

Echo un vistazo al camión, mil toneladas de metal feo y ruidoso, pero parece que Liam lo dice en serio. Con razón él y John son amigos.

Le agradezco otra vez y entro a casa, reprimiendo un bostezo. No tengo energía para hacer nada más que ponerme un pantalón cómodo y meterme en la cama. Me quedo mirando el techo con un zumbido suave en la cabeza, como ese pitido que tienes en los oídos después de ir a un recital con la música muy fuerte. Fue un día muy largo y muy raro. La cita fue una decepción total, mi auto está roto y no tengo idea de cuánto va a costar el arreglo, y logré llegar al día trescientos tres de Wordle por un pelo. La verdad, nada mejoró desde esta mañana. En todo caso, las cosas están incluso peor.

Y aun así…

–Dócil –susurro en la oscuridad, y me dejo caer sobre la almohada con una sonrisita en el rostro.

***

A la mañana siguiente, no tengo tiempo para jugar a Wordle. Mis padres me llaman desde Nueva Zelanda a las cuatro y media de la mañana (mi papá hace unos cuantos chistes sobre estar llamado desde el futuro, porque ahí ya es mañana, pero me causarían mucha más gracia si no fueran las cuatro y media de la mañana) y después la señora Finnamore me hace un ademán para que me acerque a charlar mientras estoy esperando que me pase a buscar el taxi que me llevará al trabajo.

Apenas llego al taller, me aborda un hombre que estaba en su auto, esperando que abramos. Parece nervioso y raro, habla rápidamente sobre un recibo que necesita para «demostrar lo terrible que fue el accidente» y levanta las manos por encima de la cabeza para mostrarme lo reducida que es su movilidad. A mí no me parece reducida para nada, pero eso no voy a decírselo. Le doy una copia del recibo y me giro hacia la computadora, dejando claro que la conversación ya terminó, pero él se queda varios minutos ahí, apoyado en el escritorio mientras me lee el recibo en voz alta.

–Rayón de diez centímetros en la puerta del conductor. ¿Ves? –El hombre empuja el papel hacia mí–. La puerta del conductor. Ahí fue el impacto, eso fue lo que hizo que se me saliera el hombro de lugar.

John entra a mitad del monólogo interminable del hombre, que dice que va a demandar a la persona que lo chocó, al policía que se negó a arrestarlo en el momento y al médico que le dijo que en la resonancia no se veía ningún problema en el hombro. Por primera vez en la vida, agradezco muchísimo que John sea tan descortés, porque interrumpe el discurso del hombre para preguntarme a qué hora viene su primer cliente y se apoya en el escritorio dándole la

espalda, de modo que ya no puede verme. El hombre lo mira con el ceño fruncido un momento, pero, al final, se marcha del taller.

–Qué tipo más raro –digo, tras soltar un suspiro de alivio.

John suelta un «mmm» vago como dándome la razón, su típica no-respuesta. Pero después me sorprende al añadir:

–Algunas personas se pasan toda la vida buscando a quién culpar de sus problemas.

–Sí, tal cual.

–¿Llegaste bien anoche con Liam? –me pregunta, alejándose del escritorio.

–Eh, sí, gracias –respondo–. Es muy simpático.

John asiente de esa forma lenta y distraída tan propia de él, y después se dirige al garaje. Estoy convencida de que tiene un límite de palabras para las conversaciones o algo así.

No obstante, me quedo toda la mañana pensando en el comentario que hizo sobre el cliente. No puedo evitar preguntarme si yo soy una de esas personas, si estoy tratando de culpar al mundo por todos mis problemas y deficiencias. No creo ser tan terrible como ese tipo (yo jamás intentaría afirmar que un rayón de diez centímetros en mi auto me causó «daños catastróficos» en el cuerpo), pero quizá sí llevo varios años sintiendo demasiada lástima por mí misma. Pienso en todos los trabajos en los que me rechazaron y me da vergüenza admitir que, más allá de la decepción y el odio hacia mí misma que sentía cada vez, siempre había en mí cierta terquedad. ¿Cómo no se dan cuenta de que vale la pena contratarme? ¿Cómo no se dan cuenta de que soy especial?

Pero no es responsabilidad del mundo decirme que soy especial. Es mi responsabilidad esforzarme lo suficiente para hacerlo realidad.

Poseída por un arrebato de determinación, me siento derecha en la silla y tomo mi celular. Me paso el resto de la mañana armando un nuevo presupuesto, más estricto, para poder pagar mi préstamo estudiantil más rápido (adiós al cereal de marca, hola a los copos de avena genéricos) y tacho como veinte trabajos de mi «Lista de posibles carreras». Necesito dejar de dar vueltas y empezar a actuar con decisión.

Galerista: adiós. Que me guste pasear en galerías de arte no quiere decir que me gustaría trabajar en una. Además, creo que me sentiría muy mal tratando de hacer de cuenta que está bien cobrar cincuenta mil dólares por un trozo de lienzo con dos manchones de pintura.

Fotógrafa: adiós. Me gusta la idea de ser fotógrafa, pero, la verdad, cuando pienso en todos los botones y parámetros complicados de las cámaras sofisticadas, me da dolor de cabeza.

Diseñadora web: adiós. No quiero estar todo el día sentada frente a la computadora.

Maquilladora.

¿Maquilladora? ¿Estaba drogada cuando lo puse en la lista? Si ni siquiera me sé maquillar bien a mí misma, por todos los cielos. Adiós.

Al mediodía, entro a la sala de descanso, donde está John, sentado en la mesa comiendo un sándwich y mirando su celular. Carraspeo y lo saludo:

–Hola.

Él levanta la vista un instante y luego vuelve a mirar su teléfono.

–Hola.

Siento una pizca de curiosidad. ¿Estará jugando a Wordle? Echo un vistazo por encima de su hombro disimuladamente cuando voy a buscar mi yogur al refrigerador.

Nop. Está en una página web, buscando algún repuesto.

–Más tarde arreglo tu auto –me dice–. Lo revisé hoy a la mañana. Lo que se rompió es el alternador.

–No hay apuro –respondo automáticamente.

–¿No lo necesitas para venir a trabajar? –me pregunta, frunciendo el ceño.

–Eh… Bueno, sí. Pero puedo tomar un taxi si hoy estás muy ocupado con otras cosas.

–No estoy ocupado. No voy a tardar mucho.

–Ah. Bueno…, está bien. Te voy a pagar, obvio –añado.

–No te preocupes por eso –me dice, encogiéndose de hombros.

–No, de verdad. Dime cuánto te debo.

John le da otro mordisco al sándwich.

–No pasa nada. Me va a llevar diez minutos nomás, y hay un alternador del Corolla que tenía Dave antes.

Sé que debería protestar más, pero pienso en mi cuenta bancaria y decido morderme la lengua.

–Gracias –le digo, avergonzada.

–No es nada.

Se hace un silencio. No sé por qué, pero me siento medio decepcionada, lo cual es una estupidez porque ¿qué esperaba? El hecho, apenas interesante, de que John juegue al Wordle no cambia las millones de cosas poco interesantes sobre él. Que tengamos una cosita en común no significa que podamos ser amigos.

Con un suspiro, me siento y le quito la tapa al yogur. Por el rabillo del ojo, veo que John levanta la vista del teléfono.

–¿Ya jugaste a Wordle hoy? –me pregunta.

Me quedo helada, con la cucharada de yogur detenida a medio camino de mi boca.

¿Quiere iniciar una conversación?

Trato de actuar como si nada, así que me trago el yogur y busco una servilleta con calma deliberada. Me siento como cuando el gato antipático de alguien se te sube encima. Si le prestas atención, te va a fulminar con la mirada y se va a marchar.

–Todavía no –respondo–. Iba a jugar ahora.

–Genial –me dice–. Yo también voy a jugar.

Tomo el teléfono y abro Wordle.

–No me ayudes –le digo al instante–. Eso es trampa.

Él asiente y le da otro bocado al sándwich. Abre Wordle en el celular y, cuando frunce el ceño, aparece un pequeño pliegue pensativo entre sus cejas. Que es… bastante lindo. Objetivamente hablando, digo.

Sacudo la cabeza y me enfoco en el juego. Empiezo con una palabra comodín, FRASE. Cuando recién me descargué Wordle, leí en internet que hay algunas palabras que están buenas para empezar y, cada tanto, uso esta. Es útil porque me ayuda a descartar varias letras comunes.

Por ejemplo, hoy, la R y la A están bien. Están en el lugar equivocado, pero igual es mejor que nada.

A y R.

R y A.

Me muerdo el labio y repaso todas las letras que todavía no usé.

¡COBRA!

Escribo deprisa y miro a John de reojo. Él todavía está masticando, pensativo. Tiene una manchita de grasa en la mejilla.

Mmm. COBRA no es, pero la C y la A están verdes. La R sigue estando en el lugar equivocado. Me muerdo el labio.

C, R, A.

Trato de pensar en palabras que no tengan ni E ni O, pero es difícil.

De pronto, se me enciende la lamparita. Hay una palabra que conozco... La tengo en la punta de la lengua… Se usa para hablar de períodos de tiempo o algo así…

CIRCA.

La palabra me llega en un arranque de inspiración. La escribo y ¡tarán! ¡Trescientos cuatro días! Hago un bailecito en la silla.

–¿La descifraste? –me pregunta John.

–La descifré –respondo, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Ya vas, ¿cuánto, trescientos cuatro días?

Lo miro sorprendida y, aunque suene raro, conmovida de que lo recuerde.

–Sí.

–Qué bien –responde. No lo dice con un tono especial ni nada, pero igual me gusta escucharlo.

–¿Tú también llevas una racha? –le pregunto.

–No, no me acuerdo de jugar todos los días. ¿Tiene G? –añade, y gira el teléfono hacia mí. Miro la pantalla con curiosidad. Empezó con AUTOS (típico de John) y después probó con DÓLAR.

–No tiene G –respondo–. ¿Por qué no pruebas con VISTE para eliminar más vocales?

–Lo tengo en modo difícil –me explica–. Tengo que usar la A y la R en el próximo intento.

Lo miro otra vez, con el cerebro en cortocircuito, igual que anoche. ¿No solo juega a Wordle, sino que juega en modo difícil?

No. No tiene ningún sentido.

Miro su pantalla mientras escribe y resoplo, sorprendida.

–¿CRACK?

–Es una palabra.

–Ya lo sé –digo–. Es medio al tuntún, nada más.

–¿Y tú cómo eliges las palabras? –me pregunta, levantando una ceja.

–Bueno…, al tuntún –digo–. Ay, cállate –añado con tono seco cuando esboza una sonrisa–. ¿Quieres una pista?

–No. Solo dime si se repite alguna vocal.

–Eso sería una pista –observo–. Y no.

–Bueno.

–Es bastante difícil de adivinar… –empiezo a decir, pero él ya está escribiendo CIRCA.

–Genial –dice cuando todas las letras se ponen verdes.

Diablos. ¿Cómo hizo para descifrar la palabra en tan poco tiempo?

–¿Cómo la sacaste tan rápido? –le pregunto.

–Uno de los equipos que corren en la pista se llama Circa 1987 –responde, encogiéndose de hombros. Se termina el último trozo de sándwich y se levanta–. Nos vemos.

John se va de la sala sin decir nada más y yo me quedo ahí, mirando el umbral de la puerta, con una mezcla extraña de desconcierto y entusiasmo.

Raro, pienso, mientras como otra cucharada de yogur. Eso fue muy muy raro.

CAPÍTULO 7

El sol se asoma entre las nubes justo después de almorzar, y el resto del día está cálido y soleado. Todos los clientes son amables, y paso un par de horas muy entretenida buscando títulos en paleontología, que es una de las carreras que sobrevivió al recorte que hice más temprano en mi «Lista de posibles carreras». Me resulta muy fácil imaginarme trabajando en algún lugar hermoso y remoto, desenterrando huesos de dinosaurios y limpiándolos con uno de esos cepillitos. (A mí siempre me pareció que harían más rápido si usaran cepillos más grandes, pero quizá les pagan por hora). Pienso que sería genial sostener en la mano algo que tiene millones de años. Y quién sabe, quizá hasta podría descubrir un tipo de dinosaurio nuevo, y lo nombrarían en mi honor. El Emilysaurio.

Pensándolo bien, no. Es un nombre muy estúpido.

Mejor que no le pongan así.

Un poco después de las cinco, Dave viene a la recepción y me da las llaves de mi auto.

–John se tuvo que ir a una cosa familiar –me dice–. Dijo que ya anda bien. Que descanses.

–Ah… Tú también –respondo, aunque ya se está yendo.

Guardo mis cosas con una sensación rara en el estómago, casi con decepción. Y eso es una tontería, porque las conversaciones con John siempre son muy incómodas. Pero igual me habría gustado darle las gracias.

Quizá le haga una tarjeta de agradecimiento. Sería un lindo gesto. Además, me encanta hacer tarjetas.

Un poco más animada, voy al fondo a buscar mi auto. Suelto un suspiro de alivio cuando arranca como si nada. Por un instante, me da la sensación de que está distinto por dentro, y después me doy cuenta de que es porque por fin se apagó la luz del motor en el tablero.

La próxima vez que se prenda, juro que lo voy a llevar a arreglar de inmediato.

Vuelvo a casa cantando, y termino una interpretación entusiasta y desafinada de la vieja canción de Kelly Clarkson *Miss Independent* justo cuando llego a la entrada. Estoy de tan buen humor que decido pasar a visitar a la señora Finnamore. Le toco timbre dos veces, porque a veces no lo escucha la primera vez. Me pregunto si hará falta revisar sus audífonos.

Un minuto después, se abre la puerta, y aparece una mujer muy delgada y muy grosera de unos cincuenta años.

(Y antes de que me digas nada, ya sé lo que estás pensando: ¿cómo voy a saber que es grosera con solo mirarla? Pero ¿no te pasa que a veces te das cuenta de que una persona va a ser grosera por la cara que pone cuando la miras?).

–¿Qué quieres? –me pregunta, con el ceño fruncido.

–Pasaba a saludar a la señora Finnamore. Vivo aquí al lado –respondo, señalando mi casa.

–¿Es Emily? –pregunta la señora Finnamore, asomándose detrás de ella.

–Hola.

–Ella es la chica de la que te estaba hablando –le dice la señora Finnamore a la mujer grosera–. Emily, ella es mi hija, Debra.

La mujer –Debra– frunce los labios.

–¿Tú eres la que la ayuda con las compras? –me pregunta con tono acusador, y miro a la señora Finnamore, dubitativa.

–Eh…, a veces, sí.

En realidad, solo la ayudé una o dos veces. No sé bien por qué estoy mintiendo, salvo porque tengo una leve sospecha de por qué la señora Finnamore le habló de mí a su hija. Hace un par de semanas, mi vecina me contó que su familia quiere mandarla a un hogar de ancianos. Todos viven lejos y piensan que ya está muy grande para vivir sola.

–Emily me ayuda mucho –interviene la señora Finnamore.

–Necesitas ayuda con más que las compras, mamá –replica Debra con impaciencia–. Hace semanas que no toma bien los remedios –añade en un murmullo dirigido a mí.

¿Perdón? ¿Por qué me habla como si su madre no estuviera presente?

Me estoy empezando a enojar, pero me obligo a sonreír educadamente.

–Yo creo que se las arregla bastante bien.

Debra suelta un suspiro de incredulidad.

–Sí, bueno, pero no puede depender de desconocidos todo el tiempo.

–¿Qué? –pregunta la señora Finnamore.

–Dije que no puedes depender de desconocidos –repite Debra en voz más alta.

–A mí no me molesta ayudarla –digo.

–¿Eres enfermera de atención domiciliaria? –me pregunta Debra, lanzándome una mirada condescendiente.

Bueno, definitivamente no me cae bien esta mujer.

–No –respondo–. Pero no me molesta ayudarla a hacer las compras, lavar la ropa y esas cosas.

–¿Ves? –dice la señora Finnamore–. Págale para que haga más tareas, Debra, así te dejas de quejar de una vez.

No, ¿qué? Trato de retractarme deprisa.

–Ay, no, no quise decir…

–No voy a contratar a una desconocida –dice Debra con brusquedad–. Si vamos a buscar a alguien que te ayude, va a ser una enfermera de verdad.

–Yo no quiero a una enfermera, quiero a Emily –replica la señora Finnamore–. Y es una tontería pagarle a una enfermera para hacer las compras.

–Le voy a pagar yo, mamá –dice Debra con una mueca de hartazgo–. No pasa por el dinero.

Bueno, esto ya se está yendo de las manos.

–Miren –digo deprisa–, se están confundiendo…

–¿Cuánto cobras? –me interrumpe Debra.

Me quedo mirándola, totalmente desconcertada. Hace cinco minutos, estaba cantando una canción de Kelly Clarkson en el auto. Ahora, estoy en el medio de una disputa familiar muy incómoda y privada.

Pero… ¿qué motivos tengo para negarme? No me molesta ayudar a la señora Finnamore, y si así su hija deja de insistir con lo de mandarla a un hogar de ancianos, sería positivo, ¿no? Además, con solo echarle un vistazo a Debra, me doy cuenta de que tiene mucho dinero. Basta con mirar su ropa planchada a la perfección, sus aretes Chanel brillantes.

–¿Por hacer las compras y lavar la ropa? –pregunto, para ganar un poco de tiempo para pensar.

–Y por asegurarte de que tome los remedios como corresponde y de que la casa no se convierta en un chiquero –dice Debra.

Me muerdo el labio y pienso rápidamente. ¿Cuánto cobrará una cuidadora particular? ¿Cuarenta dólares por semana? ¿Cincuenta?

–La empleada de Sonny McNeil cobra doscientos cincuenta por semana –dice la señora Finnamore–. Y ella ni siquiera lava la ropa.

Me quedo boquiabierta. ¿Doscientos cincuenta dólares? ¿Por semana?

Por suerte, Debra está ocupada frunciéndole el ceño a su madre, así que me da tiempo para recomponerme y adoptar una expresión relajada.

–Doscientos cincuenta me parece bien –digo, asintiendo como si tuviera clarísima esa información de antemano.

Debra deja escapar un suspiro de fastidio.

–Lo voy a pensar –dice.

–Claro –respondo. Y después, porque tengo ganas de ser un poquito mala, añado–: Pero avísame pronto, antes de que se me llene la agenda.

Mis palabras surten el efecto deseado. Prácticamente escucho los engranajes de su desagradable cerebro en funcionamiento. Para

Debra, su madre es un problema, y esta es una solución rápida.

–Yo te aviso –me dice secamente.

–Perfecto. Buenas noches –respondo, sonriendo.

Cuando me doy vuelta para marcharme, hago contacto visual con la señora Finnamore, y juro que noto un destello pícaro en su mirada. Contengo las ganas de reír. ¿Cómo puede ser que una señora tan genial haya terminado con una hija tan grosera?

Voy a casa y me preparo pasta, y no van ni diez minutos del episodio de *Schitt's Creek* cuando suena el timbre. Quince minutos más tarde, estoy sentada en el sofá con una sonrisa en el rostro y un cheque nuevito por mil dólares en la mano. En letra apretada e inclinada, Debra escribió como concepto: «Por servicios de cuidado domiciliario, del 23 de mayo al 23 de junio».

Apoyo el cheque en la mesita de la sala y sonrío.

Parece que ahora soy cuidadora particular.

CAPÍTULO 8

Por más nefasta que sea Debra, estoy decidida a ser una gran cuidadora, por el bien de la señora Finnamore. Al día siguiente, paso a verla antes de ir a trabajar para hacer una lista de las tareas que voy a hacer en su casa.

–No hace falta que hagas nada –me dice mientras me sirve una taza de té–. Quédate el dinero y cómprate alguna cosita.

–No puedo hacer eso –respondo, horrorizada–. Su hija me dio un cheque por mil dólares.

–Debra tiene más dinero que cerebro –dice la señora Finnamore–. Pagaría diez veces más con tal de no tener que cuidarme ella.

–Seguro que solo se preocupa por usted –repongo, y me acomodo en la silla.

La señora Finnamore resopla con desdén.

–¿Quieres una galleta?

–Eh…, bueno. –Tomo una galleta de chocolate de la caja que me ofrece–. Pero en serio, no puedo aceptar su dinero y no hacer nada. No me sentiría cómoda. Y seguro que usted necesita ayuda con algo –añado–. Alguna tarea que no le gusta hacer, o algo para lo que no tenga tiempo…

Dejo la frase en el aire mientras echo un vistazo a su cocina. No entiendo cómo Debra podría pensar que este lugar se va a transformar en un «chiquero». Es la casa más limpia y ordenada que conozco. Es verdad que está medio abarrotada, con cientos de figuritas de porcelana acomodadas con esmero en mesitas y estantes, pero está tan limpia que se podría comer del suelo.

–Yo me las arreglo bien sola –insiste la señora Finnamore, con un matiz de terquedad en la voz.

–Entonces, no puedo aceptar el dinero de su hija –le digo, hundiendo los hombros–. De verdad. No estaría bien. Me pagó para ser su cuidadora.

La señora Finnamore se queda mirándome un rato largo. Tan largo, de hecho, que miro disimuladamente el reloj de pared para ver si voy a llegar tarde al trabajo. No obstante, no la apresuro. Me he dado cuenta de que, a veces, la gente grande necesita un poco más de tiempo para ordenar las ideas. Creo que por eso muchos jóvenes se impacientan con ellos. Pero a mí no me molesta esperar. Bebo un par de sorbos de té y tomo otra galleta.

–Supongo que podrías hacer las compras –me dice la señora Finnamore al cabo de un rato–. Hace demasiado frío en esa tienda.

–Puedo hacer eso –respondo, asintiendo. Dudo un poco y añado–: ¿Y si le ordeno los remedios? Debra parecía bastante preocupada por ese tema.

La señora Finnamore suelta un resoplido de fastidio.

–Debra se preocupa por todo. Pero si así se deja de molestar, supongo que está bien.

–¿Algo más? ¿Lavar la ropa, quizá?

–¿Sabes lavar bien la ropa? –me pregunta, clavándome la mirada.

–Eh…, sí.

Parece tan dubitativa que me miro la ropa, pensando que quizá tengo una mancha enorme o algo así.

–Tengo un lavarropas nuevo –me dice–. Es muy difícil de usar.

–Seguro lo puedo entender. Digo, si le viene bien la ayuda.

La señora Finnamore duda un momento y después asiente.

–Está bien.

–¿Y preparar la comida? También puedo lavar los platos.

Me doy cuenta de que me pasé de la raya. La señora Finnamore aprieta los labios.

–Por todos los cielos, no soy una inválida. Soy perfectamente capaz de prepararme la comida. Y ya sé lo que ustedes, las jóvenes, consideran comida: todas esas porquerías para microondas y pasta instantánea. Te agradezco, pero no.

–Está bien –digo, disimulando una sonrisa. Observo su casa inmaculada otra vez y me pregunto cuánto tiempo le llevará mantenerla así de limpia y cuán seguido saldrá de la casa–. También deberíamos salir una vez por semana –añado con tono decidido– a hacer algo divertido por ahí.

–¿Como qué? –me pregunta, con una mirada escéptica.

–No sé. Hay un museo en la calle principal que tengo ganas de conocer desde que me mudé aquí.

–No me puedo imaginar qué tipo de museo puede haber en Waldon –dice, levantando una ceja.

–Vamos –le digo para motivarla–, será divertido. Una salida de chicas. Invita Debra. Parece que mañana va a llover, así que podríamos aprovechar para ir. Los días de lluvia son ideales para ir al museo.

La señora Finnamore me mira –con un atisbo de lástima, debo decir– y después cede a regañadientes.

–Bueno, si tantas ganas tienes. Creo que mi amigo Jim trabaja ahí.

–Genial –le digo, contenta, y me pongo de pie–. Me tengo que ir a trabajar. Gracias por el té.

Mientras conduzco al taller, voy cantando la canción que suena en la radio. No puedo creer que voy a ganar doscientos cincuenta dólares por semana solo por ayudar a una viejita amorosa. ¡La cantidad de historias interesantes que voy a escuchar! Por dentro, tomo nota de preguntarle a la señora Finnamore si recuerda dónde estaba el día de la llegada a la luna. Es más, quizás hoy me ponga a investigar un poco sobre las décadas de los cincuenta y de los sesenta, cuando la señora Finnamore tenía más o menos mi edad, y arme una lista de preguntas interesantes para hacerle. Quiero asegurarme de que la pase bien en nuestra salida y, como dije cuando tuve la cita con Arjun, lo que más le gusta a la gente es hablar sobre sí misma. No importa si tienen treinta años o noventa, la regla igual es válida.

Cuando llego al negocio, John está en la recepción, con el teléfono inalámbrico pegado a la oreja. Frunce mucho el ceño, como si le molestara lo que está escuchando. No bien entro, se aleja sin siquiera saludarme con la cabeza –gracias, John– y echo un vistazo al número que figura en la base del teléfono. Está hablando con el dueño del taller, Fred.

Ah.

Nunca vi interactuar a Fred y John, pero varias veces me pregunté si se llevan mal. Un par de veces, escuché a John quejarse del

estado de algunos equipos, y el otro día, cuando Fred pasó por aquí, hizo un par de comentarios raros, a la defensiva, mientras revisaba los libros contables, como: «¿Ves? Hay trabajo más que suficiente. ¿Qué necesidad hay de cambiar algo que ya funciona, Emily? Eso opino yo».

Dudo unos instantes y después me levanto sigilosamente y voy hacia el pasillo. Para estirar las piernas, nada más.

De casualidad, llego a escuchar algunas partecitas de la conversación de John.

–De verdad pienso que… No, pero… –Un suspiro de impaciencia–. No, ya sé eso, solo digo…

Dios, no escuchaba a John tan enojado desde la vez que un cliente le pidió que pintara su Volkswagen Escarabajo de color rosa brillante. (Creo que sus palabras exactas fueron: «¿Quieres que tu auto estúpido se vea todavía más estúpido?»).

–Está bien. No, está bien –dice John con brusquedad.

Vaya, cada vez alza más la voz. Ahí está volviendo. Vuelvo deprisa a mi escritorio. Cuando John reaparece, yo ya estoy mirando un viejo recibo con el ceño fruncido, con expresión pensativa.

–Ah, gracias –le digo con tono casual cuando vuelve a poner el teléfono en la base.

Él suelta un gruñido para mostrar que me escuchó y desaparece rumbo al garaje. Dejo el recibo (que acabo de notar que es del 2009, ¿cómo diablos llegó hasta aquí?) y descanso el mentón sobre la mano, meditabunda.

Nunca se me ocurrió preguntarme si Fred maneja el taller como corresponde porque, sinceramente, nunca me importó. Pero ahora que lo pienso, hay muchas cosas que habría que actualizar. Para

empezar, el sistema para pedir cita es un muy antiguo, y sé de primera mano que las cámaras de seguridad del fondo están rotas, porque Dave me advirtió que no estacionara ahí cuando empecé a trabajar aquí. Y yo no soy mecánica (obviamente), pero escuché a Dave y John quejarse de una máquina llamada «balanceadora de llantas» un millón de veces. No entiendo por qué Fred no les compra una nueva.

Pero bueno, no voy a meterme. Fred siempre me trató bien, pero parece la clase de persona que pierde los estribos bastante rápido, y no quiero ponérmelo en contra. Además, ni que fuera a trabajar aquí para siempre. De hecho, con el dinero que me va a entrar por ayudar a la señora Finnamore, quizá pueda irme de aquí antes de lo que había pensado. Si sigo con el mismo estilo de vida que ahora, puedo usar ese dinero para saldar mi deuda estudiantil. A esta altura del año que viene, podría estar libre de deudas ¡y lista para embarcarme en una nueva y emocionante carrera!

Esa idea alentadora me motiva durante el resto de la mañana, y paso la mayor parte del tiempo buscando sucesos que ocurrieron en Canadá durante los años cincuenta y sesenta. Incluso busco una lista de las canciones más populares en Canadá en 1962, cuando la señora Finnamore tenía mi edad. Quizá arme una *playlist* para cuando vayamos al museo.

Un par de veces a lo largo de la mañana, el dedo se me va solo para la aplicación del *New York Times*, pero decido no abrirla. Es mejor jugar a Wordle durante el almuerzo, así me concentro más. Y si John de casualidad también está jugando, bueno, no me voy a quejar.

Voy a la sala de descanso pasado el mediodía. John está sentado ahí, desenvolviendo un sándwich de jamón y queso.

–¿Cómo va? –le pregunto mientras abro el refrigerador.

Él se encoge de hombros.

Esa es su respuesta a la pregunta «¿cómo va?». Encogerse de hombros.

Me doy vuelta y hago una mueca de fastidio. Bueno, tal vez nunca seamos mejores amigos, pero estoy decidida a que seamos compañeros de Wordle, le guste o no. Tengo que mantener mi racha, y no está de más tener a alguien con quien intercambiar ideas.

Pongo la cafetera, me sirvo un poco de granola y yogur en un tazón y me siento frente a él.

–Hora de jugar a Wordle –digo. Él levanta una ceja al oírme (está bien, sí, sonó medio mandón), pero toma el celular–. ¿Qué palabra vas a usar primero? –le pregunto.

John se encoge de hombros otra vez y me pregunta:

–¿Tú?

–AYUDA –digo–. Como en: la hija de mi vecina me contrató para… eh, ayuda con algunas tareas de la casa.

–¿Ayudar?

–Ya sé que es *ayudar* –respondo secamente–. Pero tiene seis letras. ¿Tú qué palabra vas a elegir?

–CORTE.

–¿Como en…?

–Como en nada. –John escribe la palabra en su teléfono, y yo miro para otro lado antes de que dé *enter*. No quiero hacer trampa sin

querer–. ¿Y estás capacitada para ofrecer cuidados domiciliarios? –me pregunta.

–¿Qué? Ah, no, no voy a hacer cosas de enfermera ni nada. –Anoche, me pasé una hora entera investigando para asegurarme de que no necesito ningún tipo de capacitación específica para ser cuidadora en Canadá, pero, por lo que vi, siempre y cuando no me ocupe de cosas médicas, está todo bien–. Solo voy a ayudar a mi vecina con las compras, las tareas de la casa y esas cosas. Tiene ochenta y ocho años –añado.

–Qué aburrimiento –responde, con una mueca.

–¡No, es divertido! Amo a la gente mayor. Siempre tienen historias muy interesantes.

–Bueno –dice John, mirándome como si estuviera loca.

–¿Tú nunca les pides a tus abuelos que te cuenten historias de cuando eran chicos?

–No.

–Bueno, te estás perdiendo de mucho. Mucha gente piensa que sus abuelos son viejitos genéricos cuya única misión en la vida es mandarles dinero en Navidad. No los ven como personas de verdad, con sentimientos, esperanzas y sueños. –John sigue mirándome como si estuviera mal de la cabeza, pero lo ignoro–. Seguro que tus abuelos podrían contarte historias muy interesantes si les hicieras las preguntas correctas –lo regaño–. Por ejemplo, los padres de tu mamá quizá vivieron el golpe militar, ¿no? ¿O en esa época vivían en Canadá?

–¿Cómo sabes que mi mamá es brasileña? –me pregunta, frunciendo el ceño.

Con mucho esfuerzo, contengo las ganas de poner los ojos en blanco.

–Me lo dijiste tú.

–¿En serio?

Esta vez, no me puedo contener.

–¿Recuerdas alguna de las conversaciones que tienes que no son sobre autos?

John me mira y pestañea. Parece un poco sorprendido.

–Sí. Que no recuerde todas las cosas que te he dicho…

–¿Todas las cosas? –repito–. Literalmente me dijiste tres cosas sobre ti. –Él se queda mirándome y, por primera vez, creo que logré sacarlo de su estupor apático de siempre. Me empiezo a ruborizar al sentir su mirada sobre mí–. Olvídalo –le digo–. Terminemos de jugar a Wordle.

Con actitud decidida, vuelvo a enfocarme en mi celular. Con AYUDA, me salió la última A verde, la primera, amarilla y el resto de las letras grises. Tengo que descartar algunas más.

TONTA, escribo. Como en: eres una tonta por tratar de sacarle charla a John.

Sigo sin tener suerte: no acerté ninguna letra.

FIARA, escribo.

Rayos. Ahora las dos A están bien, pero no acerté nada más.

EMANA, arriesgo, para descartar más letras.

Mierda. Mal otra vez.

Repaso las letras que me quedan. ¿Y si pruebo con ACABA?

La escribo, esperanzada, y aprieto *enter*.

Rayos, cerca. Acerté la C, pero está amarilla. Por las vocales que descarté, lo más lógico sería que estuviera primera.

A ver, un momento.

C_A _A.

CHAPA. ¡Debe ser CHAPA!

O… CHALA.

Y… ¿no hay un pájaro que se llama CHAJÁ?

Dios. Esta es mi peor pesadilla. Podría ser cualquiera de esas palabras, y solo me queda un intento. Quizá pierda mi racha por pura mala suerte.

Insulto por lo bajo.

–¿Qué pasa? –me pregunta John.

–Solo me queda un intento, y hay tres palabras distintas que podrían ser.

–A ver.

Le muestro el teléfono.

–CHAPA, CHALA o CHAJÁ.

–O CLAPA –añade.

–¿Eso es una palabra?

–Creo que sí. Me parece que es una especie de prendedor.

Me llevo las manos a la cabeza y me paso los dedos por el pelo.

–Estoy frita.

John me observa un momento y después mira su propio teléfono.

–¿Quieres que te ayude?

Niego con la cabeza, derrotada.

–No vale si hago trampa.

–Bueno, entonces, tendrás que adivinar.

Me muerdo el labio. John tiene razón. Es la única opción.

–CLAPA y CHAJÁ son muy raras –le digo–. No las voy a usar.

–Entonces, CHAPA o CHALA.

–Sí. –Pronuncio las dos palabras lentamente, para ver si alguna me da un buen presentimiento, pero lo único que siento es un poco de ansiedad–. ¿Alguna de las dos te da un buen presentimiento? –le pregunto a John.

–¿Cómo un buen presentimiento?

–Claro, ¿alguna te da la sensación de que es la correcta?

John me mira fijo un momento, como si estuviera desquiciada, y después se encoge de hombros.

–Hoy tengo que hacerle chapa y pintura a un Miata.

Asiento lentamente. Tendré que conformarme con eso.

–CHAPA, entonces. –Respiro profundo, escribo las letras y…–. No puedo mirar –digo, cerrando los ojos. Apoyo el dedo donde está el botón de *enter.* Un momento de silencio, y entonces…

–Bien –dice John.

–¿De verdad? –pregunto, abriendo un solo ojo para espiar.

–Era esa.

Se me escapa un chillido de emoción, como si fuera una niña. Doy saltitos en la silla un momento, pero me quedo quieta cuando me doy cuenta de que John me está mirando.

–¿Qué? –pregunto, más bruscamente de lo que quería, y él se queda mirándome un instante más.

–Eres un poco rara.

No lo dice como algo insultante. De hecho, casi parece un halago. Levanto el mentón.

–Sí. Y tú traes buena suerte –añado, generosa–. Es la segunda vez que me salvas la racha. Si mañana tengo que volver a adivinar, voy a tener que ir a buscarte a tu casa.

–O podrías mandarme un mensaje, como una persona normal.

Se me iluminan los ojos.

–Ay, sí. Pásame tu número. –Él me lo dicta y lo agendo como «John Smith (Taller)». Le mando un mensaje rápido para que le quede mi número y me levanto–. Tengo que volver a la recepción.

–Nos vemos.

Recién más tarde, cuando estoy volviendo a casa, se me ocurre que, sin querer, le pedí su número a John. Me remuevo en el asiento, inquieta. Espero que él no pensara que se lo estaba pidiendo para otra cosa. O sea, con intención romántica o algo así.

Lanzo una carcajada. ¿Estoy loca o qué? Obvio que no piensa eso. No pasa nada romántico entre John y yo. Él me lo dejó bastante claro cuando empecé a trabajar aquí, y cada uno de los días que vinieron después. Y a mí no me interesa para nada John. Esto es una amistad de Wordle, lisa y llanamente.

No, ni siquiera una amistad. Una alianza de Wordle.

Eso es lo único que puede haber entre John y yo.

CAPÍTULO 9

Al día siguiente, me despierto con el sonido de la lluvia azotando el techo. Estiro los brazos y las piernas y después me hundo un poco más profundamente bajo las mantas. De verdad, ¿existe un sonido más reconfortante que el de la lluvia cayendo sobre un techo de metal? Vamos, trata de decir uno.

¿Viste? No puedes.

Prendo la tetera eléctrica que tengo en la mesita de noche (que está ahí precisamente para días como este) y me acurruco bajo las mantas para tomar té y jugar a Wordle. Cuando termino (pan comido, BRUMA en cuatro intentos), tomo el libro que estoy leyendo y me sumerjo en sus páginas.

Estoy tan metida en la historia que casi olvido que quedé en ir al museo con la señora Finnamore. No bien me acuerdo, me levanto de un salto y voy corriendo a bañarme y vestirme. Me decido por una falda hasta la rodilla que siempre me pareció un poco anticuada, una blusa de manga corta y un par de aretes diminutos de latón con forma de martillo. Raros, sí, pero creo que son acordes a la ocasión, ya que vamos a ir al museo de fabricación de barriles.

(Sí, dije fabricación de barriles. Estamos en un pueblito de la Isla del Príncipe Eduardo. ¿Qué esperabas, una exhibición de guerreros

de terracota?).

La señora Finnamore está de mal humor y se queja de tener que ir, pero no doy el brazo a torcer y le insisto para que suba al auto.

–Le va a hacer bien salir de la casa –sostengo, firme.

La lluvia salpica el parabrisas mientras vamos hacia el centro de Waldon (o sea, la calle larga donde están todas las tiendas y la oficina de correos) y encontramos un lugar para estacionar cerca del museo. Para mi sorpresa, hay fila para entrar. Todos los turistas deben estar desesperados por encontrar alguna actividad bajo techo. Veo a unos cuantos padres con cara de pocos amigos lidiando con niños inquietos.

El museo está en una casa enorme de aspecto histórico, junto al agua. Se parece un poco a una vieja escuela, con una gran galería adelante, un techo a dos aguas y una buhardilla en el centro de la casa. Es realmente precioso, incluso en medio de la lluvia torrencial.

–¡Qué lindo edificio! –exclamo.

–Se está cayendo a pedazos –responde la señora Finnamore, sin inmutarse–. Mira esas macetas.

Sigo su mirada y observo los grandes maceteros de piedra que flanquean la entrada al museo. Supongo que tiene razón, parecen un poco descuidados. No seré experta en jardinería como la señora Finnamore, pero hasta yo sé que eso es pura maleza.

–Pero igual –digo, levantando la cabeza para admirar la casa otra vez.

–Por el amor de Dios –refunfuña la señora Finnamore, y toma el mango de mi paraguas para inclinarlo hacia adelante.

Mientras esperamos, sigue quejándose, pero cuando llegamos delante de todo, me hace un gesto para que me aparte cuando le

ofrezco comprar las entradas. Paga diez dólares por las entradas y dos por el guardarropa. Cuelgo nuestros abrigos empapados y el paraguas, y luego me reúno con ella en la entrada de las exhibiciones.

–Qué rico olor, ¿no? –digo, inhalando profundamente por la nariz–. Huele a aserrín y a historia.

–¿Historia? –repite la señora Finnamore–. Yo soy más vieja que este lugar.

Hago de cuenta que no la escuché. Caminamos tranquilas por el museo, silencioso, amplio y bañado en una luz tenue, mientras observamos las viejas máquinas para fabricar barriles y vemos a un trabajador recrear el proceso tradicional de fabricación. Es una lástima que ya no sea una carrera viable, porque parece un trabajo muy tranquilo. Por un momento, pienso cómo sería ser fabricante de barriles. Ya imagino la página web: EMILY EVANS: BARRILES ARTESANALES PARA TODAS SUS NECESIDADES.

Increíble.

–Ah, ahí está Jim –dice la señora Finnamore, señalando a un señor mayor que está sentado en un rincón. Tiene puesto un chaleco que dice «seguridad», lo cual es… bastante gracioso. ¿Qué se van a robar? Los barriles deben pesar cincuenta kilos cada uno, y la mayoría de estas máquinas viejas ni siquiera pasan por la puerta. Además, Jim debe tener como noventa años. No me lo imagino persiguiendo a los ladrones de barriles–. A su hija acaban de darle el alta del hospital. Le voy a preguntar cómo está –añade, yendo hacia él.

–Yo me quedo aquí –respondo con tono alegre, tratando de ignorar el hecho de que me acaba de dejar tirada una señora de

ochenta y ocho años.

Me quedo mirando al fabricante de barriles un momento, y después me suena el celular. Lo tomo, preguntándome distraídamente si mis padres se habrán rendido y habrán comprado un chip en Nueva Zelanda.

Pero lo que encuentro es un mensaje de John Smith (Taller).

[12:21] **John:** jugaste a Wordle hoy?

Parpadeo, sorprendida. Ya sé que le pasé mi número, pero no pensé que me iba a escribir. Le debe estar costando adivinar la palabra de hoy.

[12:22] Sí! Y tú?
[12:22] **John:** sip

Bueno. Quizá no.

Estoy por guardar el celular cuando suena otra vez.

[12:22] **John:** con qué palabra empezaste?

Me quedo mirando la pantalla otra vez, perpleja. ¿De verdad John está continuando la conversación?

[12:23]: HACER
[12:23] **John:** como en…?

Se me escapa un gritito de sorpresa. Casi me dan ganas de agarrar a la turista que tengo cerca, mostrarle el teléfono y decirle: «¿Tú también estás viendo esto?».

A menos que… ¿Será que John es muy hablador, pero solo por mensaje? Yo tenía una amiga así en la secundaria. En persona era muy tímida, pero por mensaje no paraba de charlar.

[12:24]: Como en: me voy a HACER un té
[12:24] **John:** el té es horrible

(Está bien, quizá «muy hablador» sea una exageración).

[12:24]: El té es lo mejor del mundo
[12:24]: Después del café
[12:24]: Y de los licuados
[12:24]: Y del vino
[12:25] **John:** jaja

¿Lo puedes creer? Le saqué un «jaja» a John. Seguramente así se debe sentir que el papa te choque los cinco.

Pienso en escribirle algo así como «¿qué planes tienes para el finde?», pero siento que sería tentar demasiado a la suerte. Por segunda vez, estoy a punto de guardar el teléfono cuando vuelve a sonar.

[12:26] **John:** qué planes tienes para el finde?

Bueno.

Esto es muy loco, de verdad.

[12:27]: Te hackearon el celular???
[12:28]: **John:** qué?
[12:28]: Nunca me habías hecho tantas preguntas

[12:28] **John:** ?
[12:28] **John:** estoy seguro de que sí
[12:29]: Te juro que no
[12:29]: Y estoy en un museo de barriles
[12:30] **John:** … por qué?

¡Cuatro preguntas! Esto es un récord, sin duda alguna.

[12:31]: Por placer
[12:31]: Obvio
[12:32]: Vine con la señora Finnamore, la mujer a la que estoy ayudando
[12:32]: Aunque ella no quería venir
[12:33] **John:** muy inteligente de su parte
[12:33]: Por favor
[12:33]: Ya quisieras estar en un museo de barriles
[12:34] **John:** la verdad que no
[12:34] **John:** pero que la pases bien
[12:35]: Gracias!
[12:35]: Que disfrutes tu fin de semana triste y sin barriles
[12:35] **John:** jeje
[12:35]: gracias

Vaya, ¿quién lo diría? Un «jaja» y un «jeje». Que alguien le avise a la prensa.

Me río para mis adentros y luego me tambaleo para el costado cuando un niño choca contra mis piernas. Le sonrío a la madre, que se disculpa con expresión cansada.

–No pasa nada –le aseguro.

Me quedo mirando al niño, que se va corriendo a chocar a alguien más, y después sonrío un poquito. Quizá John y yo somos más que

aliados de Wordle. Quizá somos conocidos de Wordle. Quién sabe, ¡quizá hasta nos estamos convirtiendo en amigos de Wordle!

Deambulo por el museo, observando las exhibiciones y empapándome del ambiente en general. Hacía tanto que no venía a un museo que había olvidado lo mucho que me gustan. Son muy tranquilos y pacíficos, y es muy divertido aprender cosas nuevas, incluso algo tan objetivamente aburrido como la fabricación de barriles. Sería genial trabajar aquí, ver a la gente paseando, incorporar conocimientos nuevos. Me pregunto si necesitarán gente.

En el preciso instante en que lo pienso, mis ojos se posan sobre un cartel clavado en una pared.

«SE BUSCAN VOLUNTARIOS».

Tiene que ser el destino.

Le echo un vistazo a la señora Finnamore para asegurarme de que no me esté buscando (pero no; al parecer, Jim es mejor compañía que yo) y regreso a la recepción, donde compramos las entradas. Espero a que una familia de padres jóvenes termine de comprar y me acerco a hablar con la mujer de unos cincuenta años que trabaja en la recepción. A los cinco minutos, estoy charlando con la directora del museo en la oficina. Y a los cinco minutos de eso, ¡ya me asignaron mi primer turno como voluntaria! Mañana de doce a cinco, y todos los sábados y domingos siguientes. La directora del museo, Shelley, me dice que primero voy a empezar en la boletería, pero cuando ya me sienta cómoda, puedo empezar a hacer visitas guiadas.

Bueno, en realidad, ella dijo que lo único que tengo que hacer es vender entradas y estar atenta a que los niños no derriben los

barriles, pero cuando le propuse hacer visitas guiadas más adelante, me miró con cara rara y me dijo: «Sí, podría ser».

No importa. Con eso me conformo. Justo estaba buscando algo para tener los fines de semana más ocupados, y esto me viene como anillo al dedo. Además, los museos son espacios creativos, ¿no? Hay mucho «campo para la imaginación», como diría Ana la de Tejas Verdes.

Con una sonrisa de felicidad, vuelvo con la señora Finnamore, que sigue hablando con Jim.

–Ah, Emily –me dice, animada–, justo le estaba contando a Jim que me vas a ayudar con las cosas de la casa. Va a hacer las compras –le explica a Jim–. Y va a lavar la ropa cuando le enseñe a usar el lavarropas.

–Ah, ¿sí? –pregunta Jim. Es muy alto y delgado, y tiene unos cuantos mechones de pelo blanco peinados sobre la coronilla. Parece muy amable y, aunque tiene las manos hinchadas y usa bastón, se ve muy bien para su edad.

–Podría ayudarte a ti también –le dice la señora Finnamore.

No, ¿qué?

–No sé –responde Jim, y yo me apresuro a levantar las manos en señal de protesta–. Me las arreglo bien solo.

–Estás muy viejo para hacer la fila en la tienda –lo regaña la señora Finnamore. (¡Por favor! Mira quién habla).

–¿Cuánto cobras? –me pregunta Jim, mirándome.

Abro la boca para disculparme y explicarle que mi arreglo con la señora Finnamore es una cosa excepcional, pero ella no me da tiempo de responder.

–Doscientos cincuenta por semana, pero eso es organizando todos los remedios que el tonto del médico piensa que debo tomar. Para hacer las compras y lavar la ropa, seguro que con cien está más que bien.

–No, no, tanto no –respondo deprisa. De verdad, voy a matar a la señora Finnamore–. Además, no tengo tiempo…

–Le paso tu número cuando llegue a casa –le dice la señora Finnamore a Jim, interrumpiéndome–. ¿Vas a estar más tarde? –Él asiente–. Perfecto. Emily te va a llamar. Mándale saludos a tu hija.

Le dedico una sonrisa forzada a Jim y voy corriendo tras la señora Finnamore, que ya está yendo hacia la salida.

–¡No les puede decir a otras personas que voy a trabajar para ellas! –la regaño cuando subimos al auto. Sigue lloviendo a cántaros, y las gotas rebotan sobre el parabrisas.

–Ay, pero es Jim nada más –responde ella con un gesto de la mano, como restándole importancia–. No tendría que vivir solo. No está muy bien desde que murió su esposa, el año pasado. Cáncer de colon. Y ninguno de sus hijos vive aquí. Además, su hija se la pasa entrando y saliendo del hospital por un tema con los pulmones…

Mierda. Ahora difícilmente puedo negarme a ayudar al pobre Jim, ¿no?

–Bueno…, creo que lo podría hacer por un tiempito. Pero nadie más –añado con firmeza–. No tengo tiempo.

–Ay, pero ¿qué hacen las chicas de ahora? Se la pasan todo el día con el celular. Y a mi amiga Doris le vendría muy bien una ayudita con la medicación. Toma el doble de remedios que yo, y los de ella son de los que hay que tomar todos los días…

–Señora Finnamore –protesto.

–¿Qué? Es un ingreso extra, y no te llevará más de cinco minutos. Vive a una cuadra de nosotras, ¿sabes? Podrías pasar por su casa cuando sales a correr…

Suspiro para mis adentros y decido ayudar a esa tal Doris también.

Al final, cuando me quiera dar cuenta, voy a ser la cuidadora extraoficial de todo el pueblo.

CAPÍTULO 10

Fiel a su palabra, la señora Finnamore me hace llamar a su amiga Doris apenas volvemos a su casa después del museo, y dedico la mañana del domingo a visitarlos a ella y a Jim para ver cómo nos vamos a organizar. Entre ellos dos y la señora Finnamore, el nuevo trabajo me va a consumir unas ocho horas por semana, tiempo que tendría que dedicar a ver qué hago de mi vida. Pero, a la vez, me representa mil cuatrocientos cincuenta dólares más por mes, que me van a permitir saldar mi deuda estudiantil y empezar a vivir la vida de mis sueños todavía antes, así que llego a la conclusión de que vale totalmente la pena.

Ayudar a Jim es fácil. Necesita que lave la ropa y haga las compras, y necesita con urgencia que alguien limpie un poco la casa. Es un señor muy dulce y, a los noventa y seis años, ¡sigue viviendo en su casa! Al principio, era medio callado, pero consigo que se abra haciéndole muchas preguntas sobre las personas que salen en las distintas fotos que tiene en la casa. Me relata la historia desgarradora de su hija menor, que murió de leucemia cuando era adolescente, y también me cuenta que trabajó en la oficina de correos del pueblo durante casi cincuenta años. Estoy segura de que tiene muchísimas historias que contar y me muero por escucharlas.

Con Doris, la cosa es un poco distinta. Está toda encorvada por la artritis y es tan delgada que se le marcan todos los huesos de la columna, pero está claro que la edad no afectó su temperamento. Me saluda diciendo: «Eres la chica que contrató Betty, ¿no?», y acto seguido añade: «Pero ella me había dicho que eras bonita».

Sin darme un segundo para responder (igual, no habría sabido qué decirle), procede a indicarme qué espera de mí hasta el mínimo detalle. «Ninguna de esas tonterías de cuidadora. Yo soy perfectamente capaz de ocuparme de todo, excepto de hacer las compras. El estúpido del médico me hizo revocar la licencia de conducir solo porque tuve un accidente sin importancia».

Me recalca varias veces que piensa que le estoy cobrando de más y trata de exigirme que use su auto cuando haga las compras porque no confía en mi «endeble auto moderno». A los cinco minutos, decido tomármelo con humor en vez de ofenderme, pero igual me alegra no tener que verla más de una vez por semana.

Cuando termino, salgo a correr un ratito (la verdad, siento que necesito correr para cambiar de energía después de nuestra interacción), me ducho y me preparo para mi primer día en el museo. Me pongo unos pantalones a la altura del tobillo y una blusa abotonada que, para mí, tiene un aire *vintage*, y me recojo el pelo en un moño alto. Me observo detenidamente en el espejo, tratando de decidir si me veo como una trabajadora de museo. Quizá la próxima vez que vaya a la farmacia me compre un par de gafas baratas, de esas que no tienen graduación.

Me tomo una foto frente al espejo y la mando al chat grupal que tengo con Fallon, Martha y Divya.

[11:02]: Imagen enviada
[11:02]: Hoy empiezo a trabajar en un museo! Aprueban el look?

Mientras me estoy poniendo máscara de pestañas, me suena el celular.

[11:06] **Fallon:** Qué linda!
[11:06] **Fallon:** Por fin dejaste ese trabajo en la estación de servicio??
[11:07]: Es un taller mecánico jaja
[11:07]: Y no, todavía trabajo ahí
[11:07]: Lo del museo es un voluntariado nada más
[11:08] **Fallon:** Aah entiendo jaja
[11:08] **Fallon:** Todavía no tuviste suerte con la búsqueda de trabajo?
[11:08]: Por ahora no, pero va queriendo!

(Eso no es del todo cierto, pero espero que al karma no le importe).

[11:08] **Fallon:** Qué bien!
[11:08] **Fallon:** Eres demasiado inteligente para ser secretaria toda la vida jaja

Después de eso, manda una seguidilla de emojis, el de la chica con el birrete de graduación. Me muerdo el labio.

[11:09]: Jaja
[11:09]: Qué tal viene tu fin de semana?

Espero unos minutos, pero ella no responde. Vuelvo al espejo y me aplico otra capa de máscara de pestañas. Tengo una sensación medio desagradable. A veces me pasa cuando hablo con Fallon. Del

grupo de la universidad, ella era con la que mejor me llevaba. Tenía una forma de ser única, una energía vibrante y contagiosa, y cada vez que hablábamos del futuro, me sonreía y me decía que estábamos destinadas a hacer grandes cosas. Sé que está decepcionada por cómo terminé. A veces, siento que Fallon es mi alter ego, una versión exitosa de mí. No me malentiendas, me alegro mucho por ella, pero a veces nuestras conversaciones me hacen sentir mal.

Suspiro y niego con la cabeza. No queda bien ser envidiosa, y no voy a convertirme en una de esas personas que les guardan rencor a quienes les va mejor. Necesito usar a Fallon como fuente de inspiración, no de resentimiento. Voy a encontrar un trabajo que me guste tanto como a ella le gusta el suyo, voy a vivir en una ciudad grande y emocionante y voy a lograr todas las cosas increíbles que ella siempre dijo que lograría. Y mientras tanto… Mientras tanto, voy a divertirme un poco en el museo de fabricación de barriles.

Asiento frente a mi reflejo, decidida, y voy hacia el auto. Llego al museo treinta minutos antes de mi turno, por las dudas de que me den una capacitación antes de empezar, pero la directora, Shelley, me hace sentar en la recepción y me muestra donde está la caja.

–¿Aceptan tarjetas de crédito? –pregunto.

–Se rompió el aparato –responde Shelley frunciendo el ceño, como si la máquina estuviera conspirando contra ella–. Estaré en la oficina por si necesitas algo.

Sin más, se va antes de que se me ocurra alguna otra pregunta para hacerle. Me pone un poco nerviosa quedarme sola tan pronto, pero, a la vez, me alegra no tener que trabajar con ella al lado todo el día. Parece un poco desagradable.

Acomodo los folletos que están sobre el escritorio, limpio una mancha de café de la caja y cuento el dinero para asegurarme de que las cuentas den bien al final de mi turno. Después, me siento derecha y espero, con ansias, a que entre alguien.

Pero pasan quince minutos y el museo sigue tan vacío como cuando llegué. Pienso que lo de ayer quizá fue algo fuera de lo normal. Hoy ya salió el sol y, aunque muchas personas pasan delante de la puerta, nadie echa siquiera un vistazo al museo.

Guardo la caja en una gaveta, me levanto y doy una vuelta por el lugar. Ya sé que es un museo pequeño y con una temática medio rara, pero de verdad es increíble. Allí dentro, me siento en otra época. Los suelos están hechos de delgadas tablas de madera que crujen bajo mis pies y el vidrio de las ventanas parece haberse deformado con los años. Y la persona que diseñó las exhibiciones claramente sabía lo que hacía. A medida que recorres las salas, ves toda la historia de la fabricación de barriles, que termina en la sala más grande, al fondo, donde el fabricante de barriles hacía demostraciones ayer. Quizá solo viene los sábados.

Mis pasos resuenan mientras recorro las salas una vez, y luego otra. Vuelvo a leer todos los cartelitos que explican qué es cada herramienta y espío por las ventanas hacia el enorme patio trasero. Es muy hermoso, con un par de árboles gigantes que dan sombra y un muelle con vista al agua. Qué lástima que no lo usen como parte del museo. Podrían armar un parque infantil con temática de barriles. En el verano, quizá hasta podrían poner una parrilla ahí y vender hamburguesas y perros calientes.

–¿Hola? –dice una voz.

Me sobresalto y vuelvo corriendo al escritorio, donde me encuentro con dos mujeres de mediana edad.

–¡Hola! –las saludo alegremente–. ¿Querían comprar entradas para el museo?

–No, no –responde una de ellas–. ¿Puedo pasar al baño?

Titubeo un momento (algo me dice que Shelley no lo aprobaría) y después asiento. No hay nada peor que estar varada en algún lado y tener que orinar, y algo me dice que las mujeres son turistas.

–Claro. Es ahí.

–Gracias –me dice la mujer, y desaparece rumbo al baño.

Su amiga echa un vistazo detrás de mí, hacia el museo.

–¿De qué es este lugar?

–De fabricación de barriles –le digo–. En una época, Waldon era el segundo mayor fabricante de barriles de todo el país. –Eso lo sé porque lo leí en uno de los carteles del museo–. Diez mil barriles por año, todos hechos a mano.

La mujer asiente educadamente antes de responder:

–Bueno, quizás me dé una vuelta mientras la espero. ¿Cuánto cuesta la entrada?

–Cinco dólares.

–¿Puedo pagar con tarjeta de crédito?

–Se rompió la terminal –respondo, con cara apenada.

–No sé si tengo dinero canadiense –me dice, frunciendo el ceño, y se pone a rebuscar en su bolso–. ¿Cómo es que les dicen a estas moneditas que usan?

–*Toonies* –respondo, disimulando una sonrisa. Seguro que es estadounidense–. ¿De dónde eres?

–De Nueva Jersey –me dice. (¡Lo sabía!)–. Mi hermana y yo vamos a estar una semana aquí –añade, y me da tres *toonies.*

–Ya te doy el vuelto –le digo, abriendo la caja–. Un *loonie.*

–¡Ja! Un *loonie.* Qué gracioso –responde, y entra al museo.

Me doy cuenta de que no le interesan mucho los barriles, pero parece una de esas personas a las que les gusta curiosear por ahí. Sonrío mientras la observo deambular por el museo. Hay mucha paz aquí.

La otra mujer, su hermana, sale del baño.

–¿Dónde se metió Anne? –me pregunta.

–Entró al museo –le digo–. ¿Quieres comprar una entrada tú también?

–¿Cinco dólares? –me pregunta con tono incrédulo, leyendo el cartel–. Sí, claro. Dile a Anne que la espero afuera.

Reprimo las ganas de resoplar. Qué grosera.

Le dedico una sonrisa muy amable, porque la gente grosera nunca sabe bien cómo reaccionar cuando la tratas con mucha amabilidad.

–Claro que sí –le digo con tono alegre–. Que tengas un hermoso día. ¡Ojalá disfrutes el pueblo!

La mujer parece ligeramente confundida y fastidiada, tal como yo esperaba. Suelto una risita cuando se aleja. A los cinco minutos, su hermana (la simpática de la familia, al parecer) sale del museo y me da las gracias.

–Que disfrutes el resto de tu estadía –le digo–. Buena suerte con la bruja de tu hermana –añado por lo bajo después de que se marcha.

Después de eso, no entra nadie más, y empiezo a aburrirme un poco. Juego a Wordle (ALFIL, en cuatro intentos) y hago una lista de

todas las ideas que tengo para despertar interés en el museo (el parque con temática de barriles, el puesto de perros calientes, las visitas guiadas) y después revuelvo las gavetas del escritorio hasta que encuentro la terminal rota. Es una de esas pequeñas y portátiles, con un aparato aparte para que la gente acerque la tarjeta. Alguien la volvió a meter en su caja, que, por suerte, todavía tiene el manual dentro. Tardo como cuarenta y cinco minutos, pero, al final, logro hacerla funcionar otra vez.

Voy a la oficina de Shelley y la encuentro navegando en Facebook en una vieja computadora de escritorio.

–Arreglé la terminal de pagos –anuncio.

–Seguro se vuelve a romper –me dice ella, levantando la vista un segundo–. Es una porquería.

Bueno, no es el elogio que esperaba escuchar, pero no importa.

–Viene muy tranquilo el día –comento.

–Si quieres, te puedes ir –me dice, sin despegar los ojos de la pantalla–. Yo me quedo en la recepción.

–No, no me molesta quedarme. Pero estaba pensando… ¿no estaría bueno llamar a las escuelas de la zona y ver si quieren traer a los niños de excursión aquí?

–Sería una excursión bastante aburrida –dice Shelley, con un resoplido irónico–. Venir a mirar un montón de barriles.

¿Qué le pasa a esta mujer? En serio, ¿para qué trabaja en un museo de barriles si no le gustan los barriles?

–Eh, ¿hace mucho trabajas aquí? –le pregunto. Quizá se fue hartando con el paso de los años. Quizá antes era una gran entusiasta de los barriles, pero el duro mundo de la curaduría de museos de barriles terminó por desgastarla.

–Mi tía era la directora –responde Shelley, con una mueca casi imperceptible de fastidio–. Yo podría haber vendido este edificio por, no sé, medio millón, pero la sociedad histórica del pueblo la convenció de cederles el contrato justo antes de morir.

Guau. Creo que cuando describí a Shelley, me quedé corta con lo de «un poco desagradable».

–A mí me parece que está muy bueno –le digo, obstinada–. Me encantan los museos.

Shelley me lanza una mirada perpleja y otra vez vuelve a sumergirse en Facebook.

Me escapo a mi escritorio y me siento otra vez, un poco perturbada. Por suerte, no tengo mucho tiempo para amargarme, porque al rato una pareja joven espía por la puerta, dubitativa.

–¡Adelante! –les digo, con entusiasmo, invitándolos a pasar.

Deben tener unos veinticinco años, y me cuentan que son de Japón y vinieron de vacaciones. Cuando les pregunto por qué eligieron la Isla del Príncipe Eduardo, la chica me responde: «Por *Ana la de Tejas Verdes».*

–¡Ay, me encanta *Ana la de Tejas Verdes!* –le digo con candor. Qué genial que una persona haya viajado desde tan lejos por un hermoso libro para niños.

Está claro que ellos saben valorar un museo como corresponde, y, después de comprar las entradas, pasan casi una hora recorriéndolo. Están en la sala del fondo cuando los escucho hablar con un hombre de voz grave y profunda. Me doy vuelta, confundida. ¿Alguien más se metió a escondidas en el museo mientras yo estaba hablando con Shelley?

Voy para el fondo y encuentro al fabricante de barriles de ayer, que otra vez está en su puesto de trabajo, desprendiendo finas tiras de madera de un tronco con una cuchilla de dos mangos. Debe tener alrededor de cincuenta años, y tiene piel blanca bronceada, hombros musculosos y una barba sorprendentemente espesa. Si llevara ropa de época, bien podría estar en una foto titulada «el fabricante de barriles de antaño».

La pareja japonesa y yo lo miramos en silencio mientras trabaja. Se desenvuelve con mucha soltura y explica lo que hace con voz profunda y serena. Observarlo es extrañamente tranquilizador, y está claro que siente una gran pasión por su oficio. Siento una punzada de anhelo en el pecho. Yo también quiero encontrar algo que me apasione tanto.

A los quince minutos, más o menos, hace una pausa en su trabajo, anuncia que va a tomar un café y nos dice que disfrutemos el resto del museo.

Voy corriendo tras él, ansiosa por presentarme.

–Eso estuvo buenísimo –le digo, siguiéndolo a la salita de descanso cerca de la oficina de Shelley.

–Eh, gracias –me dice, sorprendido al verme detrás de él–. ¿Estás de visita en Waldon?

–No, soy voluntaria aquí. Hoy es mi primer día. –Le extiendo la mano–. Emily Evans.

–Trey Fisher –me dice, al tiempo que me la estrecha.

–Un gusto. No sabía si venías todos los días. Qué suerte que esa pareja pudo verte trabajar.

–Por lo general, vengo un par de veces por día –dice Trey, tomando la cafetera vacía–. Mi tienda queda aquí cerca.

–¿Qué vendes?

–Barriles –me dice, mirándome con cara rara.

–¡Ah! –Me río de mi propia estupidez–. Claro. No sabía que la gente todavía fabricaba barriles a mano.

–¿Y dónde piensas que se hace el whisky? –me pregunta Trey–. ¿O el vino?

–Supongo que nunca lo pensé –respondo, y sonrío avergonzada–. O pensaba que había, no sé…, máquinas para hacer barriles, o algo así.

–Hay, pero no son tan buenas como un tonelero.

–Ah. –Asiento como si lo tuviera clarísimo–. Y un tonelero es…

Trey se echa a reír.

–¿En serio trabajas aquí? Un tonelero es una persona que fabrica barriles y toneles.

–Claro, sí. Obvio que ya lo sabía –digo–. O sea, obvio que sé la diferencia entre un barril y un tonel.

–Todos los barriles son toneles, pero no todos los toneles son barriles –me explica Trey.

–Gracias –le digo secamente–. Ahora sí que me queda claro.

Él se ríe, profunda y cálidamente. No voy a mentir, por un momento reconsidero mi regla de no salir con hombres de cincuenta…, hasta que veo la alianza en su mano izquierda.

–¿Quieres un café? –me pregunta mientras sirve agua en la máquina.

–¡Claro! –respondo, sonriendo.

–Me voy a quedar media hora más, pero si viene más gente después de que me vaya, me puedes mandar un mensaje. ¿Shelley te pasó mi número?

–Eh, no. –Tomo el teléfono y lo agendo. Me siento en el borde de la mesa mientras él pone unas cucharadas de café en el filtro–. ¿Te gusta trabajar aquí?

–¿Trabajar? –repite Trey, riendo–. Aquí entran cincuenta dólares por día, con suerte. Soy voluntario, igual que tú.

–Ah. Bueno, ¿y te gusta?

–Sí, es lindo tomarme un descanso de la tienda. Y es divertido hacer de cuenta que a la gente le interesa de verdad la fabricación de barriles.

Me echo a reír. Trey me cae bien, sin duda.

–¿Y cómo hace el museo para seguir abierto si no genera dinero?

–Con subvenciones de la sociedad histórica, más que nada.

–Qué lástima que no haya excursiones escolares –comento–. ¿Y no estaría bueno poner un parque infantil con temática de barriles al fondo?

–Un parque con temática de barriles –dice Trey entre risas–. Qué buena idea. Pero Shelley jamás aceptaría.

Echo un vistazo a la puerta, consciente de que la oficina de Shelley está a solo unos metros de aquí.

–¿Por qué no?

El rostro de Trey se ensombrece ligeramente.

–Su tía Josephine estuvo a cargo de este museo durante años. De hecho, ella misma era tonelera. Fue una de las primeras mujeres toneleras de Canadá. Murió hace algunos años. Shelley habría vendido este lugar, pero Jo se lo cedió a la sociedad histórica.

–Sí, Shelley me comentó eso –digo–. Pero ¿por qué sigue trabajando aquí si no le gusta?

–Ni idea. –Trey se encoge de hombros–. Seguramente la sociedad histórica le paga un buen sueldo por dirigirlo.

Por pasarse todo el día en Facebook, mejor dicho.

–¿O sea que no hay forma de hacer mejoras en el museo?

–No, a menos que no cuesten ni un centavo –responde Trey, y me sirve una taza de café.

Tomo un sorbo y frunzo el ceño, pensativa.

–Tiene que haber alguna manera.

–Bueno, si se te ocurre algo, avísame si te puedo ayudar.

–¿En serio?

–Estaría bueno que viniera un poco más de gente a este lugar –me dice, asintiendo–. A los chicos de ahora les vendría bien aprender más oficios.

De pronto, se me ocurre una idea.

–¿Estarías dispuesto a dar clases para niños?

Trey se queda pensando un momento.

–Supongo que sí. Siempre y cuando tengan la edad necesaria para usar las herramientas de forma segura.

–O sea… ¿a partir de los seis años, más o menos?

–No tienes hijos, ¿no? –me pregunta Trey con una mueca burlona.

–Eh, no.

–A partir de doce años –responde–. Y los padres tienen que firmar formularios de consentimiento.

–Investigo un poco y te aviso –le digo, sonriente.

Levanto la taza de café para brindar con él. Trey me mira risueño, pero choca su taza con la mía. Vuelvo a la recepción un poco más animada. No es una carrera ni mucho menos, pero creo que puedo generar un cambio positivo aquí.

Me siento frente al escritorio, tomo un buen trago de café y abro la aplicación de notas del celular. Tengo mucho trabajo por delante.

CAPÍTULO 11

—«Arriba el Barril» –lee John por encima de mi hombro.

Doy un salto en la silla. Ni lo escuché entrar en la sala de descanso.

Mientras mi corazón vuelve a su ritmo normal, levanto el cuaderno.

–Está bueno, ¿no?

–¿Bueno para qué?

–¡Para el evento que voy a organizar en el museo de barriles! –John se queda mirándome con cara de incredulidad. Juro que así son casi todas mis conversaciones con John. Yo digo algo y él se queda mirándome–. Empecé a trabajar de voluntaria ahí –le explico.

–¿Estás de broma?

–No, es en serio. ¡Es muy divertido! Digo…, bueno, hasta ahora solo fui una vez, pero me divertí mucho. El tonelero, que es la persona que fabrica barriles…

–Ya lo sé.

–… me va a ayudar a organizar una parrillada para despertar un poco de interés en el museo. Y tengo que llamar a las escuelas de la zona para ver si quieren traer a los niños de excursión.

Echo un vistazo a mi lista de pendientes para asegurarme de haberlo anotado.

–¿Escuelas? Pensé que lo tuyo eran los hogares de ancianos.

Abro la boca para responderle algo cortante, pero la vuelvo a cerrar.

Mmm.

–Ya sé que te estás riendo de mí, pero me diste una gran idea –le digo–. Me pregunto si los hogares de ancianos organizarán excursiones. Debería llamar y averiguar.

Lo anoto en la lista, y John se sienta frente a mí y saca su almuerzo.

–¿Ya jugaste a Wordle?

El tono con el que lo dice me hace levantar la mirada. John casi nunca marca la entonación cuando habla, así que no es fácil tratar de interpretarlo, pero ¿puede ser que suene un poco… esperanzado?

No. Imposible. Seguro inhaló demasiado humo de escape o algo así.

–Todavía no –respondo–. Dame un segundito que termino esto.

Miro la extensa lista. Nunca me había dado cuenta de todo lo que hay que planear para organizar un evento. Tengo que resolver el tema de la comida, la decoración, la publicidad… Además de convencer a Shelley de que me deje hacerlo. Ese es el primer ítem de la lista.

–¿Tienes idea de cómo crear una página web? –le pregunto–. Estoy pensando en armar una para el museo, para publicitar el evento.

–Sabes que la edad promedio en este pueblo es como setenta y cinco años, ¿no? Pon un volante en la cartelera de anuncios del

centro comunitario y listo. –Mmm. No es una mala idea para nada–. Y en el supermercado –añade.

Vaya, otra buena idea.

–Gracias –digo–. Voy a añadir «diseñar un volante fabuloso» a la lista.

–Es un volante para un museo de barriles –acota John–. Quizá debas bajar un poco las expectativas.

Me echo a reír automáticamente y luego parpadeo, sorprendida. John hizo un chiste.

Está claro que nos estamos haciendo amigos de Wordle.

Disimulo una sonrisa y dejo la lista.

–Bueno. A jugar a Wordle.

–¿Primera palabra?

–PLATA. Como en: todavía tengo que ver de dónde sacar la plata para pagar este evento.

–¿No lo paga el museo?

–Trey dice que Shelley, la directora del museo, se niega a gastar de más –respondo con un suspiro.

Escribo PLATA en Wordle. La L se pone verde y una A se pone amarilla.

–¿Y si compras tú las cosas? –me pregunta John–. Si le cobras a la gente dos o tres dólares por perro caliente, seguro recuperas lo que gastaste.

–¿Y si gasto un dineral y no viene nadie?

–Seguro que van a ir –responde, encogiéndose de hombros–. Ni que hubiera mucho más para hacer aquí.

–¿Y por qué vives aquí si odias tanto el pueblo? –le pregunto con el ceño fruncido.

–No lo odio –me dice, algo sorprendido.

–Siempre hablas de Waldon como si fuera muy aburrido y estuviera lleno de viejos.

–Es muy aburrido y está lleno de viejos.

–Entonces, múdate a otro lado.

–Me gusta vivir aquí.

–¿Por qué? –pregunto, curiosa.

–No sé. El alquiler es barato. Es tranquilo. Queda junto al mar. ¿Qué más puedo querer?

–Yo quiero vivir en algún lugar emocionante, como Nueva York o París.

–¿En serio? –John arquea una ceja.

–Sí. ¿Por? –pregunto, molesta.

–No sé. Eres voluntaria en la fábrica de barriles…

–Museo. En el museo de barriles.

–… y trabajas con un montón de ancianos. Me das más la sensación de ser una chica de pueblo. No te imagino viviendo en una gran ciudad, como Nueva York o París.

Bajo la vista a mi celular. No sé por qué ese comentario me lastima tanto, pero así es. Mi lado racional sabe que no tiene nada de malo ser una chica de pueblo. Pero yo no soy eso. No es lo que quiero ser.

–Gracias –le digo, cortante.

–No quise…

–Vamos a jugar a Wordle –lo interrumpo.

–Estás enojada.

–Estoy bien.

–Es obvio que estás enojada –me dice, levantando una ceja.

Suspiro con fastidio.

–No, no estoy enojada. Solo… estoy pensando en mi próxima palabra.

–Está bien. –John vuelve a concentrarse en su celular–. ¿Qué palabra vas a elegir?

–No sé. –Miro todas las letras que todavía no usé, tratando de pensar–. OLÍAN.

–¿Como en…?

–Como en nada –digo (está bien, ladro)–. Estoy tratando de descartar más letras.

John se queda callado un momento, y ya me estoy arrepintiendo de mi exabrupto. Seguro que no lo dijo con la intención de insultarme. Seguro que para él, ser una chica de pueblo es algo bueno.

–¿Tú qué palabra vas a usar? –me obligo a preguntarle.

John me muestra el teléfono.

Su palabra es TONTO.

Maldita sea.

Me da un poco de ternura.

Sin poder evitarlo, se me forma una sonrisa.

–No pasa nada –le digo, esta vez más sinceramente–. Lo que pasa es que… No sé. No quiero ser una chica de pueblo. Ya sé que no tiene nada de malo –me apresuro a aclarar– y no tengo nada en contra de la gente que prefiere los pueblitos… Pero yo no quiero ser así.

–Entonces, ¿por qué no te mudas?

–No tengo dinero. Tengo una deuda estudiantil y estoy tratando de saldarla… Además, no quiero mudarme a ningún lado hasta no

estar segura de qué quiero hacer.

–El trabajo de tus sueños –dice John. Todavía suena un poco sarcástico cuando lo dice. Reprimo el fastidio.

–Sí –respondo secamente–. Pero, por ahora, tengo que seguir aquí, así que estoy tratando de aprovechar el tiempo y encontrar cosas divertidas que hacer. –Señalo la lista de pendientes de Arriba el Barril.

–Y te parece divertido organizar una parrillada en la fábrica de barriles.

–En el museo de barriles. Y sí.

John se queda mirándome un instante y vuelve a concentrarse en su teléfono. Lucho contra otra oleada de irritación y me obligo a pensar en la siguiente palabra. La O de OLÍAN se puso amarilla. El TONTO de John no me ayudó para nada, porque la O sigue estando en el lugar incorrecto. Piensa, Emily.

A, L, O.

O, L, A.

ALOHA.

¿Se podrán usar palabras extranjeras?

La escribo y aprieto *enter.* No. La palabra no está en el diccionario.

–Uno de mis amigos de la pista de carreras es músico –dice John–. A veces toca ahí, y algunos bares de Charlottetown lo contratan para que toque. –Frunzo el ceño, tratando de entender a qué va con todo esto–. ¿Quieres que le pida que toque en tu… coso de barriles? –me pregunta.

–¿De verdad? –pregunto, incorporándome un poco.

–Sí.

–Pero ¿no tendría que pagarle?

John se encoge de hombros.

–El año pasado le hice la alineación a mitad de precio. Me debe una.

–¡Sería genial! –exclamo, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Después lo llamo. Mándame un mensaje con la fecha, el lugar y eso.

Asiento, sonriente, y tomo mi lista de pendientes. No había anotado música en vivo (ni siquiera lo había pensado), pero ahora lo agrego solo para poder tacharlo.

Música en vivo, ¡listo!

–¿Tendrá R? –me pregunta John, mostrándome el teléfono.

Abro la boca para decir que no, y después me detengo.

R. R al final.

A, L, B, O, R.

ALBOR.

Escribo la palabra, aprieto *enter* y, una por una, las letras se ponen verdes. ¡Trescientos ocho días!

Le sonrío a John.

–Creo que sí.

***

Después del trabajo, voy a la tienda a comprar comida para la señora Finnamore, Jim y Doris. Mientras estoy en la fila, tomo el teléfono y le mando un mensaje a Fallon.

[5:42]: Hola, amiga! Necesito que me ayudes con algo. Tienes algún consejo para organizar eventos? Voy a organizar una parrillada en el

museo del pueblo y quiero asegurarme de que salga todo bien. Tú organizas muchos eventos para tus tiendas, no?

No esperaba que respondiera tan rápido, así que me sorprendo cuando, casi al instante, aparecen los tres puntitos.

[5:43] **Fallon:** Qué loco, justo estaba por escribirte!
[5:43] **Fallon:** Te voy a mandar una publicación para que compartas en tus redes
[5:43] **Fallon:** Vamos a lanzar una nueva promoción en la página web la semana que viene

Cambio de posición, incómoda. Fallon me pide ese tipo de cosas de vez en cuando. Y obvio que quiero apoyarla, pero siempre me resulta medio raro. Casi nunca publico nada en mis redes sociales, o sea que el 90 % de lo que subo es publicidad para el negocio de Fallon. Estoy bastante segura de que Instagram piensa que soy un bot.

Pero supongo que no debería quejarme. Si yo alguna vez tengo un negocio, seguro le pediré a ella que haga lo mismo.

[5:44]: Sí, obvio! Mándame lo que necesitas que publique
[5:44] **Fallon:** Gracias, amiga!
[5:44] **Fallon:** Ya te lo mando

Y dicho y hecho, a los segundos me llega una notificación de Facebook y de Instagram. (Y sí, ya sé que nadie de menos de sesenta años usa Facebook todavía. Solo lo uso para poder ver las fotos de los viajes de mis papás). Cumplo con su pedido y comparto lo que me envió.

[5:46]: Listo!
[5:47] **Fallon:** Genial. Graciassss!

La fila avanza poco a poco. La adolescente que está en la caja debe ser nueva, porque tarda como cinco minutos en escanear cada producto.

[5:50]: Bueno, tienes algún consejo para planear eventos? Más que nada quisiera saber cuánta comida comprar. No quiero quedarme corta, pero creo que prefiero eso antes que comprar de más…

[5:52] **Fallon:** Mmm no sé, amiga
[5:52] **Fallon:** Nosotros siempre contratamos organizadores de eventos
[5:52] **Fallon:** Pero ojalá salga todo bien!

Frunzo el ceño, algo molesta, y empiezo a guardar el teléfono sin contestar, pero después me arrepiento. No es culpa de Fallon ser tan exitosa y poder pagarle a un organizador de eventos.

[5:53]: Gracias! Suerte con la promoción!

Fallon me envía un emoji con los dedos cruzados y una seguidilla de emojis de dinero.

La fila vuelve a avanzar (vino otro empleado a ayudar a la chica nueva) y apoyo los productos en la cinta. Divido las cosas de la señora Finnamore, Doris y Jim en tres pilas diferentes. Todos me dieron efectivo para pagar (Doris me explicó muy amablemente que no iba a darme su tarjeta de crédito porque no confía en mí) y,

después de pagar, cuento el vuelto de cada uno con cuidado y lo guardo en bolsitas herméticas individuales.

–¿Estás segura de que compraste todo? –me pregunta Doris quince minutos después, mientras llevo la última bolsa a la cocina.

–Estoy segura.

–Mmm –dice, como si no me creyera–. No asustes al gato.

El gato, que no tiene nombre («los nombres son para las personas, nena, no para los animales») está durmiendo arriba del refrigerador. No sé cómo podría asustarlo, ya que estoy bastante segura de que está poseído por el demonio. Yo amo a los gatos, pero este parece existir con el único propósito de bufar, morder y rasguñar. Creo que por eso se lleva tan bien con Doris.

Ella y el gato me supervisan mientras guardo las compras. Asiento distraídamente mientras Doris me cuenta qué opina del clima («demasiado caluroso»), de las noticias vespertinas («¿a mí qué me importan las tonterías que pasan en otros países?») y del nuevo corte de pelo de su sobrino («espantoso»). La verdad, creo que no debe existir ni una sola cosa en el mundo sobre la que Doris no tenga una opinión.

Y, ahora que lo pienso, quizá pueda sacar provecho de eso.

–Una pregunta, Doris –digo con cautela–. Si usted estuviera en un hogar de ancianos, ¿le gustaría ir de excursión al museo?

–Si estuviera en un hogar de ancianos, me gustaría que me fusilen.

Me lo tendría que haber imaginado.

Me despido de Doris y le deseo buenas noches («buenas serán para ti, yo tengo ochenta y seis años, por si te olvidaste») y enfilo hacia la casa de la señora Finnamore.

–No creo que a nadie le interesen mucho los barriles, querida –me dice cuando le pregunto lo mismo que a Doris–. Además, hay muchas corrientes de aire en ese edificio.

–Bueno, pero si tuviera que ir –insisto–, ¿cómo le gustaría que fuera?

–No sé –me responde con desgano. Luego, quizá al ver la expresión de decepción en mi rostro, deja escapar un suspiro y añade–: Tendrían que poner más asientos si van a llevar a los ancianos a la rastra.

–Más asientos. ¡Gracias!

Cuando le pregunto a Jim, aporta ideas todavía más útiles. Hasta me da la sensación de que estaba esperando que alguien se lo preguntara.

–Ese museo es demasiado oscuro –dice–. Casi no se lee nada en esos carteles diminutos de las exhibiciones. Igual, ni que alguien se gastara en leerlos. La gente se la pasa mirando a Trey más que nada.

«Más luces, más Trey», añado por dentro a la lista.

–O sea que si fuera de excursión ahí, ¿querría mirar a Trey trabajar y nada más?

–Mmm, no sé –dice Jim–. Podría ser agradable sentarse a charlar un rato, quizás tomar una taza de té.

Asiento, pensativa. Podríamos poner unas mesas afuera, quizás servir té y bocadillos… Me pregunto si podré conseguir tazas con forma de barril. Me imagino que deben existir, para cumpleaños con temática de piratas, por ejemplo.

Un momento.

Cumpleaños.

¡Qué buena idea! ¿Qué niño no querría festejar su cumpleaños en un museo de barriles? Después de que arme el increíble parque infantil con temática de barriles, claro.

Le agradezco a Jim efusivamente y vuelvo a casa. Después de cenar, busco los datos de contacto de las escuelas y los hogares de ancianos de la zona. Solo hay dos escuelas (una primaria y otra que tiene primaria y secundaria) y un hogar de ancianos en las afueras del pueblo. Hay más hogares en Summerside y Charlottetown, pero creo que todavía no los voy a contactar. No quiero que los ancianos viajen una hora en auto para venir aquí sin estar totalmente segura de que puedo hacerles pasar un día increíble.

A eso de las nueve, me meto en la cama con una copa de vino y abro Instagram. Fallon compartió mi publicación sobre la promoción de su página en sus historias (junto con unas mil más) y escribió: «¡¡¡Tenemos fans en toda Canadá!!!». También subió una foto suya con su esposo afuera de su tienda en Toronto. Los dos están muy bronceados, como si hubieran estado de viaje en un lugar tropical, y sus empleados están alrededor, sosteniendo botellas de jugo. Todos parecen muy contentos, y no me refiero a esa felicidad falsa que se ve en Instagram. Están tomados del brazo y parece como si a algunos los hubieran fotografiado riéndose.

Paso a las historias de Martha. Subió como cincuenta fotos de ella y sus hijos en el zoológico. Ellos también parecen muy contentos (por más que, en secreto, opine que sus camisetas a juego son un poco cursis).

Dejo el celular con un suspiro. La estaba pasando bien, pensando en todas las maneras de mejorar el museo, pero ahora siento que es una estupidez. Seguramente no tendría que desperdiciar el tiempo

en estas cosas. Ni que esto fuera a ayudarme a conseguir el trabajo de mis sueños.

Me hundo bajo las mantas y tomo un sorbo de vino, pero me sabe amargo. Tendría que dedicar la noche a buscar más trabajos para postularme, pero, de pronto, eso también me parece inútil. Es como si estuviera dando manotazos al aire, postulándome a cualquier cosa, desesperada por encontrar algo que funcione.

Estoy buscando una comedia en Netflix para distraerme de mis penas cuando me suena el teléfono. Es un mensaje de un número desconocido.

[9:07] **Desconocido:** Hola, Emily! Soy George, el amigo de John. Me dijo que estabas organizando un evento al aire libre en Waldon y que querías que vaya a tocar

Me incorporo un poco. Lo había olvidado por completo. Me sorprende que John ya le haya hablado.

[9:08]: Hola, George! Sí, me encantaría. Estás libre?
[9:08]: No tengo presupuesto para pagarte, así que entiendo si no puedes
[9:09] **Desconocido:** Genial!
[9:09] **Desconocido:** No te preocupes por la plata, le debo como dos mil dólares a John jaja
[9:10]: Buenísimo!! Todavía tengo que resolver un par de detalles

(Por ejemplo, si Shelley me va a dejar hacer el evento).

[9:10]: Pero te aviso cuanto antes para confirmar
[9:11] **Desconocido:** Genial. Gracias!

Le sonrío a la pantalla un momento, y luego abro la conversación con John Smith (Taller).

[9:12]: Hola, me acaba de escribir tu amigo George! Gracias por hablarle
[9:13] **John:** no es nada
[9:13] **John:** estaba muy entusiasmado, no sé por qué
[9:13] **John:** debe ser que venía tratando de insertarse en el mundo de los barriles

Suelto una risita.

[9:14]: Bueno, es un ambiente bastante competitivo
[9:13]: Ya me llamó Beyoncé para rogarme que la deje cantar
[9:15] **John:** jaja

Me muerdo el labio y me pregunto si debería decir algo más. Todavía me resulta medio raro hablar con John como si fuéramos (casi) amigos, pero tampoco tengo muchas opciones en este momento. No estaría de más pedirle su opinión. Y no puede ser peor que la de Doris.

[9:19]: Te parece que esto del evento es una estupidez?
[9:19] **John:** no
[9:19] **John:** por?
[9:20]: No sé
[9:20]: Es solo un tonto museo de barriles, o no?
[9:20]: Quizá no debería dedicarle tanto tiempo

Se produce una pausa. Me pregunto si me abrí demasiado.

[9:21] **John:** piensas demasiado
[9:21] **John:** te estás divirtiendo haciendo eso o no?
Frunzo el ceño, pensativa.
[9:22]: Sí, me divierte
[9:23] **John:** bueno, entonces ya está

Acto seguido, me manda un emoji de un hombre encogiéndose de hombros, y se me escapa una sonrisa.

[9:23]: Gracias ☺
[9:23]: Ya me voy a dormir. Buenas noches!
[9:23]: O como diría Wordle
[9:23]: NOCHE
[9:24] **John:** jaja
[9:24] **John:** que descanses

Tomo otro trago de vino, dejo la computadora portátil a un lado y busco mi lista de pendientes otra vez, sonriendo un poquito.

CAPÍTULO 12

Al día siguiente en el trabajo, espero a tener un descanso entre cliente y cliente (no es tan difícil, teniendo en cuenta que solo tenemos a cuatro personas agendadas para hoy) y levanto el teléfono con determinación. Marco el número de la escuela secundaria y espero a que suene. Al segundo timbrazo, cuelgo.

Rayos.

Me siento muy rara haciendo esto por teléfono. Medio molesta, como si llamara para vender productos, y también un poco turbia. ¿Qué voy a decir? «Hola, ya sé que no me conocen, pero ¿no quieren traer a los niños de excursión al lugar donde trabajo de voluntaria?».

¿Ves? Es turbio.

Lo que quisiera hacer es ir a las escuelas y hablar en persona para 1) demostrar que soy una persona normal y 2) darles algunos folletos que tomé del museo. Además, creo que en persona voy a ser más persuasiva. Podría hablarles de las demostraciones que hace Trey y quizás hasta mencionar el evento que estoy organizando.

El problema es que las escuelas abren solo de día, igual que el taller. Podría escaparme un rato durante el almuerzo, pero sospecho que a las maestras no les va a gustar nada que las moleste a la hora

de almorzar. Si mal no recuerdo, ese era el momento más caótico en la secundaria: cien adolescentes hormonales pululando por ahí, tratando de socializar todo lo posible en un período de sesenta minutos.

Echo un vistazo al reloj. Son las once menos diez de la mañana. Solo tenemos dos clientes a la tarde, porque hoy Dave no está. Me muerdo el labio. Quizá… Quizá podría decir que me siento mal y tomarme el resto del día.

Y sí, ya sé que está mal irse del trabajo si no estás enferma de verdad. De hecho, detesto a la gente que hace esas cosas. Cuando estaba en la universidad, trabajaba en un restaurante durante el verano, y había una chica que siempre decía que estaba enferma para faltar, como si no supiera (o no le importara) que los demás tendríamos que trabajar el doble para cubrirla.

Pero yo no falté ni un solo día por enfermedad desde que empecé a trabajar aquí. ¿Estaría muy mal si me tomara un día, uno solito?

Me levanto de la silla y voy al garaje antes de arrepentirme. Tengo que gritarle tres veces a John para hacerme escuchar por encima del ruido de las máquinas.

–¿Qué pasa? –me pregunta cuando por fin me ve.

–Me voy a casa. Se me parte la cabeza –le digo, fingiendo una mueca de dolor.

Al instante, me siento mal, porque él deja las herramientas y se me acerca con cara de…, bueno, quizá no precisamente preocupado, pero sí con menos indiferencia que de costumbre.

–¿Estás engripada o algo así?

–Eh, no, no. Solo me duele la cabeza y estoy un poco mareada. Debe ser estrés o algo de eso.

–¿Necesitas que te lleve a tu casa? No deberías conducir si estás mareada.

Mierda. Tiene razón.

–No estoy mareada ahora –me retracto–. Antes sí, pero ya se me pasó.

–Pero quizá te vuelve el mareo.

–No, no –me apresuro a decir–. Seguro que no. A veces me pasa. Me agarran como unos… episodios… –Mi voz se apaga de a poco. La mirada de preocupación en el rostro de John ha desaparecido, reemplazada por una ligeramente escéptica.

Soy muy mala mentirosa, ¿no?

–Bueno, está bien –le digo, avergonzada–. No me siento mal. Solo necesito irme una o dos horas para llevar folletos del museo a las escuelas y ver si quieren venir de excursión. Ya sé que es una tontería, pero quiero ir hoy porque las clases terminan en un mes, y es mi única oportunidad. Puedo desviar todas las llamadas a mi celular, y cuando haya que cobrarles a los clientes…

–No te preocupes –me interrumpe John–. Ve.

–¿Qué?

–Ve –repite–. Yo puedo cobrarle a la gente.

–¿Estás seguro? –pregunto, indecisa.

–Sí.

Pero igual dudo.

–¿Y si viene Fred?

–Fred está en Florida. Pero si viene en avión para ver si estás trabajando en la recepción, me aseguraré de decirle que te fuiste porque te sentías mal, no te preocupes.

–Ah. Bueno…, está bien –digo, conteniendo la risa–. Te prometo que hago rápido.

–Me da igual.

Le examino el rostro detenidamente. Lo dice en serio.

Sintiéndome un poco menos culpable, salgo corriendo hacia mi auto y voy para la secundaria del pueblo, que queda a solo diez minutos. Aunque es primaria y secundaria, no es muy grande. Al cruzar la entrada principal, siento como si hubiera retrocedido quince años. Es muy loco que aunque pase mucho tiempo, las secundarias nunca cambian. Este lugar hasta huele como mi antigua secundaria, como si todas las escuelas del universo estuvieran obligadas por ley a usar el mismo limpiador con fragancia a limón.

Me dirijo a la oficina del director y golpeo suavemente la puerta. Un momento después, se abre y quedo frente a un hombre alto y calvo que, al instante, me cae bien. Se llama señor Peterson y me hace pasar a su oficina y me escucha mientras yo hablo con entusiasmo sobre el museo. Hasta me prepara una taza de té con una pequeña tetera que tiene en el escritorio. Me dice que lo de la excursión al museo le parece una buena idea para llevar a los alumnos más chicos, pero no tanto para los de secundaria. Por dentro, me siento aliviada al oírlo. No quiero lidiar con adolescentes que hacen muecas y se creen demasiado geniales para mi museo.

El señor Peterson me dice que no puede prometerme nada (a esta altura del año, ya tienen la agenda bastante ocupada), pero que se va a comunicar conmigo. Y ya sé que parece una de esas frases hechas que dices para sacarte a alguien de encima, pero estoy convencida de que lo dice en serio.

Me marcho de la escuela de buen humor y voy al hogar de ancianos. Es más o menos del mismo tamaño que la secundaria, pero la energía es muy diferente. En la escuela, reinaba un silencio absoluto, mientras que este lugar está lleno del cálido murmullo de voces.

Me detengo en la entrada un momento, algo nerviosa. Nunca fui a un hogar de ancianos y me da miedo que sea un lugar deprimente lleno de gente triste que está esperando morir. Pero, cuando entro, veo que en realidad parece bastante animado. Hay una mujer joven que está haciendo una rutina de ejercicios con un grupo de personas en silla de ruedas, una enfermera que ayuda a una anciana a armar un rompecabezas, y un hombre que toca el piano en un rincón. Tomo nota de todo lo que veo para contárselo a Jim más tarde. Me dijo que no sabe cuánto tiempo más podrá quedarse en su casa. Creo que tiene demasiados recuerdos de su esposa. Quizás un lugar como este le haría bien. Se sentiría menos solo.

Tardo un rato en encontrar a la encargada, una mujer bajita y regordeta con cabello encrespado. Está muy solicitada durante la charla (le suena el teléfono cada cinco segundos y tres personas distintas se acercan a hacerle preguntas mientras hablamos), pero me escucha y acepta los folletos que le ofrezco. Igual que el señor Peterson, me dice que lo pensará y se comunicará conmigo. No estoy del todo segura de que lo diga en serio, pero supongo que, al menos, ya di el primer paso. Puedo volver a contactarla el mes que viene y ver si lo pensó. Esto no es como la escuela. Los residentes están aquí todo el año.

Mi última parada es la escuela primaria. A pesar de mis buenas intenciones, sin querer llego justo cuando suena el timbre del

almuerzo. Cientos de niños salen en tropel por las puertas, y todos parecen estar gritando a todo pulmón.

La verdad, no entiendo cómo hacen las maestras. Me siento exhausta de solo mirarlas tratar de poner orden. Entro deprisa, esquivando niños pequeños, y logro abrirme paso hasta la oficina de la directora. Tal como me temía, está almorzando cuando llamo a su puerta, y no parece muy contenta con la interrupción.

Resumo mi discurso en sesenta segundos, le doy los folletos, le agradezco por su tiempo y me voy corriendo.

Llego al taller a las doce y media, transpirada y un poco agitada.

–Dios –suspiro, y me dejo caer en la silla de la sala de descanso.

–Pensé que te ibas a tomar el día –me dice John, levantando la vista del celular.

–Dije que me iba a tomar una o dos horas –lo corrijo. Apoyo la cabeza en las manos y añado–: Estoy agotada.

–No hacía falta que volvieras corriendo. Te dije que me las podía arreglar solo.

–Sí, ya sé. Quedé cansada de la escuela primaria –le digo–. No entiendo por qué la gente elige tener hijos.

–¿No te gustan los niños? –me pregunta John mientras le quita el envoltorio a su sándwich.

–No tengo ningún problema con los niños, siempre y cuando pueda jugar con ellos cinco minutos y pasárselos a otra persona. Pero tener hijos… –Niego con la cabeza–. Sé que la gente dice que es un trabajo de tiempo completo, pero para mí, eso es una estupidez. Cuando tienes un trabajo de tiempo completo, termina el día, vas a tu casa y te relajas. Tener un hijo debe ser más parecido a tener dos trabajos de tiempo completo, con un jefe que nunca te

deja tomarte un descanso y duerme en tu casa todas las noches. –Suspiro, cansada–. Creo que no quiero tener hijos.

–Yo tampoco –dice John–. Algunas cosas parecen lindas, pero creo que me conformo con tener sobrinos.

–Mi amiga Martha dice que un día me voy a despertar y voy a cambiar de idea.

John le da un mordisco al sándwich.

–Qué grosera.

–Sí, ¿no? Como si yo no tuviera la madurez necesaria para saber lo que quiero. –Voy al refrigerador y tomo mi almuerzo de siempre, un yogur con una bolsita de granola–. También dice que me voy a arrepentir cuando sea vieja porque no voy a tener a nadie que me cuide.

–¿Y esa es la motivación para tener hijos? –pregunta John con una mueca–. ¿Obligarlos a cuidarte cuando seas vieja?

–¡Eso mismo le dije yo! Pero ella ni se mosqueó –respondo, riendo.

–¿Vive aquí?

–No, fuimos juntas a la universidad. Ahora vive en Maine. –Titubeo un momento antes de agregar–: La verdad, no conozco a mucha gente por aquí.

–Qué mal –dice John.

–Sí, la verdad que sí. –Me quedo callada un momento, pero después me animo–. ¡Quizá conozca a alguien haciendo las visitas guiadas en el museo!

John resopla sin dejar de masticar el sándwich.

–¿Qué, a un chico de secundaria?

–No. –Pongo los ojos en blanco–. Podría ser un maestro creativo, con onda. ¿Sabes? En algún momento, pensé en ser maestra.

–Me acabas de decir que no soportas a los niños.

–Dije que no quiero tener hijos y que me parece muy cansador –replico–. Pero sí, en parte, por eso fue que al final no lo hice.

–Tendrías que conocer a mi hermana –dice él–. No es maestra, pero se considera creativa y con onda.

Trato de imaginarme una versión femenina de John, y lo primero que se me viene a la cabeza es una mujer muy intimidante, con chaqueta de cuero y llena de tatuajes. Creo que yo no tengo tanta onda como para ser amiga de una chica así. Además, sé que John no lo dice en serio; solo está siendo educado. (No es que me queje, ¿eh? Es un gran avance en comparación con la semana pasada).

–Estaría bien –respondo, y echo un vistazo al reloj–. ¿Tienes tiempo para jugar a Wordle o tienes que volver a trabajar?

Antes de que John pueda responder, suena la campanilla de la recepción. Debe haber llegado el primer cliente de la tarde.

Hago una mueca y me levanto.

–Bueno, supongo que Wordle tendrá que esperar.

Tomo mi almuerzo y vuelvo a mi escritorio, donde una chica bonita de cabello oscuro, de unos dieciocho o diecinueve años, mueve el pie con impaciencia mientras espera para dejar el auto de sus padres para un cambio de neumáticos.

–¿Hay algún lugar para esperar? –me pregunta, mirando a su alrededor como esperando que levante un telón rojo y revele un salón de pedicura.

–Esas sillas de ahí, nada más –le digo, señalándolas.

La chica parece un poco ofendida y, con un bufido casi inaudible, se deja caer en una silla. A los dos segundos, se pone los auriculares y pone la música tan fuerte que llego a escuchar el sonido metálico desde mi escritorio.

Paso los siguientes veinticinco minutos terminando de almorzar y escuchando los mensajes de la contestadora, y después no tengo nada más que hacer, además de estar sentada ahí, fastidiada por la música de la chica.

La miro disimuladamente. Está clarísimo que no es de Waldon. Seguro sus padres tienen una cabaña aquí o algo así. Está vestida bastante informal, con pantalones cortos de jean y un jersey, pero hay pequeños indicios de que tiene dinero, como el brazalete Tiffany que se asoma bajo su manga y el bolso Louis Vuitton que lleva al hombro. La chica levanta la vista y me pesca observándola. Ups. Le dedico una sonrisa amable y avergonzada y, en respuesta, ella me mira de pies a cabeza y ni se molesta en disimular su mueca de desdén.

Siento un calor intenso en el rostro.

Qué maleducada.

Me paso las manos por el pelo y por la ropa, cohibida. Anoche lavé la ropa de Jim en vez de lavar la mía, así que tengo puesta una de mis sudaderas más viejas por encima de unas mallas negras básicas. No me pareció que quedara tan mal cuando me miré al espejo hoy por la mañana, pero es obvio lo que piensa la chica esta cuando me mira. Las palabras sin filtro de John me retumban en los oídos.

«Una chica de pueblo».

Me obligo a sentarme más derecha y levanto el mentón con gesto obstinado. Está bien, quizá en este momento, soy una chica de pueblo. Pero eso no significa que vaya a serlo toda la vida. Por un momento, me imagino sentada detrás de un amplio escritorio, vestida con ropa de Balmain y Prada, y detrás de mí, unos ventanales enormes que dan a la Quinta Avenida. Levanto mi mano llena de joyas e invito a pasar a la próxima candidata que voy a entrevistar para el humilde puesto de asistente. Y, ¿a que no adivinas? ¡Es la señorita del bolso caro! Al reconocerme, abre grandes los ojos, se estampa una sonrisa falsa y abre la boca para hablar, pero no, ya es demasiado tarde. Le voy a lanzar la misma mirada de desdén que me lanzó ella una vez y le voy a ordenar que se marche de mi oficina.

Disimulo una risita. Está bien, fue una fantasía bastante inmadura.

Pero ahora me siento un poquito mejor.

Hojeo los folletos del museo por décima vez y me pongo a investigar en internet sobre la fabricación de barriles. Si el señor Peterson me llama para organizar una excursión con los niños, quiero asegurarme de tener muchos datos divertidos para contarles.

El problema es que no hay tanto que decir sobre el tema, a menos que hablemos de vino o de whisky, lo cual no me parece muy apropiado tratándose de niños de primaria.

Me muerdo el labio y trato de pensar qué me habría gustado hacer a mí si me hubieran llevado de excursión con la escuela. Sinceramente, seguro no me habría interesado escuchar historias sobre barriles, mucho menos las últimas semanas de clase antes de las vacaciones. Solo me habría importado no tener clase y divertirme con mis amigos.

¡Ya sé! Tal vez podría dejarlos hacer alguna actividad en el patio. Podría ser una especie de… carrera de barriles rodantes. Eso existe, ¿no es cierto?

Busco rápido en internet y sí, efectivamente existe. Pero, la verdad, parece un poco peligroso para los niños. En el artículo que estoy leyendo, no paran de repetir que es muy importante usar botas con punta de acero.

No importa, ya se me va a ocurrir otra cosa.

Tamborileo los dedos sobre el escritorio. Piensa, cerebro, piensa.

Se me van los ojos hacia la chica soberbia. Ella no iría ni loca a un museo de barriles.

Mmm. Interesante.

Lo pienso unos segundos y después me digo: «Al diablo».

–Perdón. Disculpa.

Muevo la mano hasta que la chica por fin me ve. De mala gana, se quita un auricular.

–¿Ya está el auto?

–Eh, no. Te quería pedir tu opinión sobre algo. –La chica frunce el ceño, desconfiada, pero no me dejo amedrentar–. ¿Te gustan los museos?

–¿Qué? –pregunta, parpadeando con esas pestañas perfectamente maquilladas.

–Los museos –repito–. Por ejemplo, si fueras a un museo en un pueblito, ¿qué cosas te parecerían interesantes?

La chica me mira como si estuviera loca de remate.

–¿Estás juntando fondos o algo así? –me pregunta con suspicacia–. Porque ya dono un montón de dinero a caridad.

No sé cómo, pero logro contener las ganas de hacer una mueca. Sí, apuesto a que dona a obras de caridad.

–No, solamente estoy tratando de ayudar al museo de fabricación de barriles del pueblo.

–¿Fabricación de barriles? –repite con desdén.

–Sí, fabricación de barriles –digo. Después, suelto un suspiro dramático–. No importa. Perdón por molestarte. Se me ocurrió preguntarte porque como eres tan joven y obviamente tienes muy buen gusto… –Hago un ademán que abarca su atuendo–. Pensé que quizá me podrías ayudar a pensar qué les gusta a los niños de primaria. Yo ya estoy demasiado grande para entender de esas cosas –añado para estar segura.

Dios, qué fácil. La chica parece apaciguarse al instante. Se incorpora un poco y se quita el otro auricular.

–Bueno, yo no voy a museos porque, o sea, la mayoría de la historia es superofensiva…

–Claro –digo, sin inmutarme.

–Pero me invitan a muchas muestras de arte por mi Insta, ¿viste? Tengo como treinta mil seguidores.

Ladeo la cabeza y pongo cara de confundida.

–¿Qué es Insta?

–Instagram –me dice, mirándome fijamente.

–Ah, ¡Instagram! –Asiento con seguridad–. Mi sobrina me habló de eso. Nunca entendí cómo se usa. Estos celulares de ahora tienen demasiados botones.

Debo decir que me estoy divirtiendo mucho. Y la chica del bolso caro ya ni siquiera me mira con soberbia, solo siente mucha lástima

por mí, la anciana que trabaja en el museo de barriles y no sabe lo que es Instagram.

La chica se sacude el pelo brillante por encima del hombro y se inclina hacia adelante con actitud misteriosa, como si estuviera por develar todos los secretos del universo.

–Mira, lo que tienes que hacer es conseguir que vaya algún *influencer* a tu museo y que tome muchas fotos superartísticas. Yo te ayudaría, pero estoy tapada de cosas ahora. Además, mi *feed* tiene temática verde agua, así que los barriles no van a quedar bien.

–¿«Fid»? –pregunto con inocencia–. ¿Qué es eso, fideos?

No te rías, Emily. No te rías.

–Quiere decir las fotos que subes a Instagram –me dice muy despacio. Me muestra su teléfono y va pasando las fotos de su *feed* con temática verde agua–. ¿Ves qué bien quedan los colores?

–Guau –respondo, obediente.

–Bueno, tienes que hacer eso. Contrata a unos *influencers* para que promocionen tu cosa de barriles.

–Gracias –le digo, poniéndole la cantidad justa de profunda gratitud a la palabra–. Me ayudaste mucho.

Ella sonríe beatíficamente y se vuelve a poner los auriculares. Tamborileo los dedos sobre el escritorio otra vez mientras le doy vueltas a una idea. La chica del bolso caro me ayudó bastante. No con lo de los *influencers*, claro, eso es una locura. Pero creo que ahora sé cómo hacer que el museo sea un poquito más atractivo para los niños.

Tomo el teléfono y le escribo un mensaje a Trey.

[1:42]: Hola, Trey! Trabajas este sábado?

[1:42]: Se me ocurrió una idea para el museo y necesitaría de tus habilidades con la carpintería ☺

Trey no responde de inmediato. Atiendo un par de llamadas, y después la chica del bolso caro se acerca a mi escritorio y me pide un papel para pasarme su Instagram.

–Te va a encantar –me asegura–. Comparto consejos de estilo y esas cosas –añade, mirando disimuladamente mi ropa mientras lo dice. Qué tierna.

Acepto el papel con una sonrisa agradecida y me esfuerzo por montar toda una actuación al buscar su cuenta. Murmuro: «Instagram… punto… com. Ay, no, lo escribí mal. Instagram… punto… com. Ahora sí», y trato de no echarme a reír al ver la cara que pone.

Miro su *feed* un rato. Es igual a todos los *feeds* de *influencers* que he visto. Uno pensaría que quizá soy la clase de persona a la que le atrae este tipo de cosas, porque me la paso hablando del trabajo de mis sueños, pero, la verdad, no me llaman la atención para nada las redes sociales. No me interesa conseguir seguidores ni tener *likes*. Ese tipo de éxito siempre me pareció un poco vacío. Ni siquiera me interesa el dinero, la verdad, más allá de no querer vivir estresada por eso. No quiero fama y fortuna, quiero felicidad y un propósito. Quiero levantarme todos los días y estar contenta de ir a trabajar. Quiero dormirme todas las noches pensando: «Sí. Esta es mi misión en la vida».

Elogio un par de fotos de la chica del bolso caro, porque claramente lo estaba esperando y, para cuando su auto está listo, ya me tomó cariño. John sale con las llaves y está anotando algo en su recibo cuando ella me dice:

–Tendrías que pasarme tu *e-mail* porque estaba pensando hacer, o sea, perfiles con cambios de *look*, y sería superlindo hacerlos con gente de aquí. Me estoy quedando en la cabaña de mis papás unas semanas –¡Ja! ¡Lo sabía!– y podríamos, o sea, ir de compras juntas, arreglarte la ropa y eso.

John me lanza una mirada de reojo, pero yo no pienso dejar de actuar solo porque él esté aquí.

–¡Me encantaría! –exclamo con entusiasmo–. Siempre quise hacerme un cambio de *look*, porque… Bueno, ya sabes. –Con una mueca, me señalo la ropa.

–No te restes mérito –me dice–. Eres bastante bonita para tu edad.

–Ay, gracias. –Le doy el recibo y anoto mi dirección de correo debajo. Sé que se va a olvidar de mí apenas salga del taller, así que no me molesta dárselo–. ¡Que tengas un lindo día!

–Tú también.

La chica me sonríe con lástima, le echa un vistazo interesado a John (parece que él no es demasiado viejo) y se va meneando las caderas. Después de que se marcha, John me mira con el ceño fruncido.

–¿Qué fue eso?

–Me estaba divirtiendo un poco. Fue medio grosera cuando entró, entonces…

–¿Entonces te vengaste siendo muy amable con ella?

–Exacto –digo con una risita–. Es la mejor venganza de todas: terminar cayéndole bien sin querer.

–Eres muy rara –repone John, pestañeando.

–Ajá. –Echo un vistazo al reloj–. Todavía no llegó tu próximo cliente. ¿Quieres que lo llame a ver si está llegando tarde?

Mientras estoy hablando, me llega un mensaje. Echo un vistazo rápido al celular.

> [2:06] **Trey:** Con gusto te ayudo. Pero ayer me abrí la mano, así que no creo poder hacer mucho hasta que me quiten los puntos.

¿Puntos? Pobre Trey. Y también…, mierda.

–¿Pasó algo? –me pregunta John.

–Es que… me habló Trey, el tonelero del museo. Tenía la esperanza de que me ayudara a armar una exhibición rara que se me ocurrió para el museo, pero le cosieron la mano. –Suspiro–. Tú no sabes de carpintería, ¿no?

–Me las arreglo –responde él, encogiéndose de hombros–. ¿Cuándo necesitarías que te ayude?

–¿Lo dices en serio?

–Mientras no sea muy complicado.

Dudo un momento. Necesito tener el visto bueno de Shelley, pero se lo puedo pedir el sábado cuando vaya al museo.

–¿Podrías venir al museo el domingo?

–Claro.

–Gracias –le digo, sonriente–. Espera un segundo que llamo a la señora Manthorne.

Marco el número que tenemos en la agenda y me atiende una señora muy dulce y muy avergonzada, que está en la peluquería y obviamente se olvidó de que tenía cita en el taller. Pactamos otro día y horario y cuelgo el teléfono con una mueca apenada. John odia

que los clientes cancelen. O, al menos, eso me parece a mí. Siempre pone mala cara cuando le cancelan.

–No va a venir –le digo–. ¿Quieres que llame al próximo a ver si puede venir antes?

–Podría ser –responde, encogiéndose de hombros, y, tras un segundo, añade–: A menos que quieras que juguemos a Wordle.

–Ay, sí –respondo, contenta.

John se apoya en el escritorio y saca el celular.

–¿Primera palabra?

Me quedo pensando un segundo.

–HÉROE. Como en: eres mi héroe por ayudarme con esto del museo. ¿Y tú?

John adopta una expresión pensativa.

–PIZZA.

–¿Como en…?

–Como en: puedes pagarme con pizza.

–Ningún problema –respondo, riendo.

Nos quedamos callados, cada uno analizando su propio celular. No acerté ninguna letra. Pienso en la chica del bolso caro y me pregunto si INSTA será una palabra.

Nop. No está en el diccionario.

¿Y qué tal si pruebo con… LLAMA? Como en: John está sentado tan cerca de mí que otra vez huelo ese aroma, como el de una llama lamiendo la madera: el mismo que sentí cuando estábamos en su auto. Nunca lo había sentido en el trabajo. Me pregunto si será su champú. O quizá es algún fluido de auto que, de casualidad, huele a humo y leña, como pasa con el anticongelante, que supuestamente tiene sabor a azúcar. (Lo sé porque, cuando era chica, mi mamá me

advirtió que nunca lo tomara y, durante un tiempo, pensé que cualquier cosa dulce era mortal).

Pero bueno, la cosa es que John huele muy bien, como una fogata en una noche fresca de otoño. Respiro hondo por la nariz y, disimuladamente, desvío la mirada hacia él. Su mameluco, bajado hasta la cintura, deja al descubierto una camiseta negra que le marca los hombros. La verdad, John es muy atractivo. Tiene el pelo oscuro y un poco ondulado, brazos fuertes y musculosos y, si ignoras las manchas de grasa, unas manos muy lindas. Seguro tiene mucha fuerza de tanto trabajar en el taller.

Lo estoy admirando distraídamente cuando levanta la mirada y me descubre observándolo.

Ups.

Vuelvo a enfocarme en Wordle deprisa. La A de LLAMA está amarilla, igual que una de las L.

L y A.

FÁCIL. Como en: si no disimulo mejor, a John le resultará muy fácil darse cuenta de que me parece lindo. Por fin nos estamos haciendo amigos, o algo así. No quiero arruinar todo por lanzarle miraditas lujuriosas, mucho menos sabiendo que no le intereso. Además, a mí tampoco me interesa él. Solo me di cuenta de que huele muy bien y de que tiene brazos muy fuertes, nada más. Y si de golpe me sonrojé un poco, es solo porque hace un poco de calor aquí.

Obviamente.

Escribo FÁCIL, aprieto *enter* y, ahora sí, estoy muy cerca de descifrar la palabra. LA F, la A y la L se ponen de color verde. Las otras dos están grises.

Después de pensar un momento, me decido por FATAL. Como en: tengo que tener cuidado porque esto podría convertirse en un error fatal.

Una a una, las letras se ponen verdes, como si Wordle me estuviera dando la razón.

–¿La adivinaste? –me pregunta John, acercándose para espiar por encima de mi hombro. Y, por Dios, ese aroma a leña y humo es muy tentador.

–Así es.

–¿Cuánto vas ya? ¿Trescientos nueve días?

Sonrío, un poco nerviosa.

–Sip.

–Qué bien.

John se baja del escritorio de un salto y estira el puño para que los choquemos, un gesto inconfundible de que solo somos amigos, pero, por algún motivo, igual se me acelera un poco el corazón. Él me dedica una sonrisa deslumbrante antes de volver al garaje, y yo me quedo ahí, temblorosa y electrizada.

No bien desaparece, dejo caer la cabeza sobre el teclado.

Diablos.

CAPÍTULO 13

Bueno, decidí que lo más importante es no ahogarme en un vaso de agua. Sí, John me parece objetivamente atractivo. ¿Y? Eso no es ninguna novedad. Cuando lo conocí, me parecía lindo, hasta que mostró su personalidad (o, más bien, su falta de personalidad). Y sí, ahora me doy cuenta de que es un poquito más carismático de lo que me pareció al principio, pero sigue siendo el aburrido de John. Le siguen interesando más los autos que las personas. Me sigue respondiendo a la mitad de las cosas que digo con una mirada de incredulidad.

La verdad, creo que esto solo demuestra las ganas que tengo de que me guste alguien. O sea, si estás un mes perdida en el desierto, hasta una vieja lata de refresco sin gas te va a parecer tan tentadora como un daiquiri de fresa, ¿no?

Lo admito, ese comentario fue cruel.

John no es una vieja lata de refresco sin gas.

Pero tampoco es la clase de chico con el que me gustaría salir. A mí me gustan los hombres extrovertidos y ambiciosos. Como mi novio de la secundaria, que era el presidente de la clase y el capitán del equipo de fútbol. O mi novio de la universidad, que estudiaba derecho, o incluso ese romance que tuve después con un estudiante

de medicina un poco excéntrico (pero muy encantador). Me gustan los hombres que aspiran a grandes cosas y que me motivan a lo mismo. ¿A qué me podría motivar John? ¿A trabajar en el taller toda la vida? ¿A morirme con la ropa llena de grasa?

Está bien, ese comentario también fue cruel. No tiene nada de malo trabajar en un taller mecánico toda la vida.

Pero no es para mí.

La cuestión es que anoche lo estuve meditando y llegué a la conclusión de que lo mejor que puedo hacer es ignorar esta atracción molesta que siento por John y poner mi energía en otro lado, como el evento Arriba el Barril.

El miércoles, diseño un volante y uso la impresora del trabajo para imprimir un prototipo. John me ayuda a cambiar el cartucho de color y no presto atención para nada a la calidez de su brazo cuando se roza con el mío.

El jueves, hago una lista de todos los lugares donde puedo dejar volantes, y John y yo prácticamente nos morimos de risa cuando la palabra del día de Wordle resulta ser LISTA. Y, desde luego, no noto lo linda que es su risa ni los hoyuelos que se le marcan en las mejillas cuando se ríe mucho.

El viernes, entro a la sala de descanso y los encuentro a él y Dave mirando un video de YouTube de un choque terrible que hubo en Fórmula Dos, y cuando comento que yo pensaba que se llamaba Fórmula Uno, no Dos, John me somete a un discurso de veinte minutos sobre los distintos tipos de competencias de automovilismo que existen. No quiero interrumpirlo porque es la primera vez que habla tanto tiempo conmigo y eso me hace sentir bien, pero todo lo que dice me resulta increíblemente confuso y bastante aburrido.

Entonces, la verdad, no es mi culpa que me distraiga y me pierda en sus ojos color miel.

De más está decir que el sábado me pongo muy contenta por estar un tiempo lejos del taller. Me levanto temprano y me tomo un café en el patio trasero mientras disfruto del calor tenue del sol primaveral. A las nueve de la mañana, salgo de casa para encontrarme con Jim porque quedamos en desayunar.

Esto no es parte del servicio de cuidadora ni nada; solo me pareció que le haría bien estar acompañado este fin de semana. El cumpleaños de su esposa es la semana que viene (habría cumplido noventa y cuatro años) y me doy cuenta de que Jim está bastante angustiado con ese tema.

Voy en auto a la confitería que está en el centro, compro una caja de rollos de canela recién hechos y me dirijo a su casa. Es una casona rústica en la cima de una colina, con un porche amplio que da a los campos del vecino. Nos sentamos ahí afuera y desayunamos mientras miramos pastar a los caballos en el terreno de al lado. Hay uno blanco, que decidí que se llama Fantasma, y uno negro al que bautizo Poseidón.

Le pido a Jim que me hable de su esposa y, de a poco, los recuerdos comienzan a emerger. No es precisamente un relato de su vida juntos, sino más bien una colección de instantáneas tomadas en momentos distintos. Ella siempre le ponía media taza de azúcar al té. Una vez, pisó una serpiente en el jardín y gritó tan fuerte que los vecinos fueron corriendo a ver qué pasaba. No le gustaba conducir. Los domingos, siempre preparaba pollo con patatas.

Escucharlo hablar no me da mucha información sobre su relación, o siquiera sobre la clase de persona que era ella, pero sé que eso no

importa. Jim revive esos pequeños momentos con ella al contarme esas cosas y, después de hablar una o dos horas, parece mucho más tranquilo.

–Eres muy buena –me dice cuando vuelvo de dejar las tazas de té en la cocina–. Le dedicas tu sábado a un vejestorio como yo.

–Lo hago con gusto –respondo con sinceridad–. Ojalá me pudiera quedar más tiempo, pero tengo que ir a trabajar al museo. Le voy a preguntar a Shelley si puedo organizar ese evento que le comenté.

–Shelley –dice Jim tras suspirar con un gesto despectivo–. No tengo mucho trato con ella. ¿Sabías que trató de echarme del museo cuando murió Josephine? Dijo que no hacía falta seguridad.

–No lo puedo creer –respondo, indignada. ¿Qué clase de persona trata de despedir a un voluntario de noventa y seis años?–. ¿Y usted qué hizo?

–Seguí yendo igual –dice él, encogiéndose de hombros.

–Genial –digo entre risas.

–Si quieres organizar una fiesta, organízala. No le hagas caso a esa mujer.

–Gracias, Jim. ¿Nos vemos mañana?

–Aquí estaré.

Saludo a Fantasma y Poseidón y, de camino al museo, me pongo a practicar lo que le voy a decir a Shelley. Voy a pagar la comida con mi tarjeta de crédito, o sea que eso no le representará ningún gasto, y Trey y yo nos vamos a encargar de todo durante el día del evento. No se me ocurre qué motivo tendría para decirme que no y, sin embargo, tengo la sensación de que se va a negar.

Cuando llego, la voluntaria de la mañana, una señora mayor llamada Brenda, está luchando con la terminal de pagos. La ayudo a

resolver el problema y decido armarle un apunte con instrucciones. Brenda acepta quedarse cinco minutos más mientras yo voy a hablar con Shelley. De los nervios, me cosquillean las manos, así que me las froto contra el pantalón y llamo a la puerta de su oficina.

–¿Qué?

Abro la puerta. Mientras Shelley navega en Facebook, caen sobre el escritorio gotas de sopa de su cuchara, y hay un envase de comida rápida tirado en el suelo. Reprimo una punzada de fastidio. La oficina de Shelley podría ser muy linda si ella hiciera un mínimo esfuerzo por mantenerla limpia. Hay una ventana grande que da al patio y estanterías con libros a ambos lados del escritorio, que le dan una vibra acogedora al lugar, como si fuera un rinconcito de lectura.

–Hola, Shelley –la saludo amablemente–. ¿Estás ocupada?

–¿Qué pasa? –me pregunta, levantando la mirada.

Respiro hondo y me lanzo.

–Estaba pensando que sería divertido organizar un evento aquí el fin de semana que viene, para festejar que ya empieza el verano y, quizás, atraer a más visitantes.

–No hay dinero para eso –responde ella, amagando a volver a mirar la computadora.

–No, ya lo sé –me apresuro a decir–. Pero planeé todo para que no gastemos nada. Conozco un músico de por aquí que puede tocar gratis, y Trey nos presta una parrilla para que vendamos perros calientes, hamburguesas, limonada…

–No tengo tiempo para planear un evento.

–No hace falta que hagas nada –le aseguro–. Yo puedo planear todo. Tú solo tendrías que venir y divertirte.

Shelley suelta un suspiro de impaciencia y vuelve a mirar la pantalla, como si yo le estuviera impidiendo hacer algo importante.

–¿Cuándo sería esto?

–Pensé que estaría bueno hacerlo el sábado que viene. Se supone que el día va a estar lindo. Para llamar la atención, se me ocurrió ponerle de nombre «Arriba el barril» –digo, con una sonrisa falsa–. Está bueno, ¿no?

–Una semana no alcanza para organizar algo así –replica Shelley con el ceño fruncido, y vuelve a mirar la computadora. Su tono no da lugar a peros.

–A mí me parece una buena idea –dice una voz desde la puerta. Me doy vuelta y veo a Trey de brazos cruzados, apoyado contra el marco de la puerta.

Shelley aprieta los labios. Lo mira a él y luego a mí, como si estuviera evaluando si vale la pena discutir con nosotros o no.

–Está bien –acepta de mala gana–. Pero tienen que encargarse de todo ustedes solos. Yo ya tengo demasiadas cosas que hacer.

¿Demasiadas cosas que hacer? ¿Está tratando de ver absolutamente todas las publicaciones existentes de Facebook o algo así?

Pero bueno, da igual. Dijo que sí. Eso es lo único que importa.

–Genial –digo– Gracias.

Me doy vuelta para marcharme, pero dudo un momento. Me pregunto si debería contarle mi otra idea, la que me dio la chica del bolso caro, pero después pienso «al diablo». Voy a seguir el consejo de Jim y lo voy a hacer sin ella. Seguro que ni se da cuenta.

Cuando salgo al pasillo, levanto la mano para chocar los cinco con Trey.

–¡Éxito!

–Éxito –repite él entre risas–. ¿Necesitas que te ayude con algo?

–¿Podrías ayudarme a llevar algunas cosas afuera? Ah, no, la mano… –Echo un vistazo a su mano, que está vendada, cosa que acabo de notar.

–Pero igual puedo levantar cosas.

–¿Seguro? ¿No me dijiste que te hicieron puntos? –pregunto, frunciendo el ceño.

–No pasa nada. –Trey se quita el vendaje (un asco, yo no le pedí que hiciera eso) y me muestra la hilera larga de puntos negros que hay debajo–. No es tan grave.

A mí me parece que sí es grave, pero me doy cuenta de que no tiene sentido discutir con él.

–Yo me encargo –le digo–. Tú solo dime qué cosas puedo llevar al patio. Y te quería hablar de una exhibición que se me ocurrió hacer. Quiero saber si te parece buena idea.

Lo llevo al fondo del museo, donde hay un sector con la pared vacía. Por la forma en que está diseñado el edificio, esta parte de la pared llega hasta la planta alta.

Cuando le cuento mi idea, Trey parece interesado.

–¿Te parece que se puede hacer? –pregunto.

–Se debería poder –dice, observando la pared con ojo crítico–. Pero voy a necesitar a alguien más si lo quieres para el fin de semana que viene.

–Mi amigo John me dijo que podría ayudarnos mañana. Trabaja conmigo en el taller mecánico.

–Pregúntale si puede venir al mediodía.

Sin más, Trey vuelve a hacer las demostraciones y yo regreso a la recepción y, de camino, hago un bailecito de festejo. Relevo a Brenda, me acomodo en la silla y tomo el celular para mandarle un mensaje a John.

[12:19]: Podrías venir al museo mañana a ayudar a Trey?

John me envía el emoji con el pulgar arriba.

[12:19] **John:** a qué hora?
[12:20]: Puede ser al mediodía?

Una pausa.

[12:21] **John:** PUEDE

Me quedo mirando el celular un momento, confundida. ¿Habrá puesto mayúsculas sin querer?
Un momento después, me río.

[12:21]: Jaja
[12:21]: Si esa es la palabra de hoy, me voy a enojar
[12:22] **John:** jaja
[12:22] **John:** todavía no jugué
[12:23]: SOMOS dos

Dejo el teléfono un ratito para ayudar a una pareja divina de unos cincuenta años que quiere comprar entradas. Son turistas australianos y parecen sentir un interés genuino por el museo. Me

quedo charlando con ellos unos minutos y me cuentan que tienen un viñedo. Con razón les interesan los barriles.

–No olviden comentárselo a Trey –les digo–. Es el tonelero.

Cuando los turistas entran al museo, entusiasmados, vuelvo a tomar el celular y veo que me llegaron un par de mensajes.

[12:24]: **John:** jaja
[12:24]: **John:** primera palabra?
[12:37]: ARMAR
[12:37]: Como en: tengo que ver cómo armar todo ahora que Shelley me dio permiso para el evento!
[12:38] **John:** qué bien
[12:38] **John:** avísame si necesitas ayuda con algo
[12:39]: Gracias!
[12:39]: Seguro algo necesite
[12:40]: Qué palabra vas a usar tú?
[12:41] **John:** mmm
[12:41] **John:** ORDEN
[12:41]: Como en??
[12:42] **John:** como en nada
[12:42] **John:** sabes que no hace falta que te inspires en tu vida para elegir las palabras, no?

Suelto una carcajada.

[12:43]: Ya sé que no hace falta, pero así es más divertido
[12:43]: Además, estoy convencida de que las respuestas de Wordle están relacionadas con mi vida
[12:43] **John:** …
[12:44] **John:** qué?
[12:45]: Mira, por ejemplo, el jueves era LISTA
[12:45]: Y te acuerdas de que ayer la respuesta era ARDER?

[12:45]: Una hora después, se me volcó el café y me ardió la mano
[12:45]: Coincidencia???
[12:45] **John:** sí
[12:46] **John:** es una coincidencia
[12:47]: Nop
[12:47]: Wordle estaba tratando de advertirme
[12:48] **John:** y si la palabra de hoy es MORIR?
[12:49]: Habla bien de mí en mi funeral
[12:50] **John:** jaja
[12:50] **John:** no piensas de verdad que las respuestas de Wordle se relacionan con tu vida, no?
[12:51]: Vas a tener que leer mi autobiografía para averiguarlo

La puerta del museo se abre otra vez y entra una mujer algo agitada con un niño pequeño.

–Hola –los saludo.

–Hola –me dice ella–. ¿Podemos pasar al baño?

–Eh, sí, claro. –Señalo la puerta–. Es ahí.

–Gracias.

Rayos. Juro que vienen más personas a usar el baño que a mirar los barriles. ¿Qué le pasa a la gente?

De pronto, se me ocurre una idea. Tomo el volante del evento que tengo en el bolso y hago diez copias en la fotocopiadora viejísima del museo. Vuelvo a la recepción justo cuando la mujer y el niño están saliendo del baño.

–Gracias.

–No hay problema –respondo, sonriendo–. ¿Están en Waldon de vacaciones o…?

–No, no, vivimos aquí. Estábamos en el parque que está aquí cerca.

¿El parque? Me pregunto si habrá una cartelera de anuncios ahí.

–Bueno, si están aquí el fin de semana que viene, vamos a hacer un evento –le informo con tono alegre y le entrego un volante–. Va a haber música y comida y, eh, actividades divertidas para niños.

No puedo darle más detalles, más que nada porque no planeé ninguna actividad para niños. ¿Qué cosas les gustan a los niños, que no cuesten ni un centavo?

–¿Como una búsqueda del tesoro? –me pregunta el niño.

–Exacto, como una búsqueda del tesoro –le respondo, con una sonrisa de oreja a oreja–. ¿Cómo supiste?

El niño me sonríe, orgulloso, y la madre me agradece otra vez. Cuando se marchan, añado «Organizar búsqueda del tesoro» a la lista de pendientes en mi celular. ¡Qué buena idea! Puedo armar un mapa del tesoro y esconder pistas en el museo. Voy a tener que averiguar precios, pero quizá encuentre algo barato en la tienda de chucherías. Me pregunto si tendrán juguetes con temática de barril.

(Probablemente no).

Me suena el celular.

[12:57] **John:** se repite alguna letra?
[12:58]: Espera, todavía no empecé

Abro Wordle y escribo ARMAR, pero no acierto ni una. Diablos. Miro a mi alrededor y tamborileo los dedos sobre el escritorio. Desde el fondo del museo, escucho el sonido de las herramientas de Trey.

TONEL.

La O se pone verde y la N, amarilla; el resto de las letras están grises. Mmm. Probemos otra cosa.

GUIÑO. Me pregunto si la respuesta será un guiño a mi vida (en esta, hago un poco de trampa: Wordle toma la Ñ como N).

Uy, mucho mejor. La O se pone verde, y la I amarilla. La Ñ (N) sigue igual.

Por las palabras que descarté, sé que la N tiene que ir primera.

Veamos.

N O _ _ O.

Repaso las letras que no usé. NOS, NOP, NOV…

¡NOVIO!

[1:04]: Ya la adiviné
[1:04]: Hay una letra que se repite
[1:04] **John:** genial
[1:04] **John:** y tiene algo que ver con tu vida? jaja

Aparto los ojos del celular y observo mi reflejo en la ventana frente al escritorio. Tengo las mejillas un poco sonrojadas y estoy sonriendo como una tonta.

Vuelvo a mirar la pantalla, y las cinco letras verdes me devuelven la mirada, burlonas.

NOVIO.

[1:06]: Nop
[1:06]: Parece que estaba equivocada

CAPÍTULO 14

–No los necesito–me dice la señora Finnamore.

Son casi las once de la mañana del día siguiente y estoy sentada en su cocina con una taza de té a medio terminar frente a mí. Tendría que haber salido para el museo hace diez minutos porque tengo que pasar a buscar a Jim, pero la señora Finnamore está muy terca con el tema de su medicación. Cuando pasé a prepararle los remedios a las ocho de la mañana (el horario en el que se supone que los tiene que tomar), me dijo que los iba a tomar después del desayuno. Cuando pasé una hora más tarde, me dijo que tenía acidez. Ahora, me dice que no necesita tomarlos.

–Bueno…, como usted quiera –le digo, dubitativa–. Pero sabe que Debra quiere que los tome.

–Debra no es mi jefa.

–Ya lo sé. Pero el médico también quiere que los tome –insisto. El otro día, busqué todos los remedios de la señora Finnamore en internet, y algunos parecían muy importantes. Ella resopla con desdén.

–Los médicos de hoy no saben nada. Bill no tomó ni una pastilla en toda su vida y estaba sano como una manzana.

Bill era el esposo de la señora Finnamore. Titubeo un momento.

–Pero ¿no murió de diabetes?

–Era genético –me responde, con una mirada asesina.

Suspiro y dejo sus remedios sobre la mesa. Tengo la sensación de que hoy no será el día.

–Está bien. Bueno, ya me tengo que ir.

La señora Finnamore juega con el asa de la taza.

–Esos médicos no ayudaron a Bill en lo más mínimo –dice, como si no me hubiera escuchado–. Lo único que querían era darle insulina. Estuvieron veinte años insistiéndole con esas inyecciones. Y cuando por fin accedió, no pasaron ni seis meses que ya estaba muerto.

Me muerdo el labio. Yo no soy médica, pero estoy bastante segura de que la señora Finnamore está malinterpretando la situación. Creo que haber estado veinte años sin inyectarse insulina debe haber sido el problema, no al revés. Pero no voy a decírselo. Seguro que le hace bien poder echarle la culpa a alguien.

–¿Lo extraña mucho? –le pregunto.

–Bueno, viste cómo es –me responde vagamente.

–No, la verdad que no. –Sonrío apenas–. Mi relación más larga duró dos años. Usted y su esposo estuvieron juntos como cuarenta, ¿o no?

La señora Finnamore juega con la taza un poquito más y luego suelta un suspiro apesadumbrado.

–Ustedes las jóvenes hacen bien en no casarse tan rápido.

Titubeo y luego pregunto con cautela:

–¿Usted… no era feliz con su esposo?

–Sí, éramos muy felices –dice la señora Finnamore, totalmente inexpresiva–. Pero la juventud es un tesoro. –Me mira–. Ten cuidado de no desperdiciarla.

Un escalofrío desagradable me recorre la piel. Voy a tener que indagar más en el tema de Bill en otro momento, pero ahora me tengo que ir.

–Paso más tarde –le prometo–. Tomamos un té.

Ella asiente y dice que le gusta la idea, pero me doy cuenta de que tiene la cabeza en otro lado. Mientras conduzco a lo de Jim, siento una opresión en el pecho. Lo que le dije a John de que las respuestas de Wordle están relacionadas con mi vida era un chiste, pero no puedo quitarme de encima la sensación de que la advertencia de la señora Finnamore sí está relacionada conmigo. La juventud es un tesoro, dijo. Y la mía se me escapa con cada segundo que pasa.

Jim me está esperando afuera de la casa, vestido con su chaleco de seguridad del museo.

–Hola, querida –me dice cuando sube al asiento del acompañante.

Me obligo a esbozar una sonrisa alegre.

–Perdón por llegar tarde. ¿Listo para luchar contra los ladrones de barriles?

–Listo –responde, riendo.

Bajo la ventanilla para que entre la brisa cálida y fragante y conecto mi celular al parlante del auto. Al instante, empieza a sonar una canción movida y alegre.

–¿Qué radio es esta?

–No es la radio –respondo, sonriendo–. Armé una lista de canciones de los cincuenta para usted.

Jim se queda callado un momento, escuchando.

–¿Son los Diamonds? –Asiento, y él suelta una risita–. Hace años que no escuchaba esta canción.

–Le puedo hacer una lista en la computadora si quiere.

–Ay, ya sabes que casi no uso ese aparato.

Jim se queda callado unos minutos más, tamborileando los dedos suavemente al ritmo de la música. Tengo que admitir que me está empezando a gustar la música de los cincuenta. Es muy auténtica y alegre. No obstante, en este momento no me levanta mucho el ánimo. Las palabras de la señora Finnamore todavía me pesan.

–¿Todo bien? –me pregunta Jim cuando tomamos la calle que lleva al centro.

–Sí, perdón. Solo estaba pensando. –Hago una pausa y luego le pregunto–: ¿Nunca se arrepiente de las decisiones que tomó?

–Claro que no –me responde sin dudarlo ni un segundo–. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

–No, no es que pase algo. –Prendo la luz de giro en la señal de alto–. Solo me preocupa estar desperdiciando mi juventud.

–¿No te gusta vivir aquí?

–No es que no me guste –digo, y me sobreviene un ramalazo de lealtad mientras giro en la calle principal–. Creo que me pregunto si soy lo suficientemente feliz.

–Nunca vas a ser feliz si piensas demasiado –observa Jim.

–Entonces, ¿su consejo es que piense menos? –pregunto entre risas.

–Exacto. El día está lindo, ¿no? –Señala el cielo despejado–. Tenemos buena música, buena compañía. ¿Qué más necesitas?

–No sé si es tan sencillo.

Jim hace un gesto como restándoles importancia a mis palabras.

–La vida es tan complicada como tú quieres que sea.

Hago una mueca, dubitativa.

–Pero ¿nunca pensó que su vida sería… no sé, más de lo que fue?

–¿A qué te refieres con «más»?

–No sé. Más importante, supongo. No digo que su vida no sea importante –agrego deprisa–. Solo digo… No sé, ¿usted soñaba con trabajar en la oficina de correos tantos años? ¿O le hubiera gustado más hacer otra cosa?

Jim se queda pensando mientras yo estaciono el auto.

–Estoy seguro de que quería hacer miles de cosas –dice al fin–. Pero no puedes hacer todo lo que quieres en la vida.

Lo dice como si fuera muy simple, pero ahora me siento todavía más estresada que antes, porque Jim tiene razón. No puedes hacer todo lo que quieres en la vida. O sea que tengo que estar todavía más segura antes de tomar una decisión. No quiero terminar como la señora Finnamore, llorando la pérdida de mi juventud y hablando de mi esposo de esa forma fría y distante.

Suspiro y sigo a Jim hacia la puerta del museo. Al entrar, me instalo en la recepción y él se va al fondo. Tomo la pila de volantes color amarillo brillante de Arriba el Barril que imprimí anoche en la biblioteca. Ya dejé unos cincuenta en distintas partes del pueblo, como el centro comunitario, el supermercado, la farmacia y la confitería. Pego un par en la pared detrás del escritorio y después, de yapa, uno encima del retrete, en el baño. Me aseguraré de que todos los que entren a hacer pis se vayan sabiendo sobre el evento.

Estoy barajando si poner o no algunos volantes cerca de las exhibiciones cuando me suena el teléfono.

[11:24] **John:** estoy yendo para allá

[11:24] **John:** quieres un café?

Me muerdo la parte interna del labio. Ayer, lo admito, este mensaje me habría hecho sentir un pequeño estallido de entusiasmo, pero ahora ya no estoy tan segura. Seguro así fue que la señora Finnamore se metió en problemas. Seguro Bill le parecía guapo, él la invitó a salir y ella pensó: sí, no tiene nada de malo salir con un chico lindo, por más que claramente no me vaya a casar con él. Pero entonces, ¡pum! Pasan ochenta años y su vida ya casi se terminó, y desearía poder volver atrás y tener una segunda oportunidad.

Por otro lado, Jim me diría que deje de pensar tanto y me enfoque en ser feliz en el presente. Además, la situación con John es muy distinta porque ya sé que él no está interesado en mí, así que no tengo que preocuparme por quedar atrapada en un matrimonio de segunda. Esto es solo una tontería, una atracción unilateral. No tiene nada de malo que lo disfrute por lo que es.

Sí. Tiene sentido. Voy a hacer eso.

Vuelvo a tomar el celular.

[11:25]: Me encantaría ☺

Cinco horas más tarde, John sigue en el museo.

Jugamos a Wordle mientras tomábamos un café (FLUIR, al quinto intento) y después lo llevé al fondo para presentarle a Trey. Están ahí desde entonces, martillando y taladrando y teniendo debates animados sobre…, no sé, cómo martillar y taladrar correctamente, supongo. Parece que se están divirtiendo, así que los dejo trabajar tranquilos, y me asomo cada tanto para asegurarme de que no hayan perdido de vista mi (apenitas extravagante) visión artística.

En un momento dado, Shelley sale de su oficina para quejarse del ruido, pero se detiene en seco al ver lo que está haciendo Trey. La verdad, me parece que él la intimida un poco, porque limita sus quejas a fruncir el ceño y vuelve a encerrarse en la oficina sin siquiera preguntar qué están haciendo.

Más o menos diez minutos después de que Shelley se va a su casa, una mujer bonita y regordeta de cabello castaño corto asoma la cabeza por la puerta principal. Tiene dos cajas de pizza en la mano.

–¿Ya se fue Shelley? –me pregunta.

–Eh, sí –respondo–. ¿Querías hablar con ella? ¿O quieres comprar una entrada para el museo?

–Esperaba que me dejaras entrar gratis. Soy Rose, la esposa de Trey –responde la mujer, sonriendo.

–¡Ah! –Sonrío y le extiendo la mano–. Soy Emily.

–Se me ocurrió traerles algo de comer –me dice–. Pero a Shelley no –añade en tono de complicidad.

–Los chicos están al fondo –respondo, conteniendo la risa.

Cierro la puerta principal, cambio el cartel de «abierto» a «cerrado» y vamos a la sala del fondo, donde Jim mira trabajar a Trey y John. Recién llevan hecha la mitad de la exhibición, pero ya se nota que va a quedar increíble.

Rose apoya las cajas de pizza sobre un barril y todos nos acomodamos alrededor para comer. Me preocupa un poco que sea incómodo, pero Rose es una de esas personas especiales que hacen que todos se sientan bien al instante. Regaña a Trey por trabajar con la mano lastimada y le roba una carcajada a Jim al decir que su hijo es un «rompecorazones». (Parece que el hijo de Jim era su

maestro en la secundaria). Cuando le cuento lo del evento, se ofrece a repartir volantes por el vecindario para despertar interés.

–Ya era hora de que alguien hiciera algo con este lugar –dice–. Es un edificio precioso. Y está muy desaprovechado ahora que Shelley está a cargo.

–Rose y Shelley fueron juntas a la secundaria –me explica Trey.

–Y antes trabajábamos juntas en el supermercado –dice Rose–. Ella siempre iba de trabajo en trabajo, elevando un millón de quejas sobre sus compañeros y sus jefes, y tratando de que le dieran licencia por estrés… Cuando murió Josephine, todos esperábamos que la sociedad histórica no la contratara, pero supongo que querían que todo quedara en familia, por Jo. Pero ella se revolcaría en su tumba si viera cómo se ocupa Shelley de este lugar. Ellas dos nunca se llevaron bien. –Rose niega con la cabeza–. Quizá algún día tú puedas ocupar su lugar.

–¿Yo? –pregunto, señalándome.

–¿Por qué no? –repregunta Rose–. Lo harías mucho mejor que Shelley. Y el turismo se ha disparado muchísimo en este último tiempo. Acuérdate de lo que te digo, este lugar superará a Summerside en un par de años.

Sonrío con culpa y no digo nada, porque sería muy grosero decir lo que siento. Me encanta este lugar, pero ser la directora de un museo diminuto en un pueblito de la Isla del Príncipe Eduardo es básicamente lo contrario al trabajo de mis sueños. Y por más que fuera el trabajo de mis sueños, Shelley no va a renunciar ni loca. Le pagan por estar sentada en su oficina navegando en Facebook todo el día mientras los voluntarios hacen todo el trabajo. ¿Por qué diablos querría marcharse?

Rose cambia de tema y pregunta cómo está la hija de Jim desde que le dieron el alta del hospital, y después nos cuenta que un cliente del supermercado trató de llevarse una bolsa de quince kilos de comida para perro bajo la camiseta, y todos nos echamos a reír mientras nos terminamos las últimas porciones de pizza. Pasadas las seis, salimos todos juntos.

–¿Quieres que te lleve a casa, Jim? –le pregunta Rose–. Vivimos en la misma cuadra –me explica.

Jim acepta y los tres se alejan en el auto de Rose. John estacionó un poco más lejos, cerca de mi auto. Caminamos por la acera en silencio. Hay una brisa fresca y dulce, y los árboles que flanquean la calle se mecen suavemente. Le echo un vistazo de reojo a John, que camina con las manos metidas en los bolsillos. Me pregunto si le resultará raro pasar tiempo conmigo fuera del trabajo.

–Gracias por ayudarnos hoy –le digo cuando llegamos a mi auto.

–No es nada –me responde, y saca las llaves de su auto del bolsillo–. La pasé bien.

–Te dije que los museos de barriles están buenísimos.

–«Buenísimos» me parece un poco exagerado –me dice, riendo.

–Muy buenos, entonces.

–Bastante buenos –contraataca.

–Con eso me conformo –digo, sonriendo.

Se hace silencio, pero, por primera vez, no se siente incómodo. Más bien, se siente que hay algo en el aire. Casi como si fuera el final de una cita.

Me muerdo el labio. Estoy tentada de hacer algún comentario medio pícaro para seguir la conversación, pero sería una tontería. Esto no es una cita, y a mí no me gusta John.

–Bueno, nos vemos –le digo deprisa.

–Nos vemos –responde él. Y después, mientras abro la puerta del auto–: No juegues a Wordle mañana sin mí.

Mi corazón, como un estúpido, da un salto en mi pecho.

–O si no, ¿qué?

–O si no, nada –responde–. Pero no lo hagas.

Me dedica una sonrisa después de decirlo, y mentiría si dijera que no siento un cosquilleo en el estómago.

–Ya veremos –replico.

Me subo al auto y dejo caer la cabeza sobre el volante mientras él se aleja. Espero que la palabra de mañana sea TONTA.

CAPÍTULO 15

Debo decir que elegí una semana muy poco oportuna para empezar a sentirme atraída por John. Después de más de un año de prácticamente ignorarme en el trabajo, de pronto aparece en la recepción cada cinco minutos. Para cuando dan las cinco de la tarde el lunes, ya nos pasamos una hora acomodando los horarios del taller para que él pueda hacerles lugar a un par de amigos suyos de la pista de carreras, media hora tratando de entender cómo pedir una balanceadora de llantas (supongo que por fin convenció a Fred de comprar una nueva) y otra hora durante el almuerzo jugando a Wordle (FUROR, al cuarto intento) y hablando de Arriba el Barril. Y eso sin contar todas las veces que se asomó a la recepción para preparar un recibo o confirmar la hora de una cita.

Lo que me vendría muy bien para disipar esta pizquita de atracción que siento es alguna actitud típica de John, como que se me quede mirando inexpresivamente cuando hago un chiste o que le haga un comentario cortante a un cliente.

El jueves a la mañana, parece que mi deseo está por volverse realidad. Una mujer de unos cincuenta años, con pelo naranja brillante y ropa algo excéntrica, viene a que le cambien los neumáticos y, mientras John redacta el recibo, ella le hace la misma

pregunta cinco veces, fácil. Hasta yo me estoy empezando a fastidiar.

–¿Estás seguro de que las ruedas quedaron bien puestas? –le pregunta–. ¿No se van a salir?

Miro de reojo a John, esperando la explosión.

–Nop.

–Porque leí que pueden salir volando mientras conduces, si no están bien puestas.

–Están bien puestas –dice John.

La mujer frunce el ceño, desconfiada.

–¿Las probaste bien? ¿No solo a mano, sino con una herramienta de verdad?

–Sí, señora –responde John–. Usamos el NeumaFlex 3000 para asegurarnos de que los neumáticos queden bien puestos. Pero –añade cuando ella abre la boca para hablar otra vez– también usé el Neumanator 4000 con su auto, para quedarme tranquilo.

–Mmm. –La mujer parece apaciguada–. Bueno, mientras lo hayas comprobado con los dos.

–Por supuesto –dice John.

Paso la tarjeta de crédito de la mujer, le doy una copia del comprobante y le deseo que tenga un buen día, a lo que me responde con un pesimista: «Ya veremos».

Cuando se va, John me dedica una sonrisa artera, con un brillo especial en la mirada.

–¿Qué? –le pregunto, suspicaz–. Probaste dos veces los neumáticos, ¿o no?

–Sí, los probé –responde–. Pero no usé el NeumaFlex 3000 ni el Neumanator 4000. Más que nada porque no existen.

Suelto un resoplido, sorprendida.

–¡John! – exclamo, medio regañándolo–. Eso está muy mal.

–¿Qué tiene? Tú me dijiste que fuera más amable con los clientes.

–No te dije que les mintieras.

–¿Y qué diferencia hay entre esto y lo que hiciste con esa chica rica el otro día?

–Eh… Bueno…

–Bueno, ¿qué? –me pregunta John, levantando una ceja.

Sin poder evitarlo, se me escapa una sonrisa.

–Supongo que es mejor que tu manera habitual de atender a los clientes.

–Gracias –me dice, con una sonrisa de oreja a oreja–. Ahora tú tienes que probar hacer las cosas a mi manera.

–¿Qué, ser maleducada con la gente porque sí?

–No porque sí –protesta–. Pero la próxima vez que alguien sea grosero contigo, no puedes sonreír y ser amable. –Me extiende la mano–. ¿Trato hecho?

–Supongo –digo a regañadientes, y le estrecho la mano. Es cálida y fuerte, y tiene callos en los dedos. La suelto rápido y carraspeo–. Tengo que seguir trabajando.

–Sí. –John se aleja del escritorio–. ¿Vas a trabajar con los viejos hoy a la noche? Porque Trey y yo estábamos pensando que podríamos terminar la exhibición.

–Trabajo de *cuidadora* todas las noches –respondo–. Pero puedo pasar después.

–Genial –dice, y se va para el garaje.

Me quedo sola en la recepción y reprimo una sonrisita. Luego, sacudo la cabeza.

–Contrólate, Emily –me digo con firmeza.

El resto del día transcurre sin pena ni gloria, quitando la vez que voy al garaje para darle el teléfono a Dave y, sin querer, veo a John secándose la cara con su camiseta, dejando al descubierto unos abdominales impresionantes. Después del trabajo, voy a la casa de la señora Finnamore a ver si necesita algo, y también para indagar un poco más en todo el asunto de su difunto esposo. Creo que eso es lo que necesito en este momento: una advertencia sobre los peligros de elegir al hombre equivocado.

–Estuve en la casa de Jim el fin de semana –le cuento mientras ella prepara el té–. El cumpleaños de su esposa habría sido esta semana.

–Pobre Jim –dice la señora Finnamore–. Debe ser difícil para él.

Asiento y después pregunto con tono casual, como si se me acabara de ocurrir:

–¿Cuándo era el cumpleaños de su esposo?

–En marzo –responde ella mientras rebusca en la alacena–. La próxima vez que vayas a la tienda, ¿puedes comprar más galletas? De las que tienen relleno de vainilla. Las de chocolate son demasiado empalagosas para mi gusto.

–Eh, sí, claro –respondo distraídamente.

–Las de limón también son ricas. No son demasiado ácidas. La mayoría de las galletas de limón son muy ácidas.

–De vainilla o limón –repito–. Entendido. –Después, carraspeo y vuelvo a intentarlo–: ¿Se deprime un poco cuando llega su cumpleaños?

–¿El cumpleaños de quién? –pregunta mientras sirve dos tazas de té.

–El de su esposo.

–Ay, no sé –dice vagamente.

Dudo un momento, pero decido insistir.

–Lo que pasa es que el otro día, cuando estaba hablando de él, me pareció… No sé, que quizá ustedes no eran tan felices todo el tiempo.

–No tengo idea de qué estás hablando –me responde, con una mirada fulminante–. Bill siempre se aseguró de que no nos faltara nada. Era gerente superior en la planta pesquera, ¿sabes?

–Qué impresionante –me apresuro a decir–. No quise ser metida. Solo quería… un consejo, supongo.

–¿Un consejo?

–Sí. O sea, sobre… cómo saber con qué clase de hombres salir. No es que tenga a alguien en mente ni nada –añado–. Solo me preocupa terminar con la persona equivocada, ¿sabe?

Ahora la señora Finnamore parece más interesada. Si hay algo que le guste a la gente más que hablar de sí misma, es dar consejos.

–A ver, no vas a encontrar a ningún hombre decente en esas tontas aplicaciones que usan ustedes las jóvenes –me dice con firmeza–. Tendrías que pedirle a tu mamá que te presente a alguien. Así te aseguras de que tenga buen carácter.

–Eh…, claro –digo educadamente.

Estoy bastante segura de que si le pidiera a mi mamá que me presente a alguien, pensaría que me volví loca. Además, hoy por hoy, mi mamá se la pasa en *tours* para personas de más de sesenta años. ¿Dónde va a conocer hombres de mi edad?

–Cuando dice buen carácter –digo tras tomar un sorbo de té–, ¿se refiere a que sea… respetuoso?

–Amable, respetuoso, esas cosas –responde la señora Finnamore con un gesto distraído de la mano. Me reclino en la silla, un poco decepcionada. No es el consejo revelador que estaba buscando. Pero entonces, se pone a juguetear con el asa de la taza y añade–: Tendrías que buscarte a alguien que te ayude. La mayoría de los hombres no lo hacen. No es parte de su naturaleza.

–Que me ayude –repito.

–Mmm.

Dudo un segundo y después pregunto:

–¿Bill la ayudaba?

–Sí, siempre hacía las cosas cuando se lo pedía –dice con ese tono despreocupado que, me estoy dando cuenta, es su manera de no profundizar en el tema–. Pero habría sido lindo no tener que pedírselo.

Frunzo el ceño, pensativa. Creo que sé a qué se refiere. Mi novio de la universidad era así. Siempre hacía con gusto todo lo que yo le pedía, pero nunca le nacía hacer nada por sí solo. Por ejemplo, en el último año teníamos una asignatura en común, y él siempre pasaba por la cafetería que estaba cerca de su casa antes de clase. No me compró un café ni una sola vez, y eso que sabía que era mi cafetería favorita. Estoy segura de que lo habría hecho si yo se lo hubiera pedido, pero no es eso a lo que voy. Cuando alguien tiene un lindo gesto sin que se lo tengas que pedir, te hace sentir muy bien, ¿no? Demuestra que esa persona piensa en ti aun cuando no está contigo.

–Qué buen consejo –le digo a la señora Finnamore–. Gracias.

–No es nada, querida.

–Me tengo que ir –anuncio, levantándome–. Tengo mil cosas que hacer antes del fin de semana. Va a venir, ¿no?

–Si eso quieres… –responde.

No parece muy entusiasmada que digamos, pero igual me sirve. Vuelvo al auto sin pasar por mi casa. Me estoy muriendo de hambre, pero no tengo tiempo de preparar nada. El evento es pasado mañana, y todavía no pasé a comprar platos y vasos descartables ni pensé qué premios usar para la búsqueda del tesoro.

De pronto, me suena el celular.

[5:57] **John:** qué opinas?

Ladeo la cabeza, confundida, pero, al instante, me llega una imagen. Es una caja llena de medallas, como las que te dan cuando participas en eventos deportivos en la secundaria.

[5:57] **John:** son las medallas de vóley de mi hermana
[5:57] **John:** por suerte, en nuestra escuela eran muy tacaños como para comprar medallas específicas para cada deporte, así que tienen un diseño genérico
[5:57] **John:** pensé que quizá te sirvan para la búsqueda del tesoro
[5:58]: Sí, son perfectas!!
[5:58]: Gracias ☺
[5:59] **John:** no es nada
[5:59] **John:** en un rato voy para el museo, pero antes voy a comprar una pizza
[5:59] **John:** quieres que pregunte si venden platos y vasos descartables?

«¡¡¡Sí!!!», escribo a toda prisa. «Eso sería de mucha…».

Mis dedos se detienen sin completar la palabra.

Ayuda.

Eso sería de mucha ayuda.

Me muerdo fuerte el labio. Maldita sea. Se suponía que hablar con la señora Finnamore me tenía que dar ganas de alejarme de John, no hacer que me resultara más atractivo.

Con un suspiro resignado, borro el mensaje a medio escribir y empiezo de nuevo.

[6:01]: Sí, por favor!

[6:01]: Te lo agradecería muchísimo ☺

CAPÍTULO 16

Bueno, ha llegado el momento. Sábado. El día del evento.

O, como me gusta decirle a mí, el día D (y sí, ya sé que por lo general eso se usa para cosas militares, pero hoy quiere decir el día del evento, ¿está bien?).

Estoy en el museo con Trey, Rose y John desde las siete de la mañana, y decir que estoy siendo intensa se quedaría cortísimo.

–¿Alcanza el hielo? –pregunto–. ¿Los globos quedaron bien?

Nadie me responde, probablemente porque ya pregunté esas cosas como quince veces. No me molesta que me ignoren. Estoy bastante segura de que solo hablo para calmar un poco los nervios.

Para las diez de la mañana, ya estamos listos para empezar. Y no es por alardear, pero el museo quedó precioso. Precioso en serio.

Puse cien dólares de mi bolsillo para comprar decoraciones y elegí una temática en rojo y dorado. La entrada del museo está flanqueada por globos rojos y dorados, los árboles del patio están engalanados con cintas del mismo color, y todos los barriles del patio están decorados con guirnaldas de cartulina roja y amarilla (no encontré cartulina dorada, así que me tuve que conformar con la amarilla). Quería poner una guirnalda en la parrilla, pero Trey

advirtió que seguramente no fuera muy buena idea poner material inflamable cerca del fuego.

No obstante, lo mejor de todo es la nueva exhibición que John y Trey terminaron anoche. Básicamente, es una gran pila de barriles metidos en la pared, pero están puestos de tal manera que los visitantes pueden posar debajo y que parezca que están sosteniendo los barriles. Desde el otro lado de la sala, puedes tomar una foto increíble de tu hijo o tu amigo haciendo de cuenta que tiene la fuerza de un superhéroe. John y Trey incluso acomodaron los barriles de tal modo que parece que algunos están a punto de caerse.

Y no es por decir que sea una genialidad ni nada, pero es lindo y divertido y pienso que a los turistas les va a gustar mucho. Pienso que hasta la chica del bolso caro lo aprobaría.

Mientras Rose y Trey prenden el fuego para la parrilla y John ayuda a su amigo George a conectar los parlantes para la guitarra, voy a la recepción para la apertura oficial de puertas. Hace treinta minutos que no me asomo a mirar hacia afuera porque me daba miedo ver el estacionamiento vacío, pero cuando abro la puerta…

Hay fila.

¡Fila!

Bueno, tampoco es la cola para comprar entradas para Taylor Swift ni nada de eso, pero hay al menos cinco familias y un gran grupo de turistas mayores. Un par tienen volantes de Arriba el Barril, y hay un niño haciendo un berrinche por la espera.

–¡Bienvenidos! –digo, dedicándoles a todos una gran sonrisa.

Durante las siguientes dos horas, solo me alejo de mi puesto para ayudar a la gente a tomarse fotos en la nueva exhibición. Es muy

adorable verlos inventar poses graciosas para las fotos con los barriles. Mi favorita es la de una chica que se para de manos debajo, de modo que parece que está sosteniendo los barriles con los dedos de los pies. Hay una energía vibrante y alegre, la comida huele deliciosa y la estación de Trey es todo un éxito entre los niños. La búsqueda del tesoro marcha muy bien (por más que un niño haya derribado sin querer un barril mientras buscaba una pista) y a Rose se le ocurrió una actividad divertida para que hagan en el patio: un juego de lanzar aros donde los niños intentan embocarlos en los barriles.

A la hora del almuerzo, la otra voluntaria del museo, Brenda, viene a relevarme en la recepción. Parece sorprendida de que el lugar esté tan lleno, y se me dibuja una sonrisa orgullosa en el rostro cuando me dirijo al patio.

Aquí, el evento está en su apogeo. El amigo de John, George, está tocando música *folk* en la guitarra, y Rose reparte hamburguesas y perros calientes a medida que los va cocinando. La saludo por encima de las cabezas de un grupo de turistas estadounidenses y me dirijo al fondo del patio, donde John está a cargo del sector de bebidas.

A mitad de camino, veo a Shelley charlando con un grupo de señoras mayores y, a regañadientes, bajo la velocidad. Supongo que sería descortés no saludarla.

Me estampo una sonrisa falsa mientras me acerco.

–Hola, Shelley –la saludo, y les sonrío a las tres mujeres que la rodean–. ¿La están pasando bien?

–Muy bien –responde una de las señoras con tono alegre. Tiene pelo canoso y rizado y un traje sastre pasado de moda con un

prendedor con pinta de oficial en la solapa de la chaqueta–. Somos miembros de la sociedad histórica del pueblo –me dice, extendiéndome la mano–. ¿Y tú eres…?

–Es una de las nuevas voluntarias –interviene Shelley.

–Emily –me presento, estrechando la mano de la mujer.

–Qué lindo –dice ella–. ¿Tú ayudaste a organizar todo esto?

–Ella y Trey ayudaron un poco –dice Shelley sin darme tiempo a responder, y casi me caigo de la sorpresa. ¿«Ayudaron un poco»? ¡Nosotros planeamos todo!

–Qué bien –dice la mujer canosa–. Ojalá no hayan gastado mucho.

–No, no, armé todo el presupuesto –interviene Shelley–. Vamos a obtener una linda ganancia.

–Pueden usar el dinero para otro evento –sugiere la mujer–. Para el Día de Canadá, por ejemplo.

–Eso mismo estaba pensando yo –responde Shelley.

Las mujeres sonríen y van hacia la parrilla. Con esfuerzo, les sonrío yo también. Me arden las mejillas y siento que me cuesta respirar.

Shelley me dedica una sonrisa insípida.

–Un niño volcó refresco en el pasillo. ¿Podrías ir a limpiar?

El ardor en mis mejillas se intensifica. Abro la boca para decir «claro», pero me detengo. De pronto, la voz de John resuena en mi cabeza.

«La próxima vez que alguien sea grosero contigo, no puedes sonreír y ser amable.»

Shelley está siendo grosera, no cabe duda, pero, así y todo, no sé si tengo las agallas de decir algo.

Bueno, qué más da. No pierdo nada con probar.

Tomo aire, nerviosa, y suelto, un poco temblorosa:

–Eso fue algo grosero.

–¿Perdón? –Shelley arquea una ceja.

–Tú no armaste el presupuesto para el evento –digo, tras lamerme los labios–. Lo hice yo. Y Trey y yo no «ayudamos un poco». Nosotros organizamos todo.

Shelley suelta una risita condescendiente.

–Esto no pasa por quién se lleva el crédito, Emily. Y dirigir este lugar conlleva mucho más de lo que tú te imaginas. Escucha, ¿por qué no te tomas un descanso? Yo limpio el pasillo.

Abro la boca para responder, pero es inútil: Shelley ya se está alejando. Por un segundo, pienso en ir tras ella hecha una furia, pero, siendo sincera, me tiemblan un poco las piernas. No suelo hablarle así a nadie, jamás. No sirvió de nada, obvio, pero igual fue emocionante. El corazón me late un poco más rápido por la adrenalina.

Cruzo el patio y me acerco a John, que está tomando una lata de refresco de la conservadora.

–¿Adivina qué acabo de hacer? –le digo, mientras tomo un refresco yo también.

–¿Mataste a alguien del aburrimiento hablándole de barriles?

–Ja, ja. No, acabo de hacerle frente a Shelley. Fue muy grosera y se lo hice saber.

–Qué bien. –John acerca su lata de refresco a la mía para que brindemos–. Te felicito.

–No sé si sirvió de algo, igual.

–Seguramente no –dice, encogiéndose de hombros–. Pero igual está bueno.

–Sí. –Sonrío de oreja a oreja–. Estuvo bueno. ¿Qué tal va todo por aquí?

Antes de que John pueda responder, alguien dice su nombre detrás de mí. Me doy vuelta y veo a una pareja de mediana edad caminando hacia nosotros. El hombre es bastante alto, tiene piel blanca muy bronceada y cabello oscuro y encrespado. La mujer tiene el cabello corto y castaño oscuro, piel morena y una sonrisa que me resulta conocida.

–Ah, hola –dice John, y se acerca a saludarlos. La mujer le da un beso en la mejilla–. ¿Llegaron hace mucho?

–Hace un rato –responde ella, sonriendo, y me mira con interés.

–Ella es Emily –dice John–. Emily, ellos son mis padres.

Pestañeo, sorprendida. ¿John invitó a sus padres? Estiro la mano para saludarlos.

–Un gusto, señor y señora Smith.

–Dime Carla –me dice la madre, y se acerca para besarme la mejilla.

Su padre hace lo mismo y se presenta como Laurent. Tiene un ligero acento francés y los mismos ojos color miel que John.

–¿Se están divirtiendo? –les pregunto.

–Mucho –responde Carla–. Este lugar está hermoso.

–Muy impresionante –añade su padre, mirando alrededor–. ¿Eres de Waldon? –me pregunta.

–De Halifax –respondo–. John me dijo que usted es de Quebec.

–No exactamente –dice Laurent.

Sin más, comienza a contarme la historia del suburbio de Toronto donde se crio y de la empresa que fundó ahí, que después lo llevó a Montreal, y que después terminó llevándolo a Brasil, donde conoció a su esposa. Lo escucho educadamente, maravillada de lo distinto que es de su hijo. Laurent es extrovertido, algo gritón y muy hablador… tan hablador, de hecho, que Carla y John le dicen que deje de hablar después de diez minutos de conversación.

–La vas a matar del aburrimiento –lo regaña Carla.

–Ay, tonterías. A Emily le interesa lo que le cuento, ¿o no? –pregunta Laurent.

–Sí, señor.

–No le sigas la corriente –me aconseja Carla, tocándome el brazo–. Si no, vas a terminar todo el día aquí, escuchándolo hablar sin parar.

Le dedico una sonrisa. Carla está parada tan cerca de mí que huelo su perfume, una fragancia floral y fresca. Laurent también huele muy bien, desprende un aroma muy sutil a hierbabuena. Debe ser de familia.

–John me dijo que se fueron a vivir a Summerside después de jubilarse, ¿no? –pregunto.

–Yo todavía trabajo un poco aquí, más que nada para ayudar al hospital. Necesitan médicos con urgencia. Soy endocrinóloga –me dice Carla, asintiendo.

–¡Guau! –digo. Y después dudo–. Eh, ¿y qué es eso, exactamente?

–Una médica que se especializa en problemas hormonales –me responde tras soltar una risita–. Enfermedad de Addison, tiroides, ese tipo de cosas.

–Guau –repito–. Qué bien.

–Sí, a veces. El sistema de salud es un desastre hoy en día. –Carla sacude la cabeza y suspira–. John nos contó que empezaste a trabajar de cuidadora hace poco, ¿no?

¿En serio? Lo miro de reojo, pero él me mira inexpresivo y toma un trago de refresco.

–Así es –respondo–. No hago nada importante, no me ocupo de cosas médicas ni nada de eso. Solo hago las tareas de la casa y les hago compañía.

–Lo que haces es muy importante –dice Carla–. Los hospitales de la isla están repletos de personas esperando que las trasladen a centros especializados solo porque no tienen a nadie que las ayude un poco en casa.

–Qué horrible –digo con una mueca.

–Sí. Parece que, en este país, nadie piensa a futuro. Todos creen que van a ser sanos e independientes toda la vida, y quedan pasmados cuando envejecen. Como si no se hubieran dado cuenta de que les iba a pasar.

Asiento enfáticamente. Doris es un claro ejemplo de eso, igual que la señora Finnamore. Incluso Jim se la pasa diciéndome que la muerte de su esposa lo dejó impactado porque pensaba que todavía les quedaban muchos años por delante. Te rompe el corazón, claro, pero también… su esposa tenía noventa y tres años cuando murió. Jim habla de ella como si le hubieran quedado veinte o treinta años más de vida, y hasta yo sé que eso no es realista en términos médicos.

–En mi opinión, hoy en día alargamos demasiado la vida de la gente–añade Carla–. Yo espero morir mientras duermo el día que cumpla setenta y cinco años.

–Qué positiva –masculla Laurent secamente.

–Tú tendrás suerte si llegas a los setenta y cinco –replica ella– con toda la carne roja y los cigarros que consumes.

–Hablando de eso –dice Laurent–, ya les eché el ojo a esas hamburguesas. Fue un gusto conocerte, Emily.

–Lo mismo digo –respondo. Los dos me sonríen y se dirigen a la parrilla, y John y yo nos quedamos solos–. No puedo creer que hayas invitado a tus padres.

Lo digo para molestarlo, pero él solo se encoge de hombros.

–A ellos les gustan estas cosas.

–Bueno, fue muy amable de su parte venir. ¡Y los dos son increíbles! Una médica y un empresario.

Estoy a punto de decir algo más, pero lo pienso mejor y cierro la boca. John se queda mirándome un momento.

–Quizá me caí de cabeza cuando era chico.

–Eh… ¿Qué?

–Te estás preguntando cómo puede ser que una endocrinóloga y un empresario exitoso tengan un hijo mecánico. ¿O no? –me dice, arqueando una ceja.

–Ay, no… –empiezo a decir, roja como un tomate.

–Entonces, quizá yo era inteligente cuando nací, pero me caí de cabeza de chico y por eso terminé así. Les voy a tener que preguntar a mis papás un día de estos –dice con ironía, pero en su voz se percibe un dejo de amargura.

Y tiene razón. Eso mismo me estaba preguntando.

–No pienso que seas tonto –protesto, muerta de vergüenza.

–Mmm. –John toma un sorbo de refresco–. Un poco sí.

–¡No! ¡Te juro que no! –Él me mira sin decir nada, y siento una punzada en el pecho. Me descubrió por completo–. No pienso que seas tonto –insisto–. De verdad que no. –Dudo un momento y después añado–: Es solo que a veces parece… No sé.

–¿Qué?

–Bueno…, que te conformaste con poco.

–Ya sé que te cuesta creerlo, pero a mí me gusta trabajar en el taller –dice con un resoplido–. Y me gusta vivir en Waldon. Mis padres son exitosos, pero ellos mismos te pueden decir que eso no siempre los hizo felices. Prefieren que mi hermana y yo hagamos lo que nos gusta antes de que nos matemos trabajando.

–No, eso lo entiendo. Solo pienso que… No sé…

–¿Que debería ir tras el impresionante «trabajo de mis sueños»?

–Bueno, sí –digo con impotencia–. O sea, no hace falta que sea impresionante…

–Porque eso sería demasiado para mí –dice secamente.

–¡No! Lo que digo es que deberías hacer algo que ames.

–Bueno, yo amo trabajar con autos. Que a ti no te interese algo no quiere decir que no sirva para nada.

–¡Ya lo sé!

–A mí no me parece que los museos de barriles y los ancianos sean muy interesantes, pero no voy por ahí cuestionando tus elecciones de vida, ¿no?

–No. –Me paso la mano por el pelo–. Soy una idiota, John. De verdad, lo siento mucho.

John analiza mi rostro un momento y después se echa a reír. Toda la tensión de hace un instante se disipa por completo de su cuerpo.

–No te preocupes. Te quería hacer sufrir un poco, nada más.

–Bueno, me lo merezco. Me estuviste ayudando toda la semana, y así te lo pago.

–No pasa nada –dice, riendo otra vez–. Hagamos así: cómprame una hamburguesa y quedamos a mano.

–¿Una hamburguesa de dos dólares va a compensar que me haya portado como una idiota?

–Tienes razón. Mejor, dos hamburguesas.

Se me escapa una sonrisita.

–En serio, lo lamento mucho.

–Ya lo sé. Ahora ve a buscar la comida antes de que decida que me corresponden tres hamburguesas.

Le sonrío, agradecida, y voy hacia la parrilla, castigándome por dentro todo el camino. No puedo creer que haya sido tan mala.

Rose levanta la vista mientras le pasa un perro caliente a Trey.

–¿Quieres algo, Emily?

–Dos hamburguesas, por favor, y un perro caliente.

–Las hamburguesas salen sin problemas, pero Trey acaba de robarse el último perro caliente –me responde, y él me lanza una sonrisa apenada mientras mastica.

–¿Se terminaron? ¿De verdad?

–Sí. –Rose sonríe–. Y este es el último paquete de hamburguesas. Creo que podemos decir oficialmente que el evento fue todo un éxito.

Suelto un suspiro de alivio. (Entre nos, técnicamente no me alcanzaba el dinero para pagar la tarjeta si no recuperábamos lo que gasté en comida).

–Gracias a Dios. Entonces, te pido tres hamburguesas si todavía te quedan.

–Cómo no.

–A los niños les encanta tu nueva exhibición –comenta Trey.

–Nuestra nueva exhibición –lo corrijo–. Tú y John hicieron todo el trabajo.

–Sí, bueno. Es lindo ver que la gente disfrute de este lugar.

Trey sonríe y le da otro mordisco a su perro caliente y, por uno o dos minutos, nos quedamos mirando a la gente que pulula por el patio. Todo el mundo parece estar pasándola muy bien.

Cuando vuelvo a mirar a Trey, me está observando con expresión pensativa.

–¿Qué? –pregunto, un poco cohibida.

–Se te da muy bien esto.

–¿Organizar eventos en museos de barriles? –Me río–. Qué lástima que no es un deporte olímpico.

–Lo digo en serio –dice Trey–. Tú tendrías que ser la directora de este lugar, no Shelley.

–Secundo la moción –añade Rose.

Avergonzada, hago un gesto como quitándole importancia.

–Sabes que eso nunca va a pasar.

–Es posible –responde Trey–. Pero seguro en Charlottetown hay museos que estarían encantados de que trabajes ahí. Aunque quizá no quieras viajar tanto desde Waldon. –Se termina el perro caliente y dice–: Mejor vuelvo a trabajar. Descansaré cuando esté muerto.

Un instante después, Rose me entrega tres hamburguesas envueltas en papel. Sonrío y le agradezco. En el sector de bebidas, John está rodeado por unos treinta niños que ya terminaron la búsqueda del tesoro y claman por una bebida, así que le doy las hamburguesas con una sonrisa apenada y lo relevo para que pueda

comer. Reparto refrescos y jugos hasta que John me echa otra vez y me ordena que vaya a comer mi hamburguesa.

Voy adentro para resguardarme del sol y me siento a comer en la sala de descanso. Después, doy una vuelta por el museo. Tendría que volver a la recepción para ver si Brenda necesita algo, pero todavía no quiero ir. Las palabras de Trey resuenan en mis oídos, y una idea me carcome la cabeza.

«Seguro en Charlottetown hay museos que estarían encantados de que trabajes ahí».

Probablemente tenga razón. Debe haber museos que necesiten personal. Pero seguro también hay museos que necesiten personal en otros lugares. Lugares como Nueva York y Londres y París. Lugares donde los museos ocupan varias cuadras y los turistas hacen fila durante horas para entrar.

Me doy vuelta lentamente para empaparme de la energía que me rodea. El sonido de risas y música se cuela desde el patio. Hay turistas haciendo fila para tomarle fotos a una exhibición que yo ayudé a hacer. Hay familias construyendo recuerdos en un evento que yo ayudé a crear.

«El trabajo de tus sueños», susurra una vocecita en el fondo de mi cabeza.

El trabajo de mis sueños.

CAPÍTULO 17

ABOCA no es la mejor palabra para usar en Wordle. No sirve para descartar las consonantes más usadas, y es un desperdicio repetir la letra A. Sería una tontería usarla de primera palabra estando tan cerca de completar mi racha de un año.

Pero el domingo a la mañana, la uso de todas formas.

ABOCA.

Como en: aunque es domingo, Emily se aboca a la inscripción a la universidad.

Me pasé toda la noche investigando cuando volví del museo, y decidí postularme a un posgrado en museología. Al parecer, hay personas llamadas «coordinadores de exhibiciones» cuyo trabajo consiste exclusivamente en crear exhibiciones de museos, tal como hice yo para el evento. Cuando pienso en pasarme toda la vida construyendo espacios para que la gente aprenda, espacios que le den a la gente esa sensación de felicidad y calma que a mí siempre me han dado los museos… siento que es perfecto. Siento que es lo que tengo que hacer.

Pensaba postularme a diez o quince lugares en Estados Unidos y Canadá, pero después vi lo que cuesta. ¿Ciento cincuenta dólares

solo para postularse a la universidad? ¿Quién puede darse el lujo de considerar más de una?

Me llevó varias horas reducir la lista, pero al final elegí una maestría en museología en la Universidad de Nueva York, la NYU. La fecha límite para postularse es dentro de dos días y lo tomo como una señal. La encontré justo a tiempo.

Me sirvo la taza de café más grande del mundo y después completo todo el formulario de una sola vez. Lo más difícil es escribir el ensayo personal. Quiero explayarme sobre lo que me hacen sentir los museos, sobre el camino largo y enrevesado que recorrí para darme cuenta de que este es el trabajo de mis sueños, sobre mis objetivos y aspiraciones para el futuro, pero cuando lo pongo por escrito, parece cursi y repelente. Borro todo y vuelvo a empezar. Expreso mi interés en la carrera de un modo sencillo y escueto, y describo brevemente mi experiencia en el museo de barriles y el éxito de la nueva exhibición. Para la muestra de escritura, escribo un ensayo breve sobre el valor de los museos rurales.

Subo todos los documentos que piden y llego a la página de referencias. Me piden tres cartas de recomendación. Me muerdo el labio un buen rato y después escribo tres nombres.

Trey Fisher, tonelero, Museo de Fabricación de Barriles de Waldon.

Él fue el que me dio la idea y seguro no tendrá problema en escribirme la carta.

Fred Martin, dueño/gerente, Martin Auto.

No estoy tan segura de que él quiera que lo ponga como referencia, pero creo que tengo que hacerlo, ya que es mi jefe actual.

Jim Williams, oficial de seguridad, Museo de Fabricación de Barriles de Waldon.

Me pone un poco nerviosa poner a Jim de referencia, pero no tengo a nadie más. Shelley jamás accedería a escribirme una carta de recomendación (mucho menos una positiva). La señora Finnamore no sabe usar la computadora, y Doris seguramente escribiría quince páginas sobre lo mal que uso los cupones. Jim se las arregla bastante bien con la computadora (le enseñó su nieta cuando vino de visita de Ontario), pero subir una carta de recomendación a la página de la NYU quizá sea demasiado para él. Y no sé si puedo ofrecerme a ayudarlo. No me parece muy ético estar parada a su lado asegurándome de que haya escrito cosas positivas.

Bueno, qué más da. De todas formas, la posibilidad de entrar es bastante remota. Pago la tarifa de solicitud (adiós, ochenta dólares estadounidenses) y llego a la última página. Camino de un lado al otro en la cocina durante diez minutos antes de armarme de valor y hacer clic en «enviar».

Una página impersonal me agradece por postularme, y eso es todo.

Lo hice.

Exhalo, nerviosa, y empiezo a cerrar todas las pestañas que abrí desde que empecé el proceso de postulación –cientos de búsquedas en Google, la página de mi universidad, de donde descargué mi título, mi resumen de cuenta bancaria, el Instagram de la chica del bolso caro (no me juzgues, necesitaba un recreo de cinco minutos)– más que ansiosa por dejar de mirar la bendita pantalla de la computadora. Estoy a punto de cerrar la última cuando algo me

llama la atención. Es un resultado de búsqueda escondido a mitad de la página.

Pasantías – Museo Metropolitano de Arte.

Hago clic tan rápido que me mareo un poco.

Cinco minutos después, tengo otra taza de café gigante en la mano (poco importa que sean casi las ocho de la noche) y estoy empezando el proceso de postulación para una pasantía de un año en el Met. Las posibilidades de entrar ahí, lo sé, son remotas en serio. Casi fuera del plano de lo real. Estas pasantías están pensadas para estudiantes universitarios entusiastas que recién arrancan la carrera, no para recepcionistas de talleres mecánicos cuyo mayor logro en la vida es su racha de Wordle. Pero no pierdo nada con probar, ¿no? Y postularse es gratis.

Cuando por fin dejo la computadora dos horas más tarde, veo borroso por estar tanto tiempo delante de la pantalla. Tomo mi celular (sí, ya sé que es una pantalla) para terminar de jugar a Wordle y leer los mensajes que tengo pendientes.

Primero, Wordle. Con ABOCA, la O se puso amarilla.

A ver… TEDIO. Como en: qué tedio haberme pasado todo el domingo completando formularios.

Bien, va queriendo. La E se puso amarilla, y la O ahora está verde.

¿Y si pruebo con MUSEO? Como en: habrá valido la pena si quedo seleccionada para la pasantía en el museo.

¡Qué bien! La U y la O están verdes, y la S y la E, amarillas.

U, S, E, O.

S, U, E, O.

SUEÑO.

La respuesta es SUEÑO.

Mientras las letras se van poniendo verdes una a una, un escalofrío me recorre la espalda.

Tiene que ser una señal.

Admiro la cantidad de días que llevo de racha y después abro mis mensajes.

[1:00] **Rose Fisher:** En el súper todos están hablando de lo bueno que estuvo el evento!
[1:01] **Rose Fisher:** Quieres venir a cenar a casa el viernes?
[3:17] **Fallon:** Hola, amiga! Hay un descuento tremendooo en la página por si quieres usarlo (o publicitarlo)!
[3:17] **Fallon:** Te mando el enlace por Instagram!

Le envío una respuesta rápida a Rose, tomo nota por dentro de mirar lo de Fallon más tarde y abro la conversación con John. Ayer cuando terminó el evento fue todo tan caótico, entre limpiar y agradecerle a todo el mundo por venir y tratar de no enfurecer cuando Shelley desapareció sin ayudar, que John y yo no tuvimos oportunidad de hablar antes de que se fuera a cenar con sus padres. Sé que aceptó mis disculpas, pero igual me siento muy mal por lo que pasó.

[9:42]: Hola! Ojalá hayas pasado un lindo domingo
[9:43]: Muchas gracias por toda la ayuda de ayer!!
[9:43]: Y perdón otra vez por ser tan idiota ☹

Mientras me estoy poniendo el pijama, me suena una notificación en el teléfono.

[9:49] **John:** jaja

[9:49] **John:** no pasa nada
[9:49] **John:** qué hiciste hoy?

Empiezo a escribir lo de la NYU y la pasantía en el Met, pero me detengo. Creo que sería de mal gusto ponerme a hablar de cosas relacionadas con el trabajo de mis sueños después de lo que pasó ayer.

[9:51]: No mucho!
[9:51]: Me estuve recuperando de lo de ayer
[9:52] **John:** y planeando cómo derrocar a Shelley, espero
[9:52]: Jaja
[9:53]: Sí, estoy diseñando una nueva exhibición
[9:53]: En realidad no es tanto una exhibición, sino más bien una forma de apoyar un barril en la puerta de la oficina de Shelley, para que se le caiga en la cabeza cuando entre

Agrego una seguidilla de emojis con sonrisa diabólica.

[9:54] **John:** jaja
[9:54] **John:** yo te ayudo
Hago una pausa y vuelvo a escribir.
[9:56]: Nos vemos mañana y jugamos a Wordle?
[9:57] **John:** SÚPER
[9:57] **John:** ☺

La carita sonriente me llena el corazón de una sensación cálida y chispeante, y se me dibuja una sonrisa.

[9:58]: Súper ☺

CAPÍTULO 18

No me juzgues, ¿sí? Pero puede que haya hecho una estupidez.

Anoche, después de hablar con John, me sentía eufórica e inquieta, así que decidí que era el momento perfecto para tomar mi permitido de dos tragos semanales. Y, como en las nuevas directrices sobre el consumo de alcohol no decía a qué velocidad hay que tomarlos, me pareció que no tenía nada de malo bajarme dos copas llenas de vino como si fueran chupitos de tequila. Ups.

Después de que el alcohol hizo efecto (y después de pasar como treinta minutos bailando por toda la casa al son de los grandes éxitos de ABBA), de pronto me pareció una gran idea hacerle una tarjeta a John para agradecerle por arreglarme el auto y por ayudarme con el evento.

Sí, ya sé lo que estás pensando. ¿Qué tengo, doce años? Y sí, tengo el vago recuerdo de haberle hecho una tarjeta de cumpleaños a un chico que me gustaba cuando tenía doce años. Pero esto no lo hice porque me guste John, ¿eh? Solo que me parece de buena educación regalar tarjetas de agradecimiento. Le hice una a mi dentista el año pasado, y seguro no piensas que me gusta ella, ¿no?

(La verdad, sería más probable que me gustara ella antes que John. Es preciosa y tiene como cinco consultorios odontológicos en

toda la isla, o sea que claramente es una persona muy ambiciosa).

Pero bueno, sea o no una decisión estúpida, le hice una tarjeta de agradecimiento a John. La tengo en el bolso y debo admitir que me enorgullece bastante.

El lunes cuando voy a almorzar, llevo el bolso a la sala de descanso, y mientras John calienta un plato de pasta en el microondas, saco la tarjeta con actitud despreocupada.

–Ah, casi me olvido –digo (bueno, miento)–. Te hice esto, por arreglarme el auto. Y por ayudarme tanto con el museo.

John se limpia las manos en el mameluco (no sirve de nada, igual están llenas de grasa) y toma la tarjeta. En la parte de adelante, dibujé un tablero de Wordle, tal como se ve en la aplicación. Las palabras son GRASA, NECIA, SOBRE, JOVEN e HIMNO, pero todas las letras están grises o amarillas, menos las verdes que forman la frase: «GRACIAS, JOHN».

Está muy buena, si se me permite decirlo.

John frunce el ceño y después sonríe, como si él también pensara que está muy buena.

–Está buenísima –me dice, deslumbrándome con su sonrisa radiante. Me da vergüenza la manera en que me mira y me muerdo el labio para contener las ganas de sonreír como una idiota.

Está bien, lo admito.

Me gusta un poquitito John.

(Al menos finge estar impactada, ¿sí?).

Pero no es para tanto. ¿Qué problema hay con que me guste alguien, si es solo un tonto flechazo? No le hace daño a nadie. Es obvio que yo no le gusto, así que no hay nada de presión en ese sentido, y puedo relajarme y disfrutar de mi flechazo en paz.

John sonríe mientras mira la tarjeta, y un segundo después suena el microondas. Cuando se da vuelta a buscar su plato de pasta, aprovecho para mirarlo disimuladamente. Ahora que admití que me gusta un poquito, considero que tengo permitido admirar lo anchos que son sus hombros.

Él vuelve a mirarme, así que carraspeo y tomo mi celular.

–¿Con qué palabra vas a empezar hoy?

John se sienta frente a mí con el plato de pasta.

–No sé.

–Yo voy a usar POBRE. Como en: aunque recuperé el dinero de la comida de ayer, sigo siendo POBRE.

John se ríe y, por un momento, los dos nos quedamos en silencio, escribiendo en el celular. Elijo POBRE de primera palabra, y todas las letras, menos la P, están bien. Escribo la respuesta obvia (SOBRE) con una pizca de decepción. Me aburre un poco descifrar la palabra tan rápido.

–Listo –digo.

–¿Tan rápido? Qué bien.

–Mmm. Avísame si necesitas una pista.

John no responde, así que me levanto y pongo la tetera para hacerme un té. Me reclino contra la encimera y tamborileo los dedos distraídamente sobre el linóleo.

–SOBRE –dice John–. Listo. –Después se ríe–. Oye, como tu tarjeta.

Tiene razón. Escribí SOBRE en la tarjeta. Me río.

–Parece que soy vidente. Pero solo con Wordle. Es un tipo de clarividencia muy específico. –Frunzo el ceño–. ¿Clarividencia? ¿Se dice así? ¿Clarivisión? ¿Clarivitud?

–Clarivitud –repite John, riendo. El agua está hirviendo, así que apago la tetera y busco una bolsita de té en la alacena–. ¿Qué vas a hacer esta semana? –me pregunta.

–No mucho. Voy a visitar a Jim, voy a dejar que Doris me grite… Ah, y quizá haga un maratón de películas de Leonardo DiCaprio.

–¿Con amigos?

–No, sola. Me encanta hacer maratones de películas yo sola –añado, un poco a la defensiva.

–Qué bien. –John carraspea–. ¿Eso lo pensabas hacer hoy? Porque hay un festival en Charlottetown si quieres ir.

Me quedo helada.

¿Acaba de…?

No.

No puede ser.

Pero ¿qué otra cosa va a ser si no?

Me lamo los labios y trato de sonar despreocupada.

–O sea, ¿para ir… juntos?

John carraspea otra vez.

–Sí. Si quieres.

Me doy vuelta, con el corazón latiendo desbocado.

–¿Como una… cita?

–Sí, como una cita –responde con un resoplido.

–Pero… yo no te gusto –suelto sin pensar.

–No te invitaría a salir si no me gustaras. Pero si no quieres…

–No, ¡sí que quiero! –me apresuro a decir–. O sea, si tú quieres.

–Bueno, tendríamos que salir a eso de las siete. ¿Te parece bien? –me pregunta, algo risueño.

–A las siete está bien –respondo con voz débil. Siento que estoy teniendo una experiencia extracorporal, como si estuviera flotando en el techo viendo a dos desconocidos pactar una cita.

–¿Por qué pensaste que no me gustabas? –me pregunta.

–No sé –respondo, sonrojándome–. No parecías… muy interesado, supongo. Nunca me hablaste.

–Llevamos semanas hablando.

–Sí, ahora –replico con una mueca–. Pero cuando recién empecé a trabajar, básicamente me ignorabas cada vez que trataba de hablarte.

–No soy muy conversador –dice, encogiéndose de hombros–. Además, me parecías medio soberbia.

–¿Qué? –pregunto, perpleja.

–Parecía que no te gustaba trabajar aquí ni vivir en Waldon en lo más mínimo –me explica John–. Y sí que pensabas que yo era tonto –añade con una sonrisa burlona–, por más que ahora digas otra cosa.

Me quedo callada, y se me tiñen las mejillas de rojo furioso. ¿De verdad daba esa impresión? Me como la cabeza tratando de pensar en las cosas que le dije a John cuando empecé a trabajar aquí. Creo que mencioné una o dos veces que este trabajo de recepcionista era solo temporal. Y quizá hice un par de chistes sobre lo pequeño que es Waldon. Lo más patético de todo es que creo que algunas de esas cosas las hice tratando de impresionarlo.

Dios.

–Soy una soberbia –digo, sintiéndome pésimo.

–No, no es así –responde John–. Solo parecías así al principio.

–No, sí lo soy –insisto–. Me creo mejor que la gente que vive aquí.

–Seguramente eres mejor que algunos –dice John–. Hay varias personas de mierda aquí. –Otra vez se ríe de la cara que pongo–. No quise hacerte sentir mal. Solo me parecías medio creída al principio, pero ahora ya sé que no lo eres. O sea, ¿me vas a decir que yo te caía bien cuando recién nos conocimos?

Dudo un momento.

–Eh…

–¿Ves? –me dice, riendo, y se me escapa una sonrisa.

–¿Siempre insultas a las chicas que invitas a salir?

–¿Siempre esperas que las personas que te invitan a salir piensen que eres perfecta en todos los sentidos? –contraataca John.

Se me escapa una risita avergonzada.

–Sí. Tienes que pensar que soy la mujer ideal. Obviamente.

–Obviamente –concuerda John.

Luego, se levanta, me dice «nos vemos» y se va, como si acabáramos de tener una conversación de lo más normal, de todos los días. Reprimo las ganas de arrojarle la taza de té por la cabeza. Yo seré soberbia, pero él es un bicho raro.

(Un bicho raro que gusta de mí).

(Un bicho raro con el que tengo una cita).

Renuncio a mis planes de arrojar tazas y doy una vueltita de alegría.

Tengo una cita con John.

CAPÍTULO 19

No quiero parecer mala persona, pero juro que Doris a veces se hace la sorda, como ahora, que me está contando una larga historia sobre su infancia. En cualquier otro momento, yo estaría encantada de escucharla (está bien, quizá no encantada, ya que la mayoría de sus historias son quejas disimuladas sobre todas las personas que conoce, pero no me molestaría escucharla), pero en este preciso momento, estoy desesperada por volver a casa y prepararme para mi cita.

(Mi cita con John).

Cada vez que frena a respirar, le digo en voz alta que tengo que irme, pero ella sigue hablando como si no me hubiera escuchado. Si de verdad no me escucha, supongo que soy una persona espantosa por pensar eso, pero si está fingiendo… Bueno, es una genialidad, ¿no?

Al final, me rindo y voy hacia la puerta.

–¡Perdón! ¡Me termina de contar mañana! –grito.

Juro por Dios que la escucho reír disimuladamente cuando se cierra la puerta.

Cuando llego a casa, paso media hora alisándome el pelo otra vez, porque perdió la forma y se me enredó en el trabajo, y me pongo

una sombra de ojos oscura que yo creo que me da un aire misterioso y seductor, pero seguramente se ve como una sombra de ojos común y corriente.

Por lo general, para una cita, me pondría un lindo atuendo (en la cita con Arjun, por ejemplo, me puse un vestido acampanado y unas sandalias de tirantes), pero conociendo a John, se va a poner un jean y una camiseta y yo voy a estar demasiado arreglada en comparación. Me pongo unos jeans oscuros que un ex una vez me dijo que me hacían buen trasero, una camiseta negra y una chaqueta ajustada. Me estoy calzando cuando una luz brillante ilumina la sala de estar y, unos instantes después, llaman a la puerta. Me guardo el teléfono, la tarjeta de crédito y el dinero en el bolsillo, me aliso el pelo con la mano una vez más y abro la puerta.

John tiene puesta una camiseta y un jean (¡lo sabía!), pero está más lindo que de costumbre, como si se hubiera peinado distinto o algo.

–Hola –lo saludo, con la voz medio aguda por los nervios–. ¿Cómo estás?

–Bien, ¿y tú? –me pregunta, con expresión risueña.

–Estoy genial –digo, encogiéndome de hombros con actitud despreocupada.

(¿Estoy genial? Trágame, tierra).

–¿Estás genial? –repite John con una risita burlona.

–Ay, cállate –le ordeno, y le hago un gesto para que salga de la puerta–. Digo estupideces cuando estoy nerviosa.

–¿Así que estás nerviosa?

Parece demasiado complacido por mis palabras, así que le clavo una mirada fulminante.

–No estoy nerviosa por ti. Solo por cómo está el mundo en general. El cambio climático. El precio del petróleo. La inevitable muerte del universo por las altas temperaturas.

–Claro –dice John, riendo–. Tu casa es muy linda –añade mientras vamos caminando hacia su auto.

–Sí, ¿no? –respondo, y me doy vuelta a admirarla–. Va a estar todavía más linda en un par de semanas, cuando florezcan las plantas.

–¿Es tuya?

–Ojalá –digo con una mueca–. ¿Quién puede comprar una casa hoy por hoy? Está imposible.

Le explico cómo terminé viviendo ahí mientras vamos rumbo a la autopista. John dice «mmm» un par de veces y asiente una vez, pero cuando dejo de hablar, se hace silencio. Miro a mi alrededor, buscando algo que decir.

–La isla es muy bonita, ¿no? –pregunto por fin.

–Mmm.

–Ay, mira esas vacas –digo, señalando por la ventana. John echa un vistazo, pero no dice nada–. John –digo con tono serio–. Estás demasiado callado.

–No tengo nada que decir –responde, riendo–. Y no soy conversador. Ya lo sabes.

–Sí, pero esto es una cita –señalo, volteando a mirarlo–. Se supone que la conversación tiene que fluir. Se supone que tenemos que hablar horas y horas sin darnos cuenta del paso del tiempo.

–Dios, qué horror.

–¡John!

–¿Qué? –me pregunta, con una sonrisa de oreja a oreja–. ¿No sería más lindo relajarnos y disfrutar del viaje? Puedes conectar el teléfono al parlante si quieres escuchar música.

Lo miro con el ceño fruncido. Qué ridículo.

Dicho esto, la verdad que sí sería lindo escuchar música. Además, tengo la *playlist* perfecta para un viaje en auto relajado en el celular.

–Voy a poner música –le digo–, pero solo si me cuentas tres cosas sobre ti.

Ese truquito lo he usado en varias primeras citas. Ya te lo dije, a la gente le encanta hablar de sí misma.

–Paso –responde John.

Levanto las manos, fastidiada.

–No puedes pasar. En serio, ¿quieres que la pase bien en nuestra cita o no?

–¿No te estás divirtiendo? –me pregunta, mirándome.

Se me curva el labio y me esfuerzo por no sonreír. Porque es cierto, tal vez me divierte un poco pelear con él.

–Tres cosas –repito, obstinada.

–Tres cosas, y después diez minutos de silencio –propone John.

–¿Para qué me invitaste a salir si no te gusta escucharme hablar? –pregunto, indignada.

–No me molesta escucharte hablar…

–Qué romántico.

–… pero no tiene sentido hablar por hablar. Si tienes algo que decir, te escucho. Pero no hace falta que hables solo para llenar el silencio.

–Está claro que tú y yo somos muy distintos –digo con tono seco, y él vuelve a reírse–. Pero bueno, está bien. Tres cosas a cambio de

diez minutos de silencio. Empiezo yo. A ver… Nunca me fracturé un hueso…, me quitaron el apéndice cuando estaba en la secundaria… y la cerveza me parece asquerosa.

–A mí me gusta la cerveza.

–Obvio que te gusta –respondo con una mueca–. Eso no cuenta como una de las tres cosas.

–Está bien.

–Y nada aburrido –añado deprisa. John me lanza una mirada exasperada, y sonrío.

–Tres cosas… –Tamborilea los dedos sobre el volante–. Bueno. Número uno: compré este auto en Calgary y vine conduciendo hasta aquí el verano pasado. Número dos: este verano, voy a ir a Toronto para el casamiento de mi amigo Kareem. Y número tres… –Piensa un minuto y luego niega con la cabeza–. No se me ocurre nada.

–¿Cómo no se te va a ocurrir nada? –lo regaño–. Tienes que poder pensar en otra cosa. Yo misma podría decir cinco cosas sobre ti, fácil.

–¿En serio?

Me incorporo un poco en el asiento.

–Claro. Mira. –Empiezo a contar con los dedos–. Te gusta el café negro. No usas reloj. Hablas portugués y francés. –Dudo un momento. Es un poco más difícil de lo que pensé–. ¡Ah! Ya sé. Te gustan los autos viejos y eres un poco grosero con los clientes.

–Los autos clásicos –me corrige–. Y tengo puesto un reloj.

–Me refería a la mayor parte del tiempo –protesto, poniendo los ojos en blanco.

–En el trabajo, dices.

–¡Eso es la mayor parte del tiempo! La doy por válida. Gané.

–¿Era una competencia?

–Obvio. Apuesto a que tú no podrías decir cinco cosas sobre mí.

Pienso que va a decirme que me deje de molestar, pero en cambio, me mira con el ceño fruncido, pensativo. El silencio se prolonga un momento, tan largo que me pongo nerviosa por lo que irá a decir.

–Eres demasiado amable con los clientes –dice por fin–. Y sientes que tienes que hablar mucho para entretener a la gente.

–¡Oye! –protesto.

–Te gusta demasiado hablar con ancianos –continúa–. Y eres un poco idealista.

Hundo la cara en las manos, con una mezcla de risa y enojo.

–Se suponía que tenías que decir cosas sobre mí, no insultarme.

–¿Miento? –me pregunta, levantando una ceja.

Lo pienso un momento.

–No soy un poco idealista –digo por fin–. Soy extremadamente idealista.

–Tienes razón. Mala mía –responde, riendo.

–No puedo evitarlo –admito y me río yo también–. Pero no es con la intención de ser soberbia. Es solo que… No sé. ¿Nunca te dan ganas de que tu vida sea más emocionante y, no sé, importante?

–¿Importante en qué sentido?

–No sé. Por ejemplo, cuando te mueras, ¿no quieres que la gente te recuerde por algo?

–Voy a estar muerto. Seguro no me va a importar.

–No lo entiendes –digo, resoplando.

–No. –John señala el parabrisas–. Algún borracho idiota podría cambiarse de carril y matarnos a los dos en este instante. No

estaríamos menos muertos solo por ser millonarios y famosos.

–Está bien, pero ¿no piensas que seríamos más felices en este momento si fuéramos millonarios y famosos? O mejor todavía, si hubiéramos hecho algo importante y la gente nos recordara por eso.

–Supongo que tal vez sería más feliz si tuviera el dinero para comprar un McLaren. Pero nada más.

Lo observo con detenimiento. Creo que habla en serio.

–Bueno, yo quiero que mi vida sea significativa –replico, terca.

–Y yo no creo que lo que hace que tu vida sea significativa sea lo que pasa después de que mueres.

Abro la boca para protestar, pero la vuelvo a cerrar.

Vaya.

Tiene razón.

–Oye, solo dijiste cuatro cosas sobre mí. Tienes que decir una más. Si puede ser una que no me arruine emocionalmente como las anteriores, mejor.

John se queda pensando un momento y después asiente.

–Tienes lindo trasero.

Se me escapa una carcajada, mezcla de vergüenza y satisfacción.

–Dios mío –digo, sonrojándome, mientras le subo el volumen a la música–. Ahora pasemos a los minutos de silencio, por favor.

CAPÍTULO 20

Cuando llegamos a Charlottetown, el cielo ya se ha teñido de púrpura. La temporada turística acaba de empezar, pero las calles están bastante concurridas. Encontramos un lugar para estacionar a unas cuadras del festival y caminamos en silencio. Hace una hora, quizá me habría parecido un silencio incómodo, pero después de practicar en el auto de camino aquí, he decidido llamarlo un silencio ameno. Y debo admitir que es bastante agradable. Cada un par de minutos, una vocecita molesta en mi cabeza me susurra: «¡Di algo!», pero decido ignorarla. Es más lindo caminar uno al lado del otro, respirando la brisa fresca y salada, y admirando las guirnaldas de luces que adornan la calle principal de Charlottetown.

El festival en sí se hace en una calle frente al mar, bordeada de tiendas. La cerraron al tráfico, así que la gente pasea por ahí, curioseando los menús de los camiones de comida o mirando los puestos de artesanías que instalaron a lo largo de la calle.

–¿Quieres comer algo primero? –me pregunta John–. ¿Y tomar una cerveza?

Abro la boca para recordarle que no me gusta la cerveza, pero me doy cuenta de que me está tomando el pelo.

–Ja, ja –digo secamente–. Primero comamos.

Recorremos la calle mirando los distintos menús, y después voy a buscar un lugar en una mesa de pícnic mientras John se encarga de pedir la comida. Me siento de piernas cruzadas en la banca y apoyo el mentón en las manos. Ahora que está cayendo el sol, las lucecitas titilantes que adornan la calle se ven aún más lindas, y alguien empezó a tocar la guitarra afuera de una de las tiendas. Inhalo profundamente y exhalo, contenta.

Me pregunto si disfrutaría más este momento si fuera famosa o millonaria. Tendría ropa más linda, eso seguro, y una maquilladora personal que me aplicaría sombra de ojos carísima. Pero las luces no serían más brillantes y el humo que sale de las parrillas no olería más delicioso.

Igual no me parece mal querer tener un trabajo que me apasione. Se me vienen a la cabeza mis postulaciones a la universidad y a la pasantía, pero ahuyento los pensamientos. Es tan poco probable que me seleccionen que, la verdad, no me quiero ilusionar. Además…, se me va la mirada hacia John, que viene hacia mí con dos latas de refresco en una mano y una pila de contenedores de comida en la otra.

Quizá no sería tan malo quedarme en Waldon un tiempito más.

–¿Qué estás mirando? –me pregunta John, sentándose frente a mí.

–Esas tiendas de ahí. –Las señalo–. Me pregunto si me gustaría tener una tienda. Gracias –añado, y tomo mi comida.

–¿Y qué venderías?

–Buena pregunta. Ropa, quizá. O joyas. –Aunque, al decirlo, me parece un poco aburrido. Me gustan bastante la ropa y las joyas,

pero creo que no me gustaría hacerlas–. Ay, quizá podría abrir una pastelería.

–¿Sabes cocinar cosas dulces?

–Bueno…, no. O sea, algunas cosas sí, pero nada muy complicado. Pero podría ir a una escuela de cocina. Sería divertido, ¿no? Como ir a la escuela, pero la tarea es hacer galletas.

–No creo que sea así una escuela de cocina–me contradice John entre risas–. Una amiga de mi hermana fue y dijo que tenía que aprender sobre costos y administración. Y también bastantes cosas de carnicería.

–Eso no parece tan divertido –digo con una mueca. Pruebo la comida, un plato de curry picante–. Dios, ¡qué delicia! –exclamo. Y entre bocado y bocado, le pregunto–: ¿Tu hermana es más grande o más chica que tú?

–Me lleva dos años. ¿Tú tienes hermanos?

–No, soy hija única. Pero mis primos vivían en la casa de al lado cuando era chica, así que no salí como esas hijas únicas que no saben compartir.

John resopla mientras toma un trago de refresco.

–¿Suele pasar eso?

–Se llama síndrome del hijo único –le explico–. Es una teoría que desarrolló un psicólogo hace mil años. Dice que todos los hijos únicos están destinados a ser malcriados, egoístas y caprichosos. Escribí un trabajo sobre eso en la secundaria.

–Qué cosa más rara hacer un trabajo sobre eso.

–Sí, bueno, bienvenido a mi cerebro.

John se echa a reír. Comemos en silencio (ameno), después tiramos la basura y deambulamos por los puestos de artesanías. La

mayoría son demasiado rústicos para mi gusto, pero compro una caja de chocolates artesanales.

–Para mi maratón de películas –le explico a John–. ¿Tú qué planes tienes para el resto de la semana? –añado cuando nos ponemos en la fila de uno de los puestos más populares, que parece de joyería.

–Voy a trabajar en el auto de carreras.

–Ah, cierto, que tú haces… ¿cosas de carreras?

–Sí –dice John, riendo–. En la pista del pueblo. Mis amigos y yo tenemos un viejo Nissan y corremos.

–¿O sea que compites con otras personas?

–Mmm. Yo me ocupo del auto más que nada. Mi amigo Tim es el que conduce. Podrías venir a la pista algún día.

–¿Estás seguro de que quieres planear una segunda cita antes de que termine esta? –pregunto, levantando una ceja–. Podría terminar saliendo todo mal. Mira si te digo que estoy en una secta o algo de eso.

–¿Estás en una secta?

–No. Pero podrías haber aceptado salir conmigo otra vez antes de saberlo, ¿ves? Las primeras citas –añado sabiamente– son como entrevistas. No contratarías a alguien a mitad de una entrevista. La gente de recursos humanos no te lo permitiría.

John me mira fijo, medio risueño y medio sorprendido.

–Qué rara que eres.

Abro la boca para responder, pero ya llegamos delante de todo. La dueña del puesto, una mujer bonita de tez color aceituna y cabello rizado, nos sonríe.

–Hola.

–Hola –respondo, con una sonrisa.

–¿Qué opinas? –me pregunta John, señalando la mesa.

Me acerco a inspeccionar las joyas que están dispuestas encima. Están buenísimas, con una mezcla de estilo gótico y romántico, como un delicado anillo de plata con un grabado de calavera, o una espadita de aspecto medieval que cuelga de una cadena de plata muy delgada.

–Me encantan –respondo–. Me gusta esa. –Señalo la espada diminuta–. Parece salida de *Zelda*.

–Qué bueno –dice John, con una sonrisa extraña. Después, hace un gesto hacia la mujer que nos está atendiendo–. Ella es mi hermana, Kiara.

Me sonrojo y le doy un golpecito a John en el brazo.

–Por Dios. –Me llevo la mano a la cara–. ¿Y si hubiera dicho que no me gustaba?

–Me habría reído.

–Eres un idiota, John –dice su hermana, riendo.

–Estoy muy de acuerdo. Un gusto –le digo, ofreciéndole la mano–. Soy Emily.

–Ya lo sé –responde la mujer–. John me habló mucho de ti.

–¿En serio? –pregunto, arqueando una ceja.

–Bueno, no tanto. Solo me dijo que iban a venir hoy. Nunca me cuenta nada interesante.

Sonrío. Eso tiene más sentido.

–¿Tú hiciste todo esto? –le pregunto, señalando la mesa.

–Sí. Vendo cosas en línea y en algunas tiendas del pueblo.

–Qué buena onda.

–Es un pasatiempo entretenido –responde Kiara, encogiéndose de hombros–. Tengo que quedarme en la isla hasta que el tonto de mi

esposo termine de estudiar veterinaria.

–Veterinaria –repito–. Qué bien.

–Quizá ese debería ser el trabajo de tus sueños –sugiere John.

Lo miro y frunzo la nariz.

–Creo que no podría sacrificar perros. Me pondría a llorar tanto como los dueños.

–Totalmente –dice Kiara–. A menos que fueran esos perros chiquitos que ladran todo el día.

–¡Oye! –protesto–. Mis padres tienen un perro chiquito que ladra todo el día, y le tomé cariño a ese desgraciado. Es como una rata muy violenta y grande. Pero en el buen sentido.

Kiara se echa a reír, y le dice a su hermano:

–Me cae bien.

–Menos mal. Me importa mucho tener tu aprobación –responde él.

–Ya vete de una vez –le dice Kiara, echándolo con un ademán–. Si no vas a comprar nada, vete a molestar a otro sitio.

–Yo quiero comprar algo –digo. No es la mejor idea del mundo, teniendo en cuenta el dinero que me queda en el banco, pero me gustan mucho las joyas de Kiara. Además, quedaría mal no comprar nada.

–No le des dinero solo por ser amable –me dice John–. Se hace la vendedora de joyas hippie, pero en realidad es visitadora médica.

–Sí, visitadora médica de medicamentos para la diabetes, en Canadá –dice Kiara–. No estoy forrada en plata como los visitadores de viagra en Estados Unidos.

–No, de verdad, quiero el collar de espada –insisto, riendo.

–¿Sí? –Kiara lo sostiene en el aire–. Lo hice después de mirar *La espada en la piedra.*

–¡Ay, me acuerdo de esa película!

–¿Cuál es? –pregunta John–. ¿La del unicornio deprimido?

Kiara y yo hacemos una mueca al mismo tiempo.

–Esa es *El último unicornio* –respondo.

–Obviamente –añade Kiara.

Le sonrío y meto la mano en el bolsillo para tomar la billetera, pero John me detiene con un gesto.

–Yo pago.

–Ay, no, de verdad… –protesto.

–Por favor, déjalo pagar –interviene Kiara–. Te lo iba a regalar, pero así le saco dinero a John.

–¿Cuánto es? –pregunto, indecisa.

–Depende. John, ¿cuánto dinero tienes encima?

–Estoy viendo la etiqueta con el precio –dice John, dándole un billete de veinte.

–¿No sabes leer? –pregunta Kiara–. Dice veinticinco.

–Descuento para familiares –replica John, pero igual le da el billete de cinco dólares.

Su hermana se da vuelta para guardar el collar en una bolsita de tela y me lo entrega con una sonrisa.

–Un placer conocerte, Emily. Pareces muy simpática, aunque obviamente tienes muy mal gusto en hombres.

–Fue un gusto.

Me dan ganas de decirle «nos vemos un día de estos» o de soltar «¿podemos ser amigas, por favor?», pero me las arreglo para sonreír como una persona normal y sigo a John al siguiente puesto.

–Tu hermana es genial –digo con algo de melancolía, y miro a Kiara por encima del hombro–. A mí me gustaría poder hacer joyas

como esas.

–Te gustaría poder hacer un montón de cosas –observa John, riendo.

–Ya lo sé. ¡Es que hay tantas opciones! ¿Cómo hace la gente para encontrar su vocación habiendo un millón de carreras diferentes? ¿Y qué pasa si encuentras tu vocación, pero para entonces ya eres demasiado grande? –Suspiro–. Es abrumador.

–Quizá tendrías que dejar de pensar tanto –sugiere John–. O dejar de buscar tanto.

–Puede ser. Como cuando te dicen que recién conocerás a tu alma gemela cuando dejes de buscar.

–¿Quién dice eso? –pregunta John con una mueca.

–La gente de mi secta.

Eso lo hace reír, tal como esperaba. Yo también me río y después disimulo un bostezo.

–¿Quieres que vayamos volviendo? –me pregunta John.

–¿No te molesta? Te juro que la estoy pasando bien, pero casi siempre me voy a dormir a las diez, como una fracasada.

–No me parece que eso sea de fracasada. Vamos.

Nos dirigimos hacia la salida, saludamos a Kiara de camino y volvemos caminando al estacionamiento. Otra vez se hace silencio, pero esta vez se siente tenso, casi eléctrico. Estamos entrando en territorio de fin de cita.

Empiezo a caminar más despacio a medida que nos acercamos al auto. No sé por qué, pero quiero hacer esto ahora, no después, cuando John me haya dejado en casa.

–Estuvo divertido –digo. Después del bullicio de la multitud en el festival, mi voz suena muy fuerte en la calle silenciosa.

–Sí.

Después de dar unos pasos más, directamente dejo de caminar. John también se detiene y se para frente a mí. Estamos en el medio del estacionamiento y hay una mujer cargando cajas en una camioneta a un par de metros, pero no me importa. Esta noche no fue para nada lo que esperaba. Fue más tranquila. Y más relajada. Y muy divertida.

El corazón me late fuerte, y me cosquillean las puntas de los dedos.

–¿Todavía quieres que vaya a verte a la pista un día de estos? –pregunto.

–Claro que sí.

Me lamo los labios.

–Quizá tú podrías venir a ver un maratón de películas primero. Podríamos ver *El último unicornio* y *La espada en la piedra.*

–Qué tortura –dice John–. Acepto.

Doy medio paso y me acerco un poco más a él.

–Genial.

–Genial.

John esboza apenas una sonrisa, se acerca a mí y me apoya las manos en la cintura. Siento el perfume ahumado de su colonia y un leve aroma a gasolina que me hace pensar en el taller. Le pongo las manos en los hombros y lo miro, expectante.

Hay un momento de tensión maravilloso, y después John se agacha y me roza la boca con la suya. Tiene los labios secos y cálidos, y su barba me raspa y me pincha. Besa como habla, despacio y con calma, y me aprieto contra él, sintiendo una especie de anhelo muy adentro.

Él se aleja primero, pero le rodeo el cuello con los brazos y lo beso otra vez, buscando esa sensación ligera y emocionante que se apodera de mi pecho.

Nos quedamos así hasta que la mujer que está cargando cajas deja caer una y suelta un insulto. Entonces, nos separamos, agitados y sonrientes, y vamos hacia su auto. Es un viaje de treinta y cinco minutos hasta Waldon, pero ninguno de los dos dice ni una palabra. Yo no siento la necesidad de romper el silencio. Este silencio es perfecto, estimulante. Me acomodo en el asiento del auto y apoyo la cabeza contra la ventana, sonriendo mientras observo cómo la carretera oscura va desapareciendo de a poco.

CAPÍTULO 21

A la mañana siguiente, una tormenta de fines de primavera se abate sobre la isla, y un sinfín de gotas erráticas de lluvia salpican la ventana de mi habitación. Pensaba salir a correr temprano, pero no importa. Hoy nada me puede quitar el buen humor.

Salgo de la cama, me ducho y me hago una trenza francesa. Después, preparo café y me dejo caer, contenta, en el sillón. Cada tanto, recuerdo lo de anoche y siento una explosión de energía en mi interior.

Besé a John.

Mientras bebo la primera taza de café, tomo el teléfono y abro Wordle. Hoy John no va a ir al taller (se tomó el día para ir al dentista en Charlottetown), así que no tiene sentido esperar a la hora del almuerzo.

GUSTA, escribo. Como en: John gusta de mí.

Diablos. Todas grises.

CREER. Como en: todavía no puedo creer lo buena que estuvo nuestra cita.

Rayos. Otra vez nada.

Quizá es hora de dejar de usar palabras románticas.

Vuelvo a mi aburrido método de siempre y, al cabo de un par de minutos, ya descifré la palabra correcta, LIMÓN, ¡y ya llevo trescientos veintitrés días de racha!

Me reclino otra vez en el sillón, sonriéndole al teléfono. Debería escribirle a John para ver si ya jugó a Wordle. ¿O quedo demasiado ansiosa? Nos vimos anoche. Quizá es mejor esperar a que él me escriba primero.

Me paso quince minutos dándole vueltas al asunto y otros quince tratando de redactar el mensaje casual ideal. Después, veo la hora y me doy cuenta de que se me está yendo la mañana en esto. Niego con la cabeza y dejo el celular, decidida.

Sí, mi cita con John estuvo buenísima, pero no voy a ser una de esas personas cuya vida gira en torno a su pareja, como Martha cuando estábamos en la universidad. Los primeros dos años, Martha se la pasaba hablando de que quería ser gurú de autoayuda. De hecho, nos volvía locas a todas. Siempre nos regañaba por consumir azúcar («es más adictiva que la cocaína») o se enojaba cuando no leíamos los libros que nos recomendaba. Tenían nombres como *Ganar o ganar: cinco trucos a prueba de tontos para tener éxito instantáneo* o *El juego de la felicidad: diez secretos de la gente más feliz del mundo.* Ese último traté de leerlo, pero no pasé del primer secreto: «Despídete de tu café matutino». La verdad, si esa es la clave para ser feliz, prefiero ser infeliz toda la vida.

Pero bueno, después Martha conoció a su esposo, Jason, y nunca más nos volvió a decir nada del tema. De lo único que hablaba era de Jason. Fallon hasta inventó un juego de beber en torno a eso: si Martha decía el nombre de Jason más de veinte veces en un día, todas teníamos que tomar un chupito.

Tuvimos que dejar de jugar porque nos emborrachábamos prácticamente todas las noches.

Y yo no quiero ser así, para nada. O sea que no puedo dejar de pensar qué voy a hacer de mi vida solo porque tuve una cita ínfima –y maravillosa– con John.

Me tomo otra taza de café (no cabe duda de que, en *El juego de la felicidad,* estoy perdiendo) y me pongo a hacer una tarjeta para felicitar a Divya por su embarazo y otra para Martha, que dará a luz a su tercer hijo en un par de semanas. Hasta llamo al banco para pedir una nueva tarjeta de débito, porque a la mía dejó de funcionarle la función de pago sin contacto hace unos meses. Y si aprovecho para soñar despierta con John mientras espero a que me atiendan, eso es asunto mío.

A las nueve, salgo para el taller. Hay como quince mensajes de voz esperándome –supongo que el pueblo entero se despertó y se dio cuenta de que ya casi es verano y es hora de quitar los neumáticos de nieve– y los primeros tres clientes están medio impacientes, pero hoy, no me molesta nada. El tiempo pasa volando en medio de explosiones de felicidad y, cuando no estoy recordando los mejores momentos de mi cita con John, estoy planeando el próximo evento en el museo, que voy a organizar por el Día de Canadá. Quiero que este sea todavía más grande que el anterior. El número total de visitantes del evento Arriba el Barril fue ochenta y ocho. Para el Día de Canadá, estoy decidida a que sean cien.

A la hora del almuerzo, paso por el supermercado. Jim y la señora Finnamore necesitan un par de cosas, y compro una tonelada de chocolates y dulces en oferta para mí.

Cuando estoy esperando para pagar, me llega un mensaje.

[12:14] **John:** cómo va?

Mi corazón da un salto mortal en mi pecho.

[12:15]: Todo bien!
[12:15]: Estoy en el súper, comprando mi peso en dulces
[12:15]: Así tengo para mi maratón de películas hoy a la noche ☺
[12:17] **John:** películas de Leonardo DiCaprio, no?
[12:17]: Nop, cambié de idea
[12:17]: Películas nostálgicas
[12:17]: Aunque seguro mire Titanic
[12:17]: Esa es 2x1, de Leonardo DiCaprio y nostálgica
[12:17]: (Sí, ya sé que soy rara)
[12:18] **John:** jaja
[12:18] **John:** qué divertido

Levanto la vista para asegurarme de no estar demorando la fila y después cambio de posición, nerviosa. ¿Y si invito a John a casa? ¿O sería raro? Por lo general, suelo espaciar un poco más las citas, aunque eso es porque estar tanto tiempo con alguien me resulta un poco agotador. Siento que tengo que hacer un esfuerzo por parecer divertida o interesante.

Con John no me pasa eso. Con él, es… distinto.

[12:20]: Estás invitado si quieres venir
[12:20]: Aunque te voy a obligar a mirar El último unicornio

Ni siquiera tengo tiempo de ponerme nerviosa como corresponde, que ya aparece la respuesta de John.

[12:20] **John:** genial
[12:20] **John:** me gusta el plan

Sonrío al leer las palabras.

Es fácil, me digo. En ese sentido es distinto.

Con John, siento que todo es fácil.

Pero, fácil o no, que John esté en mi casa es decididamente raro. No raro en un mal sentido, solo un poco bizarro, como ver a un pingüino en el desierto. Retrocedo un par de pasos y lo miro recorrer la sala de estar; tiene la piel teñida de rojo por la luz del atardecer.

Le interesa mucho la casa y me hace un montón de preguntas cuyas respuestas desconozco, como cuándo la construyeron y si tiene pozo excavado o aforado.

–¿Y yo cómo diablos voy a saber? –le digo.

–Podrías haber preguntado antes de mudarte.

–Me cobran doscientos dólares por mes. Lo único que pregunté fue: «¿Cuándo me puedo mudar?».

–¿Doscientos por mes? –John suelta un silbido bajo–. Qué locura. Este lugar está buenísimo.

–¿Viste? –Miro a mi alrededor, sonriente–. Supongo que querían a alguien que les cuide la casa mientras ellos no están.

–¿Es un hogar a leña?

–Sí. –Omito decir que nunca lo usé porque no sé bien cómo prender el fuego.

–¿Cuándo crees que te la pedirán los dueños?

–No sé –respondo con una mueca–. Mis padres dicen que les encanta Nuevo México, así que creo que todavía tengo un tiempito.

Le muestro el resto de la casa, sonriendo cada vez que señala las cosas lindas que, por dentro, espero que note, como la bañadera con patas en el baño principal y el enorme escritorio de caoba en la oficina. Incluso lo llevo al garaje, una construcción independiente de la casa donde creo que solo entré una vez. La puerta no funciona desde que me mudé, así que nunca estacioné el auto ahí y, además, está llena de bolsas con cosas de los dueños y de muebles de exterior rotos.

–Vaya –dice John, admirando el espacio amplio y lleno de telarañas como si fuera Shangri-La–. Qué locura. Podrías meter una mesa de trabajo enorme aquí. ¿Y allá atrás hay otra habitación?

Me paro de puntillas. Es verdad, parece que hay una puerta escondida tras esa pila de cajas.

–Quizá.

Tardamos diez minutos en mover algunas cajas para poder ver, y John tarda otros cinco en abrir la puerta. Cuando por fin lo consigue, cae una lluvia de polvo e insectos muertos, pero él no parece notarlo.

–Aquí hay otra habitación –dice.

Voy a tener que creerle, porque ni loca pienso caminar en medio de ese cementerio de insectos.

John vuelve caminando de espaldas, admirando la vista del puerto.

–Este lugar es increíble en serio. No se consigue algo así en una gran ciudad –añade.

–Y si se consiguiera, seguramente costaría como un millón de dólares.

–Más bien diez o veinte –responde John con un resoplido–. Es una locura lo caras que son las ciudades. Mi amigo de Toronto se compró un apartamento diminuto de dos habitaciones y pagó un millón y medio.

–¿Ese es el que se casa este verano? –le pregunto mientras entramos a la cocina.

–Mmm. –John echa un vistazo al radiador–. ¿Tienes caldera a leña o de aceite?

–Ni idea. –Ignoro su cara de ofendido y abro el refrigerador–. ¿Quieres tomar algo?

Después de que John baja al sótano para confirmar que es una caldera de aceite, nos tiramos en el sillón con refrescos y palomitas de maíz y pongo la primera película nostálgica de la noche: *Titanic*. Medio que esperaba que John fuera uno de esos tipos que se creen demasiado geniales para disfrutar de una película que no sea de acción o de suspenso, pero, una vez más, me sorprende. Mira la película con atención, aunque se olvida constantemente de quién es quién. «¿Ese quién es?» es su frase de cabecera. Si fuera otra persona, quizá me fastidiaría, pero tratándose de John, me hace reír.

–Es Leonardo DiCaprio –digo por cuarta vez–. Es el personaje principal.

–Ah. –John asiente–. Está distinto ahora.

No está distinto para nada, pero pongo los ojos en blanco y extiendo la mano para que me alcance las palomitas. Él me las pasa sin despegar los ojos de la pantalla y frunce el ceño al mirar a DiCaprio, como si todavía sospechara que en realidad es otro personaje. Disimulo una sonrisa.

Mis ojos se detienen sobre él unos instantes más, y observo el movimiento de las luces de la televisión sobre su piel. Todavía me resulta medio raro verlo sin la ropa de trabajo. De camiseta y jean, se notan mejor ciertas cosas, como la curva de sus bíceps y las líneas fuertes de su cuello.

John se da cuenta de que lo estoy mirando y, cuando nuestros ojos se encuentran, algo cambia en el aire. Siento un calorcito agradable adentro, pero me limito a sonreír y vuelvo a enfocarme en la película. Es más divertido así, dejando que la tensión vaya creciendo naturalmente.

La última vez que me acosté con alguien, fue con un chico que conocí en línea y con quien salí un par de veces durante el invierno. No me malinterpretes, era bastante simpático, pero sentía que con él todo era muy forzado. Además, creo que debió leer en algún lado que los besos vuelven locas a las chicas. A mí me gustan unos buenos besos tanto como a cualquiera, pero estuvimos besándonos como cuarenta y cinco minutos. Yo intentaba avanzar un poco, pero él no paraba de apartarme las manos y de susurrar cosas cursis como «no hay prisa» y «tenemos toda la noche». Yo me moría por decirle: «Sí, querido, ya sé que tenemos toda la noche, así que pasemos a la parte divertida, por favor».

No debería ser tan mala. Se notaba que el chico tenía buenas intenciones, pero me aburrieron tanto los primeros diez minutos que terminó provocando todo lo contrario de lo que seguro quería.

Aunque todavía no pasó nada entre nosotros, ya me doy cuenta de que con John no va a ser así. A lo largo de la siguiente hora, nos vamos acercando de a poco. Cambio de posición en el sofá para recostarme contra su hombro, y él me apoya la mano en la pierna.

Le paso las puntas de los dedos por el brazo, y él me acaricia la rodilla con el pulgar.

Para cuando termina la película, los dos sabemos lo que va a pasar, pero me gusta que igual me lo pregunte.

–¿Quieres que me vaya?

Lo miro y sonrío.

–¿Se te ocurre una palabra de cinco letras que quiera decir «claro que no»?

Riendo, John me atrae hacia sí y captura mis labios con los suyos. Paso una pierna por encima de sus rodillas y me siento encima de él en el sofá. Nuestros besos son intensos, apasionados, sus manos, calientes, se deslizan por mi espalda. Van bajando, sus dedos fuertes se hunden en mi carne, y después me acerca más a él: una fricción rítmica, enloquecedora. Me roza la oreja con los labios y suelto una risita, sorprendida. Él también se ríe; creo que sabe exactamente cómo me siento. Estuvimos un año trabajando juntos y apenas si éramos conocidos. Ahora, su piel cálida y desnuda se frota con la mía, mi aliento le acaricia la oreja, y todo se siente todavía más íntimo después de haber sido desconocidos tanto tiempo.

Su boca baja por mi cuello, por mi clavícula, y se me escapa un sonido gutural cuando sigue descendiendo y pasa la lengua sobre mi pezón erecto. Mi sujetador está en el suelo (recuerdo vagamente habérmelo quitado), y el resto de nuestra ropa no tarda en seguirlo. Me despego de él para ir a buscar un condón y me río otra vez al correr desnuda por la casa, y todavía más cuando me agacho para pasar frente a la ventana.

–Qué rara que eres –dice John, y se ríe conmigo cuando vuelvo a trepar al sofá.

–Sí, sí –digo con una sonrisa.

Un momento después, él me sube otra vez a su regazo, y mi risa se transforma en respiración agitada. Sus manos están de nuevo sobre mis caderas y retomamos ese ritmo constante, pero ahora ya no hay nada entre nosotros. Todo se vuelve ardiente y difuso, y mi mundo se reduce a la piel de John, sus dedos, sus labios. Es muy callado (qué sorpresa), pero siento cómo cambia su respiración a medida que nuestros movimientos se aceleran. Y entonces tengo la cabeza sobre su hombro y estoy gritando y apretándolo, y su gruñido es un rugido que me atraviesa los huesos.

Regreso a la realidad poco a poco y, al final, cambio de posición para desplomarme en el sillón junto a él. Ya no nos estamos tocando, pero los dos estamos sin aliento y sonrientes.

–Estuvo divertido –dice, y me río, porque es muy John decir algo así.

–Muy divertido –concuerdo–. ¿Quieres quedarte a dormir? Más tarde podríamos divertirnos un poco más.

John sonríe y se hace eco de mis palabras de más temprano:

–¿Se te ocurre una palabra de cinco letras que quiera decir «claro que sí»?

CAPÍTULO 22

¿Alguna vez tuviste una de esas noches en las que duermes increíblemente bien? ¿Esas en las que te despiertas y todos los dolores y molestias que ni siquiera sabías que tenías han desaparecido por completo, y todo tu cuerpo se siente relajado, flojito y calentito?

Bueno, así me siento yo al despertar a la mañana siguiente. Como si todo mi interior se hubiera transformado en un líquido tibio y brillante.

Estiro los brazos y me doy vuelta en la cama para mirar a John. Está durmiendo de costado, con una mano apoyada cerca de la almohada. Mis ojos se detienen en sus dedos y recuerdo su fuerza, cómo se sentían sobre mi piel. Me vienen imágenes fugaces de la noche anterior: el roce de su boca en mi cuello, la firmeza de su pecho, el sonido de nuestra risa. Fue fácil, íntimo, maravilloso… Y no recuerdo haberme sentido tan relajada al despertar al lado de alguien.

–Buenos días –me dice, moviéndose.

–Buenos días.

John se frota la cara y pestañea, adormilado.

–¿Me estabas mirando mientras dormía?

–Sip.

–Qué espeluznante.

–Sip –repito, con una sonrisa.

John se ríe y me tira hacia él, envolviéndome la cintura con uno de sus brazos fuertes. Yo deslizo una pierna entre las suyas y le acaricio el pecho, y pasa un rato antes de que salgamos de la cama.

Más tarde, nos sentamos en el sillón a jugar a Wordle, con los platos del desayuno sobre las rodillas.

–¿Con qué palabra vas a empezar? –le pregunto.

–FRUTA –responde, dándole un mordisco a la manzana que tiene en la mano mientras habla.

–Yo voy a usar HUEVO –digo, riendo.

La escribo y…

No.

No puede ser.

¡Es esa!

¡Nunca acerté al primer intento! ¡Ni una sola vez!

Trato de disimular mi reacción para no revelarle la respuesta a John, pero igual se da cuenta.

–¿Estaba bien? ¿Es HUEVO?

Sonrío y le muestro mi teléfono.

–Sip.

–Genial –dice, y guarda el celular sin escribir la respuesta. Le sonrío con cariño. Qué tipo más raro.

John se va al taller un rato antes para alinear el diferencial de su auto de carreras (bueno, está bien, la verdad no presté atención a lo que dijo que iba a hacer) y yo me preparo para ir a trabajar en un

estado burbujeante y efervescente, como si fuera una copa de champán convertida en humana.

Me pone un poquito nerviosa pensar en cómo va a ser todo en el trabajo (¿y si se vuelve incómodo ahora que dormimos juntos? ¿Y si Fred se entera de alguna manera y nos despide por falta de profesionalismo?), pero, para mi alivio, no hay ningún cambio importante. John y Dave se ocupan de los autos, yo recibo y despido a la gente. Solo que ahora, cuando John viene a la recepción para preparar los recibos, me dedica una sonrisa cálida y relajada que me da ganas de dar vueltas en la silla.

Dave se va a eso de las cinco y, al rato, cierro la parte delantera del negocio y voy al garaje a despedirme de John, que todavía está trabajando. El espacio está tan atestado de autos que ni siquiera llego a ver dónde está.

–Ya me voy –anuncio en dirección al ruido.

Él asoma la cabeza desde atrás de un auto azul oscuro que está en una esquina.

–¿Sí?

–Tengo una cita con un señor de noventa y seis años –le informo–. No te pongas celoso.

–Lo voy a intentar –responde, riendo.

–Te saludaría con un beso, pero hay como cinco millones de autos entre nosotros.

–Qué bien, ¿viste? –dice John, mirando a su alrededor–. Les dije a todos los corredores del pueblo que podían traer los autos aquí en vez de llevarlos a la ciudad. Fred está furioso.

–Pero ¿por qué se enojó? Así tienen mucho más trabajo, ¿o no?

–Le preocupa que esté atrayendo a «la clientela equivocada» –responde John, poniendo los ojos en blanco–. Seguro que lo único que sabe de correr lo aprendió mirando diez minutos de una película de *Rápido y furioso* en el avión.

Piso con cuidado un repuesto enorme de alguna parte de auto que está en el suelo y empiezo a abrirme camino hacia él.

–Estas cosas te gustan más, ¿no? Las cosas de… ¿autos de carreras?

–Sí –responde, riendo–. Me gustaría hacer más tuneos con dinamómetro, mejoras con *bolt-ons* y ese tipo de cosas, pero viste cómo es. –Se encoge de hombros–. Fred.

–¿Cuál es tu auto?

–Este.

John golpea el costado del auto azul que estaba arreglando y después estira la mano para ayudarme a mantener el equilibrio mientras esquivo una enorme pieza de maquinaría.

–Es… lindo –digo dubitativa, mirándolo. John levanta una ceja con expresión risueña–. Bueno, el color es lindo –me corrijo–. ¿Es rápido?

–En este momento, no –responde él con una risita–. Tiene el motor arruinado. Se sobrecalentó en la última carrera.

–Qué mal.

–Cosas que pasan. Tengo bastantes ganas de arreglarlo.

–¿Por qué? No, pregunto en serio –añado, riendo, cuando me mira con mala cara–. Quiero entender.

–No sé, es divertido –me dice, encogiéndose de hombros–. A ti te resultó muy satisfactorio que todos esos niños insoportables se divirtieran con tu exhibición en el museo, ¿no? –Asiento–. Bueno, a

mí me pasa lo mismo. El motor está arruinado, pero voy a averiguar por qué, lo voy a arreglar y lo voy a hacer funcionar otra vez.

Me inclino para mirar bajo el capó. Supongo que es medio interesante tratar de pensar cómo funcionan en conjunto todas las piezas.

–¿Cómo vas a descubrir qué problema tiene?

Lo escucho mientras describe algo llamado «prueba de compresión», señala distintas partes del motor y me explica la función de cada una. Es raro, porque lo he escuchado hablar de autos un millón de veces, pero, por primera vez, noto la pasión en sus palabras. Él ama de verdad su trabajo, y parece que también lo hace muy bien.

–¿Cómo aprendiste todo eso? –le pregunto, y él se ríe.

–Algunas cosas las aprendí estudiando, pero la mayoría, curioseando. Cuando Kiara y yo estábamos en la secundaria, mi papá nos compró un Jaguar viejo, modelo 2003, para ir al colegio. Él no sabe mucho de autos –añade, casi lamentándose–. Creo que simplemente le pareció que se veía genial. Pero mi mamá se puso furiosa. Siempre decía que no nos iba a comprar un auto porque no quería criar a un par de mocosos pretenciosos.

–Tu mamá es genial –digo, riendo.

–Sí. Y también tiene una mente diabólica, porque cuando vio llegar a papá con uno de los autos menos confiables que existen, dijo que nos lo podíamos quedar, pero solo si Kiara y yo nos ocupábamos de todo. Nos hizo aprender a cambiar el aceite, los neumáticos y todo, y después esperó pacientemente a que se rompiera…, lo cual sucedió como a la semana de tenerlo. –John

sonríe–. Tardé como un año en hacerlo andar otra vez. Básicamente tuve que reconstruir todo el motor.

–¿Y ahí te enamoraste de los autos? –pregunto.

–Algo así.

–¿Todavía lo tienes?

–Claro que no. Lo vendí al día siguiente de arreglarlo. Kiara y yo nos repartimos el dinero. Yo me compré un auto más barato y menos malo, y ella se hizo un tatuaje.

–Vaya. –Niego con la cabeza–. Kiara es genial.

–Te juro que no.

–Bueno, para mí, lo es. Yo estaría feliz de juntarme con ella –añado con tristeza.

–¿Y por qué no lo haces? –me pregunta John, arqueando una ceja.

–¿Qué?

–Te puedo pasar su número. Mándale un mensaje y pregúntale si quiere ir a tomar un café o hacer algo.

–¿Piensas que querrá?

–No sé, seguramente. –John se encoge de hombros–. No pierdes nada con preguntarle, ¿no?

–Supongo que no. –Tomo el celular–. Pásamelo.

Anoto su número mientras John me lo dicta y después abro un nuevo mensaje.

–«Hola, Kiara…».

–¿Le vas a escribir ahora? –me pregunta John, riendo.

–Sí, antes de que me acobarde –responde–. Ahora, cállate. «Hola, Kiara» –leo en voz alta mientras escribo–, «soy Emily. Nos conocimos el otro día».

–Ya sabe quién eres.

–«Espero que no te moleste que John me haya pasado tu número…».

–¿Por qué le molestaría?

–«… pero quería preguntarte si te gustaría que vayamos a tomar un café algún día de esta semana, o cuando puedas. ¡Lo entiendo si estás ocupada! ¡Y perdón por escribirte así de la nada!».

–Dios mío.

–Estoy siendo educada –protesto, y envío el mensaje.

–Es absurdo. Sabes que no tienes que disculparte por preguntarle a alguien si quiere ir a tomar un café, ¿no?

–Ya sé que no tengo que hacerlo. Pero seguro ella tiene un millón de amigas geniales para juntarse. Además, no quiero que se sienta obligada a hacer algo conmigo solo porque tú y yo estamos… –Carraspeo, nerviosa–. Bueno, porque salimos una vez.

–No se va a sentir obligada –replica John con un resoplido–. Y no tiene tantas amigas. ¿Por qué siempre piensas que la vida de los demás es mucho mejor que la tuya?

–Porque seguramente lo es.

–Tu vida está buena. No lo de la obsesión con los barriles, eso sigue siendo aburridísimo. Pero Trey y Rose son muy buena onda, y entiendo por qué te cae bien ese Jim.

–Él es genial, ¿no?

–Mmm. –John asiente–. No deberías estresarte tanto por todo.

A regañadientes, dejo escapar una sonrisa.

–Quizá tienes razón.

–Claramente tengo razón.

–Sí, sí.

Nos sonreímos unos segundos, y después me paro de puntillas para saludarlo con un beso. No es más que un leve roce de mis labios contra los suyos, pero la caricia de su barba me hace estremecer por dentro. John me apoya las manos en la cintura y desliza los pulgares bajo el dobladillo de mi camiseta y, al poco tiempo, nos estamos besando con ganas contra la puerta delantera de su auto. John me atrae hacia él con fuerza, y yo meto las manos bajo su camiseta y hundo los dedos en los músculos fuertes y cálidos de su espalda.

Nunca le vi la gracia a tener sexo en lugares públicos (¿la gente no se da cuenta de la cantidad de gérmenes que hay en todos lados?), pero se me está ocurriendo una idea. Me despego de John y tanteo detrás de mí, buscando la manija de la puerta.

–¿Alguna vez lo hiciste en tu auto de carreras? –pregunto con una sonrisa.

Después, abro la puerta y me quedo quieta.

Eh…

Bueno.

Solo hay un asiento. El resto del auto es literalmente un trozo de metal hueco. Y el asiento del conductor es diminuto. De verdad, ¿cómo hace John para meterse ahí?

–No creo que nadie lo haya hecho en un auto de carreras –me dice, riendo–. Al menos, no sin antes quitar la jaula antivuelco.

Echo un vistazo a los gruesos barrotes negros que atraviesan todo el auto y que reducen todavía más su espacio limitado.

–¿Hay chance de quitarla en cinco minutos?

–Nop.

–Mmm. –Miro a mi alrededor, un poco derrotada–. ¿Y… en el capó?

–Sabes que aquí hay cámaras de seguridad, ¿no? –dice John.

–No, no sabía. ¿Alguien las mira?

–Fred puede hacerlo. No sé si lo hace, pero…

Hago una mueca. Sí, no tengo nada de ganas de que Fred tenga acceso a un video sexual mío.

–Quizá no es muy buena idea –admito.

–Quizá podrías venir a mi casa más tarde –sugiere John–. Después de tu cita, digo.

Me río y me pongo de puntillas para darle otro beso.

–Me parece bien.

CAPÍTULO 23

El apartamento de John queda en el último piso de un gran edificio de ladrillo cerca de la calle principal. Encuentro un lugar para estacionar a unas cuadras del museo y camino por la acera con las manos en los bolsillos y la cabeza hacia arriba para admirar el cielo rosa y dorado. El aire huele delicioso, a sal marina y césped recién cortado. Tengo una sensación de liviandad en el pecho, como si de pronto tuviera más espacio. Y solo una parte se debe a John. La otra parte es por el mensaje que me mandó Kiara más temprano para decirme que le encantaría tomar un café conmigo y para preguntarme si mañana a la mañana es demasiado pronto. Al parecer, se hizo adicta al cappuccino de avellanas de la confitería del pueblo y hace semanas que va todas las mañanas. Quizá si nos hacemos amigas, vayamos siempre a tomar café a la mañana (aunque yo planeo comprar el café negro de noventa y nueve centavos en vez del cappuccino de cinco dólares).

El edificio donde vive John está un poco descuidado, pero su apartamento es muy lindo. Los suelos son de madera y los techos tienen unas molduras geniales, medio anticuadas, y hay una pared con ladrillo a la vista que le da una vibra muy artística a todo el espacio. Hay un par de sillones mullidos en la sala de estar y varias

alfombras que no combinan dispuestas aquí y allá sin ningún orden, y un pequeño balcón con vista al puerto.

Deambulo por el apartamento mientras John descorcha una botella de vino y echo un vistazo al baño (sorprendentemente limpio), al armario (predeciblemente desordenado) y, por último, al dormitorio, que tiene grandes ventanales, una cama *king size* y…

Un momento.

¿Eso es una pecera?

–¿Qué pasó? –me pregunta John desde la cocina. Debe haber oído mi chillido de entusiasmo.

–¡Tienes peces! –exclamo.

Un momento después, él aparece junto a la puerta.

–Tengo peces –concuerda.

–¡Son muy lindos! –Los espío a través del vidrio. Uno es pequeño y dorado, el otro, naranja y puntiagudo, y el tercero es de un color brillante precioso y está medio escondido entre dos rocas–. ¿Cómo se llaman?

–No tienen nombre.

–¿No les pusiste nombre? –pregunto, indignada.

–No. Ese es un *rasbora…*

–¿Bora Bora?

–Y ese es un pez espada…

–No se parece para nada a una espada.

–Y ese de ahí atrás es un *geophagus.*

–Qué nombres horribles.

–No son nombres, son especies.

–¿Puedo ponerles nombres más lindos? –pregunto con una mueca de fastidio.

–Nop.

–Por favor –le pido con tono zalamero–. Voy a pensar nombres muy buenos.

–No, olvídalo.

–¿Por qué no?

–¿A ti te gusta cuando la gente les pone nombre a los autos?

–Dios, no –respondo con una mueca.

–Bueno, a mí me pasa lo mismo con la gente que les pone nombre a los peces. Tú no le pones nombre a tu auto, yo no les pongo nombre a mis peces.

Suspiro y me doy por vencida.

–Lo siento, chicos –les digo a los peces–. Si alguno de ustedes se ahoga, no tengo manera de decirle a John cuál es.

–Los peces no se ahogan. Y puedes usar el nombre científico.

–¿Colabora, espada en la piedra… geofísico?

–Les puedes decir Pez Uno, Pez Dos y Pez Tres –me dice John entre risas–. Es lo mejor que te puedo ofrecer.

–Acepto –respondo con una sonrisa.

Nos tiramos en el sillón a tomar vino y picotear media pizza que John encontró en el refrigerador. Hablamos de ver algo en Netflix, pero, al final, nos quedamos charlando un rato. Él me cuenta de todos los corredores del pueblo que llevaron el auto al taller y de los distintos servicios para autos de carreras (o, como les dicen él y los otros corredores, «servicios para autos de alto rendimiento») que quiere convencer a Fred de brindar en el taller, y yo le cuento de las flores que la señora Finnamore me va a ayudar a plantar alrededor de mi casa este verano.

Mientras hablamos, tengo la misma sensación que la otra noche. Estar con John es muy fácil. No siento que tengo que ser tierna o graciosa o sexy o interesante. Puedo serlo, si quiero, pero no tengo que serlo, y eso es una diferencia muy importante.

–¿La pasaste bien con Jim? –me pregunta John cuando se levanta a tirar la caja de pizza vacía.

–Sí. Me mostró fotos viejas de él y su esposa, de su casamiento en 1949. Les tomé algunas fotos. –Levanto el teléfono para mostrarle las imágenes en blanco y negro–. ¿No están buenísimas?

John me quita el teléfono de la mano.

–Vaya, mira ese Porsche viejo. ¿Es un 356? –Le hace zoom a la foto borrosa–. Creo que sí.

–Le puedo preguntar.

–Qué buena onda. Ahora entiendo por qué te caen tan bien los viejos.

–Sí, exacto –resoplo–. Por los autos.

John se ríe y va al baño, y yo me quedo mirando las fotos. Jim y su esposa eran una pareja muy atractiva –ella se parecía un poco a Julie Andrews, y él tenía una sonrisa enorme y deslumbrante– y, con solo ver las fotos, se nota que estaban muy enamorados. Prácticamente en todas, salen con una sonrisa de oreja a oreja, como si no pudieran creer su suerte.

–Oye, te vas a quedar a dormir, ¿no? –me pregunta John desde el baño–. Puedo tratar de encontrarte un cepillo de dientes.

–Sí –respondo, sonriendo–. Gracias.

Miro las fotos otra vez. A mí nunca me interesó mucho casarme (siendo sincera, incluso hoy por hoy la idea no me entusiasma demasiado), pero espero algún día tener una pila de fotos como

estas, y que con solo mirarlas la gente se dé cuenta de que fui feliz de verdad.

Y si de casualidad me imagino a John parado junto a mí en las fotos… Bueno, eso queda entre tú y yo.

***

Las siguientes semanas pasan a una velocidad alarmante. No sé bien cómo, pero pasé de no tener ningún amigo en Waldon a sentirme un poco sobrepasada por mi vida social. Mi cita con Kiara para tomar un café sale increíble (ella es tan genial como imaginaba, y muy graciosa e inteligente) y lo de tomar un café juntas por las mañanas de verdad termina convirtiéndose en parte de mi rutina diaria. Representa un gasto extra de diez dólares todas las semanas (aunque Kiara siempre pone los ojos en blanco y me dice: «¡Déjame pagar, por el amor de Dios!»), pero sin dudas vale la pena. Trey y yo también estamos pasando mucho tiempo juntos porque estamos planeando el evento del Día de Canadá, y él y Rose nos invitan a comer a mí y a John dos veces. Los padres de John nos invitan a almorzar en Summerside un día. Y eso sin mencionar todo el tiempo que paso con Jim y la señora Finnamore.

Paso casi todas las noches con John, ya sea en mi casa o en su apartamento. No deja de sorprenderme lo fácil que es estar con él. Es tan fácil que casi resulta decepcionante, ¿me explico? Yo solía pensar que cuando conociera al «indicado» iba a vivir un romance apasionado y dramático, pero debe ser por mirar demasiadas películas. De todos modos, esto es mejor que el drama, ¿no? Una

persona con la que puedes relajarte por completo, pero que igual te hace sentir mariposas en el estómago.

El viernes, en un momento de aburrimiento en el trabajo, decido escribirles a Martha, Divya y Fallon para ver qué opinan. Hace semanas que no hablamos y todas ellas encontraron al «indicado», ¿o no?

Abro nuestro chat grupal.

> [10:01]: Hola, chicas! Espero que estén bien. Esto es medio de la nada, pero ustedes cómo se dieron cuenta de que su esposo era el indicado?

No espero que respondan al instante, así que guardo el celular y sigo buscando en internet subvenciones comunitarias. Trey y yo venimos hablando de construir un parque infantil con temática de barriles, pero yo no tenía idea de lo caros que son los juegos. Estoy segura de que a Shelley le daría un ataque si fuera a pedirle dinero a la sociedad histórica a sus espaldas, así que estoy tratando de encontrar una subvención que Trey y yo podamos solicitar por nuestra cuenta. Nos vendría muy bien la ayuda para comprar los juegos.

Mi teléfono recién suena a la hora del almuerzo, pero descarto la notificación sin siquiera mirarla. John y yo estamos por jugar a Wordle, y necesito concentrarme. Mi racha de un año está tentadoramente cerca.

–¿Primera palabra? –me pregunta John.

–JUEGO –respondo.

Mmm. Bastante bien. La J, la E y la O se ponen amarillas. El resto de las letras están grises.

Voy a tratar de eliminar otras. BICHO, pruebo.

Diablos. Nada.

A ver, cerebro, pensemos palabras de cinco letras con J, E y O.

AJENO, escribo, pero no acierto ninguna letra, y las que ya tenía siguen amarillas.

OJEO. No, eso son solo cuatro letras.

ELIJO. No, no lleva I.

OJERA. Tampoco.

–Rayos –murmuro.

–¿Qué tienes hasta ahora? –pregunta John.

–J, E y O.

John mira su pantalla y levanta una ceja. No me doy cuenta de si ya la descifró o no. ¡Cómo me fastidia su cara de póker!

–¿Tú ya la adivinaste?

–Ahora sí –dice, escribiendo una palabra–. Tenía las dos letras que te faltan.

Me muerdo el labio. J, E, O.

–¿O sea que no se repite ninguna?

–Nop.

Me llega otro mensaje, y otro y otro más. Descarto las notificaciones con impaciencia.

–¿Es una palabra rara? ¿Alguna que quizá no conozca?

–Nop.

Empiezo a repasar todas las letras que aún no usé, tratando de adivinar. Ninguna tiene sentido.

Dios.

Otra vez me suena el celular.

–¿Son tus padres? –me pregunta John–. ¿Ya volvieron de Nueva Zelanda?

–No, todavía faltan un par de semanas –digo, y abro los mensajes–. Es un chat grupal con mis amigas de la universidad. –Vuelvo a abrir Wordle, pero, al segundo, suena la campanilla de la recepción. Miro hacia allá y suspiro–. Tengo que ir.

–Dime si necesitas más pistas –me dice John tras asentir.

Atiendo al cliente de la recepción, que necesita una copia de su recibo para la compañía de seguros y, para cuando termino, John también volvió a trabajar. Me sirvo una taza de café y me la llevo al escritorio. Abro Wordle y me quedo mirando la pantalla un rato. Luego, sacudo la cabeza. Estoy bloqueada. Mejor lo intento más tarde.

Abro el chat grupal con Fallon, Divya y Martha para leer los mensajes.

[12:32] **Fallon:** Ayyy, Emily, por fin encontraste a alguien?

Pongo los ojos en blanco. Gracias, Fallon.

[12:32] **Fallon:** Es broma
[12:32] **Fallon:** Qué emoción!!
[12:33] **Fallon:** Pero no existe el indicado. Esas son mentiras que te vende Disney
[12:41] **Martha:** No seas cínica, Fallon!
[12:41] **Martha:** No le hagas caso, Em. Sí que existen las almas gemelas. Te lo digo por experiencia!

Miro el teléfono con una mueca de desagrado. Guácala. Creo que prefería el mensaje insultante de Fallon.

[12:43] **Divya:** jajaja

Bueno, ese es el mensaje más inservible de todos. Y eso no es mucho decir, porque ninguna respondió la pregunta. Estoy mirando el teléfono con el ceño fruncido, preguntándome si tiene sentido responder, cuando vuelve a sonar.

[1:17] **Martha:** Asegúrate de que tenga los mismos valores familiares que tú. Eso es lo único que importa.

Los mismos valores familiares… O sea, ¿si quiere tener hijos o no? John ya me dijo que cree que no quiere, igual que yo. Pero siento que tendría que haber un par de requisitos más para decidir si alguien es «el indicado». Ese empleado raro de la tienda de bebidas de Waldon que siempre me mira los pechos seguramente tampoco quiere tener hijos, y no por eso voy a terminar casada con él.

Fallon envía un emoji con los ojos en blanco.

[1:18] **Fallon:** Eso no es LO ÚNICO que importa
[1:18] **Fallon:** Tienes que estar con alguien que tenga los mismos intereses que tú
[1:18] **Fallon:** Como Ethan y yo
[1:18] **Fallon:** A los dos nos encantan los negocios y el deporte

Tamborileo los dedos sobre el escritorio. John y yo no compartimos los mismos intereses, en lo más mínimo. Sí, tenemos Wordle en común, pero quitando eso, somos básicamente polos opuestos. A él le gustan las carreras de motocicletas (paso) y acampar (mátenme) y los autos (qué aburrimiento). Pero no me parece que eso sea algo malo. Además, a mí me gusta de todo un

poco. Dudo encontrar a un chico de veintisiete años al que le guste armar rompecabezas, aprender francés y mirar *Ana la de Tejas Verdes.*

[1:22]: Mmm, interesante. Gracias!

(Y sí, es mentira. Solo estoy siendo educada).

[1:22]: Divya, tú qué opinas?

Pasan quince minutos. Les cobro a dos clientes y atiendo un par de llamadas. No sé si Divya va a responder más tarde o si nos está ignorando. ¿Qué le pasa? ¿Se cree mejor que nosotras?

Un momento.

Mejor.

MEJOR.

Tomo el teléfono otra vez y escribo la palabra en Wordle. ¡Y es correcta! ¡MEJOR!

Estoy haciendo un bailecito de victoria en la silla cuando entra John.

–¿Qué estamos celebrando?

–MEJOR –digo, triunfante.

–Muy bien –dice él–. Oye, hoy me voy más temprano, pero ¿sigue en pie lo de ir a la pista mañana?

Dejo de bailar. Me había olvidado que había quedado en ir con John a la pista de carreras este fin de semana. Ahora entiendo por qué Fallon me dijo que es importante tener intereses en común. No se me ocurre una peor forma de pasar el fin de semana que estar parada en una pista de carreras ruidosa y sucia.

Pero le prometí que iba a ir. Y, de todos modos, él tampoco quiere hacer todas las cosas que quiero yo. (Aunque las cosas que quiero hacer yo son geniales, como el juego de beber de *La leyenda de Zelda).*

–Obvio –respondo–. ¿A qué hora me pasas a buscar?

–La práctica empieza a las nueve, y todavía tengo que hacerle varios arreglos al auto, así que voy a salir a las… ¿cuatro? –¿Cuatro? ¿De la mañana?–. O podrías ir con Kiara. Creo que ella y Jake salen a eso de las ocho.

Titubeo un momento, tratando de disimular lo mucho que prefiero esa opción.

–No quiero perderme nada a la mañana.

–Es la práctica, nada más –responde John, encogiéndose de hombros.

–Está bien. –Gracias a Dios–. Digo, si a Kiara y Jake no les molesta.

–Seguro que no van a tener problema. Ahora les mando un mensaje.

–Gracias. Suerte mañana –le digo.

En respuesta, John me hace un gesto y se va.

Tengo la cabeza un poco quemada de tanto leer sobre subvenciones comunitarias, así que el resto del día mato el tiempo ordenando la oficina y organizando la agenda de la semana que viene. Trey quiere que nos juntemos a almorzar para seguir planeando el evento del Día de Canadá, y tengo que lavar la ropa de Jim y la señora Finnamore.

Salgo del taller a eso de las cinco y voy para casa. Hay algo molestándome mientras conduzco, pero no me doy cuenta de qué

es.

Dejo caer mis llaves sobre la mesita de la sala y me siento en el sofá. Abro los mensajes y le envío a Trey algunos enlaces de subvenciones comunitarias que podrían servirnos. La sensación de molestia se intensifica cuando le respondo a Kiara, que me mandó un mensaje para preguntarme si quiero que sus amigos artesanos monten puestos en el evento.

[5:37]: Estaría buenísimo!
[5:37]: Qué buena idea! ☺

Si dijera que me gusta más Kiara que John, solo estaría exagerando un poco. Es muy ingeniosa, inteligente y, además, muy considerada. Por ejemplo, la otra vez le comenté que quería vender *cupcakes* en el evento y, a las dos horas, me pasó el contacto de su amiga Cara, que tiene una pastelería en Charlottetown.

De pronto, se me ilumina el cerebro y me doy cuenta de qué es lo que me está molestando. Divya nunca respondió en el chat grupal. Mi mensaje («Divya, ¿tú qué opinas?») es el último de la conversación.

Abro el chat y empiezo a repasar los mensajes viejos. Cuanto más leo, más crece la molestia.

Hace un año que soy la única que inicia las conversaciones en el grupo.

Dejo el teléfono a un lado y voy a la cocina a prepararme algo de comer, pero estoy tan distraída que casi ni soy consciente de mis movimientos. Recuerdo lo unidas que solíamos ser Martha, Divya, Fallon y yo. Salíamos todos los fines de semana y después nos juntábamos a almorzar para matar la resaca, veíamos películas a la

noche y nos lamentábamos cuando nos iba mal en los exámenes, en el amor, en la vida. Sí, a veces también chocábamos un poco, pero nos divertíamos muchísimo. Si no me falla la memoria, éramos mejores amigas de verdad.

Pero supongo que es lógico que la relación no se mantuviera así. Hace mucho tiempo que terminamos la universidad, y cada una siguió su camino y se convirtió en una persona distinta. Y si soy totalmente sincera conmigo misma…, incluso si ellas vivieran en Waldon ahora, no estoy segura de si seríamos amigas. Ahora somos demasiado distintas. Y eso no es malo, solo… es. Así es la vida. Creo que estaba tratando de aferrarme a esa amistad porque me sentía sola, o quizá porque sentía que todavía las necesitaba, por más que nunca fueran a darme lo que yo necesitaba.

Me siento en la cocina y pruebo un bocado de la cena. Y, puaj, tendría que haber estado más atenta mientras cocinaba. Claramente le puse azúcar al abadejo en vez de sal.

Bueno, qué se le va a hacer. Como otro bocado de pescado dulce. Fue una revelación muy importante la que tuve recién.

Me llega un mensaje y, por un segundo, me pregunto si será Divya y si dirá algo que eche por tierra mi teoría. Pero no. Es Kiara.

[6:07] **Kiara:** Buenísimo! Podemos hablar mejor mañana. Vienes con nosotros, no?
[6:07]: Sí, si no hay problema ☺
[6:08] **Kiara:** Claro que no. Te paso a buscar a las ocho?

Sonrío.

[6:08]: Genial.

CAPÍTULO 24

Se oye el bramido de motores a lo lejos, y el aire está viciado por el olor a gasolina y caucho quemado. Me paro de puntillas para ver los autos de carreras que se aproximan serpenteando la última curva de la pista.

Pasan rugiendo uno tras otro, y sonrío un poco más cuando aparece el auto de John. Él no está al volante –su amigo Tim suele ser el que conduce–, sino que está arriba, en la torre de control, con una radio, informándole a Tim sobre sus tiempos de vuelta y esperando para entrar en acción cada vez que hay una parada en boxes o cuando el auto tiene algún problema (cosa que ya pasó como tres veces).

–¿Ya están primeros? –pregunta Kiara. Está acostada en una manta sobre el césped junto a mí, con las gafas de sol puestas y las manos sobre la cara para protegerse del sol.

–Nop –respondo, sentada junto a ella–. Siguen segundos.

Es la tercera carrera del día, y ya voy entendiendo un poco más cómo saber en qué puesto está el auto de John. Uno pensaría que sería evidente: si están en el segundo auto que pasa pitando, están en segundo lugar, ¿verdad?

Error.

Todos los autos pertenecen a categorías distintas (el auto de John y Tim está en la clase GT3, que significa… No sé, algo de la velocidad), o sea que John no compite con todos los que están en la pista. Y, después de un par de vueltas, los autos de las categorías más lentas ya quedaron tan atrás que es difícil saber a quién le está yendo bien.

Tomo una tajada de sandía del recipiente que trajo Kiara y elevo el rostro hacia el sol. El día viene siendo mucho más divertido de lo que esperaba. La pista de carreras está rodeada de verde y de árboles, y hay una colina que da a la pista, así que todos los espectadores (o sea yo, Kiara, su esposo Jake y unas veinte personas más) estamos sentados sobre mantas o camastros en el césped.

El clima también es bastante divertido. Es una comunidad de Johns, personas que aman hablar de autos y mirar autos y pensar en autos, pero todos son muy amigables y los conductores van a los tráileres de los otros para charlar entre carrera y carrera. Y cada vez que hay un problema con algún auto (o sea, cada diez minutos), la gente se asoma a ayudar o a prestar una herramienta o un repuesto.

Cuando llegamos con Kiara y Jake, nos sentamos en el tráiler de John un rato a ver el trajín de la gente. Y juro que no es por favoritismo, pero parece que siempre que falla algo, todos quieren saber qué opina John. Está bueno ver lo mucho que sabe, por más que yo no entienda ni la mitad de lo que dice.

También está bueno verlos correr a él y a sus amigos. Es una pista pequeña, pero igual van a toda velocidad, y es emocionante cuando John o Tim pasan a otro auto (perdón, «adelantan» a otro auto,

aquí nadie le dice «pasar») o ganan una carrera. Mientras tanto, Kiara y yo picoteamos los bocadillos que trajo ella, y Jake nos cuenta anécdotas de la facultad de veterinaria, y es todo muy lindo y divertido.

Kiara y Jake hacen muy buena pareja. Ella tiene mucha onda y él es medio *nerd*, así que se complementan. Discuten un montón (nos perdimos un poco de camino aquí y pensé que Kiara iba a asesinarlo), pero se nota que es su manera de comunicarse.

–¿Hace cuánto están casados? –pregunto.

–Hace demasiado tiempo –dice Kiara.

–Siete años –responde Jake.

–Vaya. –Como un bocado de sandía–. ¿Cuándo supiste que Kiara era la indicada? –le pregunto a Jake. Lo digo en tono jocoso, como si fuera en chiste, pero Kiara no se deja engañar.

–Ay, ¿alguien está pensando que quizá John sea el indicado? –me pregunta en tono burlón.

–No –miento–. Estamos saliendo hace un par de semanas nada más.

–No necesitas tanto tiempo para saber si una persona es la indicada para ti –responde ella, encogiéndose de hombros–. Tienes que seguir tu instinto. Si no lo sientes de entrada, nunca lo vas a sentir. Es como lo que me pasó contigo. Yo supe de inmediato que podríamos ser amigas. Y con Jake, supe de inmediato que era un *nerd* aburrido y que debía evitarlo a toda costa.

–Pues te salió el tiro por la culata, porque te casaste conmigo –replica Jake.

–Solo por el dinero.

–Todavía no gané nada de dinero.

–Sí, pero lo harás –dice Kiara–. No bien te gradúes, te voy a mandar a trabajar.

Me quedo callada un momento, pensando.

–Entonces, ¿para ti es una cosa puramente instintiva?

–Sí. Mira, ¿John y tú son felices juntos? No lo pienses, contesta sí o no.

–Sí –digo, mordiéndome el labio.

–Entonces ya está.

–Pero no es así de fácil –protesto, frunciendo el ceño–. Creo que podría ser feliz con muchas personas por un tiempo. Podría salir contigo un par de semanas y sería perfectamente feliz.

–Qué tierna –dice Kiara, llevándose la mano al corazón.

–Pero eso no significa que puedas ser feliz con alguien por siempre. Muchas personas se casan y son felices varios años, pero después la relación no funciona. Eh, sin ofender –añado de inmediato–. Lo que digo es que no sé de qué forma se puede estar segura de que vas a ser feliz con alguien por siempre.

Kiara come un bocado de sandía. Todavía está acostada, así que el jugo le chorrea por las mejillas y le mancha el pelo. Ella se incorpora y se limpia con el dorso de la mano.

–Mira, ¿quieres saber cuál es, para mí, el verdadero secreto para ser feliz con alguien a largo plazo?

–*¿El* secreto? –repite Jake–. Esto va a estar bueno.

–Dinos –le pido, conteniendo una sonrisa.

Kiara se pone las gafas de sol sobre la cabeza.

–Tu felicidad no puede depender de la otra persona. Mucha gente piensa que su pareja tiene el deber de hacerla feliz, y eso es una tontería. Jake me hace feliz, pero no es su deber. Es mi deber

hacerme feliz. Tal como es su deber hacerse feliz. Nuestras vidas felices como individuos pueden ser compatibles o no. Mira a John, por ejemplo. –Kiara señala la pista de carreras, donde el auto de John brama al tomar la última curva–. Él es feliz viviendo en Waldon, haciendo cosas como esta y trabajando en el taller. ¿Tu propia felicidad es compatible con eso o no?

Titubeo. En parte, por eso mismo no quería que me gustara John en un principio, porque sentía que él no era la clase de hombre que encajaba en la vida de mis sueños. Pero ahora las cosas son distintas, ¿o no? Lo conozco mucho mejor, y todo marcha muy bien entre nosotros.

Pero ¿de verdad pienso que podría construir una vida en Waldon que me haga feliz de verdad? Porque si no puedo, Kiara tiene razón, y no importa si John podría ser el indicado o no. No seré plenamente feliz y, por más que pueda ignorar esa sensación por un tiempo, voy a empezar a acumular resentimiento. Le echaré la culpa a él de mi infelicidad, aunque, como dice Kiara, no sea su deber hacerme feliz. Es mi deber construir una vida que me haga feliz. ¿Puedo hacerlo en Waldon, o no?

–Creo que sí –respondo al fin.

Kiara levanta una ceja.

–Más te vale estar segura –dice, y, por primera vez, detecto una pizca de actitud protectora de hermana mayor en su tono–. John quizá sea un poco idiota, pero es muy buena persona. Y le gustas de verdad.

Observo cómo los autos disminuyen la velocidad y entran en fila a boxes. Terminó la carrera, y no estoy segura de si el auto de John ganó o no. Me levanto y me alejo unos pasos de Kiara y Jake

mientras observo a John acercarse al auto. Tim se baja y se quita el casco, y se quedan charlando y riendo unos minutos. John se da cuenta de que lo estoy mirando y me saluda con la mano, y se me forma un nudo extraño en el estómago.

Miro de reojo a Kiara y pienso en nuestras salidas a tomar café y en que ya siento que es una de las mejores amigas que he tenido. Después pienso en Jim, que la semana pasada me dijo que era su ángel de la guarda cuando lo acompañé al cementerio a visitar la tumba de su esposa. Pienso en la visita guiada que le hice a un grupo de niños de la escuela del señor Peterson la semana pasada y en lo mucho que se divirtieron con la exhibición nueva, y en que Trey y yo estamos planeando organizar clases de verano para los niños.

Sí pienso que podría construir una buena vida aquí. De verdad. Pero hay una sensación molesta y perturbadora debajo de mi alegría, algo que no puedo identificar ni nombrar.

John viene hacia mí, todo guapo y feliz.

–¿La estás pasando bien?

–Muy bien –respondo con una sonrisa.

–Esto es más divertido que el museo de barriles.

–Ya quisieras –digo, resoplando indignada.

John se inclina y me roza los labios con los suyos. Me entrego al beso, tratando de quitarme de encima esa sensación extraña y molesta.

–Tengo que ver un par de cosas y después voy a ir al puesto de comida a comprar unos tacos –me informa–. ¿Quieres algo más?

–No –respondo, negando con la cabeza–. Gracias.

Pero mientras lo observo alejarse, su pregunta inofensiva queda dando vueltas en mi cabeza. Tengo un novio genial que me entiende, un trabajo de voluntaria que amo y un grupo de amigos que, con cada día que pasa, se siente más como una familia.

¿Quiero algo más?

CAPÍTULO 25

A lo largo de los días siguientes, el verano golpea la isla con fuerza. Todas las mañanas son increíblemente radiantes y cálidas, todos los pajaritos salen a cantar, y Kiara y yo reemplazamos el café caliente por café helado y empezamos a planear pícnics en la playa. Voy a invitar a Rose porque estoy convencida de que ella y Kiara se llevarían bien (y porque, en secreto, planeo convertir a todas mis familias pequeñitas de amigos en una sola).

Ya no falta nada para el evento del Día de Canadá, y John le ha estado dedicando tanto tiempo como yo. Todavía pasamos casi todas las noches juntos, y esa sensación molesta que tuve en la pista de carreras ya casi desapareció del todo. Ni siquiera sé qué fue. John es el novio perfecto. Por ejemplo, el otro día, vació una gaveta de su apartamento para que yo guarde mis cosas, como si nada. Y, cuando le comenté que estaba pensando quedarme en Waldon un tiempo más, se encogió de hombros como siempre y me dijo «estaría bueno», pero después lo vi sonriendo mientras preparaba el café. Me explota el corazón solo de recordarlo.

La verdad, creo que el tema es que no estoy acostumbrada a que las cosas sean tan fáciles. Recuerdo que mi novio de la universidad armó un escándalo cuando guardé un carrete de hilo dental en el

baño de su casa. Dijo que parecía que estaba tratando de mudarme con él.

(Por un hilo dental).

(Que no hubiera tenido que llevar yo misma, dicho sea de paso, si él hubiera comprado hilo dental alguna vez).

Así que sí, está claro que esa sensación molesta no tiene nada que ver con John. Y ya prácticamente desapareció.

El miércoles de la semana previa al evento del Día de Canadá, paso casi todo el día en el taller repasando mi lista de pendientes por enésima vez y tratando de ver si me falta algo. Puestos de artesanías, listo. Comida y bebida, listo. Entretenimiento, listo. Darle algo que hacer a Shelley para que se sienta importante, pero no demasiado para que no empiece a quejarse, listo.

A las cinco, me despido de John y Dave, que parece que todavía tienen para rato, y salgo al estacionamiento. De camino a casa, me suena el teléfono. Es la hija de la señora Finnamore, Debra.

Se me retuerce el estómago de los nervios.

–¿Hola? –digo con cautela.

–¿Emily? Habla Debra.

Uy. Parece enojada.

–Hola, Debra. ¿Cómo estás?

–No muy bien –responde, con un tono sarcástico desagradable–. Supongo que estarás al tanto de lo que pasó.

–No –digo, más nerviosa todavía.

Debra suelta un suspiro de fastidio.

–Mi mamá está en el hospital –dice. Cada palabra suena afilada, más como una acusación que como un simple comentario.

–¿Qué pasó? ¿Está bien? –pregunto, impactada.

–Se quebró la cadera –responde secamente–. Y el médico dijo que tenía la presión por las nubes. Claramente no estuvo tomando los remedios como corresponde.

–¡Pero los ha tomado bien! –balbuceo–. Te juro…

–Te tengo que dejar –me interrumpe con frialdad–. Espero el reembolso de lo que queda de este mes. –Otra vez suelta un ruido fastidiado–. Para que no pasara esto es que quería que tuviera atención adecuada.

Abro la boca para decir, no sé, algo, pero ya cortó la llamada. Me quedo helada con la boca abierta y el teléfono, con la pantalla apagada, en mi mano temblorosa.

¿La señora Finnamore se quebró la cadera?

Tengo que ir al hospital ya mismo.

Me subo al auto y conduzco, presa del pánico. Estoy repasando todas las veces que la vi la semana pasada. ¿Dejé algo en el suelo con lo que se pueda haber tropezado? ¿La vi tragar la medicación después de dársela? Se me viene a la cabeza la imagen de ella tomando las pastillas y después guardándoselas en el bolsillo cuando no estoy mirando. Dios, tendría que haber prestado más atención, tendría que haberle pedido que abriera la boca después de tragarlas.

El hospital del pueblo es pequeño, tiene solo dos pisos, pero igual me pierdo tres veces buscando la sala de urgencias. La sala de espera está repleta de gente y una multitud de ojos curiosos se clavan en mí cuando camino hacia la puerta y toco el timbre. Espero unos minutos y toco otra vez. Un instante después, una mujer joven de uniforme abre la puerta. Parece molesta.

–Saca un número y la enfermera de triaje te llamará cuando sea tu turno –me dice, señalando el cartel que indica lo mismo en letras

enormes.

–No, no –respondo deprisa antes de que cierre la puerta–. Estoy buscando a alguien que llegó más temprano. ¿Betty Finnamore?

La chica le habla por encima del hombro a otra persona que no llego a ver.

–¿Hay alguna Finnamore ingresada?

–¡Sala dos! –grita alguien.

–Sala dos –repite la chica, y abre la puerta apenas lo justo para dejarme pasar.

La verdad, no la culpo. Siento la mirada de todos los que están en la sala de espera, como si pudieran adivinar cuánto tiempo tendrán que esperar con solo echar un vistazo a través de las puertas.

Por el caos que hay aquí, imagino que van a esperar un buen rato. En mi breve caminata a la sala dos, veo a una mujer con un tajo enorme en la frente, a un niño chillando a grito pelado mientras una enfermera trata de ponerle una aguja, y a un cuarentón aterrador gritándole furioso a un médico.

Me meto deprisa a la sala dos y cierro la puerta, pero la escena que veo ahí no es menos escalofriante.

La señora Finnamore está acostada en una cama con una bolsa de suero conectada al brazo. Lleva puesta una bata de hospital liviana, está despeinada y se ve tan…

Vieja.

A ver, ya sé que es vieja. Tiene ochenta y ocho años. Pero en su casa, con el pelo arreglado y su ropa normal, dando vueltas de aquí para allá, es fácil olvidar la edad que tiene. Acostada aquí, parece increíblemente frágil. Si me mostraran una foto de ella como está ahora, diría que no debería vivir sola.

Dios, ¿qué he hecho?

Me le acerco con timidez.

–¿Señora Finnamore? –No hay respuesta. Trato de nuevo, un poco más fuerte–. ¿Señora Finnamore?

Todavía nada. Me acerco, nerviosa, y le toco el hombro. Ella se mueve y abre los ojos despacio. Tiene la mirada nublada. Me mira, pero creo que no me ve de verdad.

–¿Señora Finnamore, qué pasó?

No responde. Cierra los ojos otra vez y, en cuestión de segundos, está dormida.

Me alejo de la cama; tengo frío y un poco de náuseas. Miro alrededor y registro el suero aterrador, el olor horrible y astringente, el pitido frenético de una alarma que suena fuera de la habitación… Todo se fusiona en un único y horrible pensamiento. Debra tenía razón.

La señora Finnamore necesitaba una enfermera, no una recepcionista sin experiencia cuya única aptitud era llevarse bien con la gente mayor.

Se abre la puerta y entra un hombre alto de uniforme azul. Su identificación dice «Enfermero Ethan Edwards».

–¿Cómo está ella? –pregunto, preocupada.

–Todavía está bastante dopada por la medicación para el dolor –responde el hombre–. Pero la presión le mejoró bastante. ¿Eres familiar suya?

–No, soy… su vecina. –Estoy a punto de decir «cuidadora», pero me da miedo que me juzgue por hacer tan mal mi trabajo–. ¿No hay problema con que esté aquí? –pregunto.

–No, pero en un rato ya se va a ir.

–¿Se va a ir?

–El cirujano ortopédico más cercano está en Charlottetown. La ambulancia vendrá a buscarla en cualquier momento.

–¿Para qué necesita un cirujano?

–Hay que operarle la cadera.

–¿No le pueden poner un yeso y listo?

–No, con una fractura de cadera no se puede.

Miro a la señora Finnamore otra vez. ¿Y si no sobrevive a la cirugía? ¿Y si se muere por mi culpa?

–¿Estás bien? –me pregunta el enfermero, mirándome.

–Ah…, sí. Perdón.

–No pasa nada. –Se va de la habitación, pero vuelve unos segundos más tarde–. Acaba de llegar la ambulancia –anuncia–. Vamos a prepararla para que se vaya.

Me hago a un lado para no estorbar y, al poco tiempo, la habitación está que explota, con dos enfermeros y dos paramédicos. Me apoyo contra la pared para no molestar a nadie. Unos minutos después, ya aseguraron a la señora Finnamore a una camilla con ruedas y están maniobrando para sacarla de la habitación. Ella casi ni se mueve mientras la trasladan, más allá de soltar un gruñido de dolor.

–¿Vienes con nosotros? –me pregunta uno de los paramédicos de repente.

Lo miro, alarmada. ¿Debería ir con ella?

Dudo un momento y niego con la cabeza. La señora Finnamore necesita enfermeros y médicos, no a mí.

El paramédico asiente y después se la llevan. Doy medio paso hacia ellos, con la palabra «esperen» en la punta de la lengua. Pero

ya es tarde: ya cruzaron la puerta.

Vuelvo a recorrer los pasillos del hospital y salgo al estacionamiento aturdida, con mil pensamientos horribles en la cabeza. Tomo el teléfono, abro los contactos y busco hasta que encuentro el nombre que necesito.

John atiende al tercer timbrazo.

–Hola. –Y, cuando no contesto–: ¿Emily?

Se me llenan los ojos de lágrimas al escuchar su voz.

–Hola –respondo con voz ahogada.

–¿Está todo bien? –me pregunta, con tono serio.

Sacudo la cabeza y un torrente de lágrimas calientes me salpica las mejillas.

–No.

CAPÍTULO 26

–Esa Debra es una loca de mierda –dice Kiara.

Una sonrisa diminuta asoma por encima de mi taza de té.

–Sí, puede ser.

–¿«Puede ser»? –Kiara hace una mueca–. Su madre se cayó en la ducha. A menos que te hubieras estado bañando con ella, lo cual habría sido más preocupante que ser un poco descuidada, no habrías tenido forma de evitarlo.

–Sí, pero si hubiera tenido una cuidadora de verdad, de las que te ayudan a bañarte y esas cosas…

–Dijiste que ella no quería –me interrumpe Kiara.

Del otro lado de la mesa, su mamá, Carla, asiente.

–Ninguna de las cosas que me dijiste me hacen pensar que esta mujer tenga demencia ni algún problema que afecte sus capacidades.

Carla se levanta y va a la cocina, para luego volver con un paquete de galletas que nos ofrece a mí y Kiara.

Acepto una con un suspiro. La señora Finnamore se quebró la cadera hace dos días, y los padres de John me invitaron a cenar para levantarme el ánimo. Él y su papá están afuera, en el patio, jugando con los perros.

–Veo este tipo de cosas todo el tiempo en el hospital –continúa Carla, mirándome–. Los hijos no quieren que los padres sigan viviendo en la casa, así que nos piden que los retengamos en el hospital hasta que puedan ir a un hogar de ancianos–. Carla toma un sorbo de té–. Piensan que es una pésima decisión que sus padres se queden en casa y, a veces, tienen razón. Pero parece que no se dan cuenta de que la gente tiene derecho a tomar malas decisiones. No podemos obligarlos a tener una enfermera domiciliaria ni a ir a un hogar de ancianos en contra de su voluntad, a menos que se demuestre que no están aptos para tomar decisiones médicas. Y eso por lo general sucede en casos de demencia avanzada. Ser testaruda y caprichosa no cuenta.

–Ya lo sé –digo con pesar–. Pero me siento mal. Y Debra no me va a dejar ayudar más a su mamá.

–Te sorprenderías –responde Carla con un resoplido–. Si su madre no acepta cuidados domiciliarios, la única opción es que la misma Debra la cuide. Y por lo que me contaste de ella, no me imagino que eso vaya a pasar.

–Puede ser –concedo, suspirando otra vez.

–No te estreses tanto –me dice Kiara. Y después, mientras mastica una galleta, añade–: No veo la hora de que llegue el fin de semana. Hice unos collares preciosos con dijes de barril para vender. Y Cara va a preparar cosas ricas para el evento, ¿no?

–Así es –respondo, contenta de cambiar de tema–. Me dijo que va a hacer un montón de cosas con temática del Día de Canadá. *Cupcakes,* galletas y cosas así.

–Cocina muy bien –observa Kiara–. Me preparó un pastel increíble para mi cumpleaños el año pasado.

–¿Qué pastel? –pregunta John, entrando desde el patio. Su padre sigue afuera; lo escucho tratando de convencer al pastor alemán de entrar.

–El pastel de galletas y crema que preparó Cara el año pasado –responde Kiara.

–Ah, sí. –John asiente–. Estaba mortal.

Se sienta junto a mí y pasa el brazo sobre el respaldo de mi silla, y yo me acerco un poco. John se ha portado muy bien conmigo estos días. Llamó al hospital de Charlottetown para preguntar por la señora Finnamore cuando yo no pude hacerlo de los nervios y, en el trabajo, se asoma desde el garaje cada una o dos horas para ver cómo estoy. Kiara y Rose también son muy buenas y me escriben todo el tiempo para ver cómo me siento. Hasta Doris me ayudó a su manera. Cuando le conté lo que había pasado, resopló y dijo: «¡Buah! Yo me quebré las dos caderas y nadie andaba llorando por mí».

Cuando entra Laurent, el padre de John, el tema de conversación muta al viaje que él y Carla están planeando hacer este invierno. Mientras los escuchamos hablar, John acerca su silla unos centímetros a la mía. Carla me sirve otra taza de té y Laurent dice: «A ti te encantaría, Emily» cuando hablan de una ruta de senderismo en Escocia. El nudo que se alojó en mi pecho desde la caída de la señora Finnamore se va aflojando poco a poco, y me recuesto un poco más contra los brazos de John.

–John nos contó que estás buscando trabajo en museos de Charlottetown –comenta Carla al rato, mientras la ayudo a levantar los platos sucios.

–Ah, sí –digo con entusiasmo. Es parte de mi plan de quedarme en Waldon. Para ser feliz de verdad aquí, tengo que encontrar un trabajo que me apasione más–. Me encanta ser voluntaria en el museo, pero no me pagan nada. Y en la ciudad hay varios museos que están muy buenos.

Como el museo de Ana la de Tejas Verdes, por ejemplo. Me emocioné muchísimo cuando lo encontré, por más que, técnicamente, no tengan vacantes en este momento. Les mandé un correo igual para preguntar, pero todavía no me contestaron.

–Ojalá encuentres algo bueno –me dice Carla, apoyándome la mano en el hombro–. Sé que muchos jóvenes se quieren ir de la isla, pero –me mira con un brillo pícaro en la mirada– creo que a John le gustaría que te quedes.

Le sonrío con algo de timidez. Todavía me pongo un poquito nerviosa cuando estoy con ella y Laurent. De verdad quiero caerles bien. Solo porque es lindo caerles bien a los demás, obvio. No porque en secreto piense que algún día van a ser mis suegros.

–A mí también me gustaría –respondo, y es la verdad.

***

El día siguiente es sábado. Solo faltan dos días para el Día de Canadá. Técnicamente, mi turno en el museo recién empieza al mediodía, pero voy a eso de las diez porque todavía tengo muchas cosas que hacer; entre ellas, inflar como un millón de globos rojos y blancos. Me falta el aire solo de pensarlo.

Cuando llego al museo, hay una pequeña cola.

–Permiso –digo, esquivando a la gente–. No me estoy colando –añado deprisa cuando noto que un par de personas me miran mal–. Trabajo aquí.

–¿A qué hora abre la recepción? –me pregunta una mujer que sostiene a un niño a la cadera.

Frunzo el ceño.

–Ya tendría que estar…

Me interrumpo al llegar delante de todo. No hay nadie en el escritorio. Qué raro. Pensaba que Brenda tenía que venir esta mañana.

–Ya los ayudo –les digo a las personas que esperan–. Son cinco dólares por persona. Tres para niños menores de diez años.

Paso cinco o diez minutos respondiendo preguntas y repartiendo entradas hasta que el último visitante desaparece dentro del museo. Echo un vistazo afuera para asegurarme de que no esté por entrar nadie y después voy a la sala de descanso. No hay nadie, pero escucho la voz de Shelley saliendo de su oficina. Respiro despacio para calmarme, como hago siempre antes de hablar con ella, y me dirijo ahí.

La puerta de la oficina está abierta. Shelley tiene el teléfono contra la oreja y se está riendo fuerte de algo. No sé por qué, pero su risa es casi más desagradable que su habitual ceño fruncido. No escucho lo que dice la otra persona, pero me da la sensación de que es un comentario malintencionado.

Al verme parada en la puerta, Shelley frunce el ceño. Me doy vuelta para marcharme, pero, con un ademán, me indica que me quede.

–Me tengo que ir –le dice a la persona con la que está hablando–. Hablamos después.

–¿Cómo estás? –le pregunto, obligándome a sonreír.

–Muy bien –responde.

Y, puaj, hasta su manera de decirlo es irritante. Medio condescendiente, como: «Obvio que estoy muy bien. Mi vida es mucho mejor que la tuya».

(Está bien, puede ser que Shelley me caiga mal en serio).

–¿Brenda está enferma? –pregunto–. No hay nadie en la recepción.

–Ay, no –dice ella–. De eso quería hablarte. Estuve hablando con la junta de la sociedad histórica, y piensan que ya es hora de que tengamos un equipo de trabajo fijo. Sobre todo ahora que está habiendo tanto movimiento.

Frunzo el ceño. ¿Un equipo de trabajo fijo? ¿Qué quiere decir eso?

–Contratamos a dos personas para trabajar en la recepción el resto del verano –continúa Shelley–. Dos universitarias muy inteligentes que quieren trabajos de medio tiempo.

–Ah. –Trato de pensar en algo que decir–. Qué bueno –digo, por fin.

Y es bueno, de verdad. Está bien que haya empleados fijos y pagos. Y es el trabajo perfecto para estudiantes universitarios, ya que el verano es la época más ajetreada en el museo.

Pero… desearía que me hubieran tenido en cuenta. No es que me moleste ser voluntaria, pero me habría gustado que me empezaran a pagar un poco por mi trabajo.

–Así que ya no necesitamos voluntarias –concluye Shelley.

El corazón me late de un modo horrible.

–Ah, a mí no me molesta seguir –respondo rápidamente–. Me gusta trabajar aquí. Quizá podría… ocuparme de los eventos y las visitas guiadas.

Eso no estaría tan mal, la verdad. Es lo que más me gusta del trabajo.

–Ay, las chicas pueden ocuparse de eso –dice Shelley–. Gracias igual.

Me quedo mirándola por un par de segundos insufribles. ¿Está diciendo que…? ¿Me está despidiendo?

–Puedo ayudar con otras cosas –insisto con un hilo de voz–. Lo que necesiten,

–Ay, no –responde Shelley–. No hace falta. Gracias igual –repite otra vez esa frase estúpida y condescendiente–. Todavía eres bienvenida en nuestro evento del Día de Canadá, claro –añade–. Va a ser maravilloso.

La miro boquiabierta. ¿Todavía soy bienvenida? Lo dice como si fuera su evento. Como si tuviera que sentirme afortunada por recibir una invitación.

De pronto, me dan ganas de ponerme a llorar. Es *mi* evento. ¡Le puse muchísimo esfuerzo!

Abro la boca para protestar, pero, antes de que pueda decir algo, una chica bonita de veintipocos pasa a mi lado y entra a la habitación. Tiene dos tazas de café en las manos.

–¿Voy a vender entradas o algo? –pregunta, dándole una de las tazas a Shelley.

–Gracias, cielo. Primero siéntate un minuto. Tenemos que hablar de la fiesta por el Día de Canadá.

¿Cielo? ¿Y esta quién es, su hija?

La chica en cuestión me mira con curiosidad.

–¿Tú también trabajas aquí?

–Era voluntaria aquí –responde Shelley antes de que yo pueda decir algo–. Nos ayudó a planear el evento del Día de Canadá.

¿Ayudó? ¿Ayudó? ¡Yo planeé todo! Junto con Trey y Kiara, claro.

–Qué bien –dice la chica.

–¿Son parientes? –pregunto y, no sé cómo, me las arreglo para evitar que la voz me tiemble de ira.

–Sí –responde la chica con tranquilidad–. Shelley es mi mamá. Mamá barra jefa, ahora –añade, y sonríe de oreja a oreja.

Le clavo la mirada a Shelley, sin poder creerlo, pero ella no se muestra ni un poquito avergonzada.

–Cierra la puerta cuando salgas, ¿sí? –me pide–. ¡Tenemos mucho trabajo por delante! –le dice a su hija en un tono jovial y alegre que me da ganas de abofetearla.

Aprieto los puños. No puedo dejar que me despida. Tengo que defenderme.

–Esto no me parece justo –suelto.

–Por favor, Emily –me dice Shelley, arqueando una ceja–. No seas grosera.

Hay un dejo de rencor en sus palabras. Grosera. Eso es lo que le dije en el evento Arriba el Barril.

Por eso está haciendo esto. Seguro lo viene planeando desde entonces. Solo necesitaba que yo organizara todo el evento del Día de Canadá por ella antes de echarme.

–No puedes…

–La puerta, por favor –me interrumpe–. Gracias.

Su hija nos mira a ambas sin entender, y Shelley me dedica una sonrisa arrogante.

Con manos temblorosas, me doy media vuelta y salgo hecha una furia, dejando la puerta abierta de par en par. Que la cierre ella, carajo.

Mi furia me lleva hasta el estacionamiento y arriba de mi auto, y luego se desvanece en un gran y doloroso suspiro. Me quedo mirando el volante un momento, procesando lo que acaba de pasar.

Y después rompo en llanto.

CAPÍTULO 27

El Día de Canadá a las once de la mañana, me despierta el aroma de café recién hecho. Miro a mi alrededor en la oscuridad, desorientada, hasta que recuerdo que anoche me quedé a dormir en casa de John. Después recuerdo qué día es y suelto un suspiro largo y sentido.

Me obligo a levantarme de la cama, me pongo una sudadera de John y voy a la cocina. John está sentado en el sofá de la sala de estar, tomando un café y mirando una carrera de motocicletas en la tele.

–Ay, ¿esto es Fórmula Uno? –pregunto.

Él me clava la mirada, indignado, hasta que me ve la cara y se da cuenta de que estoy bromeando.

–Qué graciosa –dice.

–Muy. –Tomo mi taza de café y me siento junto a él en el sofá–. ¿Cómo dormiste?

–Bien, ¿y tú?

–Bien. Me decepciona un poco que haya salido el sol. Esperaba que el karma castigara a Shelley con una tormenta de nieve inesperada en pleno verano.

–¿Estás segura de que quieres ir?

–No –respondo–. Pero tendríamos que ir a apoyar a Kiara.

La hermana de John estaba decidida a retirarse del evento y a decirles a todos sus amigos artesanos que hicieran lo mismo, pero la convencí de que no lo hiciera. Quiero que el evento salga bien, por más que Shelley se lleve todo el crédito.

(Bueno, tal vez un noventa por ciento de mí quiere que el evento salga bien. El otro diez por ciento quiere que sea un desastre absoluto que termine con Shelley despedida y la sociedad histórica rogándome que ocupe su lugar).

–¿Primero jugamos a Wordle? –me pregunta John.

–Sí. Voy a empezar con PERRA. Como en: Shelley es la peor perra que…

–No creo que se puedan usar insultos en Wordle.

Demasiado tarde: ya la escribí. Me desternillo de risa cuando empiezan a aparecer las letras.

–¡Ja! Sí que se puede –digo, triunfante, y le muestro mi teléfono.

–Sí, pero solo porque «perra» también significa otra cosa –repone John–. No creo que te deje usar algo como, no sé, PUTAS.

–¿Apostamos? –pregunto, sacudiendo el teléfono frente a él.

–Cinco dólares –responde, extendiéndome la mano.

Nos damos un apretón de manos. Dos segundos después, él está buscando un billete de cinco dólares en su billetera mientras yo me río como una niña.

–No puedo creer que haya funcionado –dice John.

–No puedo creer que hayas dudado de mí.

–A este paso, vas a perder tu racha.

Rayos. Tiene razón. Ni PERRA ni PUTAS me dieron ninguna letra que sirva. (Y seguro que es la primera vez en la historia que alguien

dice esa frase).

–Bueno, bueno –digo–. Basta de malas palabras. –Pienso un momento, tamborileando los dedos contra mi mentón, y después pregunto–: ¿Se te ocurre una palabra de cinco letras que quiera decir imbécil incompetente y condescendiente?

***

Para mi alivio y gran fastidio, el evento del Día de Canadá es todo un éxito. El tiempo está ideal, soleado pero no caluroso, la comida está deliciosa y la música que toca George, el amigo de John, es perfecta, algo anticuada y *folk*, pero sin ser cursi. Me como un perro caliente y dos (está bien, cuatro) *cupcakes* decorados con glaseado rojo y blanco y trato de no enojarme demasiado cuando escucho a las señoras de la sociedad histórica felicitando a Shelley por el evento.

Mientras John charla con Jake, el esposo de Kiara, entro al museo a saludar a Trey. El interior del museo está oscuro y fresco y pestañeo varios segundos en la entrada, esperando a que mis ojos se adapten a la luz.

Hay algunas personas dando vueltas, mirando las exhibiciones. Trey está trabajando en su estación, pero deja las herramientas no bien me ve entrar. Los niños que lo están mirando protestan, decepcionados.

–Un descanso para hacer pis –anuncia, y los niños ríen. Con un gesto, me indica que lo siga a la sala de descanso y después me mira serio, algo inusual en él–. Kiara me contó lo que pasó –dice–. ¿Por qué no me lo dijiste?

–No pasa nada –respondo, encogiéndome de hombros.

–Sí que pasa –dice con firmeza–. Shelley se pasó de la raya. Estoy a nada de ir a hablar con la sociedad histórica.

–No hagas eso –respondo deprisa–. No quiero que te despida a ti también.

–Como si pudiera –replica Trey con el ceño fruncido.

No obstante, nos quedamos callados un momento. Sin duda podría. Shelley es la que tiene todo el poder en este reino diminuto.

–En serio, no te preocupes –insisto–. De todas formas, seguro es lo mejor. Estoy muy ocupada en el taller, y estuve buscando trabajo en otros museos… Además, estoy pensando en convertir mi trabajo de cuidadora en un negocio de verdad.

Estoy inventando cosas al azar para tratar de parecer menos patética, pero cuando me escucho decirlo, no me parece mala idea.

¿Debería tratar de convertirlo en un negocio de verdad?

–¿Y la pasantía a la que te postulaste? –me pregunta Trey–. ¿Y lo de estudiar museología?

–Nunca me respondieron –confieso, sonrojándome–. Hay mucha competencia hoy en día…, y ni que yo tuviera mucha experiencia.

–Trabajaste aquí –dice Trey.

–Sí, un mes –respondo, y me las arreglo para sonreír. Miro por encima de su hombro. Parece que los niños que están esperándolo se están empezando a impacientar–. Escucha, no te preocupes por mí. –De algún modo, consigo darles un tono alegre a mis palabras–. Estoy bien, y no pienses que te vas a librar de mí. Igual voy a pasar a molestarte cada tanto.

–Bueno, si estás segura –dice Trey, dubitativo–. Pero tú dime y voy derecho a hablar con la sociedad. O mejor todavía, le digo a

Shelley todo lo que pienso de ella en la cara.

–Gracias, Trey.

Sin más, vuelve a su estación de trabajo y lo reciben los gritos y vítores de los niños que esperan. Doy una vuelta por el museo, caminando despacio. Me siento muy ajena al clima alegre y festivo que me rodea.

Escucho a una mujer preguntar cuántos años tiene el museo y me muerdo la lengua para no responder. Ya no trabajo más aquí. No me corresponde meterme.

Ya sé que estoy siendo un poco dramática. Como le dije a Trey, solo trabajé aquí un tiempo. Y no es que fuera el trabajo de mis sueños (no es en una gran ciudad y el sueldo era exactamente cien mil dólares menos de cien mil), pero de verdad sentía que este era mi lugar. Que podía marcar la diferencia.

Se me escapa una risa ahogada al pensar en mi postulación a la pasantía en el Met. Debo haber estado alucinando cuando hice eso. Ni siquiera puedo ser voluntaria en el museo más chiquito del pueblo más chiquito de la provincia más chiquita del país. ¿Cómo diablos me van a elegir para una pasantía en un lugar como el Met?

Luchando contra una creciente ola de angustia, vuelvo a salir y busco a John. Él me estudia el rostro y después me da la mano.

–¿Vamos? –me pregunta.

Asiento y parpadeo para contener las lágrimas.

–Vamos.

Volvemos caminando a su apartamento en silencio, sin soltarnos la mano. El sonido de la fiesta se va acallando detrás de nosotros, hasta que lo único que se escucha es el gorjeo de los pájaros y el murmullo distante del océano. John me propone que pasemos a

comprar una pizza de camino a casa, y me obligo a sonreír y asentir aunque no tengo hambre para nada.

Él entra a la tienda a hacer el pedido y yo me quedo sentada afuera en una banca, mirando a una paloma que picotea un trozo de pizza que descartó alguien. A los diez o quince minutos, John sale con una caja en la mano.

–Arriba ese ánimo –me dice, dándome la mano–. Pronto van a mejorar las cosas.

–Supongo –respondo, asintiendo.

John chasquea la lengua y me sacude la mano para adelante y para atrás.

–Va a ser así. ¿Quién sabe? Quizá te llamen de un museo en Charlottetown esta semana.

–Quizá –respondo, poco convencida.

–Además estuviste muy ocupada últimamente –añade–. Quizá te venga bien descansar un poco.

Lo miro, dubitativa. Ahí está otra vez, esa sensación extraña y molesta.

–No quiero descansar. Quiero un trabajo que me apasione.

–Y lo vas a encontrar –dice John–. Quizá no sea mañana, pero ya va a llegar. Vas a encontrar algo que te apasione.

–Como te pasa a ti con tu trabajo.

Mis palabras tienen un dejo sarcástico. Me quedo esperando a que John me diga algo. Es más, quiero que lo haga. Pero solo se encoge de hombros.

–Exactamente.

Me quedo callada, con los dedos un poco tensos alrededor de los suyos. Aunque él habla con tono despreocupado, siento que se

avecina una pelea. Sobrevuela entre nosotros, densa y desagradable.

«No amas de verdad tu trabajo», podría decirle. «Estás harto de cambiar parabrisas y llantas, y tienes que encontrar la forma de hacerles lugar a todos los autos de carreras que realmente quieres arreglar en medio del trabajo aburrido que aprueba Fred».

«Yo estoy feliz donde estoy», podría responder él. «No me vengas con esa actitud soberbia otra vez».

Una punzada intensa de dolor. «No soy soberbia. Solo quiero hacer algo que ame».

Un suspiro frío, enojado. «Entonces quizá no tendrías que estar saliendo con un simple mecánico».

Sacudo la cabeza con brusquedad para ahuyentar las palabras. No hay forma de que ninguno de los dos gane esa discusión. ¿Y por qué estoy tratando de pelear con John? ¿Qué hizo toda la semana, excepto ser increíblemente contenedor, bueno y comprensivo?

Suelto un suspiro profundo.

–Perdón. Estoy de pésimo humor.

–No pasa nada –me dice, relajando los hombros–. Tuviste una semana difícil.

–Sí, no fue la mejor semana de mi vida.

John me da un golpecito con nuestras manos entrelazadas.

–¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

–Nada –respondo, sonriendo apenas.

–¿Estás segura? –me pregunta, levantando las cejas–. Porque estoy dispuesto a rajarle los neumáticos a Shelley. O si no podríamos pedirle a Jim que llame a la grúa para que remolquen su auto del

estacionamiento. Es el guardia de seguridad, tiene la autoridad para hacerlo.

Se me empieza a dibujar una sonrisa.

–Ni se te ocurra decírselo. La odia tanto que seguro lo haría.

–¿Él también la odia?

–Dice que no tiene «mucho trato con ella». En el idioma de Jim, eso equivale a decir que es una mierda.

–Qué bien –dice John, riendo. Me da otro golpecito, y esta vez, me le acerco.

–Voy a estar bien –le aseguro, un poco más sinceramente–. Solo necesito deprimirme un poco más, y después superarlo.

–Bueno, tú me avisas –dice John, soltándome la mano para abrir la puerta de su apartamento–. Si quieres que le raje los neumáticos a Shelley, cuentas conmigo. O si quieres hacer algún juego de rol de esa película vieja que te encanta, Ana no sé qué…

–¡Ana la de Tejas Verdes! –exclamo–. No finjas que no sabes el nombre. Y no podemos hacer un juego de rol con Ana y Gilbert –añado, indignada–. Ellos nunca tuvieron sexo.

–Pero ¿no me dijiste que tienen hijos en los otros libros? Lamento tener que decirte esto, pero eso significa que tuvieron sexo.

–Blasfemias. En la película, ni siquiera se besan. La peli termina con él acomodándole un mechón de pelo detrás de la oreja, y después se alejan caminando con un caballo.

–Bueno, podemos recrear esa escena. Tú te recoges el pelo y yo busco un caballo.

Me río y siento que los últimos vestigios de tensión abandonan mi cuerpo.

–Trato hecho.

CAPÍTULO 28

A la mañana siguiente, la primera palabra que uso en Wordle es VALOR. Como en: hoy decidí armarme de valor.

Antes de ir a trabajar, voy al hospital del pueblo a visitar a la señora Finnamore. La trasladaron de vuelta desde Charlottetown para que haga un poco más de rehabilitación antes de volver a su casa, y me daba mucho miedo visitarla. Pero, como dije, hoy decidí ser valiente.

Compro una tarjeta y unas flores en la tienda de regalos del hospital y subo al segundo piso con el corazón en la garganta. Se me vienen a la cabeza imágenes de la señora Finnamore gruñendo en la camilla de la ambulancia.

Para mi alivio, cuando entro a su habitación, la encuentro sentada en una silla junto a la ventana, regañando con tono mandón a la pobre señora de la otra cama.

–Si sigues malcriando así a tu nieto, cuando sea grande va a ser un… ¡Emily! –se interrumpe al verme en la puerta.

–Hola, señora Finnamore. ¿Puedo pasar?

–Claro, querida. Ven, siéntate. –Con un gesto, me indica que me siente en su cama–. Ella es la chica que me cuida –le dice a la otra

señora en voz alta–. Tú tendrías que pensar en conseguirte una, Bertha. Cada día estás más vieja.

La mujer, Bertha, hace un gesto como quitándole importancia.

–Tú preocúpate por tus problemas, y yo me preocupo por los míos.

Reprimo una sonrisa al ver la expresión ofendida de la señora Finnamore.

–¿Cómo está? –le pregunto para distraerla.

–Ay, estoy bien –responde con tono despreocupado. Y, la verdad, se la ve bastante bien. Quizá está un poco más pálida que antes, pero tiene puesta su ropa en lugar de la bata del hospital, y tiene abierto un libro de crucigramas en la mesita frente a ella.

–¿Le duele mucho la cadera?

–Para nada –dice–. Los enfermeros me lo preguntan mil veces por día, y siempre les digo que no me duele. Cuando me da dolor, me tomo un paracetamol y listo. No me interesa consumir drogas ilegales.

–No creo que usen drogas ilegales en el hospital.

–Barberie me dijo… ¿Recuerdas a Barberie, de mi club de canasta? Bueno, me dijo que su sobrino le robó todos los analgésicos después de que le operaron la rodilla y los vendió en las calles de Charlottetown. No pienso dejar que los médicos me manden a casa con ninguna de esas cosas, ni loca. Ya bastantes remedios tomo.

–Hablando de remedios… –dice una voz alegre en la puerta. Me doy vuelta y veo a una enfermera de unos cincuenta años en uniforme, con un vasito con pastillas–. Es hora de tomar la medicación matutina.

–Dios mío –protesta la señora Finnamore–. Mira todo esto. –Me muestra las pastillas–. Me dan el doble de remedios desde que estoy aquí.

–Creo que es la misma cantidad que antes –respondo, dubitativa.

–¿Eres pariente suya? –me pregunta la enfermera.

–Ella es la cuidadora de la que te hablé –dice la señora Finnamore–. Emily.

La enfermera me mira con interés.

–¿Trabajas para VON?

Reconozco el nombre: esas son las enfermeras a domicilio de verdad, las que pueden dar inyecciones, extraer sangre y esas cosas.

–No, no –respondo rápidamente–. No soy enfermera. Solo ayudo a la gente a lavar la ropa, hacer las compras y esas cosas.

–Bueno, nos vendría bien que más personas hicieran eso –dice la enfermera–. Las listas de espera para cuidados domiciliarios son tremendas.

Me late rápido el corazón de los nervios. Trago saliva y le digo:

–De hecho, tengo tiempo para un par de clientes más. Digo, si llega a haber un paciente que necesite un poco de ayuda…

–Tendrías que pasarle tu número a Jane, la coordinadora de cuidados. Creo que tiene una lista de prestadores particulares.

El corazón me late fuerte, triunfal.

–Genial –respondo, tratando de no parecer demasiado contenta–. ¡Gracias!

La enfermera sonríe y nos deja solas. Me quedo sentada con la señora Finnamore quince minutos más antes de decirle que tengo que ir a trabajar.

–No tomes demasiados clientes nuevos mientras estoy aquí –me dice–. Voy a necesitar ayuda cuando vuelva a casa.

–Pero ¿piensa que Debra igual querrá que la ayude? O sea, quizá necesite una enfermera profesional mientras se recupera.

–Ay, no digas tonterías –me regaña–. El fisioterapeuta ya me dijo que va a venir a domicilio cuando me den el alta, y es lo único que necesito para la cadera. No quiero desconocidos entrando y saliendo de mi casa.

–Me pareció que Debra estaba bastante molesta por lo de su caída –digo con cautela.

–Debra siempre está molesta por algo –responde la señora Finnamore–. Es mi hija –le explica a su compañera de habitación–. Vive en el oeste. Era muy inteligente, pero su padre la malcrió demasiado. –Vuelve a mirarme–. Entonces, mañana me vienes a visitar otra vez.

–Por supuesto –digo, sonriendo–. Y podemos hablar un poco más de la atención domiciliaria que necesita.

La señora Finnamore hace de cuenta que no me escucha.

–Bueno, adiós.

Riendo entre dientes, vuelvo a la enfermería. La recepcionista me dice que Jane está ocupada con una familia, pero anota mi número de teléfono y mis datos y promete pasárselos. Me pone un poco nerviosa pensar en que mi nombre figure en una lista oficial de cuidadores particulares del hospital, pero después recuerdo que Jim me dijo que era su ángel de la guarda y levanto el mentón, orgullosa.

Paso el resto del día trabajando en el taller, y en los ratos muertos me pongo a buscar en internet cosas como «cómo empezar tu

propio negocio» y «cuánto se puede cobrar por servicios de cuidado a domicilio sin ser una basura codiciosa». Cuando termina mi horario, le doy un beso a John y vuelvo a casa. Después de cenar, apoyo el celular sobre la mesa y me quedo mirándolo un par de minutos. John se ofreció a hacerme compañía para esto, pero siento que es algo que tengo que enfrentar yo sola.

Respiro profundo y marco el número de Debra.

Suena cinco veces y, en secreto, espero que no atienda. Pero…

–¿Hola?

Dios, había olvidado la voz de mala que tiene.

–Hola. –Me tiembla un poco la voz. Carraspeo y lo intento de nuevo–. Hola, Debra. Soy Emily.

–Emily, hola –responde, con tono amenazador.

–Hola –repito. Me armo de valor y suelto el discurso que preparé–. Te llamo porque tu madre me dijo que en unas semanas le van a dar el alta del hospital, y quiere que vuelva a trabajar para ella.

–Ah, así que eso quiere, ¿eh? –responde Debra, resoplando con frialdad.

–Sí. La pone nerviosa la idea de arreglárselas sola cuando vuelva a su casa. –Eso es una mentirita (lo que dijo en verdad fue que si los médicos no la dejaban irse pronto, iba a denunciarlos), pero creo que no le molestaría que lo diga.

–¿Y tú la vas a ayudar? –me pregunta Debra con sarcasmo.

Casi me acobardo ante su tono, pero, al instante, me lamo los labios y digo:

–Sí.

–Ni siquiera tendría que volver a casa. Es ridículo que los médicos le permitan irse.

–Ella dice que están muy contentos con su recuperación desde la cirugía.

–Sí, obvio que ella dice eso.

Me aprieto dos dedos contra la sien y me muerdo la lengua para no responder. No quiero terminar peleando con ella.

–Ella quiere que vuelva y haga las mismas cosas que hacía antes –respondo en lugar de discutir–, pero yo quisiera agregar media hora día por medio para estar ahí cuando se baña. No digo para estar con ella en el baño, sino para estar cerca y asegurarme de que no se resbale y para ayudarla si lo necesita.

–Hace falta mucho más que eso si piensa que se va a quedar en la casa mucho tiempo más –replica Debra–. Tiene que deshacerse de esa bañadera de porquería. El borde está como a un metro de altura. Seguro por eso se cayó… –La dejo despotricar un rato más, y espero a que se canse–. Supongo que ahora querrás más dinero, ¿no? –me pregunta con brusquedad.

Estoy a punto de decir que no para no pelear, pero después aprieto los dientes y respondo:

–Sí. Media hora día por medio.

Aunque no veo a Debra, me la imagino con los labios apretados en una mueca desagradable. Se hace un silencio largo y glacial, y después dice:

–Voy a tener que hablarlo con mi esposo.

Por lo bajo, dejo escapar un suspiro de alivio. Gané. Sé que gané.

–Por supuesto –respondo educadamente–. Te puedo llamar más cerca de la fecha del alta.

–Más vale que no le den el alta la semana que viene –dice Debra–. Jamás escuché que a una mujer de su edad la manden a

casa después de semejante cirugía. Les dije que hay que mandarla a un hogar, pero ella los tiene a todos engatusados…

Sigue con su perorata uno o dos minutos más, luego resopla fuerte y dice: «Me tengo que ir», como si yo la estuviera reteniendo. Cuando corta la llamada, apoyo la frente sobre la mesa de la cocina.

Esa mujer me deja agotada.

Aun así, sé que va a ceder. La señora Finnamore me contó que cuando Debra estuvo aquí, uno de los médicos le preguntó si alguna vez había pensado en mudarse al oeste para vivir con su hija.

–¡Hubieras visto la cara que puso! –exclamó la señora Finnamore, riendo–. Debra preferiría comer vidrio antes que dejar que me mude con ella. Ni que yo quisiera, claro. Tiene tres de esos perros insoportables que ladran todo el día, te muerden los tobillos y llenan de pelos el sillón. –Se estremeció–. Antes que eso, prefiero vivir en un hogar.

Pero bueno, si las listas de espera para acceder a atención domiciliaria pública son tan largas como dijo la enfermera, Debra no tiene muchas más opciones. Además, la señora Finnamore armaría un escándalo si su hija tratara de meter a un desconocido en su casa.

Me reclino en la silla, sonriente. Estoy bastante orgullosa de cómo manejé la situación. Me puse bastante nerviosa, pero logré hacerlo.

Bebo un sorbo de refresco a modo de festejo, tomo el celular otra vez y llamo a John para contarle.

CAPÍTULO 29

Un par de días después, me despierto con el canto de los pájaros en la ventana del dormitorio de John y el gluglú bajito de la pecera al otro lado de la habitación. Pez Uno y Pez Dos están nadando apaciblemente, y Pez Tres está escondido (¿o escondida?) en su lugar favorito, bajo las rocas.

–¿Pez Tres es nena o nene? –le pregunto a John cuando sale del baño.

–¿Cuál era Pez Tres?

–El gris brillante.

–El *Geophagus* –dice John.

–El geógrafo.

–*Geophagus.*

–Geólogo.

–Me voy a servir un café.

–¡Sírveme uno a mí también, porfa! –le grito.

Voy a gatas hasta el borde de la cama y me quedo mirando a Pez Tres.

–No lo dejes maltratarte –le susurro–. Tú no eres un genealogista. Eres un pececito muy bueno.

–Estás un poco loca, ¿puede ser? –me pregunta John, reapareciendo con dos tazas de café.

–Un poquito. Pero amas mi locura.

–Sí, sí –responde él, poniendo los ojos en blanco.

Se le sonrojan un poco las orejas, y disimulo una sonrisa. Tengo la ligera, ligerísima sospecha de que John y yo estamos por decirnos «te amo». Últimamente, me mira de una manera especial, con una ternura que dibuja líneas finas alrededor de sus ojos y me hace acelerar el corazón. Seguro todavía faltan un par de semanas, pero sin dudas, nos estamos acercando a ese paso. Pensar en eso me llena de una sensación placentera y un poco vertiginosa, como si hubiera tomado mucho café en muy poco tiempo.

–¿Wordle? –pregunto.

–Wordle. –Me acurruco junto a él y tomo un trago de café–. ¿Primera palabra? –me pregunta.

–ADORA –digo, porque es divertido darnos un empujoncito para acercarnos a ese momento–. Como en: John adora que Emily esté tan loca. –La escribo–. Mierda. Están todas mal. Ojalá no sea una señal.

–¿Una señal de qué?

–¡Una señal de que Wordle piensa que no deberíamos estar juntos!

–Ya hablamos de esto –dice John–. Las respuestas de Wordle no tienen oculto un significado secreto sobre tu vida.

–¿Y la vez que la respuesta era DOLOR y me golpeé el codo dos segundos después de adivinarla?

–Te golpeaste el codo porque estabas girando en la silla como una tonta.

–¿Y la vez que salió FALDA y yo tenía puesta una falda?

–Bueno –dice John–, mejor hagamos silencio.

Suelto una risita y me concentro en mi celular. ADORA estaba toda mal. Tengo que descartar un par de letras más y descubrir qué vocales tiene la palabra.

BUCLE, escribo. Si es esa, hoy mismo me cambio el peinado, sin dudarlo.

Diablos. Solo la E está bien.

Estudio las letras, muy concentrada, y escribo un par de palabras más. Salen más letras correctas. Una V, una J...

¡Ajá! Es ¡VEJEZ!

Claramente es una señal de que John y yo vamos a estar juntos hasta que seamos viejos. Se lo voy a decir cuando termine de jugar, solo para fastidiarlo.

Mientras espero a que él termine, abro mi casilla de correo. Un extracto bancario, un par de correos de tiendas donde compré cosas hace mil años y de las que nunca me di de baja…

Me quedo helada. Hay un correo con el asunto «Su admisión a la NYU». Y, debajo, otro del Museo Metropolitano de Arte, con el asunto «Re: Postulación a pasantía».

Dios mío.

Dios mío, Dios mío, Dios mío.

Dejo el teléfono antes de mirar sin querer la vista previa de los correos. No puedo hacer esto ahora. No puedo enfrentar el rechazo. Ya bastante malo habría sido que me llegara un solo correo, pero ¿los dos? ¿Acaso la NYU y el Met se pusieron de acuerdo o algo así?

–¿La adivinaste? –pregunta John–. ¿Se repite alguna letra?

–¿Si qué? Ah, no. Digo, sí. Hay una que se repite.

–Estás rara –me dice, mirándome.

–Gracias.

–No, me refiero a que tienes cara rara.

–¿Sí? –pregunto con un hilo de voz.

–Em –me dice, frunciendo el ceño.

Mierda.

Le tengo que contar.

Tomo un sorbo de café, nerviosa.

–Es que… recibí un correo. Dos correos.

–¿Sobre qué? –pregunta, dejando a un lado su teléfono.

–¿Viste que estuve tratando de ver qué quiero hacer de mi vida? ¿Lo del trabajo de mis sueños y todo eso? –John asiente lentamente. Trago saliva–. Bueno, hace un tiempo me postulé a la Universidad de Nueva York, antes de que nosotros empezáramos a salir. Y también me postulé a un programa de pasantías en el Museo Metropolitano de Arte.

Dios. Qué serio que está.

–¿Y?

–Y… no sé. Acaban de responderme.

–¿Quedaste seleccionada?

–No sé. Todavía no los leí.

–Si quedaste, ¿vas a ir? –me pregunta, clavándome la mirada.

–No sé –repito. La voz me sale aguda y rara–. Seguro me rechazaron. Es imposible que mis calificaciones sean tan buenas como para entrar en la NYU, y seguro que miles de personas se postularon a lo del Met…

–Pero si quedaste, ¿vas a ir? –repite.

–¿No tendría que leerlos primero? Si no quedé, eso no importa –digo, tratando de sonreír.

John se queda mirándome un momento que dura una eternidad.

–A mí sí me importa.

Mierda. Desvío la mirada y me pongo a juguetear con el asa de mi taza. Quisiera decirle: «¡No, claro que no!». Sé que es lo que él quiere escuchar. Pero… ¿y si quedé? Lo de la pasantía en el Met es bastante improbable, pero no es del todo imposible que haya quedado en la NYU. Y si quedé… ¿voy a ir?

–Creo… Creo que sí –digo con la voz entrecortada–. Sí.

Se hace un silencio denso, y John deja escapar un breve suspiro cargado de incredulidad.

–¿De verdad?

–Bueno, sí –respondo, y en mi voz se cuela un tono defensivo–. Sería una gran oportunidad…

–Una gran oportunidad.

–¡Claro! Sabes que siempre quise vivir en una ciudad, hacer algo importante…

John apoya la taza sobre la mesa.

–Y yo que pensaba que habías decidido quedarte aquí.

–Es… Esto es una estupidez –balbuceo–. No tiene sentido discutir por esto antes de leerlos…

–¿Es broma? Claro que tiene sentido.

–Si no quedé…

–¿Qué? ¿Te vas a resignar a quedarte conmigo? –John suelta una risa seca, sin atisbos de humor–. Es un plan B aceptable, ¿no?

–Yo no… ¡Yo no dije eso! –Me levanto de la cama.

–Sí lo dijiste –replica él–. Si quedaste, vas a ir.

–¿Y qué tiene de malo? –exijo saber, envalentonada por la furia–. ¿No quieres que sea feliz? ¿No quieres que encuentre un trabajo que me apasione? ¿Que me importe?

–Claro que sí –responde, con un suspiro de impaciencia–. Pero eso lo puedes hacer aquí. Te conozco, Emily. Te gusta vivir en Waldon. Eres feliz aquí. Solo que sigues convencida de que eres demasiado para este lugar, o de que hay otra vida mejor y más importante en algún lugar…

–Bueno, ¡quizá sea cierto! –replico, señalando el celular.

–Entonces, ¿vas a tirar a la basura toda tu vida aquí por la posibilidad de encontrar algo mejor? –John se levanta y se aleja de mí, enojado, y se pasa la mano por la cara–. La puta madre. Ya sé que últimamente viene siendo difícil, entre la señora que se quebró la cadera y lo del museo…

–Sí, viene siendo difícil.

–… pero pensé que habías decidido apostar por tu trabajo de cuidadora. ¿O eso también era un plan B de medio pelo?

–Eso… No. No es así. –Levanto las manos, frustrada–. ¿Por qué me la complicas tanto? Esto no significa que tengamos que separarnos. Podríamos tener una relación a larga distancia. Solo serían dos o tres años.

–¿Solo dos o tres años? –resopla–. ¿Me estás diciendo que vas a obtener un título en una universidad cara y vas a hacer una pasantía en un museo prestigioso, y después de todo eso vas a volver aquí a Waldon a vivir feliz por siempre? Por favor.

Me rodeo el cuerpo con los brazos, mientras lágrimas de frustración amenazan con brotar de mis ojos. John tiene razón. Claro

que tiene razón. Si hago esto, mi objetivo es conseguir un trabajo de tiempo completo en una ciudad como Nueva York o Londres.

–Es mi sueño –digo, tensa–. ¿No lo puedes entender? Es lo que siempre quise, desde que tengo memoria.

–¿Desde que tienes memoria? –repite con tono cruel.

–Ay, no hagas eso –protesto–. Sí, lo del museo es nuevo, pero sé que es lo que quiero hacer. Yo no soy como tú, John. No puedo ser feliz conformándome.

–Qué bien –dice él–. Otra vez lo mismo.

–¡Sí! Otra vez lo mismo. Tú no eres feliz, John. No eres tan feliz como podrías ser.

–Ah, ¿qué? ¿Porque tendría que haber sido un empresario rico y estresado como mi padre? ¿O un médico agotado como mi madre? Madura de una vez, Emily. Solo porque pienses que mi trabajo no está a tu altura…

–¡Yo no pienso eso! –replico–. Pero no te gusta tanto como quieres hacer ver. Dices que me conoces, pues yo también te conozco a ti. Te aburren todas las cosas que te pide hacer Fred, pero no tienes las agallas para hacerle frente ni para renunciar al taller y empezar algo por tu cuenta, haciendo lo que quieres…

John sacude la cabeza de un lado al otro con desdén; ni siquiera estoy segura de que me esté escuchando.

–Sé que piensas que soy una soberbia —digo, apretando los puños—, que mis sueños son idealistas y estúpidos, pero ¿sabes qué? No me importa. Por fin tengo un trabajo que me veo haciendo toda la vida, y hacerlo en Nueva York, poder hacer una pasantía en un lugar como el Met… –Levanto las manos con incredulidad–. ¿De verdad esperas que rechace todo eso?

John se queda mirándome por un momento largo y tortuoso.

–Yo lo haría –dice–. Sí.

Siento el latido de mi corazón fuerte en los oídos. La ira se está desvaneciendo y está dando lugar a una emoción fea y dolorosa.

–Bueno…, yo no puedo. Si quedé… voy a ir. Y si no quedé… –Niego con la cabeza y dos lágrimas calientes ruedan por mis mejillas. Me encojo de hombros con brusquedad–. Supongo que lo que estás diciendo es que igual vamos a terminar.

John me mira pasmado y, por un momento, siento que viajamos en el tiempo a la época en que no nos entendíamos para nada.

–Sí –dice por fin–. Supongo que sí.

Se hace un silencio tan denso y doloroso que casi no puedo soportarlo. Los únicos sonidos son mi respiración entrecortada y el gluglú de la pecera detrás de mí. Hace diez minutos, nos estábamos riendo y haciendo chistes. Y ahora… Ahora…

Me seco las lágrimas y tomo mi celular. Abro la casilla y me alcanza con ver la vista previa para saberlo. La respuesta está en las tres primeras palabras de cada correo.

Estimada Emily: Felicitaciones.

El corazón me late como loco.

–¿Quedaste? –pregunta John. Asiento, tensa–. ¿En los dos? –Vuelvo a asentir–. Felicitaciones.

La palabra es como una púa ardiente y filosa que se me clava en el corazón.

–Gracias.

La voz me sale rara, y un nudo espantoso me cierra la garganta. Lo miro, desesperada de pronto por verlo sacudir la cabeza y relajarse un poco, por que me diga que no pasa nada, que lo

podemos hablar bien. Pero, en cambio, me mira como si no me conociera y dice en un tono de voz frío y distante:

–Me tengo que preparar para ir a trabajar.

El nudo que tengo en la garganta se multiplica por diez.

–Bueno –respondo con voz ahogada–. Supongo que… me voy, entonces.

–Sí –dice él–. Me parece lo mejor.

CAPÍTULO 30

El resto de la semana es una mierda.

Ojalá encontrara una mejor forma de expresarlo (quizá si fuera la clase de persona que hace crucigramas, sería más elocuente), pero la verdad, en este momento, no tengo energía ni para intentarlo. Así que sí, eso. El resto de la semana es una mierda en serio.

John y yo no cruzamos ni una palabra desde que rompimos, y no hay tiempo para arreglar las cosas por más que quisiéramos. Cuando por fin dejé de llorar y leí con detenimiento los correos de la NYU y del Met, me enteré de que no había quedado seleccionada para la pasantía en primera instancia, sino que una de las personas que habían elegido renunció inesperadamente, y yo era su siguiente opción. O sea que tengo que estar en Nueva York en una semana.

¡Una semana!

No paro de pensar en cómo habrían sido estos días si no hubiera empezado a salir con John. Habría estado loca de felicidad. Todas las llamadas, todos los correos, todas las decisiones habrían sido la gloria absoluta. Pero ahora, cada paso que doy rumbo a mi nueva vida está cubierto por una capa espesa de tristeza.

Cuando llamo a Fred para contarle que renuncio, viene en auto hasta aquí solo para regañarme por irme. Camina de un lado al otro

por el taller, furioso, y me dice que soy «caprichosa como todas las mujeres». Mientras habla, me quedo sentada con las manos sobre el regazo, tratando de no llorar, hasta que se marcha hecho una furia soltando un último: «¡La puta madre! Por cosas como esta me dan ganas de vender este taller de mierda».

Sé que John escucha todo porque está en la sala de descanso durante la conversación, pero no me dice nada, ni siquiera cuando Dave viene a mi escritorio a darme una palmadita en el hombro y me dice: «No le hagas caso a ese viejo imbécil».

Cuando llamo a los dueños de mi casa para avisarles que me voy, me dan una noticia que no hace más que aumentar mi tristeza. Resulta que venían pensando en vender la casa y, ahora que me mudo, van a ponerla en venta. Después de cortar la llamada, me quedo un rato largo mirando el celular, con una sensación de cansancio y desasosiego. Las últimas semanas, cuando empezaba a planear como sería quedarme en Waldon, en secreto soñaba con que John y yo compráramos la casa algún día. Ahora, no solo John y yo nunca vamos a vivir juntos, sino que incluso si todo sale mal en Nueva York, no podré volver a mi casita perfecta.

Darles la noticia a la señora Finnamore, Doris y Jim también es un sufrimiento. Bueno, lo de Doris no tanto («¿qué quieres que haga? ¿que te dé un abrazo de despedida?»), pero la señora Finnamore y Jim parecen tristes de verdad al oír que me marcho. La señora Finnamore todavía está en el hospital y, cuando se lo cuento, se le marca una arruga profunda en la frente y se agita bastante, algo inusual en ella, como si de verdad hubiera contado con mi ayuda cuando le dieran el alta. Jim me da una palmadita en la rodilla y me dice que está orgulloso de mí, pero durante el resto de la visita, está

más callado que de costumbre, y se queda en el porche con una expresión extraña y distante en los ojos mientras me observa subir al auto y alejarme.

Al menos Rose y Trey están contentos por mí, y a Kiara le sale bastante bien hacer de cuenta que está feliz, pero me doy cuenta de que está del lado de John. Y tiene sentido, ¿no? Es su hermano. Y yo soy la basura que piensa que no vale la pena quedarse en Waldon por él.

–No, te entiendo –me dice, inexpresiva, el último día que nos juntamos a tomar un café–. Es lo que te dije, ¿no? Sus vidas felices no son compatibles.

–No es solo lo de irme a Nueva York –le explico, jugueteando con la taza de café–. Es que él no entiende por qué tengo que ir. O por qué pienso que él está…

–¿Qué?

–Que está conformándose.

Una expresión rara le cruza el rostro y, por un segundo, estoy convencida de que Kiara piensa lo mismo que yo. Ella también lo escuchó quejarse de Fred. Ella vio lo feliz que es en la pista de carreras.

John no mintió cuando dijo que era feliz. Es feliz, pero podría ser más feliz. Y esa sensación molesta que me venía agobiando es el resentimiento que siento hacia él por no esforzarse más.

Kiara se queda callada un momento y revuelve el café sin beberlo.

–Creo que él te amaba de verdad –dice por fin.

–Lo sé –respondo en voz baja–. Creo que yo también lo amaba de verdad. Pero el amor no reemplaza a la felicidad.

–El amor no reemplaza a la felicidad –repite Kiara, con una sonrisa triste.

De ahí voy al banco a firmar los papeles de mi nuevo préstamo estudiantil. Pedí un préstamo federal, que voy a usar para pagar la NYU y también las cuotas pendientes de mi préstamo provincial. Porque es una gran idea usar un préstamo para pagar otro, ¿no?

Por suerte, me hicieron un pequeño descuento en mi habitación en la residencia estudiantil, ya que me mudo en una época inusual y acepté ser supervisora de los estudiantes más jóvenes, pero aun así me va a costar una barbaridad de dinero. Tendré suerte si logro salir de esto con menos de cien mil dólares en deudas. Dios, más vale que valga la pena.

Los días infelices se suceden uno tras otro. Hasta jugar a Wordle es deprimente. Me hace acordar a John, y si llego a trescientos sesenta y cinco días de racha, va a ser estando sola en Nueva York. Un día, en el taller, John entró a la sala de descanso mientras yo jugaba a Wordle y, por un instante, me pareció que quería decir algo. Pero después entró Dave y el momento se perdió.

Quizá sea mejor así. Nada bueno puede salir de que hablemos. Ya tuve mil discusiones con él en mi cabeza, y siempre terminan de la misma manera.

Cuando me quiero dar cuenta, ya es mi última noche en Waldon. Pido una pizza (ya gasté como mil dólares esta semana en cosas para Nueva York, así que ¿qué me cambian otros veinte dólares que no tengo?) y la como mientras recorro las habitaciones vacías. Aunque todos los muebles siguen aquí (son de los verdaderos dueños, no míos), la casa parece estéril y deprimente sin mis cosas, como los imanes de la heladera y las pilas de libros. Todo eso lo

guardé en cinco cajas grandes y en una maleta que van a pasar a buscar mis padres la semana que viene, cuando vuelvan de Nueva Zelanda, para guardarlas en su casa. Las dos maletas que me voy a llevar en el vuelo a Nueva York ya están listas junto a la puerta.

Levanto la vista cuando suena el timbre. No estoy esperando a nadie, a menos que haya vuelto el chico de la pizza a decirme que mi tarjeta de crédito fue rechazada.

Camino a la puerta, la abro y ahí está John, tan guapo como siempre, en jean y sudadera.

–Hola –lo saludo, confundida.

–Hola. –John sostiene un jersey, que reconozco como mío–. Te olvidaste esto en mi casa. Lo encontré recién en la secadora. Te lo quise traer antes de que te fueras.

–Ah. –Lo tomo–. Claro. Gracias.

–No es nada. –Se hace un silencio incómodo–. Bueno, adiós.

Se me estruja el corazón.

–Adiós.

Me quedo esperando a que se aleje, pero él se queda parado ahí, sin mirarme. Abro la boca para decir… algo, no sé bien qué, pero él se me adelanta.

–Yo también fantaseo con el trabajo de mis sueños.

–¿Qué? –pestañeo, más confundida que antes.

–El trabajo de mis sueños. Como esa lista rara tuya –dice, tras carraspear.

–No es rara –protesto. Y después, dubitativa–: ¿Y… cuál es?

–Me gustaría ser el dueño del taller. Ya sé que no es algo grande ni importante, pero… No sé –dice, moviéndose de un lado al otro–. Tenías razón. No en todo, eh. Todavía pienso que estás… Bueno. –

Niega con la cabeza–. Supongo que ya no importa. Pero es verdad que me aburro. Fred ya ganó dinero suficiente para jubilarse, así que no creo que le importe ganar más dinero o expandir el negocio. Y hay mucha demanda de servicios para autos de alto rendimiento, que son mucho más interesantes. Además, siempre me pareció que estaría bueno restaurar autos de carreras clásicos. Tengo un amigo que se dedica a eso en Ontario y le está yendo bastante bien. Y el lugar podría verse increíble si alguien invirtiera en él. Podría verse como un auténtico taller de autos clásicos.

Considero un poco la idea. Vi suficientes videos de YouTube de los que mira John como para entender lo que tiene en mente. Sillones de cuero color cámel, accesorios de cromo, quizá un par de pósters antiguos de autos clásicos…

–Estaría bueno –digo–. Y lo harías muy bien.

–Sí, qué sé yo. –John se encoge de hombros–. ¿Quién sabe? Quizá Fred me lo venda si le hago una buena oferta. Creo que ya se está cansando. Está harto de lidiar con recepcionistas caprichosas y esas cosas.

Se le forman unas arruguitas alrededor de los ojos y, por un segundo, se asoma el viejo John. Se me escapa una sonrisa.

–Ya sabes lo que dicen de las mujeres: contrátalas de recepcionistas en tu taller mecánico y un par de años después, van a renunciar para hacer una pasantía en el Met.

–Por algo existe el estereotipo –dice John.

Nos sonreímos con cierta cautela.

–Te iría muy bien manejando un taller de autos de carreras –le digo con sinceridad.

–Autos de alto rendimiento –me corrige.

–Ay, le podrías poner «Au-todo o nada».

–Ves, por eso mismo tendrías que quedarte aquí y ayudarme. A mí jamás se me habría ocurrido un nombre tan malo.

Abro la boca para responder y la vuelvo a cerrar. ¿Lo dice en serio?

Analizo su rostro. Está sonriendo como si fuera un chiste, pero hay algo más, una seriedad que va aumentando a medida que se alarga el silencio.

–John…

–Te gusta vivir aquí, Em. Yo sé que sí. Podrías probar empezar tu negocio de cuidados domiciliarios, y algún día va a haber trabajo en un museo de aquí. Ya sé que no es una ciudad grande y sofisticada, pero… podrías ser feliz aquí.

Se me cierra un poco más la garganta, y me froto los brazos para protegerme del aire frío de la noche.

–Ya lo sé –digo en voz baja–. No es que no sea feliz aquí, es solo que…

–Que piensas que podrías ser más feliz en otro lado.

–No es que quiera irme…, pero no puedo quedarme. Es una oportunidad demasiado grande. –Lo miro, tratando de que me entienda–. Es demasiado grande –repito–. Es mi vida.

Él se queda mirándome un buen rato, con expresión indescifrable. O, mejor dicho, la descifro (la puñalada aguda de la decepción, el impulso de discutir, la oleada profunda de tristeza), pero no puedo hacer nada al respecto.

Lo que dije fue en serio. Es una oportunidad demasiado grande.

–Está bien –dice por fin–. O sea, no está bien. –Suelta una risita extraña y ahogada–. Pero… está bien.

Pestañeo rápidamente, luchando contra las lágrimas repentinas. Casi me dan ganas de que nos peleemos. Esto, esta resignación civilizada y tranquila, es mil veces más dolorosa.

–Te voy a extrañar –le digo–. Muchísimo.

–Yo también –responde, con un atisbo de sonrisa.

Nos quedamos mirándonos un momento más, y después él carraspea.

–Mejor me voy.

–Bueno. Sí. –Me seco las lágrimas.

–Buena suerte. Ojalá sea… todo lo que estás buscando.

John se inclina para besarme (en la mejilla, creo), pero giro la cara para atrapar sus labios con los míos. El beso dura apenas un segundo, no lo suficiente.

–Buenas noches –me dice, alejándose.

–Buenas noches –repito.

Me froto los brazos otra vez. La brisa se siente el doble de fría ahora que John se alejó. Está a mitad de camino por la entrada cuando escucho mi voz otra vez.

–¿Quieres quedarte?

–¿Qué? –pregunta él, dándose vuelta.

–¿Quieres quedarte? –repito–. Ya sé que ya no estamos juntos. Pero pensé… –Me quedo callada un momento–. No sé. ¿No quieres que terminemos bien?

John me mira fijo otra vez y, por un instante, pienso que me va a decir que no. Pero entonces suelta un suspiro largo y profundo, y su rostro se relaja un poco.

–Está bien, sí.

Me lamo los labios y asiento, un poco temblorosa.

–Bueno…, qué bien. –Trato de hablar con tono más alegre–. Podemos ver una peli o algo. Además, los dueños me pidieron que vacíe todas las alacenas y encontré una botella de vino de noventa dólares que claramente se olvidaron aquí. Considero que es nuestra obligación beberla, ¿no?

Con evidente esfuerzo, John esboza una sonrisa.

–Sí –dice en voz baja–. Supongo que sí.

***

Pongo una película *(Ana la de Tejas Verdes,* por última vez) y tomamos vino y comemos las sobras de la pizza que pedí. Al principio, es medio incómodo. (Muy incómodo, a decir verdad). John y yo ya no estamos juntos, pero tampoco siento que estemos separados. Durante la primera mitad de la película, los dos estamos tensos, y cuando nuestras manos se rozan al buscar una porción de pizza, nos separamos al instante como si fuéramos desconocidos.

Pero mientras Ana y Diana lloran en pantalla por el fin de su amistad, algo cambia entre nosotros. «Adiós, mi amada amiga», dice Ana. «Desde ahora en adelante, debemos ser extrañas aunque vivamos una junto a la otra».

John exhala profundamente y estira el brazo hacia mí, y yo me acurruco contra él sin decir ni una palabra. No pienso en Nueva York ni en Waldon ni en el dolor acuciante que me atraviesa el corazón. Mañana llegará igual, no importa si estoy triste o no. Por ahora, solo quiero respirar la fragancia ahumada de la piel de John y hundirme en el calor de sus brazos.

Cuando Matthew muere al final, me pongo a llorar, pero John pregunta: «Espera, ¿quién era ese?», y me río un poco a pesar de las lágrimas. Él me las seca con el pulgar y, cuando me quiero dar cuenta, nos estamos besando, como si nunca hubiera pasado nada malo entre nosotros. El mundo real está ahí afuera, amenazando con destruirnos, pero, en todo caso, solo hace que cada momento con él sea más dulce, un trasfondo de dolor que vuelve más nítido el tiempo que compartimos.

Su boca se mueve por mis dedos, mis muñecas; sus dedos se entierran en mis muslos cuando me acomodo sobre su regazo, y dejo caer la cabeza hacia atrás mientras sus labios encuentran mi cuello. Escucho el sonido de su respiración agitada, y el calor desesperado en mis venas se intensifica. Sus manos se mueven entre nosotros y dos dedos fuertes se abren paso bajo capas de tela para enviarme descargas de placer en todo el cuerpo. Mientras vamos al dormitorio a tropezones, dejando detrás un camino de ropa, me entrego a la sensación de su boca y sus manos, y trato de no pensarlo como una despedida.

Por la mañana, me despierto cinco minutos antes de que suene la alarma. No sé bien por qué. Quizá sea la media botella de vino que me tomé, o quizá sea una especie de alarma interna que me avisa que solo me quedan cinco minutos con John.

Todavía está demasiado oscuro para verle el rostro, pero escucho el sonido suave y profundo de su respiración. Me acerco un poco y lo siento moverse apenas cuando apoyo la cabeza en su pecho.

–¿Ya sonó la alarma? –murmura.

–Todavía no –susurro–. Faltan cinco minutos.

Sus brazos cálidos me envuelven, y su respiración otra vez se vuelve pausada, acompasada. Debo haberme quedado dormida yo también, porque me despierta el sonido furioso de la alarma. La apago lo más rápido posible, pero ya es tarde. El momento se rompió.

Es hora de irme.

Me levanto de la cama y me preparo para empezar el día. Me pongo ropa cómoda para el avión y me hago dos trenzas. A las cinco y cuarto de la mañana, me siento en el borde de la cama y le toco el hombro a John.

–John –susurro–. Me tengo que ir.

Él pestañea, adormilado, en la penumbra, y después se levanta de la cama para acompañarme a la puerta. Todavía está medio dormido, pero se termina de despertar mientras me ayuda a llevar las maletas al auto.

–¿Esto es todo? –pregunta.

Sé que está hablando del equipaje, pero las palabras igual se hunden en mis huesos.

–Sí –respondo con calma–. Esto es todo.

Nos miramos. Los grillos cantan en la oscuridad. Él se mueve primero y me abraza fuerte. Hundo la cara en su hombro. No voy a llorar.

–Buen viaje –me dice.

–Gracias.

Nos quedamos así un par de segundos más, y después me paro de puntillas para besarlo.

«Nuestro último beso», susurra una voz en mi cabeza. Y sí, eso no ayuda para nada. Ahora sí que voy a llorar.

Me alejo yo primero y, con un hilo de voz, digo:

–Ojalá que resulte lo del taller. Te irá muy bien.

–Gracias. A ti también. Con lo del museo, digo.

–¿No crees que pueda encargarme de un taller de autos de alto rendimiento?

–No –dice, con una sonrisa débil–. Lo dudo mucho.

Por un instante breve y doloroso, me permito imaginar cómo serían las cosas si me quedara aquí. Sé que él no espera de verdad que me quede y lo ayude a atender un taller mecánico, pero creo que puedo visualizar el futuro que tendríamos juntos. Yo llegando a casa después de trabajar de cuidadora, riéndome con él de las cosas horribles que me haya dicho Doris, mientras él me cuenta sobre el nuevo equipo que va a comprar o me pregunta qué sistema de facturación debería usar. Ir a cenar con Kiara y Jake y sus padres, mirar casas juntos, sumergirnos por completo en nuestra vida feliz en Waldon.

Trago saliva.

–Bueno…, adiós.

–Adiós –me dice con un suspiro.

Nos miramos un momento, pero no queda nada por hacer más que alejarme y subir al auto. Él se queda parado en la entrada, descalzo, y me mira mientras salgo a la calle. Levanto la mano para despedirme una última vez, y después acelero y me alejo. Miro los espejos y me pregunto si John caminará hasta el final de la entrada para verme alejarme, pero si lo hace, está tan de noche que no llego a verlo. Al final de la calle, giro a la izquierda, y eso es todo.

Voy rumbo a mi nueva vida.

CAPÍTULO 31

El aire de la ciudad es caliente y húmedo y huele a gases de escape y basura. Las calles están repletas de gente, como una familia de turistas que, en su apuro por llegar a Starbucks, casi me tira de la acera con maletas y todo. Hay tanto ruido que casi ni llego a escuchar al tipo aterrador del cartel con un mensaje rabioso sobre política que me grita obscenidades. Es un caos, un caos total, y es aterrador, intimidante y grandioso.

No me malinterpretes, todavía estoy destrozada por haber dejado a John. Una parte de mí desearía que él no hubiera venido anoche, poder haberme marchado cuando todavía estaba todo mal entre nosotros. Habría sido más fácil lidiar con el enojo y la tensión que con este sentimiento extraño y desagradable que tengo ahora, tan parecido a la incertidumbre que me perturba. Pero no puedo ceder a ese sentimiento. Necesito concentrarme en los edificios inmensos y brillantes que se ciernen sobre mí y en la risa de un grupo de chicas de mi edad que pasan a mi lado en la acera y en la sensación del sol radiante de Nueva York sobre mi piel.

Mientras espero que la mujer de la oficina de admisiones de la universidad me dé las llaves de mi habitación, observo a la gente que camina por la calle. Incluso con el calor agobiante del verano,

todos parecen moverse de un lugar a otro con un propósito, caminan por el asfalto caliente como si no tuvieran un segundo que perder. No podría ser más distinto a Waldon, donde algunas de las actividades favoritas de los lugareños son sentarse en una banca a mirar el océano, sentarse en una banca a mirar pasar los autos y sentarse en una banca a mirar la nada misma.

Mi habitación es pequeña pero limpia y muy parecida a mi viejo dormitorio en la universidad. Siento como si hubiera viajado en el tiempo, como si hubiera tocado un botón y reiniciado mi propia vida. No quiero desempacar ya mismo porque tengo la sospecha de que, si dejo de moverme, la tristeza me va a alcanzar, así que dejo las maletas en la habitación, me quito la ropa sucia del avión y vuelvo a salir. Ni siquiera voy a mirar un mapa, voy a deambular por ahí y a observar la ciudad.

En todas las esquinas parece haber algo interesante que mirar, ya sea un rascacielos impresionante, un parque lindo o un grupo de modelos vestidos de pies a cabeza de Chanel. Algunas cosas dan un poco de miedo, como un grupo de hombres que me miran lascivamente y una mujer que insulta a los transeúntes, pero, mientras siga caminando, puedo controlar los nervios. Soy como un tiburón: si me muevo, no me voy a ahogar.

El hechizo de la ciudad nueva me mantiene en marcha hasta bien entrada la tarde, pero cuando por fin regreso al dormitorio, estoy transpirada, quemada por el sol y con los pies convertidos en dos rocas doloridas. Me dejo caer pesadamente en la cama deshecha. Por un momento, evalúo la opción de pedir una pizza para cenar, pero eso sería quedarse quieta, y quedarse quieta es la muerte. Así que desentierro un vestido veraniego y un cárdigan de la maleta y

busco el restaurante más sofisticado que haya a una distancia caminable. Mis padres me transfirieron doscientos dólares de regalo de cumpleaños adelantado y me ordenaron que me los gastara en una buena comida.

Al final, termino en un restaurante llamado Frost (o sea, «escarcha»), un lugar pequeño y ultramoderno con luces azul marino y asientos tapizados en terciopelo blanco, dispuestos entre esculturas de hielo falso. No reconozco casi nada de lo que hay en el menú, así que elijo algo al azar y pido un trago llamado Deshielo para ir tomando mientras espero. Es una preciosidad, un líquido de un color azul muy pálido con un cubo de hielo en forma de iceberg, servido en una copa elegante con el borde decorado con azúcar. Tomo un sorbo (vaya, está fuerte) y descanso el mentón sobre las manos, dejando que mis ojos deambulen por el restaurante. Es muy temprano (apenas son las seis), así que no hay mucha gente, pero hay un grupo de chicas jóvenes con vestidos elegantes sentadas cerca de mí, y una mujer mayor con un pesado collar de plata sentada sola. Le tiemblan un poco las manos cuando toma agua, y me pregunto si alguien la ayudará con las cosas de la casa. Por un momento, pienso en buscar algún trabajo de cuidadora aquí en Nueva York.

Después, niego con la cabeza y tomo otro trago. Ni loca me meto con el sistema de salud de Estados Unidos. Si uno de mis clientes se cayera y se quebrara la cadera aquí, la familia seguro me demandaría por negligencia. La madre de John tiene un amigo que trabaja de obstetra en algún lugar de Estados Unidos y cuando me contó cuánto paga de seguro por negligencia, literalmente se me revolvió el estómago.

Además, no voy a tener tiempo para trabajar de cuidadora. Voy a estar muy ocupada con las clases, la pasantía y mis responsabilidades como supervisora en la residencia estudiantil. Es más, mi vida va a ser tan emocionante y atareada, que seguro ni voy a tener tiempo para pensar en Waldon o John. Los días van a pasar volando y, en poco tiempo, me voy a haber olvidado por completo de él.

Tomo otro trago. Mientras estoy aquí esperando la comida, bien podría jugar a Wordle.

HIELO, escribo.

La E y la O están amarillas, las demás grises.

Miro a mi alrededor otra vez. En la mesa más cercana a la mía, las chicas se ríen mientras le hacen su pedido al apuesto camarero. Prácticamente se lo están devorando con la mirada.

COMER.

Bueno, va queriendo. La R está verde, y la O y la E, amarillas. Por el orden de las letras, podría ser…

ERROR, escribo.

Mierda.

Está bien.

Ojalá no sea el universo diciéndome que cometí un error.

Pero no puede ser un error. Es imposible. Este es el comienzo de mi nueva y emocionante vida. Dentro de diez años, cuando sea curadora de arte en algún museo fabuloso de Londres y esté casada con un británico guapísimo que no se parezca en nada a John, un día estaremos sentados en nuestra cocina de mármol blanco y le contaré esta historia y diré: «¿Puedes creer que casi renuncio a todo esto?». Y él se reirá y responderá: «Sí, por un mecánico de un

pueblucho». Y entonces yo diré: «No era un pueblucho, imbécil, era Waldon, en la Isla del Príncipe Eduardo, y ese mecánico era un millón de veces mejor que tú…».

Un momento.

No, esa última parte no va.

Suspiro profundamente justo cuando llega la comida.

–¿Todo bien? –me pregunta el camarero.

Es el mismo camarero guapo que hacía reír como niñas a las chicas de la otra mesa, y se muestra amable e interesado. Dile intuición si quieres, pero estoy bastante segura de que si digo algo ingenioso, me va a seguir la corriente y quizá termine pidiéndome el número.

–Sí –respondo, y bajo la mirada. El interés en su rostro desaparece y se retira con una sonrisa educada y neutra.

Miro el plato. Parece delicioso (un trozo de pescado glaseado con vegetales diminutos rociados delicadamente con una salsa verde pálida), pero perdí el apetito. Me obligo a terminarme todo, pero cuando el camarero vuelve y me pregunta si quiero postre, niego con la cabeza y le pido la cuenta.

Afuera, todavía es de día y hace calor, pero vuelvo a la residencia y me pongo a desempacar. Quizá si organizo mi nueva habitación, este lugar se empiece a sentir como mi nuevo hogar. Dejo la puerta abierta por si hay otros estudiantes dando vueltas, pero pasan tres horas y no aparece nadie. La mujer que me dio las llaves me dijo que a esta altura del año la residencia está prácticamente vacía. La mayoría de los estudiantes recién llega el mes que viene.

A las diez de la noche, me doy por vencida y cierro la puerta. Me siento frente al escritorio pequeño y miro por la ventana, que da a la

calle. La gente todavía camina deprisa, pero la escena ya no me parece tan atractiva como antes. Es más, por un segundo, la ciudad me parece ruidosa y un poco agotadora.

Tomo el teléfono y abro los mensajes. Mi pulgar revolotea un momento sobre el nombre de John, pero me obligo a no tocarlo y, en su lugar, les mando un correo a mis padres para contarles del restaurante y para desearles un buen vuelo de regreso a casa. Después, respondo el mensaje simpático de Rose en el que pregunta si llegué bien.

A los minutos, me suena el teléfono, pero no es ni mi mamá ni Rose.

[10:07] **Kiara:** Espero que te esté gustando Nueva York hasta ahora
[10:07] **Kiara:** Te extrañamos

Me sorprendo cuando se me llenan los ojos de lágrimas. Miro el techo y pestañeo rápido hasta hacerlas desaparecer.

[10:08]: Yo también los extraño

Dudo un momento y después vuelvo a escribir.

[10:09]: Esto es una mierda
[10:10] **Kiara:** Lo sé
[10:10] **Kiara:** Pero tienes que hacer lo mejor para ti
[10:10] **Kiara:** Perdón si estuve medio rara la última vez que nos vimos
[10:11] **Kiara:** Es que te voy a extrañar un montón ☹
[10:11]: No pasa nada
[10:12]: Yo también te voy a extrañar

Mando un emoji de corazón y después dejo el teléfono y me llevo las manos a los ojos. El dolor que tengo en la garganta es tan intenso que me siento mal. Pero no me voy a desmoronar. No voy a pasar la primera noche aquí llorando. No, no, no.

Me obligo a mirar por la ventana otra vez. Mira las luces. Escucha el sonido de la ciudad.

Voy a ser feliz aquí.

De verdad.

CAPÍTULO 32

A la mañana, me despierta la sirena de una ambulancia. Son las siete y media y la luz del sol se cuela por la ventana diminuta y me calienta la piel desnuda de los brazos. Hay un vacío en mi pecho en el lugar donde solía estar mi corazón, pero estoy resuelta a ignorarlo. Hoy no, le digo con firmeza. Hoy es el primer día de mi nueva pasantía. Hoy no voy a estar triste.

Me pongo un conjunto que espero se vea chic y profesional: una falda a la altura de las rodillas, sandalias y una camisa de vestir. Estoy a punto de ponerme el collar que me regaló John, el de la espadita que hizo Kiara, pero, después de un momento, lo vuelvo a dejar donde estaba. No voy a seguir aferrándome al pasado. A partir de hoy, voy a seguir con mi vida como corresponde.

Salgo a la calle soleada y camino hasta la estación de metro más cercana. Me bajo en la calle Setenta y Siete y me uno al océano de transeúntes, muchos de ellos yendo al mismo lugar que yo.

Me detengo a los pies de la escalera y se me forma un nudo en la garganta cuando alzo la vista hacia las imponentes columnas, los arcos curvados, los estandartes color rojo oscuro colgados a ambos lados de las puertas, adornados con dos simples palabras.

El Met.

Hago la fila flotando, como en una nebulosa y, cuando llego delante de todo, pago la entrada. Podría decirles que estoy aquí para la pasantía para no tener que pagar, pero eso recién es a la una y, además, ahora quiero vivir la misma experiencia que los demás. Quiero deambular sin rumbo y disfrutar de cada detalle.

Me paso la mañana recorriendo el museo, estirando el cuello para mirar el techo del Gran Salón y contemplando con fascinación el templo de Dendur y el patio de Charles Engelhard. Observo armas y trajes antiguos y examino armaduras con intrincados detalles. Escucho al pasar a una pareja teniendo un debate (ligeramente pretencioso) acerca de si se puede o no crear buen arte sin vivir experiencias traumáticas, y me río de una mujer rica que metió a su perrito en una cartera Prada. Miro a una adolescente que se queda observando una pintura durante diez minutos, con una mirada dulce y soñadora en sus ojos marrones.

Esto.

Por esto vine.

Me encanta todo de este lugar. El olor del aire, el sonido de mis pasos sobre los suelos de mármol, el murmullo bajo de la multitud. Trabajar en un lugar así, crear espacios donde las personas puedan escapar del estrés de su vida y perderse en el pasado durante un par de horas…

De verdad es el trabajo de mis sueños.

Encuentro una banca en un sala tranquila y me siento frente al retrato de una anciana con un vestido voluminoso. Inhalo y exhalo profundamente, tratando de llenarme los pulmones con la sensación de este lugar. Siento que los músculos de mis hombros empiezan a

relajarse. Me pregunto si así se sentirá la gente cuando medita. Ni un pensamiento en la cabeza, solo una leve sensación de felicidad.

Me pregunto cómo estará la señora Finnamore.

El pensamiento aparece de la nada. Se supone que hoy le dan el alta del hospital. Me pregunto si le habrán cambiado alguno de los remedios. Me pregunto si, de ser así, les hará caso.

Sacudo la cabeza con impaciencia. La señora Finnamore ya no es parte de mi vida. No tiene sentido que me siga preocupando por ella.

Me doy vuelta para dejar de mirar el retrato y observo una estatua de mármol de una mujer desnuda que lleva un jarrón.

Mucho mejor. Ella no me recuerda para nada a la señora Finnamore.

Dejo que mi mente divague un ratito, hasta que pasa un grupo de turistas de una visita guiada. Me pregunto distraídamente si el Met organizará visitas para los residentes de hogares de ancianos de Nueva York. Si no lo hacen, quizá podría organizar un par durante mi pasantía. Ni siquiera una persona tan difícil como Doris se quejaría de un lugar como este.

Pensándolo mejor, eso no es cierto. Seguro encontraría cosas de qué quejarse. Las filas largas, la cantidad de «jóvenes», los carteles que indican que hay wifi gratis para los visitantes («así los chicos pueden mirar el teléfono en vez de las obras de arte», refunfuñaría, «¿a quién se le ocurrió esa idea brillante?»).

Trato de imaginarme cómo reaccionarían Jim o la señora Finnamore, pero, la verdad, no puedo asegurar que a ellos sí les gustaría. La señora Finnamore opinaría que hace mucho frío y hay demasiada gente, y creo que a Jim le resultaría demasiado

abrumador. Creo que a él le gustaba trabajar en el museo de barriles porque le daba una excusa para salir de su casa y socializar, no porque le interesen mucho los barriles ni los museos.

Ojalá no me extrañe demasiado. Quizá debería llamarlo hoy a la noche, por las dudas.

Vuelvo a sacudir la cabeza bruscamente. De verdad, ¿qué me pasa? Tengo que dejar de pensar en Waldon. Tengo que cortar de raíz, como hice con John. La señora Finnamore y Jim ya no son parte de mi vida. No son parte de este sueño.

Me levanto otra vez (quedarse quieta es el enemigo) y recorro el museo con actitud resuelta hasta la una en punto, cuando vuelvo a la entrada y, nerviosa, le pregunto a un empleado dónde es la reunión por la pasantía. Él me indica una sala en el ala de Arte Egipcio y me dice que busque a una mujer llamada Benedita Ferreira.

Cuando llego ahí, me recibe un murmullo de voces. Hay un par de turistas dando vueltas, mirando las exhibiciones, pero también hay un grupo de gente de aspecto ligeramente extravagante en un rincón. Deben ser mis compañeros. La mayoría parecen más chicos que yo, pero, para mi alivio, hay un hombre y una mujer que deben tener mi edad.

Me aliso el pelo con la mano y me acerco, nerviosa. El hombre que parece de mi edad, un asiático alto con cabello negro corto, mira a su alrededor cuando me acerco.

–¿Estás aquí por la pasantía? –adivina.

–Sí.

–Nosotros también –me dice con una gran sonrisa.

Se presenta como David, y los demás pasantes también me dicen sus nombres, uno tras otro. Son tantos que solamente retengo los de un par: Leah, la mujer que parece de mi edad, y Katarina, una chica bajita de cabello oscuro, con lentes y una sonrisa muy amigable.

–¿De dónde eres? –me pregunta David.

Antes de que pueda responderle, una mujer más grande con un distintivo de aspecto oficial se acerca con paso firme al grupo.

–Bienvenidos –nos dice, sonriendo. Tiene cabello largo y oscuro, un traje elegante y tacones altos que repiquetean sobre el mármol–. ¿Son los nuevos pasantes?

–Sí, señora –responde Leah, mientras los demás murmuramos en señal de acuerdo.

–Excelente. ¿Ya estamos todos? –La mujer cuenta en voz alta–. Dieciocho, diecinueve… Sí, parece que ya están todos. Por favor, acérquense.

Formamos un semicírculo a su alrededor. Una chica se abre paso a los codazos para quedar en el centro y, con mucho aspaviento, saca un cuaderno de su bolso para tomar notas. David, que está parado junto a mí, me mira y sonríe. Disimulo una sonrisa. Siempre hay alguien así.

–Soy Benedita Ferreira –se presenta la mujer–. La coordinadora del programa de pasantías y curadora especializada en arte de principios del siglo veinte. ¿Cómo están todos?

–Nerviosa –murmuro por lo bajo, mientras el resto de los pasantes dicen «bien».

Benedita nos cuenta un poco acerca del programa de pasantías y después nos presentamos nosotros. Me da un poco de ansiedad

escuchar todas las cosas que han hecho los demás. La mitad ya hizo pasantías o trabajó en algún museo, y casi todos son estadounidenses, menos David, que se mudó desde China a Estados Unidos cuando era pequeño, y una chica llamada Gabriela que es de México. Todos ladean un poco la cabeza cuando digo que nací en Nueva Escocia.

–¿Es una ciudad? –pregunta la chica del cuaderno.

–Es una provincia de Canadá. Pero estuve viviendo en la Isla del Príncipe Eduardo, que es otra provincia, antes de venir aquí.

–Ay, como Ana la de Tejas Verdes –dice Katarina.

–Exacto –respondo con una sonrisa.

Benedita nos hace salir del ala de Arte Egipcio por una puerta cerrada con llave que da a un pasillo largo y sencillo repleto de puertas. Algunas habitaciones parecen ser oficinas (veo a un hombre hablando por teléfono en su escritorio y a una mujer escribiendo en la computadora) mientras que otras parecen laboratorios, con largas encimeras blancas e hileras de armarios de cristal. Siento un estallido de entusiasmo. Esto es genial, como estar entre bambalinas en Disney World o algo así.

Terminamos en un aula pequeña, donde Benedita nos reparte carpetas brillantes con nuestros nombres. Dentro, hay distintivos y folletos y un cronograma de actividades.

–Como pueden ver en el cronograma, pasarán tiempo en todas las alas del museo, pero les recomiendo que encuentren un área específica que les interese mucho y que se dediquen a ella todo lo que puedan. Los primeros meses, su tarea principal va a ser acompañar a los curadores, pero más adelante, tendrán la

oportunidad de participar en proyectos de investigación y en adquisiciones, y quizás hasta podrán ayudar a diseñar instalaciones.

Un cosquilleo de entusiasmo me recorre el cuerpo al leer sobre todas las alas que voy a conocer. Armas y Armaduras, Arte del Antiguo Oriente Próximo, Dibujos y Grabados… Todas suenan fascinantes. No sé en cuál voy a elegir enfocarme.

«Te gustaría poder hacer un montón de cosas».

La voz de John aparece en mi cabeza de la nada, y ahuyento el pensamiento con fastidio. No voy a pensar en John ahora. Ni después, si vamos al caso.

–Durante el primer mes, solo tendrán una tarea –nos informa Benedita–. Pensar una idea para una exhibición. Es un ejercicio de creatividad, así que no se limiten por la viabilidad ni por el presupuesto. A fin de mes, cada uno presentará su idea al grupo para recibir comentarios y debatir.

Un murmullo de interés recorre la sala, y varios pasantes se incorporan un poco con expresión complacida, como si ya tuvieran una idea genial. Me da una punzada de nervios: lo único que se me ocurre en este momento es una exhibición de barriles. No obstante, estoy segura de que, con un poco de tiempo, puedo preparar algo genial.

Benedita baja la pantalla del proyector que está al frente del aula y, durante la siguiente hora, vemos un video sobre la historia del Met. La chica del cuaderno (creo que se llama Lydia) toma notas rabiosamente, igual que un par más, pero yo solo descanso el mentón en las manos y escucho. Cada palabra es como un bálsamo para mi alma. Siempre quise ser parte de algo grande e importante, y ver este video, aprender sobre todas las obras de arte, las

esculturas y los fragmentos de historia que ha albergado el museo… es tan maravilloso como siempre soñé.

Más tarde, jugamos a un par de esos juegos incómodos para romper el hielo y conocernos un poco más, y después Benedita nos libera para que disfrutemos del museo el resto del día.

–Los nombres y números de oficina de sus supervisores aparecen en su cronograma –nos dice–. ¿A quién le toca conmigo? Ah, Emily. –Levanto la mirada–. Si vienes conmigo un segundo, te muestro dónde queda mi oficina, para mañana.

Echo un vistazo a la chica del cuaderno, que me mira con el ceño fruncido y una pizca de celos, y sigo a Benedita a una de las primeras habitaciones por el pasillo. Su oficina es pequeña y acogedora, con cientos de libros viejos apilados en una estantería y un escritorio pesado cubierto de papeles. Hay unas cuantas fotos en la pared, supongo que de su familia. Tiene una foto con su esposa en su casamiento, y otra de ellas con dos niñas.

–Espero que no se te complicara tanto llegar a tiempo –me dice Benedita–. Sé que no te avisamos con mucha anticipación.

–No, no –respondo–. No se me complicó para nada. –Eso es mentira, pero digo la verdad cuando añado–: Estoy feliz de estar aquí.

–Estoy segura de que te va a encantar la pasantía –me dice con una sonrisa–. Ya trabajaste en un museo, ¿no?

–Eh…, en realidad, solo era voluntaria. Era un museo diminuto en la Isla del Príncipe Eduardo.

–Eso no tiene nada de malo. Los museos pequeños conllevan sus desafíos, claro, pero también tienen su encanto.

–Así es. El nuestro era de fabricación de barriles. Había un tonelero que hacía demostraciones con un equipo antiguo.

–Qué maravilla –sonríe Benedita–. Ahora si me disculpas, tengo que ir a ocuparme de un par de cosas. Pero nos vemos aquí mañana, a las nueve.

–Hasta mañana.

Echo un último vistazo a su oficina y vuelvo al aula, donde la mayoría de los pasantes todavía están guardando sus cosas.

–Un par vamos a ir a dar una vuelta –me dice David, que está junto a un grupo de personas entre las que se encuentran Leah y Katarina–. ¿Quieres venir?

Sonrío y una sensación placentera me invade el cuerpo.

–Me encantaría.

CAPÍTULO 33

Los días siguientes pasan volando en una vorágine de nerviosismo, y luego parece que parpadeo y ya han pasado dos semanas. Es un poco extraño lo rápido que me adapto al nuevo ritmo: me despierto con el sonido de las sirenas, como un tazón de cereales rápido en mi habitación y corro al metro para llegar al museo antes de las nueve.

Paso los días en las entrañas del Met, observando trabajar a Benedita. Me alegra que me haya tocado con ella primero. Es muy amable y sabe muchísimo, y nunca me hace sentir tonta por hacer preguntas. Y eso es bueno, porque la mayor parte de lo que dice me resulta ajeno. Seguirla es como estudiar mi propia ignorancia. Yo pensaba que los curadores solo buscaban cosas interesantes, ideaban una forma ingeniosa de exhibirlas y luego ¡tarán! A otra cosa, mariposa. La realidad es mucho más complicada y, a veces, si soy totalmente sincera, un poquito aburrida.

Por ejemplo, Benedita pasa buena parte de su tiempo investigando y, aunque trata de incluirme todo lo que puede, lo cierto es que la investigación consiste básicamente en estar callada en silencio y leer. Esos son los peores momentos, porque cuando no tengo una distracción, mi cerebro al instante empieza a pensar en John y Waldon. Lo de extrañar a John no es ninguna sorpresa (no

esperaba que mis sentimientos por él desaparecieran de la noche a la mañana), pero sí me sorprende lo mucho que extraño Waldon. A veces, estoy caminando y de pronto me acuerdo de cualquier cosa, como aquel perrito lindo que solía venir trotando a saludarme todas las mañanas cuando salía a correr, o el olor de la biblioteca del pueblo de donde tomaba libros prestados.

Con el tiempo, se me va a pasar. Estoy segura.

Cuando estoy ocupada, es más fácil, así que trato de llenar casi todos los días del amanecer al anochecer. Estoy empezando a conocer un poco más a los otros pasantes, sobre todo a Katarina, Leah y David. Katarina vive en Nueva York desde hace varios años, así que nos pasa información de cosas gratis para hacer en la ciudad. En todas mis fantasías sobre vivir en una gran ciudad, pasé por alto lo caras que son. Mis sueños de ir a galerías de arte y restaurantes han sido reemplazados por leer libros en Central Park, pasear por el High Line y comer ramen de noventa y nueve centavos en casi todas las comidas. Y, si bien la energía de la ciudad es tan increíble como había imaginado, también es un poco…

Cansadora. Y ruidosa.

Pero trato de no pensar tanto en eso. Es diferente, nada más. Solo necesito tiempo para acostumbrarme.

Dedico toda mi energía al proyecto de la exhibición, el que nos encomendó Benedita el primer día. Katarina, Leah y David tienen muy buenas ideas para el suyo: Leah quiere exhibir la obra de un artista local muy excéntrico que crea arte con basura, Katarina va a diseñar una exhibición para madres solteras y David quiere exhibir juguetes para niños desde el año 1300 hasta la actualidad. Yo paso

noche tras noche tratando de que se me ocurra algo igual de ingenioso, pero la inspiración recién me llega un día en Central Park.

Estoy trotando sola, intentando no pensar en un documental que vi acerca de una chica que fue asesinada mientras trotaba en Central Park, cuando veo a una mujer encorvada de cabello canoso que está sentada en una banca, luchando por abrir una botella de jugo. A su lado hay un perro diminuto y ruidoso, cuya correa está enredada de forma descuidada alrededor de la muñeca de su dueña. Mis pies se detienen ante el desastre inminente.

–¿Necesita ayuda? –le pregunto sin poder evitarlo.

La mujer me mira, entrecerrando los ojos con desconfianza. He notado que esa es la primera reacción de todos los neoyorquinos cuando les habla un desconocido.

Debo parecer bastante inofensiva, porque se relaja y me sonríe.

–Sí, gracias.

La mujer me da la correa del perro, y él se me viene encima, entusiasmado, mientras ella usa las dos manos para abrir la botella.

–Es muy lindo –digo, devolviéndole la correa.

(Eso es una mentirita piadosa: el perro es un chihuahua flacucho y medio pelado que tiene puestas un par de botas fucsias espantosas).

–¿Te parece? –pregunta la mujer, riendo–. Para mí, parece una rata pasada por agua. Es el perro de mi hija.

Contengo la risa y me agacho para darle una palmadita en la cabeza al pobre perro. No es culpa suya parecer una rata.

–¿Su hija vive aquí? –pregunto educadamente. La mujer no parece ser de aquí: para empezar, tiene puesta una camiseta que dice «Amo NY».

Pero me sorprende al negar con la cabeza.

–No, vive en Nueva Jersey. Vino a visitarme el fin de semana. Yo vivo aquí hace setenta y siete años –añade, y detecto un claro orgullo en su voz.

–Guau –digo–. Y… ¿le gusta?

Apenas las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que es una pregunta estúpida. Claro que le gusta Nueva York, si no, no se habría quedado tanto tiempo aquí (ni tendría puesta esa camiseta). Pero me da curiosidad saber qué es exactamente lo que le gusta. Toda la gente mayor de Waldon que conozco odiaría vivir en Nueva York. Les parecería demasiado ruidosa, demasiado acelerada, demasiado poblada.

–¡Claro! –responde–. Nací aquí durante la tormenta de nieve del cuarenta y siete, y jamás me fui.

La mujer se ríe, dejando al descubierto unos dientes postizos muy blancos y brillantes.

–¿Fue una tormenta fuerte?

–¿Fuerte? ¡Fue fuertísima! No como estas neviscas de ahora que la gente llama tormenta.

Sonrío. Eso es algo que diría una persona mayor de Waldon. Ninguna tormenta de nieve es tan fuerte como la que pasa frente a ti.

–Qué bien –digo–. ¿Y sus padres también nacieron aquí?

Resulta que sí y, durante la siguiente media hora, la mujer me habla de ellos: su madre era costurera y su padre, pintor. Me instalo en la banca y la escucho hablar, cautivada por el ritmo tranquilo de su discurso. Habla como Jim, mencionando nombres de amigos y familiares como si yo ya los conociera. «Y, obviamente, a la tía Mabel

eso no le gustó nada», dice, y asiento con complicidad, como si yo también conociera a la tía Mabel.

Le pregunto a qué se dedicaba ella, y eso es una historia aparte: cajera en un almacén, maestra de historia, ama de casa a cargo de seis (¡seis!) niños. Me está hablando de su hija menor, a la que le pone el mote graciosísimo de «la menos inteligente», cuando, de repente, mira el reloj.

–Ay, mira la hora que es. –Se pone de pie–. Me tengo que ir. Un placer charlar contigo, querida.

La mujer se aleja caminando sin prisa con el perro y, cuando miro mi teléfono, me doy cuenta, sorprendida, de que ya pasó una hora.

Siento un dolor extraño en el pecho al levantarme. Trato de correr otra vez, pero tengo las piernas lentas y pesadas, así que camino por el parque, pensando y mordiéndome el labio.

Me doy cuenta de que extrañaba hablar con gente mayor. Extraño hablar con gente que se crio en otra época. Extraño esa chispita de interés que se me enciende cuando aprendo algo del pasado, como la vez que Jim me contó sobre los contrabandistas de ron que había en la isla durante la Prohibición, o cuando la señora Finnamore describió el vestido que usó la reina Isabel II durante su gira real por la provincia. Es casi como viajar en el tiempo, como transportarte a un momento que pasó antes de que tú existieras.

Me detengo en seco: se me acaba de ocurrir una idea.

Eso es lo que quiero hacer para la exhibición. Quiero lograr que la gente sienta eso.

Al día siguiente, le explico mi idea a Benedita. Hablo rápido y con entusiasmo, inclinada hacia adelante en mi silla. Sé que solo es un

ejercicio de creatividad, pero siento que di con algo que está buenísimo.

–Imagina una sala oscura y silenciosa repleta de pequeños cubículos cerrados –digo–. Y en cada cubículo, se reproduce un video de una persona mayor hablando de cómo fue criarse en esta ciudad.

–¿Te refieres a artistas e historiadores? –pregunta Benedita.

–No, gente normal –respondo, animada–. Gente común y corriente contando historias comunes y corrientes. Como la mujer que conocí ayer en el parque. Me contó una historia muy graciosa sobre el lechero de su familia en los cincuenta. Los jueves, siempre se confundía el pedido. –Titubeo al ver que Benedita no parece encontrarlo muy gracioso–. Fue más chistoso cuando lo contó ella –admito–. Pero ¿entiendes la idea? Es una ventana al pasado, a través de las historias de personas que lo vivieron.

–Es una idea hermosa –dice Benedita, sonriendo–. Muy creativa.

Me muerdo el labio. Presiento que hay un «pero».

–Podría hacer otra cosa –propongo– si no te parece buena idea.

–No, no –responde ella–. Ya les dije que esto no se trata de realismo, sino de creatividad. –Aunque asiento, no puedo evitar preguntarme: ¿por qué no podría ser real una exhibición así?–. Lo que pasa es que el Met se enfoca más en arte y escultura –añade–. Pero es una idea muy ingeniosa. Yo iría a una exhibición así.

No me doy cuenta de si lo dice solo para dejarme tranquila, pero me las arreglo para sonreír.

–Voy a seguir pensando –le aseguro–. Ya se me va a ocurrir algo más… artístico.

–Avísame si necesitas ayuda –me dice amablemente, y después vuelve a mirar su computadora, donde tiene abierto un artículo sobre pintura antigua.

Me esfuerzo por mostrarme interesada y de buen humor, pero, la verdad, estoy un poco decepcionada. A mí me pareció que era muy buena idea. De hecho, fantaseaba con que, cuando Benedita la escuchara, quisiera que hiciéramos la exhibición de verdad. Pero eso fue bastante infantil de mi parte. El Met no es un museo de barriles diminuto en Waldon donde puedo apilar unos cuantos barriles y decir que es una exhibición. Es una de las colecciones de arte más grandes del mundo, y los videos de ancianos contando historias graciosas sobre lecheros no son arte.

«Pero ¿por qué no?», susurra una voz en mi interior.

Sacudo la cabeza para ahuyentar el pensamiento, pero estoy distraída todo el día y, a la hora del almuerzo, me descubro escribiendo «cuidadora particular Nueva York» en mi celular. Cierro la pestaña antes de que llegue a cargar, fastidiada conmigo misma. Sí, extraño hablar con gente mayor, pero ya decidí que no voy a intentar trabajar de cuidadora aquí. Necesito enfocarme en mi pasantía, mis nuevos amigos y mi nueva vida.

Abro una nueva pestaña y escribo «artistas emergentes jóvenes Nueva York» y, después de filtrar algunos resultados irrelevantes, encuentro a una artista de veintiún años que recrea pinturas famosas con dulces. Una *Mona Lisa* hecha de confites de chocolate, *La noche estrellada* con caramelos de frambuesa azul. En treinta minutos, ya armé mi presentación para fin de mes. Es alegre, extravagante y juvenil, todo lo contrario a mi primera idea.

Cuando les cuento la idea a Leah, Katarina y David mientras cenamos, sonríen y me dicen que les encanta. David sugiere que le ponga de nombre «La tierra del caramelo» para que tenga un nexo con su exhibición de juguetes para niños. Me obligo a reír, pero siento un vacío en el pecho.

–¿Estás bien, Emily? –me pregunta Katarina, ladeando la cabeza.

–Ah, sí –respondo al instante–. Solo estoy un poco cansada. Me despertaron unas sirenas a eso de las cinco de la mañana.

–Qué mal –me responde con una mueca–. Después de un tiempo te acostumbras. Yo ya ni las escucho.

–Sí, pero tú eres una chica de ciudad –interviene Leah–. Em y yo somos chicas de pueblo. ¿No, Em?

–¿De pueblo? –Katarina se echa a reír–. Tú eres de Boston, Leah.

–De las afueras de Boston –replica ella–. Vivía en suburbio diminuto. Solo había unos dos mil alumnos en mi secundaria.

–Dos mil es un montón, tontita –dice Katarina.

David me mira y hace una mueca. Katarina y Leah discuten un rato largo sobre la nada misma. Trato de sonreír, pero sigo pensando en las palabras de Leah.

«Em y yo somos chicas de pueblo».

Lo dice como si fuera algo innato e inmutable, como el color de ojos o la altura de alguien. Como si hubiera un gen de pueblo que te hiciera anhelar mañanas tranquilas y espacios abiertos. Se me curva un poco la boca al pensarlo. Si de verdad hay un gen de pueblo, John sin duda lo tiene. Y Kiara también, por más que le guste quejarse de Waldon.

Y yo…, no sé. Quizá soy pueblerina de corazón. Pero eso no significa que siempre tenga que ser así. La gente puede cambiar su

naturaleza si de verdad lo desea.

Sacudo la cabeza y vuelvo a prestar atención a la conversación entre Leah y Katarina, pero el pensamiento me sigue a casa en el metro y retumba bajo el traqueteo de los rieles y el bullicio de la multitud. En el silencio relativo de mi habitación, las palabras suenan más fuerte.

«La gente puede cambiar su naturaleza si de verdad lo desea».

Echo un vistazo por la ventana, observo a toda la gente, miro todas las luces. Para esto vine. El ruido, la energía. Yo quiero esta vida.

¿O no?

CAPÍTULO 34

El viernes, al final de nuestra tercera semana de pasantía, el cronograma nos convoca a todos a volver al aula cuando termina el día, y Benedita nos comparte una noticia muy emocionante. Estamos invitados a volver al museo esta noche para asistir a la gala que organiza uno de los principales mecenas. Un murmullo de entusiasmo recorre el aula. Mientras Benedita reparte las invitaciones, escucho a Lydia (o, como todavía le digo por dentro, la chica del cuaderno) susurrarle a su amiga: «Obviamente voy a usar Prada».

Como yo no tengo ropa de Prada (y seguro no podría pagar ni una imitación), me pongo mi vestido y mis zapatos más bonitos después de cenar y vuelvo al museo a las ocho. Todo el edificio está iluminado desde adentro, y hay mucha gente en vestido de gala y esmoquin en las escaleras. Siento que acabo de aterrizar en una escena de *El diablo viste a la moda* (solo que yo estoy vestida como la chica antes de su transformación).

Adentro, hay una energía atronadora y preciosa y bastante intimidante. Rechazo amablemente la copa de champán que me ofrece un camarero (¿no se da cuenta de que no soy una invitada de verdad?) y voy corriendo a un rincón, desde donde espío a algunos

de mis compañeros. Todos desentonan tanto como yo, excepto Lydia, que tiene puesto un vestido de gala espectacular y se la pasa echándose el pelo hacia atrás y sonriéndole a uno de los invitados.

La conversación de los pasantes gira en torno a sus planes de estudios en el otoño, y trato de prestar atención, pero me cuesta oír lo que dicen. El techo alto y los suelos de mármol pulido hacen que todo suene más fuerte y, al mismo tiempo, más amortiguado. Sonrío y asiento cada tanto, y cambio de posición disimuladamente cuando me empiezan a doler los pies por los tacones.

Después de un rato, empiezo a dispersarme. Echo un vistazo a mi alrededor para absorber la atmósfera general. El Gran Salón es increíblemente hermoso de noche, con esa luz tenue que magnifica todos los detalles delicados de las paredes y el techo, y todos los invitados lucen muy refinados y deslumbrantes. Es el tipo de evento al que siempre soñé ir, pero no logro imaginarme que alguna vez vaya a pertenecer a este mundo, por mucho que lo intente.

A lo lejos, diviso a Benedita. Está recorriendo el salón con su esposa que, por lo que me contaron, también es curadora en el museo. Las dos llevan vestidos de gala largos que seguro no son tan caros como los de los otros invitados, pero a mí me parecen igual de hermosos. Parecen estar teniendo una charla seria sobre algo, aunque, cada dos pasos, las interrumpe algún invitado que quiere hablarles.

Escucho fragmentos de su conversación a medida que se acercan.

–Ana no puede hacer ballet la misma noche que Molly hace taekwondo, a menos que encontremos un lugar más cerca… ¡Buenas noches, señora Bellmont! Sí, la colección está quedando espectacular. Le agradezco…

–¿Y si dejamos que Ana viaje sola en metro? Ya tiene catorce años, yo creo que… Ah, hola, Frederick, qué gusto verte. ¿Cómo está tu esposa? Debe estar por dar a luz en cualquier momento, ¿no?

–Por Dios, qué hombre insufrible. Lo último que necesita este mundo es más ADN suyo… ¡Ay, hola, mis queridos pasantes!

El resto del grupo gira hacia Benedita al escuchar su saludo, y Lydia va corriendo a halagar su atuendo. Yo me quedo atrás, sonriendo apenas. Quizá no pueda imaginarme como una de las invitadas elegantes y adineradas, pero sí puedo imaginarme en el lugar de Benedita, trabajando arduamente en un lugar que amo, con una pareja a mi lado que me entiende de verdad.

Dos pasantes se quedan atrás, cerca de mí, y murmuran entre ellos.

–¿Viste a ese tipo? –susurra uno–. Trabaja en el *New York Times.* Voy a presentarme, ¿quieres venir?

Me sobresalto, alarmada. El *New York Times.* Mierda.

El día fue tan largo que me olvidé de jugar a Wordle. Ya estoy muy cerca del año. No puedo abandonar ahora.

Murmuro algo sobre buscar un baño y voy deprisa a una sala más tranquila. Cuando tomo el teléfono, veo que me llegaron un par de mensajes.

[7:53] **Rose:** Me llegó el rumor de que Shelley se va a mudar a Charlottetown

[7:53] **Rose:** Todos los que trabajaron con ella en la tienda están pensando en juntar dinero para pagarle el camión de mudanzas ;-)

[7:53] **Rose:** Espero que estés bien!

[8:05] **Kiara:** Quieres que nos juntemos (virtualmente) a tomar café este fin de semana?
[8:05] **Kiara:** Quiero que me cuentes como te está yendo
[8:05] **Kiara:** Además tengo una noticia
[8:06] **Kiara:** (NO, no estoy embarazada)
[8:06] **Kiara:** (Gracias a Dios)
[8:06] **Kiara:** Es sobre John
[8:07] **Kiara:** Espero que no te resulte raro que te hable de él, pero pensé que te interesaría saber que compró el taller
[8:07] **Kiara:** O mejor dicho, va a comprarlo
[8:07] **Kiara:** El imbécil de Fred le cobra una fortuna, así que John le va a pagar de a poco a lo largo de un par de meses
[8:07] **Kiara:** Pero igual está buenísimo!
[8:08] **Kiara:** A menos que saber cosas de John no esté buenísimo y te ponga triste
[8:08] **Kiara:** En cuyo caso, por favor, elimina estos mensajes de tu cerebro

Se me forma un nudo en el pecho. ¿John compró el taller? Miro la sala vacía a mi alrededor. Me siento…

No sé cómo me siento. Tengo un cosquilleo en las puntas de los dedos, y una sensación extraña se agita en mi interior.

No puedo creer que John comprara el taller.

Mi pulgar revolotea sobre el teléfono. La necesidad de escribirle es casi abrumadora. Pero ¿qué le voy a decir? ¿Que me alegro por él? ¿Que estoy orgullosa de que persiga sus sueños? ¿Que desearía estar ahí para verlo cumplirlos?

Me paso la mano sobre la mejilla con impaciencia. De pronto, prácticamente estoy llorando, lo cual no tiene sentido. John y Waldon ya quedaron atrás. Esta noticia no cambia nada.

¿O sí?

Hago una mueca cuando se abre la puerta. Un par de camareros de uniforme caminan hacia mí llevando pesadas bolsas de hielo y me clavan la mirada con curiosidad. Carraspeo y abro Wordle, solo para tener algo que mirar.

Trato de pensar una palabra para empezar (una palabra que capture la energía de esta gala, quizá), pero, por algún motivo, tengo la mente en blanco.

«SUEÑO», susurra una voz en mi cabeza. Como en: John va a perseguir su sueño.

Sacudo la cabeza bruscamente. No voy a usar esa palabra. Estoy contenta por John, pero su futuro no tiene nada que ver conmigo.

FRASE, escribo, recurriendo a mi vieja palabra comodín. Después de un par de intentos, descifro la respuesta: ALGAS.

Me quedo mirando la palabra un segundo, con una extraña sensación de vacío. Las respuestas de Wordle siempre me hacían sentir un pequeño estallido de emoción. Eran una señal de que estaba un día más cerca de alcanzar la racha de un año, quizá, incluso, una señal de algún evento significativo en mi vida. Ahora, lo único que veo es una palabra cualquiera de cinco letras.

Levanto la vista hacia el techo alto y pintado, pero lo único que veo es a John parado en la puerta de mi casa en Waldon. «Yo también fantaseo con el trabajo de mis sueños». Otra vez se escuchan pasos en el pasillo. Los camareros ya no están; David, Katarina y Leah vienen hacia mí, un poco ruborizados y sonrientes.

–¡Ahí estás! –exclama Katarina con alegría.

–Benedita dijo que podemos pasear un poco por el museo ahora que está vacío –añade Leah–, siempre y cuando les digamos a los

guardias de seguridad a dónde vamos y no tratemos de robar ninguna obra de arte invaluable. ¿Quieres venir?

–Claro –respondo por inercia–. Suena genial.

–Esperen que hago pis –dice Katarina, y entra al baño de mujeres que está ahí cerca.

–Demasiado champán –añade Leah, yendo tras ella.

David me sonríe cuando la puerta del baño se cierra, y noto que tiene linda sonrisa. Es ancha y pareja, y se le forman hoyuelos en ambas mejillas.

–¿Te estás divirtiendo? –me pregunta.

–Este lugar es hermoso de noche –respondo, asintiendo.

–Totalmente. –David echa un vistazo a mi teléfono–. Oye, ¿eso es Wordle?

–Ah, sí. –Sonrío con timidez–. Tenía que jugar antes de medianoche.

–No me muestres la respuesta –me dice, tapándose los ojos con una mano–. Todavía no jugué. No quiero hacer trampa.

–¿Llevas una racha?

–Voy noventa y dos días –dice, asintiendo–. ¿Y tú?

–Casi un año.

Él suelta una risita alegre y despreocupada.

–Espectacular.

Katarina y Leah salen del baño, riendo y tambaleándose un poco.

–Vamos –dice Leah–. Vamos a explorar.

Ella y Katarina encabezan la comitiva, tomadas del brazo, y David camina unos pasos detrás. Se da vuelta y me sonríe.

–¿Vienes? –me pregunta, y me extiende la mano con la palma hacia arriba.

Mientras está parado ahí, sonriendo bajo las luces destellantes, me pasa algo, algo que no sé si podría explicar incluso si viviera hasta los cien años. De pronto, tengo como una… visión, supongo, de cómo sería mi vida si le diera la mano.

Él, Leah, Katarina y yo vamos a ser cada vez más unidos. Vamos a cenar juntos y a reír en el almuerzo mientras tomamos café, vamos a empezar a compartir nuestras esperanzas, nuestros problemas y nuestros miedos. Y una noche, mucho más adelante, cuando los recuerdos de John se hayan desvanecido, David me sonreirá y me invitará a cenar, y yo diré que sí, llena de entusiasmo explosivo y alegría desenfrenada.

Saltemos en el tiempo cinco o diez años más, y los dos estamos trabajando de curadores en un museo importante. Quizá en el Met, quizá en otro lado. En un evento, los invitados nos detienen cada dos pasos, y, entre interrupción e interrupción, charlamos sobre el medicamento para las pulgas del perro o sobre un viaje que estamos planeando. Él dice algo gracioso y yo me río y le doy un golpecito en el brazo. No todo es perfecto –quizá de vez en cuando peleamos, quizá hay partes de nuestro trabajo que son medio monótonas–, pero, a fin de cuentas, soy feliz. Feliz de verdad.

Podría tener eso. Me lo imagino con total claridad. Y sería una buena vida. Una buena vida de verdad.

Pero también podría tener una vida diferente. Una vida que huele a sal marina, donde las horas pasan más lentamente y la música de mis mañanas es el zumbido de los botes pesqueros. Quizá hay un museo en esa vida, o quizá no. Quizá mis días están llenos de música de los cincuenta y voces tranquilas y ancianas cascarrabias que no confían en mi endeble auto moderno.

Los detalles de esa vida quizá sean distintos (algunos serán un poquito mejores, algunos serán un poquito peores), pero el resultado final es el mismo.

Soy feliz. Feliz de verdad.

De pronto, la voz de Jim resuena en mis oídos. «Estoy seguro de que quería hacer miles de cosas. Pero no puedes hacer todo lo que quieres en la vida».

En ese momento, no entendí a qué se refería. Ahora, parada aquí en el Met mientras David me ofrece la mano y Leah y Katarina me sonríen detrás de él, creo que lo entiendo.

Hay miles de cosas que podría hacer con mi vida. Millones de caminos serpenteantes que podría tomar. Y quizá siempre haya uno más luminoso o cálido, pero, en algún momento, tengo que dejar de dar vueltas y elegir uno.

Y este camino…, este futuro brillante y radiante que está frente a mí…

No es el que voy a elegir.

–¿Emily? –pregunta David–. ¿Vienes?

Pestañeo. David dejó caer la mano, y los tres me están sonriendo, expectantes.

Después de un momento, les sonrío yo también. Hay un silencio extraño y perfecto dentro de mi cabeza, como cuando por fin termina una tormenta.

–Sí –digo–. Voy.

Mis tacones repiquetean sobre el mármol mientras los sigo por el pasillo. Voy a compartir una noche increíble con ellos tres, explorando el Met sin que haya ni un solo turista. Voy a tomar

champán y comer entremeses y empaparme de cada segundo de esta experiencia maravillosa.

Y después, por la mañana, voy a desmantelar este sueño hermoso.

CAPÍTULO 35

Tres días después, arrastro mis maletas dentro de mi Airbnb en Waldon y me desplomo en el sofá, hecha una bola de cansancio y sudor.

Dios mío.

Fueron los tres días más largos del mundo.

Darme de baja de la universidad fue más fácil de lo que pensé. Dos correos de disculpa, una llamada telefónica incómoda con un funcionario de admisiones, y listo.

Dejar la pasantía fue mucho más doloroso. Benedita parecía muy decepcionada, por más que dijo que lo entendía, y no logré expresar bien mis motivos para marcharme. Cuando salí de su oficina, tenía el pecho oprimido y me faltaba el aire, y no paraba de pensar en lo que dirían los demás cuando se enteraran de que había renunciado.

«Eligió a un tipo cualquiera en vez de la pasantía», decía la voz de Fallon.

«Ni siquiera piensan tener hijos», agregaba Martha.

«Jaja», intervenía Divya.

Pero apreté los dientes y me dije: «No seas tonta». Ya había tomado una decisión y no iba a cambiarla basándome en las opiniones de los demás. Y, además, no me fui solo por un tipo. John

solo influyó en parte en mi decisión. Fue una parte importante, sí, pero no por eso deja de ser solo una parte.

Resolver el resto de los asuntos de Nueva York fue bastante fácil. Mis padres ya habían pasado a buscar mis cosas por mi antigua casa en Waldon, así que las llevaron al aeropuerto para que las recogiera cuando aterrizara en Halifax, junto con mi auto. Pensé que iban a estar decepcionados porque decidí irme de Nueva York, pero, para mi sorpresa, los dos parecían aliviados. Mi madre hasta hizo un comentario de lo feliz que parecía yo en Waldon. Y ni siquiera me molesté en contarles a Fallon, Martha o Divya, así que no tengo que preocuparme por que ellas me juzguen.

Volver a vivir a Waldon fue un poco más complicado. Mi antigua casa ya se vendió, de acuerdo a la información en la página de bienes raíces, y tratar de encontrar un apartamento que pueda pagar en un pueblito de Canadá lleva bastante más que setenta y dos horas. Hasta que tenga más tiempo para buscar, estoy atrapada en un Airbnb pequeñísimo que las reseñas describen como «incómodo» y «diminuto» y «asqueroso».

Miro a mi alrededor y, efectivamente, el lugar es incómodo y diminuto y asqueroso. Solo hay dos habitaciones –un baño diminuto y una habitación/sala de estar/cocina/entrada/lavadero igual de diminuta– y se cuela el olor delator a marihuana del apartamento de al lado. Pero es tan barato que, por ahora, no me molesta.

Abro la botella de vino tinto que compré de camino a casa (la única parada que hice desde el aeropuerto de Halifax) y marco el número de la pizzería del pueblo. Pido una pizza grande y después le pido a Johnny, el repartidor, si también me puede traer algún chocolate que tengan en el negocio.

No puedo darme el lujo de comprar pizza ni vino ni chocolate caro, mucho menos después de haber perdido el depósito de la universidad y de haber pagado el vuelo de regreso a casa, pero esta noche no voy a pensar en eso. Porque si me pongo a pensar –si pienso en que ahora no tengo nada, ni trabajo ni dinero ni un lugar fijo para vivir ni novio–, seguro termine en posición fetal en el suelo, sollozando mientras tomo vino.

En cambio, decidí que lo mejor es ser optimista. Estúpida e irracionalmente optimista.

Voy a conseguir un nuevo trabajo. Voy a encontrar un nuevo lugar donde vivir. Voy a reconquistar a John.

Cuando llegan la pizza y el chocolate, me acurruco en la cama (que también es el sillón) y desbloqueo mi celular. De alguna manera, incluso en medio de todo este caos, logré mantener mi racha en Wordle, y ni loca pienso perderla ahora.

AGRIO, escribo. Como en: el olor de mi nuevo apartamento.

Mmm. La I y la O se ponen verdes.

VACÍO (este apartamento está muy desprovisto).

¡Bien! La C también se pone verde.

SUCIO, escribo confiada, y observo cómo las letras se van poniendo verdes de a una.

Suelto una risita sarcástica. AGRIO, VACÍO Y SUCIO. Eso resume bastante bien mi alojamiento actual.

Bueno, no importa. Tomo mi computadora portátil y abro un archivo nuevo para escribir una lista de tareas.

Tengo mucho que hacer.

***

Lo primero que hago al día siguiente es ir al apartamento de John. Y sí, ya sé que mi prioridad número uno debería ser el trabajo y no mi vida amorosa, pero prefiero pensar que estoy priorizando ambas cosas por igual. Solo empiezo por lo de John porque su apartamento queda de pasada a la casa de Jim. Obviamente.

Mi corazón parece querer saltar de mi pecho cuando ingreso el código en la entrada y subo las escaleras hasta su apartamento. Me aliso el pelo con la mano y, por dentro, practico el discurso que preparé. Al principio, me imaginaba dando un monólogo largo y apasionado en el que decía que haberlo dejado para irme a Nueva York había sido el peor error de mi vida, pero descarté esa idea casi al instante. En primer lugar, eso no es cierto. Estoy contenta de haber ido, aunque solo sea porque me ayudó a darme cuenta de que lo que realmente quiero es estar aquí, empezar mi negocio de servicios de cuidado y (con suerte) estar con John.

En segundo lugar, John no es la clase de persona que valoraría un discurso romántico. En todo caso, me escucharía hablar, levantaría una ceja y diría: «Sí, quizá haya sido lo mejor haber terminado».

Pero bueno, el discurso que preparé es la pura verdad: volví de Nueva York, vine para quedarme y me gustaría mucho que volviéramos a estar juntos, por favor.

Cortito y al pie.

Uy, mierda.

Ya estoy frente a su puerta.

Trago saliva y golpeo fuerte tres veces. Espero, moviéndome sin parar, y vuelvo a llamar. No hay respuesta. Miro mi celular. Recién

son las ocho y veintidós de la mañana. ¿John habrá ido a trabajar más temprano por algún motivo?

Suspiro. No quiero tratar de que nos reconciliemos en el taller, pero parece que no tengo otra opción.

Estoy bajando las escaleras cuando casi me choco de lleno con la madre de John.

–¡Carla! –exclamo–. Digo, señora Smith.

No sé si tengo permitido decirle Carla ahora que John y yo no estamos más juntos. Pero sus ojos se iluminan al verme.

–¡Emily! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No estabas en Nueva York?

–Estoy buscando a John –digo–. Eh…, volví.

–¿Y qué pasó con tu pasantía y la universidad? –me pregunta, ladeando la cabeza.

–Decidí que prefiero estar aquí –respondo, mordiéndome el labio.

Ella me observa un momento y sonríe.

–Qué bueno. Ayúdame a alimentar a los peces de John, ¿sí?

Pestañeo, sorprendida. Esperaba más preguntas, pero Carla ya se dio vuelta y está subiendo las escaleras.

–Eh… ¿él no está? –pregunto, vacilante, mientras la sigo.

–Está en Toronto, en el casamiento de su amigo.

Ay, rayos. Me había olvidado de eso. Se debe haber ido ayer, si no me falla la memoria.

–¿Cuándo vuelve?

–La semana que viene. El martes, creo.

Carla abre la puerta del apartamento y entramos. Se me agita el corazón al ver el lugar familiar, aunque es medio raro estar aquí sin que él sepa.

–Se pondrá contento de saber que volviste –dice Carla.

–Sí, puede ser –respondo, sonrojándome–. O sea…, no es que espere algo ni nada de eso.

–¿Por qué no? –me pregunta mientras abre la alacena en busca del alimento de los peces.

–No sé. Es difícil de perdonar, ¿no? Básicamente, elegí otra vida en lugar de a él –digo, mordiéndome el labio.

–No sé si es tan así –repone Carla, riendo–. A veces el amor y la vida real son incompatibles, nada más. Si mañana Laurent decide mudarse a la Antártida y pasar el resto de su vida pescando en el hielo, ni loca me mudo ahí con él. –Carla me sonríe–. La gente cambia, la vida cambia. Si decidiste que esta es la vida que quieres, estoy segura de que tú y John pueden arreglar las cosas. Siempre y cuando estés segura, claro. No les va a hacer bien a ninguno de los dos volver si después cambias de opinión otra vez, o si le guardas rencor por haber renunciado a Nueva York.

–No va a ser así –le aseguro–. Sinceramente, John es solo una parte de los motivos por los que volví. –Me lamo los labios–. Quiero tratar de convertir mi trabajo de cuidadora en un negocio de verdad. Creo… No sé. Creo que me podría ir bien.

–Yo pienso lo mismo –dice Carla, sonriendo. Después, ladea la cabeza–. Pero pensé que te gustaba trabajar en un museo.

–Así es –admito, con el corazón compungido–. Y mucho. Pero… no puedes hacer todo lo que quieres, ¿no? Tarde o temprano, hay que elegir. –Levanto el mentón–. Y me encanta trabajar con gente mayor.

–Me parece muy bien –dice Carla, y suena sincera.

–Hoy voy a suplicarles a todos mis clientes que me vuelvan a contratar –le cuento.

–¿Suplicarles? –Carla suelta una risita–. Querida, te fuiste ¿cuánto, un par de semanas? Diles que cambiaste de idea y seguro estarán encantados de contratarte otra vez. Y, si quieres, puedo preguntar en el hospital para ver si saben de alguna persona que necesite ayuda.

–¿De verdad harías eso?

–Claro. Por ejemplo, tengo cinco pacientes a los que les di el alta el mes pasado que necesitan ayuda en casa con urgencia. Y muchos son jubilados que compraron casas aquí por capricho durante la pandemia, así que dinero tienen.

–Carla…, gracias.

Trato de transmitir toda la gratitud que siento con mis palabras. Ella me sonríe, y yo también sonrío y, por un segundo, creo que las dos estamos pensando lo mismo. Si John y yo volvemos…, Carla quizá sea mi suegra algún día.

Ella se da vuelta a pesar el alimento y lo rocía sobre el agua. Nos quedamos mirando en silencio mientras los peces comen. Pez Uno, Pez Dos y Pez Tres. Elabora, espadachín y geocéntrico.

Carla me aprieta el brazo y exhalo profundamente. Siento aliviarse un poco de la tensión que cargo en los hombros.

–Vamos –me dice–. Te invito a tomar un café.

CAPÍTULO 36

Si me quedaban dudas sobre regresar a Waldon, estas se disipan por completo cuando estaciono frente a la casa de Jim. Él está sentado en la gran silla de mimbre que tiene en el porche, y se le ilumina todo el rostro al verme bajar del auto. Mentiría si dijera que no se me llenaron los ojos de lágrimas cuando exclamó mi nombre.

Preparamos té y nos sentamos en el porche, mirando pastar a los caballos del vecino y charlando un rato. Le cuento un poco sobre Nueva York y él me pone al día con los últimos chismes de Waldon, pero, más que nada, tomamos el té y respiramos el aire cálido del verano.

–¿Vas a volver a trabajar al taller mecánico? –me pregunta mientras le sirvo más té.

–No, con mi jefe quedó todo mal –respondo con una mueca–. Lo que quiero hacer es tratar de convertir mi trabajo de cuidadora en un negocio de verdad. Así que si tienes algún amigo que necesite ayuda… –añado con una sonrisa pícara, y Jim suelta una risita.

–Lamentablemente, todos mis amigos ya se han ido. Ese es el problema de vivir tanto como yo.

–No te sientes muy solo, ¿no? –pregunto, escrutándole el rostro.

–Bah. –Jim hace un gesto, como quitándole importancia al asunto–. No te preocupes por mí.

Chasqueo la lengua, preocupada, pero me doy cuenta de que él no quiere que insista.

–Quizá cuando ya tenga página web, me puedas dejar una reseña –sugiero para cambiar de tema–. No me voy a ofender si me dejas solo cuatro estrellas.

–¿De verdad piensas que solo te pondría cuatro sobre diez?

–Yo decía cuatro sobre cinco –respondo, riendo.

–Mmm. –Jim me sonríe–. Creo que podemos dejar una mejor reseña.

Sin pensarlo, me estiro y le aprieto la mano. Tiene la piel seca y fría, y me sujeta con fuerza.

–Te extrañé –le digo.

Él me da una palmadita en la mano, y se hace un silencio cómodo. Lo aprieto una vez más antes de soltarlo.

–Supongo que te arreglaste con John –me dice.

–Todavía no –respondo, con una mueca–. Está en Toronto esta semana. Todavía ni le dije que volví. –Tamborileo los dedos en los apoyabrazos de la silla–. Supongo que podría llamarlo, pero siento que es mejor hablarlo en persona.

Jim asiente con gesto distraído.

–Es un buen muchacho.

Nos quedamos sentados en el porche un rato, mirando cómo los árboles se mecen suavemente por la brisa. Los caballos del vecino mueven la cola apaciblemente en el campo y, a lo lejos, se escucha el sonido rítmico de alguien talando madera.

–Estoy contenta de haber vuelto –murmuro.

No estoy segura de que Jim me haya escuchado. Está mirando el paisaje, igual que yo, con una expresión soñadora en los ojos. Me estiro para darle la mano otra vez, y sonrío mientras el tiempo se escurre entre nosotros.

***

Durante los siguientes tres días, me paso cada minuto trabajando.

Y sí, claro que estoy exagerando. Por supuesto que hago pausas para comer y jugar a Wordle y, en un momento, tengo el cerebro tan saturado que miro como cincuenta videos de perritos en YouTube de corrido.

Pero, la mayor parte del tiempo, estoy trabajando.

Después de pasar a visitar a Jim, voy a ver a la señora Finnamore y a Doris para preguntarles si quieren que vuelva a brindarles mis servicios. Para mi alivio, las dos aceptan sin reprocharme nada. Bueno, la señora Finnamore está un poco molesta porque me mudé, ya que alguien compró mi antigua casa y está convencida de que debe ser un «rufián», y Doris comenta que sabía que yo volvería porque Nueva York es un lugar para «chicas avispadas», como su nieta Florence, pero hago de cuenta que no la oigo.

Después de eso, paso una hora con un chico de veintidós años llamado Kevin que vive en el sótano de sus padres en Charlottetown.

Espera, suena medio mal lo que acabo de decir.

Vamos de vuelta.

Después de eso, paso una hora con un diseñador gráfico *freelance* llamado Kevin, que encontré en internet, y que se ofreció a diseñar

el logo de mi negocio de servicios de cuidado a mitad de precio si dejo una reseña de cinco estrellas en su página.

Kevin es medio intenso (hice un comentario cortés sobre lo sofisticada que parece su computadora, y estuvo media hora hablando de que cualquiera que use menos de tres monitores es un simplón), pero me gusta bastante el logo que diseñó. Es la silueta de una casa de estilo antiguo, como las que se ven por toda la isla, con tejado a dos aguas y chimenea de ladrillos, y en la puerta tiene un corazoncito en vez de manija. En un círculo alrededor de la casa, dice «SERVICIOS DE CUIDADO QUÉDATE EN CASA», que es el nombre que elegí para el negocio. Había pensado en incluir mi nombre de alguna manera, pero creo que así es mejor, porque ese es el motivo por el cual mucha gente busca cuidadores y el motivo por el que quiero trabajar de esto: para ayudar a que la gente pueda quedarse en su casa un poco más.

Kevin también me ayuda a diseñar dos volantes y usa su impresora para hacer cincuenta copias de cada uno. De ahí, voy al campus de la universidad, donde dejo el primer volante en todas las carteleras que encuentro. Este no es para ofrecer servicios de cuidado a personas mayores, obviamente, sino para publicitar un trabajo de medio tiempo cuidando ancianos a domicilio. Ya sé que es medio arriesgado ponerme a buscar empleados, pero me dije que si voy a hacer esto, bien podría hacerlo a lo grande. Y, así, puedo expandir el negocio fuera de Waldon.

Mi idea es ocuparme de encontrar y evaluar clientes y de organizar los cronogramas, además de comunicarme con las familias de los clientes y resolver cualquier conflicto o problema que pueda surgir. Voy a quedarme con el diez por ciento de las ganancias de los

empleados por encargarme de esa parte del trabajo. (Al principio, la idea me resultaba un poco desagradable, pero después recordé lo horrible que era tener que hablar con Debra y decidí que el diez por ciento es más que justo).

Es un precioso día de verano, y el campus rebosa de energía y de gente. Doy vueltas un rato, mirando a los estudiantes que se apresuran a ir de una clase a la otra o descansan en el césped verde brillante. Yo podría haber estado haciendo esto mismo en la Universidad de Nueva York en un par de semanas: familiarizándome con el campus, haciendo amigos, buscando el rinconcito perfecto en la biblioteca para estudiar de noche.

Siento una punzada de tristeza genuina por lo que perdí, pero cuando miro los volantes que tengo en la mano, el dolor se alivia un poco. Esta es la vida que elegí. Este es el camino que decidí tomar. No será perfecto ni fácil, pero se siente tan acertado como cuando estaba bajo las luces destellantes del Met, con David ofreciéndome la mano.

Inhalo profundamente y exhalo. Después, me doy vuelta y camino hacia el auto, tarareando un poco.

CAPÍTULO 37

Al día siguiente, recorro Summerside. Dejo volantes para clientes en todos los almacenes, iglesias y centros comunitarios que encuentro. El día después de eso, empapelo Waldon. Paso por el hospital del pueblo y dejo volantes ahí (la mayoría para clientes, pero un par para empleados) y después recorro las tiendas del pueblo. En la confitería, la cajera se alegra cuando ve el volante y me comenta que su tía abuela necesita ayuda desesperadamente.

–La ayudaría yo misma –me dice–, pero no me deja. Creo que le resulta más fácil pedirle ayuda a un desconocido. Siente que es una carga para nosotros.

Sonrío y le doy mi número de teléfono, y me promete que se lo pasará a su tía. Después, me regala un café helado y una galleta con chips de chocolate.

Vuelvo caminando bajo el sol, subo al auto y tomo mi café helado de camino a la casa de Jim. Dudo mucho que haya lavado la ropa desde que me fui, y también quiero limpiar un poco la cocina.

Cuando estaciono en la entrada, veo otro auto, un Honda rojo con matrícula de Nuevo Brunswick. Lo observo con interés. El hijo y la cuñada de Jim iban a venir a visitarlo ayer. Anoche, lo iban a llevar a cenar a un restaurante en Summerside.

Mientras estoy subiendo los escalones desvencijados del porche, se abre la puerta de entrada y aparece un hombre alto de unos setenta años. Lo primero que pienso es que no puede ser el hijo de Jim: es tan mayor que podría ser mi abuelo. Pero después recuerdo que Jim tiene noventa y seis años, o sea que hasta su hijo más joven tiene más de setenta.

–Hola –lo saludo con tono simpático–. Soy Emily.

–Ah, Emily, claro. –El hijo de Jim me estrecha la mano amablemente. Ahora entiendo por qué Rose dijo que era un rompecorazones. Aunque es grande, tiene una sonrisa encantadora y una abundante melena de cabello rizado–. Mi padre me habló de ti. Soy Herman.

–Un gusto. Perdón por interrumpir –añado–. Iba a lavar la ropa, pero puedo venir más tarde si ahora es mal momento.

A Herman le cambia la mirada.

–Ah. Por desgracia, eso no será necesario.

–¿No? –pregunto, confundida.

Herman me sonríe con dulzura y, con un gesto, me invita a sentarme en la silla de mimbre de Jim. Me acomodo, sintiendo cómo cambia el latido de mi corazón.

–Lamentablemente, mi padre falleció anoche –dice Herman–. Lo acabo de encontrar hace una hora. Debe haber muerto mientras dormía.

Me quedo mirándolo, sin escuchar nada más que el latido suave y constante de mi corazón.

–Falleció –repito, inexpresiva.

–Sí, lamentablemente sí.

–Lo… –Llevo la mirada al campo del vecino de Jim, pero no veo nada–. Lo siento mucho…

–Él quería morir así –dice Herman, negando suavemente con la cabeza–. Y extrañaba muchísimo a mi madre. –Aunque tiene los ojos tristes, sus labios dibujan una sonrisa–. Era hora de irse.

Me hundo en la silla, sintiendo… No sé ni lo que siento.

–¿Todavía está aquí? –pregunto con voz ronca, y Herman asiente.

–Los forenses deben estar por llegar. ¿Quieres verlo?

Lo miro fijo. ¿Quiero verlo?

–Sí. –Me pongo de pie–. Sí, claro.

Camino por la casa con cierta rigidez, como si estuviera en piloto automático. Herman no me sigue, y siento un leve agradecimiento. Necesito hacer esto sola.

Ay, Dios. No puedo hacer esto sola.

No puedo hacer esto, punto. Nunca vi a un muerto. No estoy lista. No puedo hacerlo.

Mis pies se detienen frente a la habitación de Jim. La puerta está entreabierta. Veo la cómoda de caoba donde solía guardar su ropa doblada.

Un dolor insoportable está naciendo dentro de mí, robándome el aire de los pulmones y creando un gran nudo en mi garganta. Pero mi cuerpo se mueve sin mi autorización: mi mano empuja la puerta y mis pies entumecidos me transportan dentro.

Y todo el dolor se desvanece en un segundo cuando veo a Jim acostado en su cama.

Ah.

Ahí está.

No sé cómo explicarlo, pero al ver la expresión relajada de su rostro y la suavidad extraña, casi angelical, de su piel, ya no me siento triste. O, mejor dicho, no me siento triste por él. Me siento triste por mí, porque lo voy a extrañar muchísimo.

Pero Herman tiene razón.

Era hora de irse.

Me acerco a la cama y me siento en el borde. El viejo colchón cruje bajo mi peso. La manta le cubre hasta el pecho (tiene puesto el pijama suave de franela que nunca me permitía lavar) y sus manos descansan a los costados. Le tomo la mano. Tiene la piel fría y seca, y sus dedos inertes no se mueven bajo los míos.

Me ruedan lágrimas por las mejillas, pero no son exactamente lágrimas de tristeza. Hay cierta felicidad intensa, casi dolorosa, en ellas.

–Te voy a extrañar mucho –susurro.

Él no me responde. Por supuesto que no me responde. Ya está en otro plano, muy lejos de mí. Su historia ha terminado.

Miro su rostro y recuerdo el sonido grave de su risa, las arrugas que le surcaban los ojos cuando sonreía, el movimiento de su rodilla al ritmo de *Little Darlin´* de los Diamonds.

Tarareo una parte de la canción, sonriendo a pesar de las lágrimas, y le aprieto la mano una última vez. Doy un suspiro profundo y tembloroso y me doy vuelta para marcharme. Cuando lo hago, mis ojos se detienen en su mesa de noche. Hay un par de lentes viejos, un libro de tapa blanda maltratado y un cuaderno abierto. Jim escribió dos frases cortas con su letra grande y apenas inclinada.

«Emily es un gran consuelo para mí. Recomiendo mucho sus servicios».

Me río, medio sollozando, y lo miro otra vez, mientras un río de lágrimas cubre mi rostro. Después, me inclino y beso su mejilla suave y fina como el papel.

–Adiós, Jim.

CAPÍTULO 38

Al día siguiente, me despierto al amanecer. Un resorte suelto del colchón del Airbnb se me está clavando en la espalda, y seguramente es eso lo que me despertó, pero no me molesta. Todo el apartamento está bañado de un brillo dorado, y una brisa cálida se cuela por la ventana.

Me pongo una camiseta y un pantalón corto y enfilo hacia el pueblo. Todavía tengo algunos volantes en el bolso, pero hoy no planeo repartirlos. Solo quiero caminar un rato y pensar en Jim.

Un poco espero que me golpee una ola de dolor, pero, en cambio, me invade la misma sensación de paz que sentí ayer. El hijo de Jim, Herman, y yo nos quedamos sentados en el porche un rato ayer, intercambiando recuerdos de Jim hasta que llegaron los forenses. Después, les mandé un mensaje a Rose y Trey, y los tres nos juntamos a cenar. Rose lloró un poco (ella conocía a Jim incluso mejor que yo), pero me di cuenta de que en realidad no estaba triste por él. Ella sabía que él estaba listo. Llevaba mucho tiempo listo, desde la muerte de su esposa.

Nos pasamos el resto de la noche contando historias sobre él, riendo y llorando y brindando en su honor. No va a haber funeral (Herman dijo que Jim insistió en que no quería uno), pero, en cierto

modo, recordarlo con Herman y Rose y Trey fue un modo más genuino de honrar su memoria.

Deambulo hacia la costa y termino cerca de la oficina de correos, junto al agua. Me dejo caer en una banca por ahí cerca y tomo bocanadas de aire marino. Sé que el clima no gira en torno a mí y a mi vida, pero juro que hoy el aire se siente un poco más calmo. Como si todo el mundo se tomara un momento para recordar a Jim.

Una parte de mí quisiera quedarse para siempre sumida en este silencio pacífico, pero el sol se alza en el cielo y el mundo se despierta como siempre. El tráfico lento de Waldon comienza a aumentar detrás de mí, unas gaviotas angurrientas sobrevuelan en busca de comida y el perro de un hombre que está trotando se suelta de su correa y sale disparado del muelle para perseguir un pato, que echa a volar, seguido por otros cincuenta más.

Sonrío, me levanto y voy caminando a la confitería. Cuando me acerco, se abre la puerta y sale Kiara, cappuccino en mano.

Al verme, se detiene en seco y después suelta un grito de alegría que sobresalta a un anciano que justo pasa por la acera.

–¡No puede ser! –exclama, y el hombre la mira con mala cara.

Kiara cruza la acera en dos zancadas rápidas y, cuando me rodea con los brazos, derrama café en mi espalda. La abrazo fuerte, sonriendo contra su pelo.

–Perdón por no escribirte –le digo, mientras ella me arrastra a una mesita afuera de la confitería–. Vi a tu mamá hace un par de días, pero le hice prometer que no te iba a contar nada. No te ofendas, pero…

–No sé guardar secretos –termina por mí–. Ya lo sé.

–No quería que John se enterara por otra persona de que volví –le explico, sonriendo.

–¿Y volviste para quedarte?

–Volví para quedarme –confirmo.

Kiara me dedica una sonrisa radiante, se reclina en la silla y se pone las gafas de sol sobre la cabeza.

–John se va a volver loco.

–De alegría, espero –digo con una sonrisa débil.

–¡Claro que sí! Nunca lo vi tan deprimido como desde que te fuiste. A ver, es John, tampoco se pasa el día llorando mientras toma helado ni nada de eso. Pero está todo taciturno y pensativo, y me saca de quicio.

Murmuro «mmm» para no decir mucho. No quiero ilusionarme.

–Veremos qué pasa cuando vuelva.

–Bueno, pase lo que pase, estoy feliz de que hayas vuelto. ¿Tienes tiempo de tomar un café? Yo te invito –añade al verme dudar.

Abro la boca para protestar, pero la cierro y sonrío.

–Me encantaría.

Tomamos café y nos ponemos al día hasta que Kiara tiene que irse a trabajar. Cuando llevamos las tazas vacías al mostrador, la cajera me hace un gesto para que me acerque.

–Emily, ¿no? –me dice con tono simpático–. Ayer le hablé de ti a mi tía abuela. Le pasé tu número, pero me preguntó si la podrías llamar. No sabe usar bien el celular, así que esperaba que no te moleste llamarla…

Una sensación cálida me inunda el cuerpo.

–¡No me molesta para nada!

Agendo el número de su tía abuela y prometo llamarla más tarde.

–Muchas gracias –me dice la cajera–. Nos preocupamos mucho por ella. Tiene noventa y seis años y todavía vive sola, ¿puedes creerlo?

Me quedo dura. Noventa y seis años. Igual que Jim. Por un momento, me pregunto si podré soportar el dolor de encariñarme con alguien y terminar perdiéndolo. Pero después sacudo la cabeza. Claro que puedo. Y, además, lo que siento por lo de Jim no es un dolor feo. Es un dolor feliz, y no renunciaría ni a uno solo de los momentos que pasé con él para no sentirlo.

–Qué increíble –respondo–. La llamo más tarde.

Vuelvo a salir y camino hacia mi apartamento. A mitad de camino, paso por el museo. Mis pies aminoran la marcha automáticamente, y me doy vuelta a admirar el hermoso edificio. No quiero ver a Shelley, pero escucho el repiqueteo familiar de las herramientas de Trey. Y extrañé mucho este lugar. No será el Met, pero es igual de especial a su manera.

Camino con actitud decidida y abro la puerta. El aroma familiar a humo y madera me envuelve como un abrazo cálido.

La chica de la recepción parece de veintipocos, y su pelo rubio y largo culmina en puntas teñidas de rosa. Al verme, me da la bienvenida con una sonrisa radiante. Debe ser la otra estudiante que contrató Shelley. Me pregunto si ella también será pariente suya.

Probablemente no. Parece demasiado simpática.

–Hola –me saluda–. ¿Quieres comprar una entrada?

–Eh…, en realidad, quería pasar a saludar a Trey. Yo antes era voluntaria aquí.

–Ah, ¡qué bueno! Adelante.

Le agradezco y voy al fondo, donde Trey está haciendo una demostración para una familia de turistas que parecen muy entusiasmados. Cuando me ve entrar, sonríe, pero me doy cuenta de que acaba de empezar a trabajar, así que le hago un gesto para indicarle que voy a dar una vuelta un rato.

Mientras recorro las habitaciones, una voz fuerte y clara capta mi atención.

–Un hombre muy bueno –dice, y se oye un murmullo de aprobación.

Me dejo llevar hacia las voces, curiosa. En la sala del este, la que alberga herramientas de la década de 1890, tres mujeres mayores que reconozco del evento Arriba el Barril están congregadas alrededor de Shelley.

–Conozco a Jim desde que era adolescente. Trabajaba en el puesto de helados en Lorway Beach –dice una de las mujeres.

–Yo lo conocí por su hijo –dice otra–. Herman y yo dimos clase en la misma escuela un par de años. Él fue quien me llamó anoche. Sabía que yo querría saberlo.

Me acerco sigilosamente, escondida detrás de una conveniente pila de barriles. No quiero que me vea Shelley, pero es lindo escuchar a las otras mujeres hablar de Jim. Seguramente en todo Waldon hay gente que tiene historias sobre él, gente que se enterará de su muerte y pasará unos minutos pensando en él. Se me dibuja una sonrisa. Supongo que eso es lo máximo a lo que podemos aspirar cuando ya no estemos aquí.

–A nosotros nos encantaba que trabajara aquí. –La voz fuerte de Shelley interrumpe mis pensamientos–. Era un hombrecito muy gracioso.

Echo la cabeza hacia atrás, indignada. ¿Perdón? ¿«Un hombrecito muy gracioso»?

–Deberíamos poner una placa –propone una de las mujeres de la sociedad–. Para conmemorar su trabajo aquí.

–Ay, por supuesto –dice Shelley–. Va a ser una tortura trabajar aquí sin él.

Las mujeres sueltan una risita nerviosa, empática. Mientras tanto, yo estoy tan furiosa que hasta me cuesta ver con claridad.

No es asunto tuyo, me digo con firmeza. Ya no trabajas aquí. No tienes por qué meterte en…

–Jim era como un abuelo para mí –continúa Shelley–. Me pregunto si habría que darles unos días de licencia a los empleados, para que puedan procesar esta pérdida.

La poca paciencia que me quedaba se desvanece. Al diablo. Sí que es asunto mío.

–¡Qué sarta de mentiras! –grito, saliendo de detrás de los barriles.

Shelley se queda helada de la sorpresa, y las mujeres de la sociedad me miran, sobresaltadas.

–Eh… ¿perdón? –dice una.

–Eso es una sarta de mentiras –repito, con los ojos clavados en Shelley–. A ti no te caía bien Jim. ¡Trataste de despedirlo!

Las mejillas de Shelley se tiñen de rojo furioso.

–Perdón, ¿tú quién eres? –me pregunta una de las mujeres, mirándome algo alarmada. Parece ser la líder del grupo. Tiene el pelo canoso corto y rizado, y el distintivo brillante de su chaqueta verde oscura centellea bajo las luces tenues.

–Es una voluntaria que tuvimos que despedir –dice Shelley al instante–. No está bien de la cabeza –añade por lo bajo.

–¡No es cierto! –respondo, rabiosa–. Me llamo Emily, señora –le digo a la mujer de la sociedad–. Trabajé de voluntaria aquí este verano, y fui la cuidadora de Jim un tiempo.

–Ah, ¡Emily! –exclama la mujer, ya sin rastros de desconfianza en el rostro–. Claro. –Me extiende la mano–. Soy Elaine MacQuarrie. Creo que nos conocimos en uno de los eventos. Jim me habló mucho de ti –añade con tono amable–. Me dijo que diseñaste esa exhibición nueva fabulosa, con la que se pueden tomar fotos los niños.

–Sí, señora –respondo, sonriendo–. Y también organicé el evento Arriba el Barril y el evento del Día de Canadá. Con ayuda de Trey y Jim, claro.

–Se refiere a que colaboró –interviene Shelley.

–No colaboré –la contradigo, fulminándola con la mirada–. Yo organicé todo. Y tú ni siquiera querías que organizara los eventos.

Shelley suelta un resoplido y mira a las mujeres de la sociedad histórica con incredulidad, como esperando que se pongan de su lado. Pero las tres mujeres la están mirando con mala cara.

–¿Eso es cierto? –pregunta Elaine.

Shelley resopla otra vez.

–Por supuesto que no.

–Ah, ¿no? Entonces, ¿cuál fue la empresa de catering del evento del Día de Canadá? –exijo saber–. ¿Cuál fue el premio de la búsqueda del tesoro? ¿Qué marcas de refresco vendimos? –Shelley mueve la boca sin emitir palabra un momento y después vuelve a mirar a las mujeres, como esperando que intervengan–. No me lo puedes decir –remato– porque no tienes ni idea. Te pasas todo el día en tu oficina navegando en Facebook y dejas que este hermoso

museo se desperdicie. ¡No te importa en lo más mínimo! Lo único que quieres es que te paguen por no hacer nada.

Un músculo tiembla furiosamente en la mandíbula de Shelley, y su rostro entero se ha puesto de un color rojo rabioso. Me doy cuenta de que se muere de ganas de gritarme, pero también parece ser consciente de que las mujeres de la sociedad no le quitan la mirada de encima.

–Esto es muy inapropiado, Emily –dice en vez de gritarme, con voz exageradamente paciente y condescendiente–. Todos agradecemos mucho tu trabajo como voluntaria, pero parece que no entiendes que dirigir un museo conlleva un poquito más de trabajo que elegir marcas de refresco. Mil disculpas por la interrupción –les dice a las mujeres de la sociedad, y niega con la cabeza, apenada–. Y todo esto al día siguiente de la muerte de Jim…

–¡A ti no te importaba una mierda Jim! –exclamo–. ¿Cómo te atreves a fingir que te importaba? ¿No te da vergüenza?

–Qué ridículo –dice Shelley, y otra vez niega con la cabeza como una estúpida–. Ridículo.

–Sí, es ridículo –replico–. Es ridículo que te paguen para estar en Facebook todo el día mientras los voluntarios hacen todo el trabajo. Trey es por lejos lo mejor de este lugar, y aun así, cuando tuviste la oportunidad de pagar salarios como la gente, ¡se los diste a tu hija y a su amiga en vez de a él! –Suelto una risita seca al darme cuenta de lo grave que es, y volteo abruptamente hacia las mujeres de la sociedad–. Deberían contratar a otra persona de directora. Este museo merece a alguien que lo trate con el respeto que le corresponde.

–Sí, señor –dice una voz grave detrás de nosotras. Trey está reclinado contra el marco de la puerta, de brazos cruzados, y nos mira como si llevara un buen rato parado ahí–. Y si les sirve para tomar una decisión –añade, lanzándoles una sonrisa encantadora a las mujeres de la sociedad–, si no lo hacen presentaré mi renuncia de inmediato.

Le sonrío y volteo de nuevo hacia las mujeres, respirando más rápido, triunfal. Elaine y las demás intercambian miradas, dubitativas. Parece que no saben qué pensar de la situación.

–Esto es una locura –masculla Shelley, roja de rabia–. Ustedes dos me están difamando. Podría demandarlos.

–Adelante, demándanos –le dice Trey, poniendo los ojos en blanco.

Se hace un silencio incómodo; el único sonido es la respiración agitada de Shelley. La familia de turistas que estaba mirando a Trey más temprano asoma la cabeza en la sala y desaparece al instante al vernos a todos ahí. Una familia muy inteligente.

–Bueno –dice Elaine por fin. Y después repite–: Bueno. –Mira a las otras dos mujeres de la sociedad–. Creo que… vamos a tener en cuenta esto que nos dicen y lo vamos a hablar.

–¡Tiene que ser un chiste! –explota Shelley. De inmediato, parece darse cuenta de su error. Trata de retractarse y de adoptar un tono calmado y agradable que no combina con su rostro enrojecido–. Digo, claro que debemos hablarlo. Por supuesto. –Hace un gesto con la mano que las abarca a ella y a las mujeres de la sociedad–. Si hay algún problema en el museo, con gusto lo soluciono. Aunque no pienso que encontremos nada que valga la pena arreglar.

Elaine levanta las cejas. De nuevo, veo que Shelley se da cuenta de que cometió un error, pero es demasiado tarde: ya dijo lo que dijo. Estoy segura de que lo que quiso decir es que no encontrarían problemas que arreglar. Pero eso no es lo que dijo. Y lo escucharon todas las mujeres de la sociedad.

–Mmm.

Elaine la mira con el ceño fruncido, y su rostro traiciona un atisbo de desagrado, el mismo que reflejan los rostros de las otras dos mujeres. No son estúpidas, y está claro que les importa muchísimo su sociedad. El desempeño mediocre de Shelley en los últimos años no debe haberles pasado desapercibido.

Quizá Shelley también se da cuenta, porque una nueva oleada de pintitas rojas le tiñe el rostro.

–Esto es ridículo –repite–. Tengo otras opciones, para que sepan. Podría ganar el doble de lo que gano aquí como gerenta del *call center* de Charlottetown. Ya me ofrecieron el puesto –añade con énfasis–. Iba a rechazarlo por lo mucho que me importa este lugar, pero si ya no valoran mi trabajo…

–Quizá sea lo mejor –la interrumpe Elaine.

Shelley se queda helada, como si le hubieran dado una bofetada.

–¿Perdón?

–Bueno, si estás considerando otra oferta de trabajo, no quisiéramos interponernos –dice Elaine, acomodándose la chaqueta del traje–. Y, desde luego, no esperaríamos que rechaces la oportunidad de ganar más dinero.

Trey y yo intercambiamos una mirada atónita. Elaine habla con calma y educación, pero hay un tono tajante en sus palabras que advierte que discutir con ella sería muy mala idea.

–O sea… –tartamudea Shelley–. Si no me valoran…

–Claro que te valoramos –responde Elaine–. Estamos muy agradecidas por tus servicios a lo largo de estos años, ¿no es cierto, chicas? –Las otras mujeres asienten–. ¿Cuándo tendrías que empezar en el c*all center?* –le pregunta a Shelley con tono cordial.

–Bueno, no sé si hay una fecha definida… Tendría que mandarles un correo…

–Y tú, Emily. –Elaine me mira–. ¿Cuándo podrías empezar?

–¿Empezar? –repito, pestañeando como una estúpida.

–Ella es la candidata que proponías, ¿no, Trey?

–Sí, señora –responde Trey, con una sonrisa de oreja a oreja–. ¿Sabían que hizo una pasantía en el Met, en Nueva York?

–Qué impresionante –dice Elaine.

–Mi hija fue a ese museo –añade otra de las mujeres de la sociedad, con un gesto de aprobación.

–Entiendo que te interesa el puesto, ¿no? –me pregunta Elaine, mirándome otra vez.

–Bueno… A ver… Sí –tartamudeo.

–Maravilloso. –Elaine junta las manos–. Salió todo a la perfección, ¿no, chicas?

–Totalmente –dice una.

–Se resolvió de maravillas –opina la otra.

Juro que les brillan los ojos. Tengo la sensación de que no soy la única que le guarda rencor a Shelley. Pero, aunque la idea de dirigir este lugar me llena de entusiasmo, se me revuelve el estómago cuando pienso en mi negocio de servicios de cuidado.

–Lo que pasa –digo con culpa– es que ya tengo trabajo. A ver, por ahora es solo de medio tiempo, pero espero que más adelante…

–No puedes ser directora de medio tiempo –interviene Shelley, con un brillo malicioso en la mirada.

–Lo cierto es que necesitamos a alguien a tiempo completo –admite Elaine, frunciendo el ceño.

–¿Y si se repartiera el trabajo con alguien más? –propone Trey.

Al oírlo, a las mujeres de la sociedad se les ilumina el rostro.

–¿Tú podrías hacerlo, Trey? –pregunta Elaine.

–No, por Dios –responde él con una mueca–. Pero Rose conoce bien este lugar. Estoy seguro de que le encantaría compartir las tareas con Emily.

El corazón me late rápido. Trabajar aquí como codirectora con Rose y dedicarme a mi negocio de servicios de cuidados a la vez… «El trabajo de tus sueños», grita una voz en mi cabeza, con urgencia. «El trabajo de tus sueños».

–Un momento –dice Shelley, furiosa.

–Me encanta la idea –la interrumpe Elaine–. Rose es un pilar muy valioso de la comunidad. Tendría que venir a una entrevista, claro. En realidad, las dos –añade, mirándome.

–Por supuesto –respondo al instante.

–Perfecto, entonces –dice Elaine, mientras Shelley la fulmina con la mirada–. ¡Qué día más emocionante! Pasemos a tu oficina, ¿sí? –le dice a Shelley–. Seguro tenemos que llenar algunos papeles.

Amablemente, extiende el brazo y guía a Shelley fuera de la sala. Ella apenas si tiene tiempo de lanzarme una mirada asesina antes de salir.

–Le pediremos tu contacto a Trey, ¿de acuerdo? –me dice otra de las mujeres cuando pasa a mi lado.

–Eh, sí, señora.

–Muy bien. –Tiene un brillo pícaro en la mirada–. Quizá sería mejor que no aparezcas mientras estamos en la oficina.

–Sí, señora –repito, tratando de contener la risa.

No bien se van, miro a Trey. Nos quedamos mirándonos un instante, todavía impactados, y después nos echamos a reír.

–¿Puedes creerlo? –le digo entre carcajadas–. ¿Le viste la cara a Shelley?

–Le tendría que haber sacado una foto. Rose me va a matar –responde Trey.

–¿De verdad crees que querrá ser codirectora conmigo? –pregunto, y él asiente.

–Últimamente, se está aburriendo del supermercado. Y siempre le encantó este lugar. Pero hoy a la noche hablo con ella y te aviso. Ahora, sal de aquí antes de que vuelva Shelley y te estrangule.

Me echo a reír otra vez.

–Seguro tiene los dedos muy fuertes de tanto estar en Facebook.

–Te llamo más tarde –me dice Trey, sonriendo.

Huyo de la habitación, sin dejar de reír, y saludo con la mano a la chica rubia de la recepción, que parece divertida, aunque un poco confundida, por mi risa.

–¡Que tengas un lindo día! –me dice.

–¡Igualmente!

Parece muy simpática, la verdad. Creo que la dejaré en su puesto, por más que Shelley la haya contratado.

Puedo hacer esas cosas ahora. Ahora que voy a ser codirectora.

Suelto un chillido infantil de alegría y doy una vueltita en el estacionamiento.

Santo cielo. Acabo de conseguir trabajo.

CAPÍTULO 39

El lunes, me reúno con Elaine, Rose y el resto de la junta de la sociedad histórica para ultimar detalles. Empiezo como directora (¡directora!) la semana que viene, ya que parece que Shelley decidió que no ve la hora de irse de aquí. Rose se me unirá como codirectora a fin de mes, ya que tiene que presentar su renuncia al supermercado con dos semanas de anticipación. Durante la entrevista, parecía que ella y yo compartíamos el mismo cerebro: tirábamos una idea tras otra para mejorar el museo y terminábamos las oraciones llenas de entusiasmo de la otra. La sugerencia más importante fue expandir el museo para que deje de ser solo de barriles y sea un museo sobre Waldon en sí. Hasta propuse con timidez que armáramos una exhibición como la que se me ocurrió en Nueva York, con videos de la gente mayor del pueblo hablando de cómo fue criarse aquí. A las mujeres de la sociedad les encantó la idea, aunque no estaban muy seguras de cómo hacer con el tema tecnológico. Les aseguré que yo podía encargarme y, por dentro, tomé nota de llamar a mi amigo Kevin, el de los tres monitores, no bien pudiera.

En cuanto a las tareas administrativas del museo, Elaine me va a capacitar. Al parecer, se viene ocupando de la mayoría de las

finanzas en los últimos años debido a varios errores que cometió Shelley. Está clarísimo que están felices de deshacerse de ella, aunque fueron cuidadosas y siempre hablaron de ella con educación. Creo que sentían que despedirla era una falta de respeto a Josephine, la antigua dueña. Además, seguramente no había mucha gente ansiosa por ocupar su puesto.

El sueldo no es muy bueno (de hecho, cuando lo repartimos entre Rose y yo, es menos de lo que ganaba en el taller), pero, la verdad, no me importa. Además, ¡tengo mi negocio de servicios de cuidado! Ya organicé dos reuniones con posibles clientes y una entrevista con una estudiante de enfermería que busca un trabajo de medio tiempo. Va a ser mucho esfuerzo compaginar lo del museo con crear un negocio, pero sé que puedo con todo. Y la idea de volver a trabajar en el museo me llena de felicidad.

Para celebrar, ceno temprano en un restaurante del pueblo –pescado y patatas fritas– y, cuando termino, salgo a la calle, cantando alegremente por lo bajo. Son apenas pasadas las cinco. Echo la cabeza hacia atrás mientras camino por la costa, disfrutando del sol cálido de la tarde. De verdad pienso que todo va a salir bien. Incluso si John no quiere volver conmigo…, creo que todo va a salir bien.

Me siento en una banca afuera de la oficina de correos y saco el celular. Ahora es un buen momento para encarar esta tarea: el tricentésimo sexagésimo quinto día de Wordle. Trescientos sesenta y cinco días.

Me quedo mirando la pantalla un buen rato, tratando de pensar una buena palabra para empezar. Quiero algo que capture este día, este momento de mi vida, pero todas las palabras son demasiado

largas. Como esperanzada. O tranquila. O el comienzo de algo nuevo.

Ya sé que puede parecer una locura haber renunciado a una pasantía prestigiosa y a una vida emocionante en Nueva York, pero lo cierto es que me siento…

–Feliz –murmuro en voz baja.

FELIZ, escribo.

Está toda mal –todas las letras están grises–, pero no me importa. Se me dibuja una sonrisa.

Feliz.

De pronto, me suena el teléfono. Es un mensaje de la madre de John.

[5:27] **Carla:** Emily, me acabo de dar cuenta de que te dije mal las fechas del viaje de John. Volvió anoche. Pensé que querrías saberlo!
[5:27] **Carla:** Espero que estés teniendo un lindo día

Y así de fácil, la sensación de paz se desvanece, y la reemplaza una ansiedad galopante. ¿John volvió anoche? Entonces, seguro que hoy fue a trabajar.

Miro mi celular. Si voy ahora, quizá lo encuentre en el taller.

Reprimiendo una oleada impresionante de nervios, me levanto y camino decidida hacia el auto. Mientras conduzco, me doy una charla motivadora. «No seas cobarde, Emily. No seas miedosa».

Así y todo, me tengo que secar las palmas de las manos en las piernas, y el corazón me late a más no poder todo el camino. Cuando estoy llegando al negocio, se abre la puerta y sale alguien.

Se me acelera el pulso.

Es John.

Vaya. Ya sé que solo pasaron un par de semanas, pero había olvidado lo guapo que es. (Y lo sucio que siempre está su mameluco).

Camina hacia su auto y se saca las llaves del bolsillo. Bajo la velocidad y pongo la luz de giro para doblar en el estacionamiento, pero tengo que esperar a que pasen los tres autos más lentos del mundo. Mientras espero, se vuelve a abrir la puerta del taller, y una mujer más o menos de mi edad sale deprisa y guarda el teléfono en su bolso mientras corre. Se acerca al auto de John, le dice algo con una sonrisa y después da la vuelta y sube al asiento del pasajero.

¿Qué?

Me quedo mirándolos, helada y horrorizada, hasta que otro conductor me regaña por no dejarlo pasar. Con las manos entumecidas, me obligo a meterme en el estacionamiento. Oigo el latido desesperado de mi corazón.

¿Quién es esa?

¿Será…?

¿Acaso John ya se olvidó de mí?

Moviéndome por inercia, estaciono el auto. John y la chica ni se dieron cuenta de que estoy aquí. La vieja camioneta de Dave está estacionada al lado mío y me tapa parcialmente. Con el estómago revuelto, pongo marcha atrás.

Supongo que ya está, entonces.

Debo olvidarme de John.

Retrocedo un par de metros y después piso el freno tan fuerte que chirría un poco.

¿Estoy loca o qué? Hay mil motivos distintos por los que John podría estar en el auto con una chica. Podría ser su prima. Podría ser

su amiga. Podría ser una clienta que necesita que la lleven a su casa. ¿De verdad voy a volver a casa y llorar como la protagonista de una comedia romántica sin siquiera tratar de confirmar lo que estoy viendo?

Pongo el freno de mano, me bajo sin siquiera apagar el motor y corro como una desquiciada por el estacionamiento para alcanzarlos. Están por salir a la carretera, pero John baja la velocidad cuando me acerco. Sería difícil no verme, una chica sacudiendo los brazos como una completa imbécil.

John me mira con incredulidad un momento (Dios, cómo extrañaba esa mirada) y después da marcha atrás un par de metros. Le dice algo a la chica que está junto a él y baja del auto. Me inclino hacia adelante, respirando agitada. Tuve que correr más de lo que pensé.

–¿Estás bien? –me pregunta John.

–Sí, sí –jadeo–. Muy bien. –Me incorporo con esfuerzo–. ¿Cómo estás?

–Bien –responde, con las cejas levantadas–. Ella es Maya. –Hace un gesto hacia la chica del auto, que nos mira por la ventanilla con interés–. Es la nueva recepcionista.

¡La nueva recepcionista! Contengo las ganas de hacer un bailecito, pero después me pongo seria. John ya se enamoró de la recepcionista una vez. No puedo permitir que vuelva a pasar.

–Un gusto –le digo, amablemente. Y después, a John–: ¿Podemos hablar un momento? Perdón, danos un segundo –le pido a Maya, y le hago señas a John para que se aleje del auto.

–¿Qué pasa? –me pregunta.

–¿Qué pasa? –repito, algo indignada–. ¿No te sorprende verme aquí?

–Eh, no. Mi mamá me dijo que habías vuelto. Y Kiara. Y Trey.

¿Que hicieron qué? Dios, los voy a matar a todos.

Pero eso tendrá que ser más tarde, porque ahora, necesito saber qué está pasando detrás de ese rostro atractivo e indescifrable.

–¿Y? –pregunto, nerviosa–. ¿Qué opinas?

John cambia de posición. Parece medio indeciso.

–Me parece bien –dice–. O sea, si tú estás feliz.

–Sí, estoy feliz. Me contrataron de codirectora en el museo. ¡Voy a compartir el puesto con Rose! Y voy a empezar un negocio de servicios de cuidado… y pude ver a Jim antes de que muriera.

–¿Jim murió?

–Hace un par de días.

–Mierda, Em, no tenía idea…

–No pasa nada. O sea, estoy triste. –Se me cierra un poco la garganta–. Ya lo extraño horrores. Pero él estaba listo para irse, ¿sabes?

John asiente.

–Pero igual es una mierda. Si lo hubiera sabido, te habría llamado.

–¿Y por qué no me llamaste? Si ya sabías que había vuelto.

–Bueno… –John carraspea–. No sé. No quería, eh, suponer nada.

–¿Suponer nada? –Me muevo, intranquila. ¿Está diciendo que no quiere volver conmigo?–. Solo rompimos porque me fui a Nueva York –digo con un hilo de voz–. Pensaba que… ahora que volví…

–No rompimos solo por eso. –John me mira otra vez, con una cierta dureza en sus ojos oscuros–. No sé si Kiara te contó, supongo que sí, porque no sabe guardar secretos, pero compré el taller.

–Sí, me lo contó.

–Bueno, eso significa que me voy a quedar aquí. En Waldon. Por mucho tiempo.

–¡Ya lo sé!

–Em… –John niega con la cabeza–. Me dejaste bastante claro que estás buscando algo más. Solo porque lo de Nueva York no haya funcionado…

–Sí que funcionó –lo interrumpo–. La pasantía estaba buenísima, la ciudad era increíble, la gente era muy amable… No tenía nada de malo. Solo me di cuenta de que tenía más ganas de estar aquí. –Niego con la cabeza y lo miro, rogando que me crea–. Amo Waldon. Amo vivir aquí y cuidar a personas como la señora Finnamore y Jim, y trabajar en el museo y tomar café con Kiara a la mañana y comer con Rose y Trey en el bar a la noche. Quiero estar aquí. Y quiero estar aquí contigo.

Me tiembla un poco la voz al final. John retrocede para analizar mi rostro, con el ceño un poco fruncido, como si yo fuera una palabra de Wordle que está tratando de descifrar.

–¿Lo dices en serio? –pregunta por fin.

–Lo digo en serio.

Y, así como si nada, toda la tensión se borra de su rostro. Deja ver su sonrisa encantadora, un destello de luz en su semblante serio.

–Genial –dice sin más.

–Genial –repito, con voz un poco ronca.

No sé quién se mueve primero (está bien, soy yo), pero, de pronto, nos estamos besando, como si no hubiera pasado nada desde el día en que me fui. Mis brazos rodean su cuello, sus manos me envuelven la cintura, y no es como un beso dramático de película

en medio de la lluvia torrencial o con fuegos artificiales estallando en el aire, pero se siente todavía mejor. Se siente fácil. Se siente bien.

Nos separamos, y él me seca las lágrimas de las mejillas con los pulgares. Estoy segura de que me va a quedar el rostro manchado con grasa, pero no me importa.

–Tendría que llevar a Maya a su casa –me dice–. ¿Quieres venir a cenar más tarde?

Sonrío con tantas ganas que me duelen las mejillas.

–Sí.

–Compré una casa –añade.

–¿En las tres semanas que no estuve aquí?

–Ajá. Después te mando la dirección.

Suelto una risita. Típico de John, tratar una decisión importantísima como si no fuera nada. También me da un poco de pena. Su apartamento anterior estaba muy bueno.

–Genial –digo, tratando de imitar su tono casual–. Nos vemos más tarde. ¡Un gusto, Maya! –añado, saludándola con la mano, mientras John vuelve a subir al auto.

Espero a que se hayan alejado para levantar las manos sobre la cabeza y hacer el baile de celebración más estúpido de todos los tiempos, acompañado de piruetas y chillidos de emoción. Veo mi reflejo en la ventana del auto y, la verdad, doy pena.

Pero no me importa.

¡Volví con John!

CAPÍTULO 40

Mi entusiasmo se desvanece una hora más tarde, cuando estaciono frente a la dirección que me pasó John. Su auto está estacionado en la calle, así que sé que estoy en el lugar correcto, pero… Dios santo.

No quiero ser mala ni nada, en serio, pero cuando digo que este lugar es una pocilga, no estoy exagerando. Es una pocilga de verdad, una construcción que se cae a pedazos, del tamaño de un cobertizo. Ya la he visto antes, cuando salía a correr. Siempre la evitaba, por las dudas de que estuviera embrujada. Tiene toda la pinta de una casa embrujada. El techo está hundido, y casi todas las ventanas están sin cristales.

Por mucho que ame a John, no pienso dormir en este lugar. Al menos, no hasta darme una dosis de refuerzo de la vacuna del tétanos.

Bajo del auto y me acerco a John, que está apoyado contra el suyo.

–¿Y? –me pregunta, señalando la pocilga–. ¿Qué opinas?

Abro la boca para mentir, pero ¿qué sentido tiene? Solo a un mapache rabioso le interesaría vivir en esta casa.

–Parece un buen lugar para que te asesinen –digo con sinceridad, y John se echa a reír.

–Quizá voy a asesinarte –replica–. Quizá estoy furioso porque te fuiste a Nueva York y te traje engañada aquí.

–No, ¡demasiado espeluznante! –protesto.

John sonríe y me atrae hacia él.

–Perdón.

Lo dejo abrazarme un momento, disfrutando de la fuerza y el calor de sus brazos.

–Pero, de verdad, ¿aquí vives?

–No –responde–. Pero no quería que te perdieras. Las calles por aquí son medio confusas. Sube a tu auto y sígueme.

–Las calles por aquí no son para nada confusas –repongo con una mueca–. Vine a correr aquí un millón de veces. ¡Me sé las calles de memoria!

John se ríe y, despacito, me empuja hacia mi auto.

–Sí, sí.

Me subo al auto, escribo una respuesta rápida al mensaje que me mandó Kiara («¡Qué bien! ¡Mañana nos tomamos un café y me cuentas todo!») y sigo a John. Gira a la izquierda, luego a la derecha, luego a la izquierda otra vez, y después volvemos a pasar delante de la pocilga. Estoy a punto de llamarlo y decirle que se deje de molestar cuando por fin pone la luz de giro y dobla en una entrada.

Mi entrada.

La entrada de mi antigua casa.

Me tiemblan un poco las manos cuando estaciono detrás de él y me bajo del auto. Tengo un nudo en la garganta y siento un ardor

peligroso en los ojos. El cartel de «En venta» en el césped ahora dice «Vendida».

John hace un gesto que abarca la casa.

–*¡Voilà!* –exclama–. Eso quiere decir «mira esto» en francés. –Me sonríe, pero, al verme la cara, se le borra la sonrisa–. Uy, ¿qué pasa? Pensé que ibas a estar emocionada.

–Sí –digo, con voz bajita y temblorosa–. Estoy emocionada. Es… Es… –No me salen las palabras–. ¿De verdad la compraste?

–Ajá. La casa está buenísima. Necesita algunos arreglos, pero puedo hacer casi todo yo.

–Pero… ¿cómo? ¿No es muy cara? Además, ya compraste el taller…

–Hace un tiempo que venía ahorrando para comprar una casa, y mis padres me prestaron un poco de dinero –me dice, encogiéndose de hombros, mientras mira la casa–. Antes de que te fueras, te escuché decirle a Dave que los dueños querían venderla, así que le pedí a un amigo que trabaja en bienes raíces que los contactara. Pero todavía no me mudé. La escritura no es hasta dentro de unas semanas.

–O sea… –Me pongo roja de la vergüenza–. ¿O sea que los contactaste antes de que me fuera a Nueva York?

No lo puedo creer. En serio no lo puedo creer. John debe haber pensado que yo iba a cambiar de idea. Debe haber pensado que no me iba a ir de verdad. Él me mira, confundido.

–No, fue una semana después de que te fueras.

–Entonces… ¿sabías que volvería?

Eso no parece propio de John. Y también me parece medio condescendiente. ¿De verdad pensó que no iba a quedarme en

Nueva York? Sus labios dibujan una sonrisa amable, divertida.

–No, Em. No soy vidente. La casa está buenísima. La compré porque quería. Pero ahora que volviste, si quieres vivir aquí conmigo… –Se encoge de hombros–. Es un valor agregado.

–¿De verdad? –pregunto, escrutándole el rostro, y él hace una mueca.

–Sí. La compré porque quería, así que no tienes por qué sentirte culpable.

–No, digo… ¿de verdad quieres que viva contigo?

–¡Ah! Sí –responde–. Si tú quieres.

Me acerco a él y apoyo el mentón sobre su hombro, mirando la fachada de mi casita perfecta.

–Sí, quiero –digo, mientras las primeras lágrimas comienzan a caer por mis mejillas.

***

Estamos en la cama en su apartamento unas horas después, acurrucados en la oscuridad y hablando de la casa (de qué color quiero pintar las paredes, el fogón que John quiere construir en el patio trasero) cuando suelto un grito ahogado.

–¿Qué pasa? –me pregunta John, alarmado.

–Wordle –respondo–. Es el último día.

–Uy, no –dice. Se incorpora y se estira para tomar el teléfono de la mesita de noche, pero le apoyo la mano en el hombro.

–Ya es tarde.

Veo el reloj de pared a la luz de la luna.

Son las doce y media de la noche.

Ya se me pasó la hora. Perdí mi racha.

John me mira, horrorizado.

–Mierda, mierda. Em…

–No me pidas perdón –le digo, sacudiendo la cabeza.

–Eh…, no te iba a pedir perdón –responde con una sonrisa avergonzada–. Te iba a decir que es una cagada.

Me río, y el sonido relajado de mi risa me sorprende.

Sé que debería estar destrozada. Debería estar llorando y maldiciendo y castigándome por haberlo olvidado. Estaba tan cerca. Trescientos sesenta y cuatro días. Trescientas sesenta y cuatro palabras.

Todas levitan en mi cabeza, pero lo loco es que solo puedo pensar en la última que escribí.

FELIZ.

Me vuelvo a acostar.

–No importa.

–¿Segura? –me pregunta John–. Estabas muy entusiasmada por llegar al año.

Sonrío y me acerco más a él y, encogiéndome de hombros, dejo ir mi racha de trescientos sesenta y cuatro días.

–Segura –digo–. Podemos empezar de nuevo mañana.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecerte a ti, que estás leyendo. Sin importar si lo amaste, lo odiaste o ni lo uno ni lo otro, gracias por dedicarle parte de tu tiempo a este libro.

En segundo lugar, quiero dar las gracias a las siguientes personas, sin las cuales *Cinco letras para decir amor* no existiría: a mi inigualable agente, John, y a Anna, que lee a una velocidad impresionante; a mi increíble editora, Tessa, y al espectacular equipo de Avon; al talentoso artista a cargo del diseño de tapa, Sam; a mis padres y a mi hermana, que llenaron mi infancia de libros; a mis suegros, que me dejaron instalarme en su cabaña cada vez que necesitaba escribir; a mi maravilloso esposo, que siempre me apoya; y a mi perro, que es igual de maravilloso pero me apoya bastante menos, y está convencido de que todo el tiempo que paso escribiendo sería mejor aprovechado si lo dedicara a acariciarle la barriga.

Por último, gracias a Rebecca, Julie y Jen, a quienes está dedicado este libro. Gracias por su apoyo durante todos estos años y por creer incluso cuando ni yo misma creía. No hay palabras para expresar lo que significa para mí.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Agradecimientos

Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en todo lo que las mujeres románticas guardamos en lo más profundo de **nuestro corazón** y solo en contadas ocasiones nos atrevemos a compartir. Y hablando de compartir, me gustaría saber qué te pareció el libro…

VeRa

yo también
creo en el amor



vera.romantica

James, Amy
Cinco letras para decir amor / Amy James. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2025.
Libro digital, EPUB

Traducción de: Martina Engelhardt.
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-300-500-0

1. Novelas Románticas. I. Engelhardt, Martina, trad. II. Título.
CDD 810,9283

Título original: *A Five Letter Word for Love*
Dirección editorial global: María Florencia Cambariere
Edición: Florencia Cardoso
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de tapa: Sam Palencia
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2024, by Green Couch Writing Inc.
© 2025, V&R Editoras
www.vreditoras.com

Derechos de traducción gestionados por Adams Literary y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO

Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN 978-631-300-500-0

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras



Mi oscuro deseo

Shen, Parker S. Huntington - L.J.
9786313004775
600

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Farrow La tarea era sencilla: entrar, recuperar mi colgante y escabullirme. ¿Problema número 1? El soltero más inalcanzable de Estados Unidos me atrapó. ¿Problema número 2? Decidió mantenerme a su lado. Como sirvienta. El invierno de Zach Sun

puede ser el más frío que he sentido. Aunque él hace que me arda la piel. Reservado, calculador y salvajemente cruel, se nutre de las debilidades de los demás. Lo que no sabe es que acaba de encontrar la horma de su zapato. Puede que Zach sea de la realeza estadounidense, pero esta campesina se convertirá en reina. Zach Es mi pequeña mascota. Valiente, inteligente y astuta. Tan hermosa como el arte. Colecciono cosas hermosas, y ella es mi última adquisición. Farrow Ballantine no entra en mis planes. No tiene madera de novia. Demasiado rebelde. Totalmente incontrolable. Qué no decir de mi humilde doncella. Esas piernas interminables y esos ojos azules helados no despiertan nada en mí. Pero con su boca inteligente, no tengo más opción que ceder a la tentación. Me lo permitiré. Solo por esta vez. Después de todo, la mayoría de los depredadores juega con su comida. ¿Y yo? Planeo devorarla entera. Sin dejar nada a nadie.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No me maltrato ni me maltratan

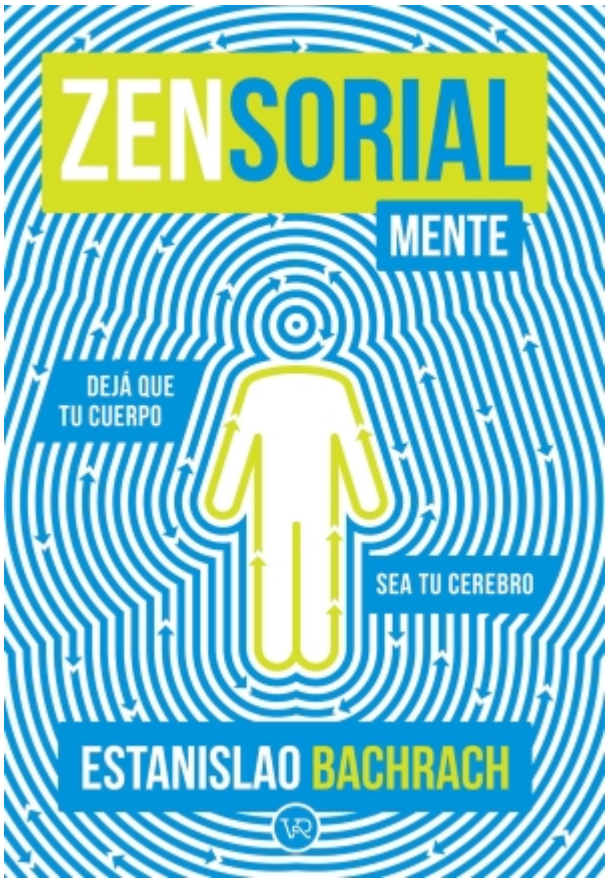
Stamateas, Alejandra
9789877471953
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los casos de violencia de género aumentan día a día en todo el mundo y, muchas veces, las mujeres piensan que no tienen salida. Estas relaciones tóxicas de pareja, que comienzan con el menosprecio, las burlas o la manipulación, pueden agravarse. Así, se

trate de abuso emocional o físico, siempre reinan el agotamiento corporal, la lucha mental y el clima de inestabilidad. En No me maltrato ni me maltratan, Alejandra Stamateas, especialista en motivación y transformación de mujeres, expone de forma clara de qué manera este "hombre de los mil rostros" va construyendo su poder, pero también ofrece las herramientas para detectarlo a tiempo, sanar las heridas y cortar este círculo de control. "Es tiempo de que comiences a darte el valor que verdaderamente tienes. Salir del maltrato no es una opción, es una obligación".

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Zensorialmente : Dejá que tu cuerpo sea tu cerebro

Bachrach, Estanislao
9786313001026
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Alguna vez escuchaste la expresión "El cuerpo no miente"? ¿Por qué durante estas últimas décadas estuvimos más interesados en los misterios del cerebro y no de nuestro verdadero templo único, nuestro cuerpo? Luego de años de dedicarme al estudio del cerebro, me di cuenta de que nos faltaba algo: aprender a sentir lo que sentimos. La experiencia de nuestra experiencia. Escuchar, registrar y entender a nuestro cuerpo y su relación con el cerebro. ZensorialMente es la bitácora para que fortalezcas entonces la inteligencia que te falta, tu inteligencia sensorial: el vehículo fundamental para que aprendas cómo tus sentidos internos distribuidos por todo tu cuerpo se relacionan con el afuera y le envían información al cerebro. La sensación es tu primer sentido en desarrollarse y junto con el movimiento son los datos crudos que tu cuerpo aporta para construir tus emociones y tu realidad. Pensá en las sensaciones como la banda de sonido de una película. Tienen el poder de hacerte sentir feliz, triste, esperanzado o al límite. Te propongo seis movimientos a través de los cuales sentir tu cuerpo. Cuando desarrolles el poder de entenderlos y distinguirlos, podrás habitar un estado de calma atenta, uno de los pilares de la filosofía

zen. Así tus acciones serán guiadas mucho más por tu intuición que por tu esfuerzo consciente. Solo necesitás dejar que tu cuerpo, esta vez, sea tu cerebro.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



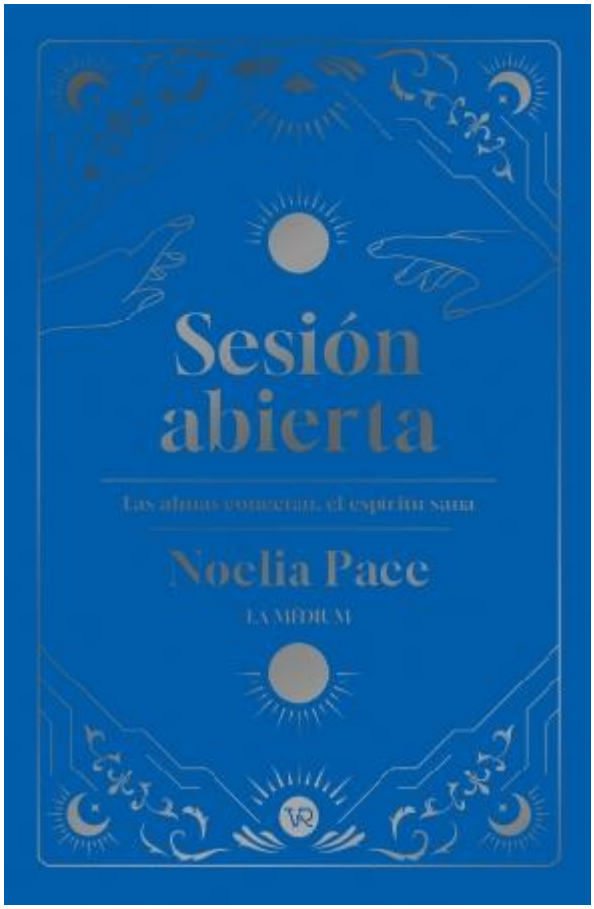
No estás en la lista

Espach, Alison
9786313003389
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es un día precioso en Newport, Rhode Island. Phoebe Stone llega sola al majestuoso Cornwall Inn con un vestido verde, tacones dorados y sin ningún equipaje. Todos en el vestíbulo piensan que es una invitada más a la boda, pero en realidad es la única huésped que no está allí para ese gran evento. Ha ido al hotel porque llevaba años soñando con ese viaje y esperaba compartirlo con su marido, pero ahora está sola, tocando fondo y decidida a darse el último lujo de su decadente vida. Mientras tanto, la novia ha previsto cada detalle y cada posible desastre que pudiera depararle este fin de semana, excepto una cosa: Phoebe y su plan. Sin embargo, contra todo pronóstico, las dos mujeres se ven dispuestas a compartir sus secretos más íntimos desde el mismo instante en que se conocen. Con momentos que van desde lo absurdamente cómico hasta lo desgarradoramente tierno, No estás en la lista de Alison Espach es, en última instancia, una mirada matizada y conmovedora sobre los caminos sinuosos que podemos tomar hacia lugares que nunca imaginamos y sobre los encuentros azarosos que a veces son necesarios para reconducir nuestra vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sesión abierta

Pace, Noelia
9786313003082
208

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

No hay experiencia más universal que la muerte, a la que tarde o temprano todos nos enfrentaremos. Y, al mismo tiempo, es un episodio que nos llena de temor: cuando alguien muere, quedan las preguntas, ninguna certeza. Pero lejos de ser un hecho devastador,

tenebroso e incierto, puede ser visto como una evolución, un pasaje a una nueva vida, a una nueva existencia. Como la posibilidad de vivir plenamente, de aprovechar nuestro tiempo en este plano, de conectar y sanar. Para ello, en vez de escaparle a la muerte, hay que aceptarla. Noelia Pace, la médium, se propone en su libro dar respuesta a esas preguntas que nos invaden al momento de enfrentarnos a la pérdida: ¿qué pasa con nuestros seres queridos cuando mueren? ¿Hay forma de contactar con ellos? ¿Morir es el final? ¿O solo es un inicio? Sean bienvenidos a esta Sesión abierta, en la que las almas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Amy James
Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Agradecimientos
Índice
Créditos